Jacques Pauwels

EL GRAN CAPITAL Y HITLER

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa
Euskal Herriko Komunistak

EL GRAN CAPITAL Y HITLER

Jacques R. Pauwels

JAMES LORIMER & COMPANY LTD., EDITORES TORONTO
[*traducido con IA*]

Nota sobre la conversión
a libro digital para su estudio.
En el lateral de la izquierda aparecerán
los números de las páginas que
se corresponde con las del libro original.
El corte de página no es exacto,
porque no hemos querido cortar
ni palabras ni frases,
es simplemente una referencia.

http://www.abertzalekomunista.net

Copyright © 2017 por Jacques R. Pauwels
Traducido del francés por Raymond Dugan y el autor

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluida la fotocopia, ni por ningún sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin permiso escrito del editor.

James Lorimer & Company Ltd., Publishers agradece el apoyo del Ontario Arts Council (OAC), un organismo del Gobierno de Ontario, que en 2015-16 financió a 1.676 artistas individuales y 1.125 organizaciones en 209 comunidades de Ontario por un total de 50,5 millones de dólares. Agradecemos el apoyo del Canada Council for the Arts, que el año pasado invirtió 153 millones de dólares para llevar las artes a los canadienses de todo el país. Este proyecto ha sido posible en parte gracias al Gobierno de Canadá y al apoyo de la Ontario Media Development Corporation.

Diseño de portada: Tyler Cleroux Imágenes de portada:
Biblioteca y Archivos de Canadá Catalogación en Publicación Pauwels, Jacques R., autor
El Gran Capital y Hitler : un examen en profundidad de los vínculos de Hitler con las grandes empresas en Alemania, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia / Jacques R. Pauwels.

Incluye referencias bibliográficas e índice. Publicado en formato impreso y electrónico.
ISBN 978-1-4594-0976-7 (tapa blanda).--ISBN 978-1-4594-0987-3 (EPUB)

1. Corporaciones--Prácticas corruptas--Historia-Siglo XX.
2. Corporaciones--Aspectos morales y éticos--Historia-Siglo XX.
3. Empresas comerciales internacionales--Historia-siglo XX.
4. Guerra Mundial, 1939-1945--Aspectos económicos. 5. Germany--Economic policy--1933-1945. 6. Alemania--Relaciones exteriores---1933-1945--Aspectos económicos. I. Título.

HC286.4 P38 2017 330.943'086 C2017-903826-5 C2017-903827-3
James Lorimer & Company Ltd., Editores 117 Peter Street, Suite 304
Toronto, ON, Canadá M5V 0M3
www.lorimer.ca

Impreso y encuadernado en Canadá.

CONTENIDO

7 **Prólogo**
Primera parte: Las grandes empresas alemanas y Hitler
17 1. Imperio, guerra y revolución
28 2. Industria, democracia y dictadura
36 3. Crisis económica y política
45 4. Contratación de Adolf H.
50 5. Eliminación de la izquierda
57 6. La dictadura nazi: ¿Cui Bono?
75 7. El Tercer Reich: ¿Un Estado del Bienestar?
88 8. 1939-1945: ¿La guerra de Hitler?
101 9. Juntos hasta el final
115 10. Un beneficiario insatisfecho
121 Interludio: ¿Y en otros lugares?

Segunda parte: Las grandes empresas estadounidenses y la Alemania nazi
136 11. Ofensiva del dólar en Alemania
147 12. Aficionados y socios estadounidenses de Hitler
161 13. Mejor Hitler que "Rosenfeld"
176 14. Guerra relámpago "Made in USA"
191 15. Después de Pearl Harbor: "Todo sigue igual"
201 16. Guerra = Beneficios
210 17. Banqueros útiles y agentes secretos
217 18. Bombas, daños e indemnizaciones
225 19. Entre Morgenthau y Moscú
231 20. Pasado nazi, futuro americano
241 Conclusiones: Fascismo y guerra después de 1945
246 Epílogo: ¿Es la Historia "basura"?
274 **Bibliografía**

PRÓLOGO

"Empresa" es un término ambiguo. Por un lado, se refiere a una actividad, hacer negocios, y "grandes negocios" significa hacer negocios a gran escala, estar implicado en importantes actividades económicas que generan grandes beneficios. Por otro lado, el término "negocio" también puede utilizarse para referirse al tipo de personas que se dedican a esas actividades. En este caso, "gran empresa" designa a las personas que se dedican a importantes proyectos lucrativos a gran escala, es decir, industriales y banqueros. El término "capitalistas" también es apropiado, porque son los propietarios y gestores del capital. De hecho, los términos "capital" y "gran empresa" son prácticamente sinónimos. (En alemán, por cierto, aparece el término *Großkapital,* "gran capital"). El término "capital" no se refiere únicamente al dinero, ni siquiera al "gran capital", sino a los medios de producción, es decir, las instituciones, los bienes inmuebles, las tecnologías, la maquinaria y otros factores que, combinados con las materias primas y la *mano de obra* de los trabajadores y otros asalariados, generan bienes y servicios y producen riqueza.[1] La riqueza es, pues, el resultado de un proceso en el que tanto el capital como el trabajo y las materias primas constituyen las tres formas de entrada. Este proceso de producción no es un esfuerzo *individual* sino *colectivo*, es decir, un proceso social; y la riqueza así generada puede calificarse de "producto social". Sin embargo, en un sistema capitalista, los propietarios del capital se apropian de la mayor parte de este producto social, en forma de beneficios, mientras que los que aportan su trabajo sólo reciben una parte relativamente menor del producto social, representada por su salario o sueldo.

En el "mundo occidental" contemporáneo, los industriales y banqueros pertenecen a la clase alta, a la "élite" social o "establishment". En Europa, se mezclan fácilmente con la gente que solía monopolizar la cúspide de la pirámide social, es decir, los miembros de la nobleza (o aristocracia), cuyo poder y riqueza se basaban en la gran propiedad de la tierra, en la propiedad terrateniente. En Europa, la clase alta sigue estando compuesta no sólo por los magnates de la industria y las finanzas, que a veces también controlan considerables propiedades terratenientes, sino también por un número comparativamente restringido de aristócratas, incluidos los monarcas de países como Gran Bretaña y los Países Bajos. Estos aristócratas no sólo son

[1] Dejamos de lado aquí el hecho de que, en contraste con las materias primas y el trabajo, el capital no es realmente un factor independiente en el proceso de producción, sino el fruto de un trabajo pasado. El capital es una forma de riqueza producida por el trabajo en combinación con las materias primas con el fin de hacer que el trabajo sea más productivo. Un arado, por ejemplo, es una forma de trabajo; es el fruto de un trabajo previo que sirve para hacer más productivo el trabajo de la tierra.

propietarios de grandes extensiones de tierras, sino que también poseen grandes carteras de acciones de empresas y bancos, por lo que también se les puede considerar pertenecientes al mundo de la industria y las finanzas. La familia real británica, por ejemplo, no sólo posee enormes extensiones de tierra por las que cobra rentas, sino que también es uno de los principales accionistas de corporaciones como Shell.[2]

8 Representantes del mundo de la industria y las finanzas, así como de la nobleza europea, se reúnen de vez en cuando en lugares "exclusivos" como Davos, en Suiza, o Bilderberg, en los Países Bajos, para debatir asuntos de interés común. Sería erróneo decir que están allí para organizar "conspiraciones". Pero sí que aprovechan la oportunidad para elaborar planes y estrategias, y para conocer a jóvenes y ambiciosos políticos que parecen estar a punto de ocupar altos cargos en países importantes; la élite quiere asegurarse de que se puede contar con estas estrellas emergentes del firmamento político para defender y promover los intereses de la élite. Así, en 1991 y 1993, respectivamente, Bill Clinton y Tony Blair se presentaron en Davos para ser "ungidos" por los cardenales de la banca y los negocios mundiales.[3] La élite está formada por personas extremadamente ricas, y no es demasiado fantasioso describirlas como el "1 por ciento" de la población mundial que posee la mayor parte, posiblemente el 99 por ciento o incluso más, de la riqueza total del mundo. Debido a su riqueza, la élite disfruta de un enorme poder. Se trata, en efecto, de una élite de poder, pero en general sus miembros no se implican directamente en política. Prefieren permanecer entre bastidores, dejando que se encarguen del trabajo político líderes fiables de partidos políticos fiables —en otras palabras, personalidades como Clinton y Blair—; y con frecuencia se trata de mujeres y hombres de extracción social relativamente modesta, que por tanto no son fácilmente percibidos como miembros —o acólitos— de la élite. Se trata de una estrategia sensata en el contexto de los sistemas políticos que pretenden ser democracias, es decir, sistemas que se supone que sirven a todo el "pueblo", en otras palabras, no al 1% privilegiado, sino a la masa de ciudadanos de a pie, cuyos intereses son a menudo muy diferentes de los de quienes ocupan la cúspide de la pirámide social.

9 No hay que confundir a los plutócratas de las grandes empresas y las finanzas, los verdaderos capitalistas, con los pequeños empresarios, como los propietarios de pequeñas empresas y los "emprendedores" autónomos. Las

---

[2] Pasamos por alto aquí el hecho de que las dinastías reales y los aristócratas en general suelen adquirir sus posesiones terratenientes de forma violenta, cuando no criminal, y que muchas fortunas industriales se originaron de forma igualmente brutal. Como escribió Balzac: "Detrás de toda gran fortuna, se esconde un crimen".

[3] Véase Bill Hayton, "Inside the secretive Bilderberg Group".

pequeñas empresarias y los pequeños empresarios no se sienten a gusto en la alta sociedad. No pertenecen a la clase alta, sino a la clase media o, para ser más precisos, a lo que los sociólogos denominan "clase media-baja". El término "clase media-alta", por otra parte, es utilizado por sociólogos e historiadores para referirse a los industriales y banqueros (y algunas otras categorías de individuos muy ricos) que, durante el siglo XIX, se unieron —y a veces incluso suplantaron— a los aristócratas, es decir, a la "clase alta" original, en la cima de la jerarquía social. Anteriormente, la élite había estado monopolizada por tipos de sangre azul que iban desde los monarcas hasta los barones y otros señores terratenientes menores, pasando por duques y condes, del tipo retratado por la protagonista de la serie de televisión *Downton Abbey. Los* hombres y mujeres de la gran empresa y las finanzas que se unieron a la nobleza en la cúspide de la pirámide social a veces también se designan *à la française* como la "alta burguesía", mientras que los pequeños empresarios y empresarias se dice que forman parte de la "pequeña burguesía", donde se codean con artesanos, tenderos, maestros de escuela y otros como ellos. Por debajo de esta pequeña burguesía, en la amplia base de la pirámide social, se encuentra la masa de los asalariados, es decir, los que contribuyen con su trabajo al proceso de producción y reciben un salario a cambio. En el pasado, y ciertamente en el siglo XIX, esto se refería principalmente a los obreros, y más concretamente a los obreros de las fábricas. Hoy en día, sin embargo, el término obrero apenas se utiliza, y no sólo porque evoca cosas desagradables como bajos ingresos, fábricas contaminantes y huelgas; una razón aún más importante es que la eliminación semántica de los términos obrero y clase trabajadora ha promovido automáticamente a todos los asalariados a la clase media. Hay que reconocer, sin embargo, que desde finales del siglo XIX muchos trabajadores de la llamada aristocracia obrera han logrado alcanzar altos niveles salariales y, por lo tanto, se podría decir que han alcanzado el estatus de pequeñoburgueses.

Hacer negocios consiste en obtener beneficios, y el alfa y el omega de las grandes empresas es lograr los niveles de beneficios más altos posibles, en otras palabras, maximizar los beneficios. Para realizar este "ideal", la gente de las grandes empresas (y de las finanzas) está dispuesta a llegar muy lejos. Como individuos, pueden ser amables, menos amables o nada amables, pero eso no tiene ninguna importancia. Amables o no, las leyes de los negocios les obligan a ser duros, incluso muy duros. Si no lo son, no sobrevivirán en la "jungla" que es el mundo de los negocios. (Como dice el refrán, ¡los buenos acaban los últimos!) Hay que ser despiadado para poder producir los altos niveles de beneficios que resultan ser el objetivo final: hay que eliminar a los competidores, hay que obligar a los trabajadores y otros empleados a trabajar más duro y a menudo hay que despedirlos, hay que bajar los niveles salariales

mientras se suben los precios, etcétera. Incluso si uno no *quiere* hacer esto, debe hacerlo; de lo contrario, otro podría hacerlo y así obtener una ventaja competitiva, haciendo que usted obtenga menores beneficios y tal vez incluso le obligue a cerrar el negocio. En cuanto a la miseria humana que se causa en el proceso, uno aprende a no preocuparse por ello: los beneficios tienen prioridad sobre las personas. Así funcionan las cosas en el mundo de las grandes empresas, es decir, en el sistema socioeconómico llamado capitalismo. Sin embargo, los apóstoles intelectuales de este sistema hacen todo lo posible por convencernos de que es el único sistema socioeconómico posible y de que no hay alternativa.

10 La historia del capitalismo demuestra que las mujeres y los hombres del gran capital pueden sentirse cómodos en un sistema político o "Estado" "democrático", al menos cuando resulta posible lograr niveles de beneficios suficientemente elevados en ese contexto político. Sin embargo, si se convencen de que sólo se pueden generar beneficios suficientemente altos cuando el Estado está dirigido por un "líder fuerte", es decir, en el marco de una dictadura, se muestran dispuestos e incluso deseosos de ayudar a llevar al poder a un dictador. Decimos "ayudar a llevar al poder", porque otros actores sociales también pueden estar dispuestos a echar una mano, por ejemplo los grandes terratenientes, aristocráticos o no, los prelados de la iglesia y los comandantes del ejército. Se supone que una democracia permite a la mayoría de la población, los ciudadanos de a pie denominados *demos* en la terminología griega, participar —la mayoría de las veces mediante elecciones justas— en la vida política de la nación. Pero eso no es todo. También se espera que una democracia permita a todos los ciudadanos disfrutar de un nivel de vida digno, lo que implica el disfrute de una amplia gama de servicios sociales (como la educación y la sanidad), así como la oportunidad de trabajar por un salario justo. Los empresarios y banqueros están dispuestos a asumir una parte del coste de esos servicios y a pagar a sus trabajadores salarios relativamente altos si pueden mantener un nivel de rentabilidad lo suficientemente alto desde su perspectiva; y se muestran bastante dispuestos a hacer esas concesiones cuando *no* hacerlo amenaza con provocar disturbios, protestas, revueltas y —sobre todo— la revolución, porque eso significaría el fin de su riqueza, poder y privilegios. Sin embargo, si el coste de los salarios y de sus contribuciones a los servicios sociales aumenta hasta el punto de poner en peligro la rentabilidad de las empresas y los bancos, los propietarios y directivos están dispuestos a hacer lo que sea necesario para bajar los salarios y eliminar los servicios sociales.

11 Como todo el mundo, los hombres y mujeres del gran capital son devotos del ideal de "paz en la tierra", al menos si las condiciones de paz permiten

obtener beneficios suficientemente elevados. Pero cuando parece que se pueden conseguir mayores beneficios por medio de la guerra, no dudan en adorar a Marte, tanto más cuanto que el trabajo sucio que conlleva se deja prácticamente siempre en manos de otros; matar y morir se suele delegar, de hecho, en las masas de las clases bajas, *hoi polloi* (literalmente, "los muchos"), consideradas demasiado numerosas y, por tanto, inquietas y peligrosas, por lo que se considera permisible un poco de "sacrificio". Como bien dijo Jean-Paul Sartre: "Cuando los ricos se hacen la guerra, son los pobres los que mueren".

Hasta ahora, nuestro discurso ha sido relativamente abstracto. Sin embargo, en todos los casos pueden aducirse ejemplos históricos, y este estudio se centra en uno de ellos. Hemos examinado la actitud de los industriales y banqueros de Alemania, Estados Unidos y algunos otros países frente a Adolf Hitler y su nacionalsocialismo (o nazismo) y el fascismo —del que el nazismo era la versión alemana— en general. Los capitalistas de estos dos países se apresuraron a hacer negocios con Hitler, y ambas partes, los industriales y banqueros por un lado y los nazis por otro, obtuvieron considerables beneficios de esta colaboración. Las ventajas obtenidas por los industriales y banqueros resultaron ser exactamente lo que habían soñado: beneficios sin precedentes.

El tándem formado por la gran industria (*Großindustrie)* y las altas finanzas (*Hochfinanz*) alemanas, así como su socio menor en la élite económica del país, los *Junkers,* en su mayoría grandes terratenientes aristocráticos de las regiones orientales de Alemania, apoyaron a Hitler financieramente y de otras formas durante su largo y nada rectilíneo —y en absoluto irresistible— ascenso político, y luego ayudaron a auparlo a la silla del poder. Y las grandes empresas alemanas, o el capital, cosecharon los frutos de esto en forma de beneficios sin precedentes, producidos por la abundante cornucopia de la política socialmente regresiva de los nazis, el programa de armamento a gran escala, la guerra de conquista, el saqueo despiadado de los países ocupados, e incluso sus grotescos crímenes, incluida la expropiación sistemática y el exterminio de los judíos. Como ejemplo, podemos citar aquí el caso de IG Farben, un trust compuesto por Bayer, Hoechst, BASF y otras grandes empresas. Esta empresa apoyó el ascenso de Hitler al poder, estuvo profundamente implicada en su programa de armamento y, durante la guerra, hizo una fortuna (ab)utilizando mano de obra esclava en todas sus fábricas y, sobre todo, en una gigantesca instalación situada junto al siniestro campo de exterminio de Auschwitz.

El capital estadounidense también apoyó a Hitler en una fase temprana, aunque todavía no está claro hasta qué punto. Y también obtuvo enormes beneficios produciendo una panoplia de armas y otros materiales de guerra para el régimen nazi en las numerosas sucursales alemanas de empresas estadounidenses y suministrando cantidades colosales de combustible, caucho

y otras materias primas estratégicas a los nazis. Sin estos suministros estadounidenses, Hitler nunca habría podido desatar su asesina *Blitzkrieg*, su "guerra relámpago". Durante la guerra, e incluso después de Pearl Harbor, las grandes empresas estadounidenses siguieron participando en importantes tratos con la Alemania nazi. Así se obtuvieron beneficios colosales —y se maximizaron— mediante el uso de mano de obra forzada, incluidos deportados de los países ocupados e incluso presos de los campos de concentración. Como ejemplo, podemos referirnos al caso de Ford, la empresa familiar de Henry Ford, un icono estadounidense ampliamente admirado que también resultó ser un antisemita tan rabioso como el propio Hitler. Ford amasó una fortuna suministrando a la Alemania nazi camiones y una amplia gama de material bélico; parte de este material se exportaba desde Estados Unidos, pero la mayor parte se producía en la filial de Ford en Colonia, conocida como *Ford-Werke*, los "Talleres Ford". La rentabilidad de la inversión alemana de Ford recibió un impulso adicional durante la guerra gracias al uso de mano de obra esclava. Tanto los industriales y banqueros alemanes como los estadounidenses hicieron magníficos negocios con el régimen de Hitler. Y al mismo tiempo, hicieron maravillosos negocios entre ellos, cosechando pingües beneficios en el proceso. Es natural que quisieran seguir haciendo negocios entre ellos después de la guerra, tras la desaparición del régimen nazi con el que habían colaborado hasta el final. Sin embargo, para que eso fuera posible era necesario lavar los pecados nazis de los grandes industriales y banqueros alemanes. Y eso resultó posible porque los principales responsables de la toma de decisiones dentro del gobierno estadounidense en general y de las autoridades estadounidenses de ocupación en Alemania en particular resultaron ser representantes de las grandes empresas y bancos estadounidenses. Al perdonar y olvidar la colaboración de los capitalistas alemanes con los nazis, los capitalistas estadounidenses perdonaron y ocultaron al mismo tiempo su propia colaboración, altamente rentable pero esencialmente criminal, con los nazis.

Los industriales y banqueros alemanes apoyaron a Hitler durante su ascenso al poder y obtuvieron beneficios gigantescos gracias a sus políticas socialmente regresivas, su programa de armamento y la guerra que desencadenó. Los grandes industriales y banqueros estadounidenses también prestaron apoyo a Hitler durante su ascenso, y la rentabilidad de sus empresas también se maximizó gracias a las iniciativas típicas del régimen nazi. Pero el capital estadounidense también se benefició financieramente de la guerra que la Alemania nazi libró contra Gran Bretaña, la Unión Soviética y finalmente —por culpa del propio Hitler— los propios Estados Unidos. Nunca las corporaciones estadounidenses habían podido ganar tanto dinero como durante la Segunda Guerra Mundial, a saber, suministrando —no donando, como a

veces se sugiere, sino *vendiendo*, a menudo a precios inflados— a todos los países beligerantes, tanto a Alemania como a la propia América y sus aliados.

El nazismo de Hitler, y el fascismo en general, habían sido rentables para los capitalistas estadounidenses. Por eso, después de 1945, siguieron apreciando las dictaduras fascistas (y otras) como las de Franco, Suharto y Pinochet. Sin embargo, en el análisis final, la guerra había funcionado incluso mejor para el capital que el fascismo: se había revelado como un cuerno de la abundancia, otorgando fabulosos beneficios a las grandes empresas y bancos de Estados Unidos. Por lo tanto, Estados Unidos siguió haciendo la guerra después de 1945, ha seguido haciéndola incluso recientemente bajo un presidente con un Premio Nobel de la Paz en su currículum, y es poco probable que deje pronto de adorar a Marte. Si alguna vez la paz desciende sobre la Tierra, sería una catástrofe para las grandes empresas estadounidenses.

Examinemos ahora la relación de las corporaciones y bancos de Alemania y Estados Unidos, en particular, y de las grandes empresas en general, con Hitler, que implicó apoyarle desde el principio de su carrera política y/o ayudarle a llegar al poder en Alemania, beneficiarse de su política social regresiva y de su programa de rearme, ayudarle mientras desencadenaba y libraba su guerra de conquista y rapiña y organizaba el Holocausto, obteniendo beneficios sin precedentes en el proceso, y, en última instancia, logrando sobrevivir a la desaparición del nazismo y del fascismo en general mientras conservaban su riqueza, poder y privilegios.

15

PRIMERA PARTE:

17

CAPÍTULO 1
IMPERIO, GUERRA Y REVOLUCIÓN

Alemania es un país civilizado situado en el corazón de Europa, un continente ampliamente percibido como la cuna y el núcleo del avanzado y civilizado llamado mundo occidental. Alemania nos ha dado a Bach y Beethoven, filósofos como Kant y Hegel, científicos como Einstein, Goethe y otros escritores de talla mundial, además de grandes pintores, arquitectos, ingenieros, productores de cine y mucho más. Pero esta "madre pálida", como Bertolt Brecht describió una vez a Alemania en un poema, también engendró a Hitler y su régimen nazi, uno de los peores criminales y uno de los sistemas políticos más monstruosos que el mundo haya visto jamás. ¿Cómo puede explicarse esto?

¿Fueron Hitler y el nazismo una anomalía? ¿Constituyeron una excepción importante y deplorable a una regla general que sostiene que el mundo occidental, incluida Alemania, hoy miembro ejemplar de la Unión Europea y de la amorfa comunidad internacional, se comporta correctamente en otras palabras, respeta los derechos humanos, adora los sistemas políticos democráticos y aborrece la guerra por principio? Parece que no, porque ya mucho antes de que Hitler apareciera en escena, Alemania no era muy aficionada a la democracia, como puso de manifiesto el gobierno autoritario del "canciller de hierro", Bismarck; y con ocasión de la guerra franco-prusiana de 1870-71 y de la "Gran Guerra" de 1914-18, el Reich reveló su inclinación por el militarismo.

18

Durante los años veinte y treinta, e incluso después de la Segunda Guerra Mundial, también surgieron dictaduras fascistas y cripto o cuasifascistas que mostraban similitudes con el régimen nazi de Hitler en Italia, España y muchos otros países occidentales. ¿Y no había muchos colaboracionistas en todos los países ocupados por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, es decir, personas que no encontraban nada objetable en Hitler y su régimen nazi? Del

mismo modo, con respecto a los derechos humanos, la Alemania de Hitler, el infame Tercer Reich, no constituyó una anomalía en absoluto. En sus posesiones coloniales, los británicos, belgas, franceses, holandeses, españoles, portugueses y los propios alemanes también habían tratado (mal) a personas supuestamente inferiores, negras, morenas y/o amarillas, como "subhumanos" o "infrahombres" (*Untermenschen*), por utilizar una terminología asociada principalmente con el nazismo pero acuñada en realidad en Estados Unidos, como veremos más adelante; y en demasiados casos habían exterminado a estas poblaciones, en parte si no totalmente, mucho antes de que Hitler infligiera el mismo destino a judíos y romaníes.[4] Los alemanes no habían necesitado a Hitler para exterminar prácticamente a las naciones herero y nama en su colonia de *Südwest-Afrika*, la actual Namibia, en los años 1904-7, en lo que se ha denominado el primer genocidio del siglo XX.[5]

Hitler no fue una anomalía, un extraño accidente de tráfico, por alguna razón made in Germany, en el camino del mundo occidental desde la Edad Media hacia un futuro cada vez más próspero y justo, como se presentan las cosas con demasiada frecuencia en libros y documentales. Hitler y su nazismo, así como los regímenes fascistas de Mussolini, Franco, Pinochet y otros dictadores, encajan perfectamente en el marco de la historia de Alemania, de Europa en general y del resto del mundo occidental. No son en absoluto atípicos en los anales de un sistema capitalista que nació en el corazón del mundo occidental pero que se ha transformado durante los últimos siglos en un auténtico sistema mundial. El nazismo de Hitler, y el fascismo en general, fueron de hecho una manifestación del capitalismo y el capitalismo sigue siendo muy capaz de generar nuevas formas de fascismo.

Hitler nunca habría llegado al poder en Alemania sin el apoyo de la élite de la sociedad alemana contemporánea, que incluía principalmente a terratenientes aristocráticos, generales del ejército —normalmente con nombres que empiezan por *von*, lo que refleja un origen aristocrático—, prelados de las iglesias protestante y católica, altos funcionarios de la burocracia estatal, profesores universitarios y —por último*, pero no por ello menos importante*— los principales banqueros e industriales de la nación.

19

Eran los "pilares", como ha escrito el gran historiador de Hamburgo Fritz Fischer (1908-99), de una clase dirigente alemana que había cambiado muy poco desde la época anterior a la Primera Guerra Mundial, porque había logrado sobrevivir sin demasiados daños a la derrota del Reich en la Gran Guerra —y a la revolución engendrada por esa guerra.[6] En Italia, los mismos

[4] Véase, por ejemplo, el libro de Rosa Amelia Plumelle-Uribe, *La férocité blanche.*
[5] "Massacre des Héréros.
[6] Fischer (1998), pp. 180-81.

actores sociales —esencialmente una combinación, una "simbiosis", de la alta burguesía industrial-financiera y la aristocracia terrateniente— ya habían llevado a Mussolini al poder en 1922. Durante los años treinta, apoyaron a Franco en España y crearon, o al menos apoyaron, movimientos fascistas en Francia, Bélgica y otros muchos países europeos, e incluso en Estados Unidos, como veremos más adelante. Sin embargo, al otro lado del Atlántico, la élite estaba formada casi exclusivamente por industriales y banqueros, ya que la élite terrateniente y casi aristocrática de los estados del Sur había sido eliminada en la Guerra Civil. Nos concentraremos aquí en el papel de los industriales y banqueros, los poderosos señores económicos conocidos colectivamente como "grandes empresas". Descubriremos cómo y por qué, en Alemania, desempeñaron un papel fundamental en la llegada de Hitler al poder y cómo les fue en el infame Tercer Reich y durante la "guerra de Hitler". Los otros "pilares" de la clase dirigente —por ejemplo, la nobleza terrateniente, los generales del ejército y los prelados católicos y protestantes— también harán una aparición ocasional. Durante el siglo XIX, Alemania se había industrializado hasta el punto de que, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el Reich se perfilaba como una de las mayores potencias del planeta. Este desarrollo socioeconómico dio lugar a un sistema capitalista dinámico, que presentaba varias idiosincrasias notables. En los principales sectores de la industria, por ejemplo, surgieron empresas gigantescas, denominadas "trusts" (*Konzerne),* que competían despiadadamente entre sí y contra trusts extranjeros o se agrupaban en cárteles, concluyendo acuerdos sobre aspectos como el acceso a materias primas escasas y a mercados para sus productos acabados y, por supuesto, también sobre precios; el objetivo de todo ello era minimizar las desventajas de la competencia y aumentar así la rentabilidad. En otras palabras, los dirigentes de estas gigantescas empresas, los principales capitalistas del país, no controlaban totalmente, pero gozaban de gran influencia y prestigio dentro del Estado autoritario creado por Bismarck que resultó ser la Alemania Imperial; a la inversa, el Reich defendía y promovía diligentemente sus intereses. Sin embargo, el Estado bismarckiano-wilhelmínico velaba aún más por los intereses de los terratenientes aristocráticos, los *junkers* prusianos, la clase a la que pertenecía el propio Bismarck, y de la que el emperador Hohenzollern era el *primus inter pares*. Se puede decir que antes de la Primera Guerra Mundial, en los viejos "tiempos del Kaiser" (*Kaiserzeit)*, como se diría más tarde, el Estado alemán reflejaba una especie de asociación o simbiosis entre la nobleza terrateniente y "agraria" y la alta burguesía industrial (y financiera). El poder político estaba reservado a la aristocracia, mientras que la alta burguesía, los industriales y banqueros, disfrutaban de la mayor parte del poder económico. Sin embargo, la ideología dominante era la ideología

"feudal" de la aristocracia, un popurrí de militarismo, culto a un Estado despótico, respeto a la jerarquía, disciplina social, religión cristiana, etc.; así es como el politólogo francés Nicos Poulantzas describió esta ideología, añadiendo que "'el liberalismo', un aspecto importante de la ideología burguesa... del capitalismo en Europa, nunca pudo arraigar en Alemania".[7]

20 En Alemania, la revolución industrial también produjo una enorme masa de trabajadores asalariados, tanto blancos como obreros, y la inmensa mayoría de estos plebeyos se unió a las filas del Partido Socialdemócrata (*Sozialdemokratische Partei Deutschlands,* SPD), que sigue siendo uno de los principales partidos políticos del país en la actualidad, o al menos simpatizaba con él. Sin embargo, a diferencia del SPD actual, en aquella época ese partido seguía siendo en gran medida una organización de la clase obrera, un partido socialista en el sentido marxista de la palabra. No se limitaba a perseguir reformas políticas y sociales en el marco del sistema capitalista existente, sino que enarbolaba la bandera roja de la revolución; en otras palabras, aspiraba a derrocar no sólo el orden político imperial, aún mayoritariamente feudal, sino también el orden socioeconómico capitalista. La plataforma decididamente socialista y revolucionaria del SPD caló en la clase obrera e incluso en una parte considerable de la pequeña burguesía. (De hecho, los artesanos, tenderos y otros pequeños empresarios se sentían cada vez más amenazados por la competencia de las grandes empresas, ejemplificada por los nuevos grandes almacenes). Los socialdemócratas lograron así una serie de extraordinarios éxitos electorales, y su partido acabó convirtiéndose en el más numeroso del parlamento nacional del Reich, el Reichstag, cuyos miembros eran elegidos por sufragio universal.

21 Al igual que los grandes terratenientes, los industriales y banqueros podían considerarse afortunados de que, a pesar del sistema de sufragio universal, el sistema político intrínsecamente antidemocrático que imperaba bajo Bismarck y sus sucesores presentara varias estratagemas que impedían al SPD canjear sus impresionantes éxitos electorales por una cantidad equivalente de poder político. Por ejemplo, el gobierno no era responsable ante el Reichstag, sino ante la persona del emperador. Sin embargo, hasta el momento del estallido de la guerra en 1914, la nobleza y la alta burguesía —no sólo en Alemania, sino en toda Europa y en Estados Unidos— siguieron temiendo que las "masas" populares, a las que desdeñaban por estúpidas y peligrosas, llegaran al poder. Se creía que esto podría ocurrir a través de una revolución violenta, como la Comuna de París de 1871 o la revolución que había sacudido Rusia en 1905; o, alternativamente, a través de un proceso de democratización gradual y lento

[7] Poulantzas, pp. 118-19.

pero aparentemente irresistible, del que la introducción del sufragio general, por Bismarck, no era más que un ejemplo. En el plano intelectual, este miedo a las "clases peligrosas", a "la vida baja" o a "las masas", encontró su expresión en estudios elitistas como los de Ortega y Gasset, Pareto, Le Bon y Nietzsche —este último de gran éxito en la "sociedad educada" en casi todas partes, pero especialmente en su Alemania natal. Por otra parte, los banqueros e industriales alemanes no estaban en absoluto encantados con el hecho de que Bismarck hubiera intentado acabar con la socialdemocracia introduciendo un sistema nacional de seguro de desempleo y de enfermedad al que los empresarios debían contribuir económicamente, es decir, estableciendo el primer "Estado del bienestar" del mundo. Por otra parte, en el seno de la clase obrera mayoritariamente socialista y, por tanto, hipotéticamente revolucionaria, los beneficios otorgados por el sistema bismarckiano de servicios sociales —además de aumentar los salarios— crearon una especie de "aristocracia obrera" con intereses en el sistema socioeconómico existente y, por tanto, cada vez menos partidaria del cambio revolucionario. Y mientras el SPD seguía oficialmente comprometido con la idea de una revolución, su dirección fue cayendo en manos de personalidades "evolucionistas" o "reformistas", es decir, socialistas que habían abandonado de facto la idea de que una revolución era necesaria y deseable. Estos reformistas prefirieron centrarse en la búsqueda pragmática de reformas políticas y sociales adicionales en el marco del peculiar orden establecido en Alemania, económicamente capitalista y políticamente aún mayoritariamente feudal.

22

El desarrollo industrial de Alemania no sólo engendró graves problemas sociales y económicos dentro del Reich, sino también conflictos y tensiones internacionales. Otras potencias industriales, como Gran Bretaña y Francia, poseían vastos imperios coloniales y se encontraban así con el control exclusivo de fuentes de materias primas y mercados para sus productos acabados, como el caucho malayo o vietnamita necesario para fabricar neumáticos para un nuevo tipo de transporte cada vez más importante, el automóvil. Alemania, por su parte, que no se unificó hasta 1871 y, por tanto, apareció en escena un poco tarde para adquirir un gran imperio colonial, tuvo que importar todo tipo de materias primas vitales, como caucho, petróleo, cobre e incluso mineral de hierro, y pagar precios relativamente altos por ellas. Así pues, los productos de la industria alemana eran comparativamente más caros y más difíciles de vender en el extranjero. Esta contradicción entre una productividad en rápido aumento y unas oportunidades de venta limitadas en los mercados internacionales requería urgentemente una solución, y a los ojos de muchos industriales, banqueros y otros miembros de la élite del país, la única solución al problema consistía en una guerra que aportara a Alemania lo

que su industria nacional tanto necesitaba: adquisiciones territoriales, no sólo en ultramar sino también en la propia Europa. Lo que se buscaba eran más y mayores colonias, por ejemplo, donde las materias primas (e incluso la mano de obra) pudieran obtenerse a bajo coste, que pudieran servir de mercados para los productos acabados y donde el capital alemán pudiera invertirse. Pero los desiderata territoriales también incluían los vastos espacios de tierra de Europa del Este, como Ucrania y otras partes del Imperio ruso. Para los industriales alemanes, Europa del Este era el complemento territorial perfecto para el altamente industrializado corazón de Alemania, donde la combinación de tierra fértil y mano de obra barata tenía el potencial de producir alimentos en abundancia para alimentar a los trabajadores alemanes y permitir así mantener sus salarios a niveles bajos; y los *Junkers* terratenientes consideraban el "Lejano Oriente" europeo como una especie de "tierra de posibilidades ilimitadas" donde sus hijos más jóvenes podrían trasladarse para adquirir un *Rittergut*, una propiedad que acompañara a un título nobiliario, y señorear sobre los nativos. Los territorios por adquirir en Europa y ultramar no sólo eran importantes como fuentes de materias primas y mercados, sino también como abundantes fuentes de mano de obra barata, otra forma en que los industriales y terratenientes alemanes se sentían en desventaja frente a los franceses y británicos, con sus enormes imperios coloniales. Los británicos disponían así de cientos de miles, si no millones, de "coolies", es decir, trabajadores deportados en masa de la India y China —esta última una "semicolonia"— para trabajar como esclavos en cualquier lugar del Imperio donde fuera necesario realizar trabajos duros y peligrosos, como la construcción de un ferrocarril a través de las Montañas Rocosas de Canadá. Todo ello dio lugar a una agresiva política exterior que pretendía proporcionar al Reich "un lugar bajo el sol", como le gustaba decir al emperador Guillermo II, y que en última instancia desembocó en la Primera Guerra Mundial, aunque es justo decir que este conflicto tuvo otras causas, entre ellas muchas que no eran exclusivamente "made in Germany". Francia, Gran Bretaña y Rusia también tenían razones para desear un conflicto.[8]

23 Sin embargo, es un hecho que los industriales alemanes (y los banqueros asociados a ellos), así como los grandes terratenientes, esperaban obtener múltiples beneficios de la "Gran Guerra" que estalló en 1914. Así lo demostró convincentemente en la década de 1960 el historiador alemán Fritz Fischer en un famoso estudio titulado *Los objetivos de Alemania en la Primera Guerra Mundial*. La victoria —¡la derrota era impensable!— significaba sin duda un duro golpe para sus competidores británicos, franceses y otros extranjeros, y

[8] Véase Pauwels (2016).

supondría la adquisición de nuevos territorios en Europa y en todo el mundo, con todos los beneficios asociados que acabamos de describir. Además, la élite alemana *en su conjunto* también creía que una gran guerra patriótica serviría asimismo como potente remedio para la "enfermedad" socialista que había infectado al pueblo alemán, detendría e incluso invertiría la tendencia hacia la democratización y ahuyentaría, de una vez por todas, el espectro revolucionario que había estado rondando por el país. Que una gran guerra podía constituir un "antídoto" contra la tan temida gran revolución, lo creían firmemente innumerables políticos, industriales, intelectuales y otros miembros de la burguesía y la aristocracia en los años anteriores a 1914, no sólo en Alemania, sino también en Gran Bretaña, Francia, Italia, Rusia, Estados Unidos y otros lugares.[9]

Tras un baño de sangre que se prolongó durante años, la Primera Guerra Mundial no supuso un triunfo para Alemania, sino una amarga derrota. En lugar de adquirir colonias y tierras en Europa Oriental, Alemania perdió las colonias que tenía antes de la guerra, así como parte de su propio territorio. Además, la guerra no desterró el espectro de la revolución, sino que engendró la gran revolución, al menos en Rusia, donde en 1917 los bolcheviques llegaron al poder y empezaron a construir una sociedad socialista.

24

También en Alemania estalló una revolución, pero fue sofocada en sangre por el ejército con la bendición de los nuevos dirigentes socialdemócratas del país, como Friedrich Ebert. En 1918-19, el SPD dijo formalmente adiós al socialismo revolucionario que ya había empezado a abandonar discretamente mucho antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial en favor de una forma "reformista" o "evolutiva" de socialismo. Y antes, en 1914, cuando estalló esa guerra, el SPD —como la mayoría de los demás partidos socialistas europeos— también se desprendió de su anterior compromiso con el internacionalismo proletario; en su lugar, adoptó una versión socialista del nacionalismo belicoso conocido como "socialchovinismo". Sin embargo, para liberar la presión revolucionaria no bastaba con la represión. También resultó necesario inyectar una dosis bastante generosa de democracia "liberal" en el sistema político, basada no sólo en el sufragio universal —ya introducido por Bismarck—, sino también en la responsabilidad del gabinete ante el Reichstag y en la "representación proporcional". (Esta última es indudablemente más democrática que el sistema de "mayoría simple", pero también se asocia a una proliferación de partidos políticos y a una alta incidencia de gobiernos de

[9] Losurdo (2006), pp. 118-19, 212, 221. En este contexto, Losurdo menciona los nombres de Cecil Rhodes, Theodore Roosevelt, Alfred von Tirpitz, Heinrich Class y Vilfredo Pareto. Sobre la Primera Guerra Mundial como remedio para la "enfermedad" socialista y antídoto para la democracia y la revolución, véase Pauwels (2016).

coalición, con la consiguiente inestabilidad política). Además, fue necesario introducir aún más servicios sociales que los de la época de Bismarck, incluida la jornada de ocho horas y el seguro de desempleo. La razón era que era imperativo que se viera que el nuevo Estado alemán no hacía menos por su masa de trabajadores y otros asalariados que el recién creado autoproclamado "paraíso de los trabajadores" de la Unión Soviética, donde los proletarios habían empezado a disfrutar de importantes beneficios sociales como el pleno empleo y la educación gratuita.

En la "nueva" Alemania surgida de las cenizas de la Primera Guerra Mundial, la liberal-democrática "República de Weimar", los socialistas del SPD, a partir de entonces decididamente reformistas, pudieron desempeñar un papel importante; y, para mayor consternación de la élite y de los conservadores en general, también lo hicieron los miembros considerablemente más radicales del recién creado Partido Comunista de Alemania (*Kommunistische Partei Deutschlands*, KPD). Podemos describir a estos comunistas como socialistas que, a diferencia de los socialdemócratas, se mantenían fieles a los ideales revolucionarios e internacionalistas del marxismo; se inspiraban en el ejemplo de los bolcheviques rusos, por lo que a veces también se les denominaba bolcheviques. Recibieron el aliento y el apoyo de Lenin y los demás líderes bolcheviques de Rusia, donde la revolución dio origen al primer Estado socialista, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), también conocida como Unión Soviética.

25

Los partidos burgueses que promovían los intereses de la élite tradicional alemana, como el Partido Popular Alemán (*Deutsche Volkspartei*, DVP), sucesor del Partido Nacional Liberal que había apoyado a Bismarck en su época, y el Partido Nacional Popular Alemán (*Deutschnationale Volkspartei*, DNVP), ambos archiconservadores, no pudieron competir con éxito en las elecciones con los muy populares socialistas y comunistas, porque, a pesar de sus nombres, sus plataformas sólo atraían a una pequeña fracción del pueblo. Afortunadamente (para ellos), encontraron socios en el reformista SPD, en varios partidos liberales pequeñoburgueses y en el gran (y conservador) Partido Católico de Centro, precursor de la actual *Unión* Cristianodemócrata alemana (*Christlich Demokratische Union*, CDU). En cualquier caso, los industriales y banqueros despreciaban el sistema democrático de Weimar porque les causaba todo tipo de problemas políticos que nunca habían experimentado en el autoritario Reich de antes de la guerra, la buena *Kaiserzeit, la "belle époque" alemana.* Además, en la República de Weimar también se permitió a los sindicatos desempeñar un papel importante. Ahora los empresarios tenían que tener en cuenta las demandas de sus trabajadores en materia de salarios, horarios y condiciones de trabajo, normas de seguridad, etc., y cargaban con al

menos parte del coste de servicios sociales que ellos mismos no necesitaban ni querían.[10] Así evoca un historiador alemán, Ludolf Herbst, la actitud de los industriales ante la República de Weimar:

> Se quejaron amargamente de las políticas sociales y fiscales ... Consideran que los salarios son demasiado altos y las horas de trabajo demasiado cortas ... Lamentan la tendencia hacia un Estado del bienestar, incluso están convencidos de que viven en un Estado controlado por los sindicatos ... No les gusta nada la democracia, siguen prefiriendo la monarquía ... Estaban convencidos de que el sistema político [de Weimar] influía nefastamente en la competitividad de la industria alemana.[11]

26

Debido a su derrota en la guerra, Alemania no sólo no había conseguido colonias, sino que incluso había perdido una cantidad considerable de territorio y mercados extranjeros. Para los industriales y banqueros del país, que habían alimentado tan altas expectativas en 1914, fue un resultado muy decepcionante, incluso traumático. Además, durante años habría que pagar cuantiosas indemnizaciones a Francia y Bélgica y, por supuesto, se esperaba que la industria y las finanzas sufragaran una parte considerable del coste: más malas noticias. Los dirigentes socialdemócratas y liberales de Weimar que habían firmado la capitulación de Alemania en noviembre de 1918 y el Tratado de Versalles en junio de 1919 fueron culpados de toda esta miseria. Los banqueros y los industriales también detestaban a la república democrática porque había demostrado estar dispuesta a cumplir los compromisos adquiridos en Versalles.

No es de extrañar que los capitalistas alemanes soñaran con deshacerse de la república democrática y sustituirla por un régimen alternativo y autoritario, preferiblemente dirigido por un hombre fuerte que viera las cosas como ellos. Un dictador así impondría una disciplina férrea a los trabajadores alemanes y estaría preparado para desencadenar una guerra revanchista que hiciera realidad por fin los grandiosos sueños expansionistas que el gran capital alemán había acariciado en 1914. También se esperaba que esa guerra provocara la destrucción total de la Unión Soviética, el país que encarnaba la revolución y funcionaba como fuente de inspiración y guía para los revolucionarios, es decir, los comunistas, de su propio país. Pero, ¿dónde encontrar a semejante hombre fuerte?

Muchos creían que el ansiado salvador podría surgir de los altos rangos del ejército, entonces conocido como *Reichswehr.* Los generales, esencialmente

[10] Véase, por ejemplo, Evans (2004), pp. 114-17.
[11] Herbst, pp. 86-87.

hombres de origen aristocrático, representaban los intereses de los grandes terratenientes que detestaban la democracia y el socialismo, y temían la revolución, tanto como los industriales y los banqueros. Asociaban la democracia a la bajada del precio del pan, es decir, del trigo que producían, y a las reformas agrarias, a las que se oponían porque favorecían a los pequeños agricultores. Y de hecho, ya en 1920, un político conservador, Wolfgang Kapp, y un oficial superior del ejército, Walther von Lüttwitz, intentaron dar un golpe de Estado que fue apoyado por la mayoría de las unidades del ejército. Este Putsch de Kapp provocó la huida del gobierno de Berlín, pero al final fracasó. La razón: los socialistas del SPD y los comunistas del KPD respondieron con una huelga general que paralizó todo el país. Los golpistas partieron sin gloria al exilio y el ejército se retiró dócilmente a los cuarteles. Sustituir la república democrática por una dictadura parecía menos fácil de lo que se había imaginado, e incluso se perfilaba como una empresa arriesgada y potencialmente contraproducente, porque por un momento la intervención conjunta del SPD y el KPD amenazó con convertirse en una auténtica revolución.[12]

[12] Para un excelente análisis del Putsch de Kapp, véase Weißbecker, pp. 23-32.

28

CAPÍTULO 2
INDUSTRIA, DEMOCRACIA Y DICTADURA

Fue en el traumático contexto de la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial, la revolución en Rusia y en la propia Alemania, el nacimiento de la frágil democracia de Weimar y otros acontecimientos, cuando el antiguo "soldado del frente" Adolf Hitler hizo su aparición en la escena de la historia en la ciudad de Múnich. Se convirtió en el líder de un partido de extrema derecha inicialmente insignificante, al que denominó Partido *Nacionalsocialista Obrero Alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*, NSDAP). Ese nombre era inexacto y engañoso, deliberadamente. En primer lugar, ni el propio Hitler ni ninguno de sus primeros compañeros —ni, para el caso, los posteriores líderes regionales del partido (*Gauleiter*) y otros jefes— eran trabajadores. Hitler era hijo de un funcionario del gobierno, empleado del servicio de aduanas austrohúngaro, bastante próspero y "una especie de persona de cierta importancia".[13] En la década de 1920, Hitler residía en Múnich y vivía allí con "gran comodidad material", disfrutando de un considerable apoyo financiero de benefactores muy ricos de los que se hablará más adelante; y a principios de la década de 1930, gracias a dosis aún mayores del mismo tipo de apoyo financiero, así como a los derechos de autor de su libro *Mein Kampf*, entraría de hecho a formar parte del restringido club de multimillonarios alemanes. Para entonces, poseía una impresionante cartera de propiedades inmobiliarias en Berlín, Múnich y Berchtesgaden, además de una prestigiosa colección de arte que incluía cuadros de Cranach. Y también tenía un Mercedes de gran cilindrada, el tipo de automóvil emblemático de banqueros e industriales. Al igual que los peces gordos de la industria y las finanzas, contaba con "abundante servicio doméstico".[14] Hitler nunca fue un obrero; de origen pequeñoburgués, se las arregló para hacerse cooptar por los niveles superiores de la burguesía.

29

En segundo lugar, Hitler nunca fue socialista. De hecho, aborrecía el socialismo. Pero se dio cuenta de que en Alemania el zeitgeist era socialista y hasta cierto punto revolucionario, de modo que una etiqueta socialista, una

[13] d'Almeida, p. 37.
[14] d'Almeida, pp. 206, 236, 238, 249-51. Tras la guerra, los bienes de Hitler fueron confiscados por el Estado bávaro.

identificación con los trabajadores y una jerga anticapitalista y revolucionaria serían útiles para apelar a las masas plebeyas, ganarse su apoyo y recoger sus votos. (No hay que olvidar que no sólo los trabajadores sino también una parte de la pequeña burguesía albergaba sentimientos vagamente socialistas, anticapitalistas o "antiplutocráticos"). Hitler no era en absoluto un demócrata, un defensor de la causa del pueblo llano, pero era un "populista", es decir, alguien que dice hablar en nombre del pueblo y defender los intereses del pueblo. Era un demagogo que manipula al pueblo, y sin duda era un demagogo con talento. Sin embargo, cuando trataba con industriales, banqueros, grandes terratenientes, militares de alto rango y otros alemanes ricos y poderosos que, como él, detestaban el socialismo, dejó muy claro que el objetivo de su partido no era otro que "la destrucción y erradicación de la visión marxista del mundo", como escribió el 22 de octubre de 1922 en un memorando dirigido a los principales industriales.[15] Hitler proclamaba con frecuencia su intención de "erradicar el marxismo", sabiendo muy bien, como ha señalado el historiador alemán Wolfgang Mommsen, el atractivo que estas palabras tenían para los industriales y banqueros.[16]

Hitler empezó así a ganarse el apoyo de un cierto número de representantes de la élite alemana, por ejemplo el famoso general Ludendorff y Fritz Thyssen, director general del cártel *Vereinigte Stahlwerke AG*. ("AG" es la abreviatura de *Aktiengesellschaft*, sociedad anónima, sociedad por acciones; a veces se hace referencia a las grandes empresas alemanas como *Deutschland AG, igual* que a las estadounidenses como "Corporate America").[17] Thyssen, uno de los hombres más poderosos del corazón industrial de Alemania, la región del Ruhr, conoció a Hitler en octubre de 1923 y enseguida le ofreció una enorme cantidad de dinero.[18] El futuro Führer y su partido también se beneficiaron de la generosidad del editor Julius Lehmann; de esa fuente, el NSDAP recibió 10.000 Reichsmarks entre enero y abril de 1922.[19] Hitler estaba siendo cooptado por las clases altas; o, como se dice en alemán, se estaba convirtiendo en *salonfähig*, es decir, "socialmente aceptable para ser recibido en un salón".

30

En aquella época, el salón, patrocinado casi siempre por una dama que marcaba el tono, constituía "la principal forma de sociabilidad de las élites". Las opiniones autoritarias, racistas y antisemitas ya prevalecían en los salones mucho antes de que Hitler apareciera para dispensar sus propias ideas similares. En una fase temprana, concretamente en los años 1920-22, Hitler se presentó

[15] Citado en Hörster-Philipps, p. 35.
[16] Mommsen (1997), p. 146.
[17] "Deutschland AG".
[18] Pätzold y Weißbecker, p. 68. Más tarde, Thyssen rompería con Hitler y emigraría; en 1941 publicó un libro en Nueva York con el título *Yo pagué a Hitler*
[19] "Julius Friedrich Lehmann"; d'Almeida, p. 49.

en salones como los de la viuda del industrial Carl Albrecht Heckmann; de los Bruckmann, una familia de ricos impresores y editores; y de Herr Bechstein, el famoso fabricante de pianos. Frau Bechstein supuestamente esperaba que Hitler se casara con su hija, pero más interesante es el hecho de que Herr Bechstein regalara a Hitler "un esmoquin y un par de zapatos de charol", para que los luciera en los salones, naturalmente, y no durante las reuniones de los "trabajadores" de su partido. Hitler tuvo ocasión de lucir su esmoquin no sólo en Múnich, sino también en Berlín, por ejemplo, cuando visitó a Herr Borsig, fabricante de locomotoras, y a Emil Gansser, uno de los jefes de la empresa Siemens, ambos miembros de su "primer círculo de relaciones en la alta sociedad".[20] Ya en aquellos años, es decir, a principios de la década de los veinte, Hitler también se benefició del apoyo financiero del gran capital internacional, por ejemplo, de algunos industriales y banqueros suizos, como veremos más adelante. E hizo su primer converso estadounidense en la persona de William Bayard Hale, corresponsal de prensa del multimillonario William Randolph Hearst.[21]

Hitler era muy ambicioso e igualmente impaciente, y sobrestimó el apoyo y la simpatía de que gozaba en esta etapa relativamente temprana de su carrera política. El 9 de noviembre de 1923, inspirado por la llamada Marcha sobre Roma de Mussolini de octubre de 1922, intentó dar un golpe de Estado al estilo de Kapp en Múnich, con el objetivo de instaurar una dictadura bajo su liderazgo. Pero este Putsch *de la* Cervecería (*Bierkellerputsch*) fracasó estrepitosamente, principalmente por la falta de apoyo del ejército, cuyos líderes aún no habían olvidado las dolorosas lecciones aprendidas en la época del Putsch de Kapp. Hitler fue detenido, pero no llegó a cumplir ni un año de prisión, lo que demuestra que en la República de Weimar el poder judicial —otro de los "pilares" del establishment alemán— simpatizaba con los enemigos de la democracia.

31

Aprovechó el cómodo ocio del que disfrutó durante su encarcelamiento para escribir *Mein Kampf*. La lección que extrajo del fiasco de su golpe fue que debía intentar llegar al poder por la vía electoral. Pero incluso en aquellos años, hacer campañas electorales y ganar elecciones requería dinero, mucho dinero. En consecuencia, Hitler necesitaba el apoyo y la cooperación de muchos más ricos y poderosos de Alemania. Se puso a trabajar en esta tarea tras su liberación, en diciembre de 1924, y la refundación de su partido, que había sido ilegalizado temporalmente. Alentado por su amigo Thyssen, Hitler buscó deliberada y sistemáticamente el apoyo de otros industriales. Esperaba ganárselos para su causa del mismo modo que se había ganado a Thyssen, es

[20] D'Almeida, pp. 35, 39, 40 42, 51, 55.
[21] d'Almeida, p. 43; "El Partido Nazi: Mujeres del Tercer Reich".

decir, haciendo hincapié en dos cosas: primero, que el objetivo de su partido era la destrucción de todas las formas de marxismo; y segundo, que él mismo —aparentemente un hombre del pueblo y un excelente demagogo— sabía cómo alejar a los trabajadores y otros plebeyos del socialismo internacional y, por tanto, "no alemán", más concretamente judío, que había logrado seducirlos.[22]

Estos argumentos causaron una poderosa impresión en los industriales y banqueros porque, como ya se ha dicho, los partidos políticos conservadores y elitistas que defendían sus intereses apenas prosperaban en un sistema político basado en el sufragio universal. Alguien dispuesto a defender su causa y capaz de ganar votos entre el pueblo les parecía simpático y útil. Además, les impresionaba el hecho de que Hitler pareciera dispuesto a mostrarse despiadado y brutal al tratar con comunistas, socialistas y cualquier otra persona que percibieran como una amenaza para su poder y sus privilegios. No es de extrañar, por tanto, que numerosos industriales y banqueros decidieran tarde o temprano seguir el ejemplo de Thyssen y conceder favores financieros a Hitler. Como ejemplos, podemos citar a Hugo Stinnes, director general de un enorme consorcio minero germano-luxemburgués, y a Emil Kirdorf, jefe de otra explotación minera, la *Gelsenkirchener Bergwerk AG,* y fundador del poderoso cártel del carbón de la región de Renania-Westfalia. En 1925, los regalos de Stinnes permitieron a Hitler transformar su periódico nazi, el *Völkischer Beobachter*, de una publicación semanal a una diaria.[23] Kirdorf dio mucho dinero a Hitler, a quien había conocido por primera vez en 1926. Al año siguiente, se convirtió en el primer gran industrial en unirse formalmente al NSDAP.

32

Pero mucho más importante fue el hecho de que "abrió a Hitler las puertas de los niveles más altos de la élite económica alemana y proporcionó así al NSDAP acceso directo a [el mundo del] gran dinero".[24] Thyssen también siguió proporcionando un considerable apoyo monetario a Hitler. En 1928, abrió su cartera para financiar la adquisición por parte del NSDAP de una impresionante sede, la famosa "Casa Marrón", un auténtico palacio, situado en un distrito de

---

[22] Gossweiler, pp. 466 y ss.; Kühnl (1985), p. 216. Véase, por ejemplo, el texto del discurso de Hitler ante el prestigioso *Nationalklub* de Hamburgo el 28 de febrero de 1926, citado en HörsterPhilipps, pp. 60 61, y analizado en Gossweiler, pp. 466 73.

[23] Sutton, p. 73. El libro de Sutton *Yall Street and the Rise of Hitler* está lleno de datos interesantes, pero su interpretación no puede tomarse en serio. Sutton sostiene que una pequeña camarilla de capitanes de la industria y banqueros de Wall Street trató sistemáticamente, y con éxito, de socavar la "libre empresa" estableciendo sistemas de "socialismo de Estado" en la Unión Soviética, en la Alemania nazi y en Estados Unidos, este último bajo la forma del New Deal del presidente Roosevelt.

[24] Zdral, pp. 111-12, cita de la p. 100. Para una crítica de Henry Ashby Turner, el historiador estadounidense que ha intentado minimizar el apoyo prestado por Kirdorf a Hitler, véanse Gossweiler, pp. 485 97, y Weißbecker, pp. 70-71.

Múnich demasiado ostentoso para un supuesto partido obrero. Envió este dinero —supuestamente entre 300.000 y 400.000 Reichsmarks[25] — a Hitler a través de una institución financiera de su propiedad en los Países Bajos, el *Bank voor Handel en Scheepvaart* ("Banco *de Comercio y* Navegación"), con sede en Rotterdam. En total, Thyssen acabaría donando cerca de un millón de marcos del Reich al NSDAP. Además, presentó a Hitler a sus amigos de la *Ruhrlade*, una asociación de doce poderosos industriales de la región del Ruhr. Se trataba de figuras muy conservadoras, tradicionalmente muy vinculadas a los partidos políticos burgueses, pero eso no impedía una donación ocasional al NSDAP.[26] En cualquier caso, como ha subrayado Manfred Weißbecker, hacia mediados de la década de 1920 numerosos jefes económicos alemanes [*Wirtschaftsbosse*][27] empezaban a mostrar interés por Adolf Hitler y su "movimiento" nazi y a apoyarlo de un modo u otro; obviamente creían que podría ayudarles a "realizar sus propios objetivos políticos".

Kirdorf y Thyssen no constituyeron excepciones a una hipotética regla según la cual los industriales y banqueros alemanes sólo se interesaron por Hitler tras el advenimiento de la gran crisis económica. Ya en 1926 y 1927, el futuro Führer del Reich fue invitado a numerosas villas y clubes de grandes industriales y financieros, y pudo hacer presentaciones ante los miembros del prestigioso *Hamburger Nationalklub von 1919,* así como en otras reuniones de la élite industrial en Essen, Königswinter y otros lugares. Según Weißbecker, siempre gozó de gran éxito en estos círculos cuando descargaba su odio contra el movimiento obrero, el socialismo marxista y la democracia, y proclamaba su predilección por un Estado autoritario y su deseo de transformar Alemania en una potencia mundial o de hacerla grande de nuevo, por utilizar la terminología trumpiana. Su público también apreciaba su determinación de eliminar política e incluso físicamente a sus enemigos socialistas, comunistas y de otro tipo. En todas estas ocasiones acabó recibiendo no sólo ovaciones, sino también generosas donaciones.

33

De 1927 a 1928, Hitler también se benefició del apoyo financiero de IG Farben, un poderoso trust petroquímico que se había formado en 1925 mediante la fusión de seis grandes empresas, entre ellas BASF, Bayer, Hoechst y Agfa.[28] Uno de los jefes de este trust era Carl Duisberg, originalmente asociado a Bayer. (Durante la Primera Guerra Mundial, Duisberg había producido gas venenoso y, en colaboración con el mencionado Hugo Stinnes,

---

[25] El Reichsmark, teóricamente convertible en oro, se convirtió en la moneda de Alemania tras la crisis inflacionista de 1924 y estuvo en uso hasta 1948.
[26] Zdral, pp. 131-32, 138, 147-48; Sutton, p. 74.
[27] Weißbecker, pp. 70 74.
[28] Gossweiler, pp. 505-12.

había orquestado la deportación de trabajadores forzados de la Bélgica ocupada a Alemania). Como muchas empresas de entonces y de ahora, en Alemania y en casi todas partes, IG Farben donó dinero a más de un partido político. El historiador alemán Kurt Gossweiler ha descrito así la razón por la que el NSDAP de Hitler, una entidad relativamente desconocida en aquella época, pudo beneficiarse de la generosidad de IG Farben:

> Los maestros de la química están acostumbrados a experimentar con todo tipo de elementos, probándolos para ver si pueden ser útiles. Saben por experiencia que, en determinadas circunstancias y en interacción con otras sustancias, incluso las aparentemente menos prometedoras y más inútiles pueden revelar de repente cualidades inesperadas y sorprendentes. Y también adoptaron esta actitud en política: por supuesto, hicieron uso de elementos conocidos y probados, los grandes partidos políticos con muchos escaños en el Reichstag y enquistados en el gobierno, pero no pasaron por alto los elementos prácticamente desconocidos y no probados y probaron su utilidad, especialmente cuando se trataba de un partido político cuyas ideas políticas coincidían con las de Duisberg. Este último creía, por ejemplo, que Alemania necesitaba un hombre fuerte que estuviera dispuesto a actuar sin preocuparse por la opinión de las masas, alguien que, cuando todo estuviera dicho y hecho, fuera capaz de reunir a todos los alemanes detrás de él.[29]

34

Hitler lo hizo muy bien dentro del mundo de las grandes empresas, pero podría haberlo hecho mejor, incluso mucho mejor. No pocos industriales y otros miembros de la clase dirigente alemana de origen burgués o aristocrático no respondieron positivamente a su canto de sirena. Consideraban indigno asociarse con un inmigrante austriaco de extracción pequeñoburguesa y, por tanto, socialmente inferior, y desconfiaban de la plataforma "socialista" de su partido "obrero" y de su discurso "anticapitalista" y "revolucionario". Entre los competidores que se enfrentaban en la arena política, seguían prefiriendo a los partidos conservadores y liberales tradicionales.[30] También hay que tener en cuenta que numerosos industriales alemanes, banqueros, grandes terratenientes, generales, prelados y otros simpatizaban hasta cierto punto con Hitler, pero temían que cualquier intento de llevarle al poder, o su propio "aventurerismo", pudiera desencadenar una respuesta conjunta de socialistas y comunistas, como había ocurrido en la época del Putsch de Kapp, con

[29] Gossweiler, p. 511.
[30] Véase, por ejemplo, Czichon (1978), p. 16, y Mommsen, pp. 144-45.

consecuencias potencialmente revolucionarias.[31]

Por el momento, el apoyo financiero del que gozaba el NSDAP por parte de las grandes empresas seguía siendo, pues, limitado. Pero era de crucial importancia por la sencilla razón de que permitía sobrevivir al partido de Hitler. Los ingresos procedentes de las cuotas pagadas por el todavía muy limitado número de miembros seguían siendo muy modestos. (Este hecho no impidió que el historiador estadounidense Henry Ashby Turner, un gran apologista del gran capital alemán, al que volveremos a mencionar más adelante, proclamara que las cuotas de los miembros eran la principal fuente de ingresos del partido, minimizando así la importancia de las donaciones realizadas por industriales y banqueros.[32]) Antes de finales de 1928, el NSDAP nunca tuvo más de 100.000 adherentes, y el partido no podía permitirse cobrar altas cuotas de afiliación porque reclutaba principalmente entre los desempleados. Los gastos, por otra parte, eran considerables. A la infame milicia del partido, los "soldados de asalto" o "camisas pardas" de los "Destacamentos de Asalto" (*Sturmabteilungen,* SA), no sólo había que proporcionarles uniformes y armas, como porras y revólveres, sino que también había que pagarles, porque era la única forma de atraer a los parados. Y se gastaba mucho dinero en el alquiler de oficinas, los salarios relativamente altos de los funcionarios del partido, la organización de reuniones como el mitin anual del partido, un gran Mercedes para Hitler y automóviles de lujo similares para los demás peces gordos del partido. El resultado fue una escasez crónica de dinero que imposibilitó la realización de una propaganda política eficaz y, por tanto, los éxitos electorales.[33]

35

Como ha escrito un autorizado historiador italiano de la democracia, Luciano Canfora, las victorias electorales tenían que ser "fabricadas", y esto sigue siendo así hoy en día.[34] Como ocurre con cualquier tipo de fabricación, fabricar victorias electorales requiere grandes inversiones y, por tanto, la disponibilidad de un capital considerable. El NSDAP no disponía de capital suficiente para "fabricar" triunfos electorales. Además, la segunda mitad de los años veinte fue una época de relativa estabilidad y prosperidad para la República de Weimar, una fase de consolidación durante la cual la demagogia y la violencia, los instrumentos preferidos del partido de Hitler, resultaron ineficaces. En las elecciones al Reichstag de mayo de 1928, el NSDAP sólo consiguió doce escaños y un 2,6% de los votos. En aquel momento, los industriales y banqueros alemanes ya estaban aportando a Hitler cantidades de

[31] Gossweiler, p. 419
[32] Turner (1985).
[33] Zdral, pp. 8-9, 11-13.
[34] Canfora (2008), p. 212.

dinero suficientes para permitirle sobrevivir políticamente, porque parecía tener potencial; pero si su apoyo financiero aún no le permitía fabricar éxitos electorales sustanciales, era porque aún no le necesitaban. La marea revolucionaria de la posguerra se había calmado, y aunque las grandes empresas seguían sin estar reconciliadas con el sistema democrático de Weimar, habían aprendido a vivir con él, al menos por el momento. Simpatizaban con Hitler, pero lo mantenían en reserva, por así decirlo, para un posible uso futuro.

36

CAPÍTULO 3
CRISIS ECONÓMICA Y POLÍTICA

A finales de 1929 estalló una crisis económica mundial de proporciones catastróficas, y Alemania se vio profundamente afectada por ella. Fue en ese momento cuando los jefes empresariales y financieros alemanes empezaron a interesarse de verdad por Hitler y a verlo como el hombre fuerte en potencia que estaba dispuesto y era capaz de resolver los graves problemas tanto económicos como políticos del país de una manera aceptable, e incluso favorable, para ellos. Los partidos que hasta entonces habían formado los gobiernos de coalición tan típicos de Weimar —partidos burgueses moderados como el católico *Zentrumspartei* o *Zentrum*, "Centro" para abreviar, y el SPD— perdieron mucho terreno en las elecciones de 1930, y los gobiernos de coalición que aún consiguieron formar se revelaron cada vez más inestables. Un número cada vez mayor de proyectos de ley no obtuvieron el apoyo de la mayoría en el Reichstag, por lo que numerosas medidas de austeridad impopulares, presumiblemente necesarias para combatir la crisis económica, tuvieron que ser proclamadas por decreto. Según la Constitución de Weimar, esta opción podía permitirse "excepcionalmente" con la aprobación del presidente, Hindenburg, un *Junker* prusiano ultraconservador. Sin embargo, era evidente que la crisis no podía abordarse adecuadamente de este modo, y que se requería una política más sistemática y eficaz. Weimar se encontraba claramente en la encrucijada, a punto de abandonar el camino del medio, pero ¿hacia dónde giraría, hacia la izquierda o hacia la derecha?

37

A medida que se hacía cada vez más difícil navegar por el camino del medio, un giro brusco hacia la izquierda parecía cada vez más probable. Innumerables alemanes, y sobre todo los obreros industriales que aún constituían la mitad de la población activa, consideraban la crisis económica mundial como la agonía del sistema capitalista; empezaron a soñar con una revolución al estilo ruso, abandonando cada vez más al reformista SPD por el revolucionario KPD. Por otra parte, la clase media-baja —agricultores, profesores, pequeños empresarios, artesanos, trabajadores de cuello blanco, funcionarios de bajo rango y otros miembros de lo que en alemán se denomina Mittelstand— temía

un retroceso social, que posiblemente incluyera la "proletarización", es decir, el descenso a la categoría social más baja. Estos pequeños burgueses se dejaron seducir cada vez más por el canto de sirena de la ideología nacional-socialista —en realidad una ideología pseudo-socialista y pseudo-revolucionaria— que culpaba de todos los problemas no al propio sistema capitalista sino a los judíos, comunistas, "plutócratas" internacionales y otros chivos expiatorios. Además, con su discurso "socialista" y "anticapitalista", los nazis conjuraban, en beneficio de los alemanes de a pie, una idílica *Volksgemeinschaft*, es decir, una presunta "comunidad del pueblo [alemán]" igualitaria. De dicha comunidad, todos los alemanes, independientemente de su origen social, serían miembros orgullosos con los mismos derechos y beneficios. Los nazis también promovían la visión de un mundo en el que los alemanes gobernarían, y serían admirados, como un *Herrenvolk*, un "pueblo de señores", elevado por encima de todos los demás pueblos y, excepcionalmente, por encima de los judíos y otros "subhumanos" (*Untermenschen*). Así, un número cada vez mayor de miembros de la clase media-baja abandonaron los partidos de centro y se unieron al "movimiento" nazi de Hitler. De esta migración política esperaban grandes beneficios, como el cierre de los grandes almacenes presuntamente judíos que competían con los pequeños comerciantes, subvenciones para los pequeños agricultores y empresarios, tipos de interés más bajos en los préstamos bancarios y la consiguiente liberación de la "servidumbre de intereses" (*Zinsknechtschaft)* impuesta por los bancos.

38

El NSDAP se reveló como el único partido de derechas que gozaba de un apoyo considerable por parte de la plebe alemana. Historiadores como Thomas Childers lo han descrito con razón como un "partido popular de protesta". Los trabajadores también se dejaron seducir por los cantos de sirena pseudosocialistas de los nazis: los desempleados, por ejemplo, y los obreros que soñaban con aburguesarse, es decir, ascender al estatus de clase (baja) media.[35] Sin embargo, en el NSDAP, presumiblemente un partido obrero, los trabajadores siempre estuvieron notablemente infrarrepresentados en comparación con su porcentaje de la población. Entre 1930 y 1934, el porcentaje de miembros del NSDAP que pertenecían a la clase obrera fluctuó entre el 28 y el 32 por ciento, muy por debajo del porcentaje de esta clase en la población alemana, a saber, el 45 por ciento.[36] Además, los avances electorales del NSDAP no se lograron a costa de los auténticos partidos obreros, el SPD y el KPD, sino de los partidos burgueses tradicionales. A pesar de su nombre, el NSDAP nunca fue un verdadero partido obrero. Como ha subrayado Nicos

[35] Esta cuestión se analiza en Cope, p. 284 y ss.
[36] Poulantzas, p. 221, refiriéndose a un estudio del historiador alemán Karl Dietrich Bracher, *Die Deutsche Diktatur*.

Poulantzas, "la masa de la clase obrera [alemana] permaneció leal al SPD y al KPD".[37]

Como es natural, los industriales y banqueros alemanes prefirieron la interpretación de derechas de la crisis económica, culpando de ella a chivos expiatorios, sobre todo a los judíos, a la interpretación de izquierdas, que culpaba al sistema capitalista y, por tanto, a los capitalistas, es decir, a los propios industriales y banqueros. Esperaban y rezaban para que en las siguientes elecciones Hitler recibiera suficientes votos para impedir que la izquierda obtuviera la mayoría. Además, estaba claro que podían esperar que Hitler intentara hacer realidad muchos de sus sueños más anhelados. Su negocio seguía siendo relativamente bueno a pesar de la crisis —seguían obteniendo beneficios decentes—, pero las cosas podían ir mucho mejor. En el sector del automóvil, por ejemplo, los propietarios y gerentes esperaban la introducción de un programa de rearme a gran escala, lo que significaría enormes pedidos de camiones.[38] Pero rearmarse significaba violar el Tratado de Versalles, y esto implicaba riesgos para los que los partidos conservadores o liberales tradicionales tenían tan poco apetito como los partidos de izquierda. Hitler, sin embargo, hizo saber que podían contar con él para emprender este tipo de iniciativas. A los industriales alemanes y a los banqueros, generales, grandes terratenientes y demás les conjuró no sólo una lucrativa política de rearme, sino también una política exterior agresiva y revanchista, una política que pretendía revertir la derrota de 1918 y hacer realidad por fin las ambiciones inmodestas que la élite alemana había acariciado en 1914. Bajo sus auspicios, Alemania recuperaría los territorios perdidos a causa de su derrota y adquiriría nuevas posesiones, los mismos territorios que habían constituido el objeto de los deseos de la élite antes de 1914.

39

La creación de una enorme zona comercial dirigida por Alemania, por supuesto en una Europa Central vagamente definida (*Mitteleuropa*) o, mejor aún, en toda Europa, abriría fuentes de materias primas y mano de obra barata, nuevos mercados para los productos acabados de la industria alemana y abundantes oportunidades para el capital inversor alemán. Como mínimo, Alemania se apropiaría de las abundantes materias primas, la tierra fértil, la inagotable reserva de mano de obra barata y las vastas extensiones de "espacio vital" (*Lebensraum)* de Europa Oriental, una "Tierra del Este" (*Ostland*) predestinada a ser colonizada por millones de personas que no eran necesarias en el propio corazón alemán. Este proyecto colonial nazi se inspiraba en dos precedentes históricos: la migración germánica hacia el este durante la Edad

[37] Falter, pp. 40-42, 43-45; Kühnl (1980), pp. 85-86; Gossweiler, pp. 328-31, 463-64; Poulantzas, pp. 220-22; véanse también las estadísticas de Hörster-Philipps, p. 129.

[38] Hörster-Philipps, pp. 19, 74 y, con respecto al sector del automóvil, 80-81.

Media, conocida como el "Empuje hacia el Este" (*Drang nach Osten*), y también la conquista extremadamente brutal del llamado Salvaje Oeste por parte de los estadounidenses en el siglo XIX, una conquista por la que el propio Hitler sentía un enorme respeto y admiración.[39]

Era obvio que este plan implicaba la destrucción de la Unión Soviética. Pero eso no planteaba ningún problema. Al contrario, los industriales y banqueros alemanes despreciaban la Jerusalén del comunismo internacional tanto como Hitler. También en este aspecto, los hombres del gran capital se encontraban en la misma longitud de onda que los nazis. El hecho de que estos planes —tanto los de Hitler como los suyos propios— condujeran inevitablemente a una terrible guerra no preocupaba a los industriales y banqueros alemanes[40] . Estaban convencidos de que Alemania era lo suficientemente fuerte, tanto económica como militarmente, para ganar una guerra contra cualquiera. Tal y como veían las cosas, y tal y como las veía Hitler, la derrota de Alemania en 1918 se había debido a una traición, a una "puñalada por la espalda" administrada por los propios revolucionarios rojos y judíos alemanes, de modo que eliminar a esos "traidores" era todo lo que se necesitaba para ganar la siguiente guerra. La élite alemana tampoco temía una guerra porque no era la élite la que proporcionaría la carne de cañón necesaria, sino la plebe. No tenían motivos para creer que nada hubiera cambiado desde la Primera Guerra Mundial, cuando una canción con este verso sarcástico había sido popular entre los soldados alemanes:

40

Der Krieg ist für die Reichen, La guerra es para los ricos,
die Armen stellen die Leichen Los pobres proporcionan los cadáveres

Se podía contar con que el programa de rearme a gran escala que cabía esperar que lanzara Hitler desencadenaría un gran aumento de la producción. Sin embargo, los beneficios sólo aumentarían en consecuencia si el aumento concomitante de la demanda de trabajadores no incrementara los costes laborales, es decir, los salarios, como ocurriría normalmente debido a la ley de la oferta y la demanda en un mercado libre. ¿Cómo evitar que los sindicatos aprovechen el auge generado por el rearme para exigir no sólo salarios más altos, sino quizás incluso jornadas laborales más cortas, mejores condiciones de trabajo, participación en los procesos de toma de decisiones de las empresas y otros beneficios? ¿Y cómo evitar que el Estado frenara el aumento

[39] Hörster-Philipps, p. 25. Pueden encontrarse comentarios sobre Hitler y el Salvaje Oeste en Losurdo (2006), pp. 228, 233 38, y Cope, pp. 279 80.
[40] Véanse los documentos citados en el capítulo *"Großindustrielle Hauptforderungen in der Krise"* en Hörster-Philipps, pp. 75-80.

potencialmente explosivo de la rentabilidad imponiendo a los empresarios el tipo de cargas sociales que servían para financiar el desempleo y el seguro de enfermedad, las pensiones y otras prestaciones sociales para los asalariados aborrecidas por las grandes empresas pero que formaban parte integrante del sistema de Weimar? También en este aspecto, los industriales y banqueros podían contar con el vulgar pero útil advenedizo que, desde el punto de vista de la élite, representaba Adolf Hitler. En innumerables cartas y discursos, dejó muy claro a la comunidad empresarial que, si llegaba al poder, los sindicatos quedarían castrados, los propietarios volverían a ser los amos de su propia casa, los salarios no aumentarían, se aplicarían jornadas laborales no más cortas sino más largas y se reducirían las cargas sociales.

La llegada de la crisis económica aumentó así la "utilidad" de Hitler a los ojos de un número creciente de miembros de la élite industrial y financiera alemana que hasta entonces le habían ignorado. A partir de entonces, grandes sumas de dinero fluyeron de sus carteras a la tesorería del NSDAP. Esto permitió a Hitler instalarse —primero ocasionalmente, pero más tarde, a partir de 1932, de forma permanente— en una suite de un lujoso hotel de Berlín, el Kaiserhof, que le sirvió de despacho y sala de reuniones. (Una planta entera de este hotel se convirtió incluso en una especie de cuartel general del NSDAP, donde se organizaban las campañas electorales). Esto hizo posible, o al menos más fácil, que los representantes de la élite alemana que eran recibidos allí se sintieran como en casa y le reconocieran como uno de los suyos. Pero, sobre todo, el apoyo financiero cada vez más generoso de fuentes de clase alta hizo posible que un partido que atendía a las clases bajas, como pretendía ser el NSDAP, empezara a "fabricar" éxitos electorales.[41] El primer éxito de este tipo se logró en septiembre de 1930, cuando el NSDAP consiguió aumentar espectacularmente su número de escaños en el Reichstag, de 12 a 107. A partir de entonces, era un partido de masas. A partir de entonces era un partido de masas, capaz de competir con el Centro, el SPD y el KPD.

41

El biógrafo de Hitler, Ian Kershaw, reconoce que el resultado de las elecciones de 1930 "obligó a la comunidad empresarial a tomar nota del partido de Hitler" y fue seguido por "una serie de reuniones... en las que Hitler explicó sus objetivos a [e impresionó a] destacados empresarios" como Wilhelm Cuno, de la naviera Hamburg-America. Pero sólo se refiere a la "considerable financiación prometida" por los industriales "en caso de un intento de golpe izquierdista"; y racionaliza el apoyo financiero proporcionado por las empresas sugiriendo que "la mayoría de los líderes y ejecutivos de las grandes empresas fueron lo suficientemente astutos como para repartir su financiación como una

[41] d'Almeida, p. 74; "Hotel Kaiserhof (Berlín)".

forma de seguro político, una vez que se hubiera producido el avance nazi". Evidentemente, Kershaw está muy interesado en minimizar el apoyo empresarial a Hitler y se hace eco de las opiniones a este respecto del historiador estadounidense Henry Ashby Turner, en quien se basa casi exclusivamente para su información.[42] Sin embargo, observadores contemporáneos bien informados y astutos coincidían en que la metamorfosis del NSDAP en un partido de masas no habría sido posible sin el apoyo financiero proporcionado por empresarios, banqueros y otros individuos ricos y poderosos, apoyo proporcionado incluso antes de las elecciones. Un informe confidencial dirigido al gobierno francés dice del avance electoral de los nazis que "había sido financiado en gran parte por los grandes industriales". Y el embajador estadounidense en Berlín explicó el sorprendente triunfo electoral de los nazis a sus superiores en Washington escribiendo que "Hitler *se benefició* sin duda de un considerable apoyo financiero de ciertos grandes industriales."[43]

Los hombres del gran capital apoyaron a Hitler no sólo económicamente. Uno de los hombres más poderosos que Hitler consiguió unir a su causa fue el magnate de los medios de comunicación Alfred Hugenberg, anteriormente asociado con Krupp. Este magnate no sólo controlaba aproximadamente la mitad de la prensa alemana, sino que también disponía de un imperio cinematográfico, UFA (*Universum Film AG*), que presentaba semanalmente noticiarios en las salas de cine. Hugenberg utilizó este medio para propagar una imagen positiva de Hitler, haciendo que un número cada vez mayor de ciudadanos alemanes lo vieran como un político respetable, un estadista, incluso un futuro canciller.[44]

42

Aun así, algunos grandes industriales seguían despreciando a Hitler por considerarlo un advenedizo, cuestionaban sus verdaderas intenciones y seguían prefiriendo a los políticos conservadores. Uno de ellos era Günther Quandt, director general de un imperio industrial que incluía AFA (*Accumulatoren-Fabrik Aktiengesellschaft)*, el mayor productor de baterías de Europa. Conoció a Hitler en 1931 y declaró más tarde que no le había impresionado en absoluto, sino que el futuro Führer le parecía un tipo de persona "muy corriente".[45] Para ganarse incluso a esos escépticos, el 27 de enero de 1932 Hitler hizo una presentación en una reunión de unos cientos de industriales en Düsseldorf, organizada por Thyssen. El número exacto de participantes es incierto, y parece

---

[42] Kershaw (2000), pp. 357-58, con un total de veintidós referencias a Turner en la p. 707.
[43] Informes citados en Lacroix-Riz (2006), p. 62, y Hörster-Philipps, p. 102. Véase también Guérin, pp. 39-40; Seldes, pp. 122-23.
[44] Lacroix-Riz (2006), p. 63.
[45] Cita de Bonstein, Hawranek y Wiegrefe.

que se situó entre cuatrocientos y seiscientos, pero se sabe que el evento despertó un gran interés, ya que no era fácil, ni siquiera para personalidades muy importantes, obtener un asiento.[46] Hitler aprovechó la oportunidad para desvelar "el verdadero programa" de su partido, y recibió una respuesta muy positiva. ¿Por qué? Empezó negando categóricamente que el NSDAP defendiera los intereses de los trabajadores y tuviera objetivos socialistas. Luego explicó que creía firmemente en la inviolabilidad de la propiedad privada. A continuación, se explayó sobre uno de sus temas favoritos: el "principio de sumisión al líder" autoritario (*Führerprinzip),* que imponía en su partido y que los miembros de su audiencia aplicaban en la medida de lo posible en sus empresas; este mismo principio proponía aplicarlo también al Estado. Al igual que la dirección de una empresa no debe confiarse a los trabajadores, añadió Hitler, la dirección de un Estado no debe confiarse a las masas populares, como ocurre en una democracia. La democracia en la política, subrayó, sabiendo perfectamente que su público estaría de acuerdo con él, correspondía a la propiedad común de las empresas en la economía, es decir, al comunismo; a la inversa, la propiedad privada en la economía, es decir, el capitalismo, armonizaba con un sistema político autoritario. Por consiguiente, Hitler declaró que el sistema democrático de Weimar tenía que ser eliminado en favor de una dictadura, para que un hombre fuerte fiable pudiera hacer lo que había que hacer, por el bien de la industria y las finanzas, por supuesto. El único hombre fuerte en Alemania con el que podían contar los industriales era, por supuesto, el propio Hitler. Y Hitler prometió hacer lo que los partidarios de una dictadura esperaban y lo que no podían esperar de la democracia de Weimar: erradicar el marxismo, imponer una disciplina férrea a los trabajadores alemanes y al pueblo en general, aplicar una política económica que aumentara la rentabilidad de las empresas, destruir la Unión Soviética, y mucho más. El público respondió a la perorata de Hitler con "una tempestad de interminables aplausos". Thyssen escribiría más tarde que "este discurso causó una profunda impresión en los industriales allí reunidos, y después una avalancha de contribuciones financieras de la industria pesada fluyó hacia las arcas del partido nacional-socialista".[47]

43

Los historiadores conservadores, alemanes y de otras nacionalidades, han intentado en general minimizar la importancia y el éxito de esta presentación en Düsseldorf. Sin embargo, uno de ellos, el prestigioso Wolfgang J. Mommsen, ha reconocido que las palabras de Hitler causaron *impresión* (*machten Eindruck)* en los industriales allí presentes, y que esta reunión

[46] Neebe, p. 119.
[47] Pätzold y Weißbecker, pp. 180-81; cita de Zdral, pp. 140-42: texto del discurso en Domarus, parte 1, pp. 68-90.

representó sin duda "una especie de avance" (*ein gewisser Durchbruch*) en las relaciones entre Hitler y *Deutschland AG,* la gran empresa alemana.[48] Y otro historiador conservador, Reinhard Neebe, ha escrito que el éxito de Hitler en Düsseldorf demostró que el nacionalsocialismo se había convertido en un factor importante en los planes estratégicos de la gran industria. [49]

Durante la reunión de Düsseldorf, el tema del antisemitismo no salió a colación por razones que no pueden explicarse aquí. Sin embargo, el antisemitismo contribuyó en gran medida a que Hitler, líder del NSDAP, presumiblemente un partido socialista y anticapitalista de trabajadores, pudiera gozar de tanto éxito entre la *crème de la crème de los* capitalistas alemanes. Fue gracias al antisemitismo que Hitler y otros portavoces del nazismo pudieron ofrecer a los industriales una explicación satisfactoria de la verdadera naturaleza del llamado socialismo —el "*pseudosocialismo"* (*Pseudosozialismus)*, como lo ha llamado Manfred Weißbecker[50] — del NSDAP. El anticapitalismo del nacionalsocialismo, explicaban, no iba dirigido contra el capitalismo "creativo" (*schaffendes)* que resultaba ser el capitalismo "alemán", sino contra el capitalismo "rapaz" (*raffendes)* de los judíos. A la inversa, el socialismo de Hitler era un socialismo "nacional", es decir, un socialismo alemán que no tenía nada que ver, e incluso se oponía resueltamente, al socialismo "internacional", es decir, al socialismo judío, una ideología nefasta urdida por Karl Marx, él mismo miembro del "pueblo internacional", los judíos. La "revolución" predicada por Hitler anunciaría el fin tanto del capitalismo judío como del socialismo judío (o marxista); de tal revolución, los industriales y banqueros alemanes, presumiblemente capitalistas "creativos", no tenían absolutamente nada que temer.

44

Hitler no era un antisemita ordinario. Su antisemitismo —que compartía con innumerables alemanes y franceses, británicos, estadounidenses y otros— se reveló particularmente útil, e incluso indispensable. Le permitió aparentar ser "socialista" y cosechar las ventajas electorales asociadas a esta apariencia, pero sin ofender a los poderosos antimarxistas, y entregarse a un discurso popular "anticapitalista" sin disgustar a los propios capitalistas. El antisemitismo le permitió predicar la "revolución" a quienes esperaban beneficiarse del cambio revolucionario sin aterrorizar a quienes detestaban la idea misma de revolución.[51]

---

[48] Mommsen, p. 145.
[49] Neebe, p. 120.
[50] Weißbecker, p. 39.
[51] Véanse los documentos en Hörster-Philipps, p. 112 y ss.

45

CAPÍTULO 4
CONTRATACIÓN DE ADOLF H.

Hitler causó una gran impresión en audiencias formadas por hombres de negocios y banqueros, no sólo en Düsseldorf, sino también en muchas reuniones similares, y cosechó los frutos de ello en forma de más y más contribuciones en efectivo de fuentes del gran capital. En 1932, los servicios secretos franceses mencionaron en cientos de informes que Hitler y su partido disponían de medios financieros prácticamente ilimitados gracias al apoyo financiero de grandes industriales. En estas circunstancias, no es de extrañar que las elecciones de julio de ese año se convirtieran en un triunfo para el NSDAP: con 230 escaños en el Reichstag, el "movimiento" nazi de Hitler se convirtió en el mayor partido del país,[52] . Aun así, los nazis no alcanzaron la mayoría y Alemania siguió siendo gobernada por coaliciones incipientes de partidos de centro. De hecho, varias poderosas personalidades conservadoras seguían creyendo que era posible evitar que la izquierda tomara el poder sin tener que recurrir a los servicios de Hitler. Entre ellos estaban Franz von Papen, un "político ambicioso, monárquico-conservador y católico" del Partido del Centro,[53] y el presidente Hindenburg, un militar de alto rango de origen aristocrático que expresó su desdén por Hitler refiriéndose a él como un "cabo bohemio". El 6 de noviembre de 1932, tras otra crisis política, volvieron a celebrarse elecciones. Sin embargo, en lugar de obtener la mayoría, como muchos alemanes esperaban o temían, el NSDAP sufrió un duro revés.

46

El partido de Hitler perdió treinta y cuatro escaños y su porcentaje de voto popular cayó del 37 al 31 por ciento. No menos de dos millones de votantes habían dado la espalda al NSDAP. Además, durante la campaña electoral el partido no sólo había devorado las subvenciones que había recibido de las grandes empresas, sino que también había contraído una deuda considerable. En cambio, el archienemigo del NSDAP, el KPD, había obtenido un éxito notable: con casi el 17% del voto popular, había ganado cien escaños. Nada menos que 13 millones de alemanes habían votado a un auténtico partido obrero, el SPD o el KPD. Según el historiador Wolfgang Mommsen, "el pánico

[52] Lacroix-Riz (2006), p. 62.
[53] Descripción de von Papen en Treue (1976), p. 315.

se apoderó de los altos cargos del partido nazi", y a principios de diciembre se produjo la dimisión de un Gregor Strasser totalmente desilusionado, "jefe de la organización [política] del partido" (*Reichsorganisationsleiter*, una especie de secretario general, y mano derecha de Hitler.[54] Goebbels se lamentaba en su diario: las arcas del partido estaban vacías, el NSDAP parecía a punto de desmoronarse, él mismo y otros peces gordos del partido estaban seriamente deprimidos y Hitler estaba contemplando el suicidio.

En ese momento, oscuros nubarrones de preocupación se agolparon en el hasta entonces soleado cielo de la élite alemana. La baza que representaba Hitler, pero que aún no se habían molestado en jugar, ¿estaba a punto de escapárseles de las manos para siempre? ¿Abandonaría el NSDAP el grueso del pueblo alemán y transferiría su apoyo a los partidos de izquierda, cuna de los auténticos socialistas? ¿Les iría aún mejor a los comunistas en las próximas elecciones? Parecía que podía hacerse realidad un escenario calamitoso, que ya había sido esbozado en el otoño de 1932 por un periodista estadounidense, Hubert R. Knickerbocker.[55] Knickerbocker, un corresponsal en el extranjero que trabajaba para el barón de la prensa William Randolph Hearst, gran admirador de Hitler, había predicho lo siguiente en un artículo del prestigioso periódico liberal burgués *Vossische Zeitung:*

> Si Hitler no llega al poder, sus seguidores dentro de la masa popular abandonarán su partido. Se unirán a los comunistas y a los elementos verdaderamente socialistas del SPD. Formarán una fuerza irresistible. Derrocarán el capitalismo [en Alemania].[56]

47

Numerosos diplomáticos estadounidenses destinados en Alemania temían asimismo que muchos nazis desilusionados desertaran y se pasaran al Partido Comunista y que, de este modo, "el fiasco de los nazis engendrara el éxito de los comunistas".[57]

Para evitar que tal escenario se hiciera realidad, los ricos y poderosos de Alemania tuvieron que actuar de inmediato. Y eso es exactamente lo que hicieron, aunque casi siempre entre bastidores. Refiriéndose a este breve pero fatídico episodio de la historia alemana, el historiador Hans-Ulrich Wehler ha escrito que "las élites tradicionales [*die traditionellen Machteliten]* ayudaron a llevar a Hitler al poder... sin su ayuda nunca habría podido hacerlo". Un colega suyo, Wolfgang Mommsen, comparte esta opinión; ha reconocido que, "si [tras

---

[54] Mommsen, pp. 149-52; véase también Doares sobre los 13 millones de votos a los partidos de izquierda.
[55] Treue (1976), p. 329; Kühnl (1980), pp. 90-92; Hörster-Philipps, p. 150; Zdral, p. 11.
[56] Knickerbocker citado en Treue (1976), pp. 325-26.
[57] Burke, pp. 164-65.

este fiasco electoral para el NSDAP], Hitler pudo no obstante llegar al poder y mantenerse en él, ello se debió principalmente al papel desempeñado por las élites políticas y económicas contemporáneas."[58] Opiniones casi idénticas habían expresado ya algunos de los expertos que intervinieron en los juicios de Núremberg: Telford Taylor, fiscal estadounidense, afirmó categóricamente que "sin la colaboración entre la industria alemana y el partido nazi, Hitler y sus acólitos nunca habrían podido llegar al poder en Alemania."[59] El fruto de los esfuerzos de los ricos y poderosos en favor de Hitler en un momento en que su partido se tambaleaba al borde del colapso fue el siguiente: en pocos meses, fue ungido como jefe del gobierno alemán.

En la primavera de 1932, el industrial Wilhelm Keppler había fundado un "círculo [*Kreis]* de amigos" que pronto sería conocido como el *Keppler-Kreis* o "Círculo Keppler". En él participaban una veintena de grandes terratenientes como el conde Gottfried von Bismarck, descendiente del gran Bismarck, armadores y grandes comerciantes como Emil Helfferich, de la "Hamburg-American Transatlantic Steamship Company" (*HamburgAmerikanische Packetfahrt-Actiengesellschaft*, HAPAG), destacados industriales como Albert Vögler, de la *Vereinigte Stahlwerke* ("Siderurgia Unida"), August Rosterg, de la empresa Wintershall, Rudolf Bingel, de Siemens, y banqueros como Emil Meyer, del Dresdner Bank, Friedrich Reinhart, del Commerzbank, y Kurt von Schröder, del Bankhaus J. H. Stein de Colonia.H. Stein de Colonia. Este último ha sido descrito por el historiador alemán Kurt Gossweiler como "simpatizante del NSDAP desde el principio, habitante de las más altas esferas del sector bancario".[60] El objetivo del Círculo Keppler era lograr la formación de un gobierno dirigido por Hitler. Su impulsor no era otro que Hjalmar Schacht, que había sido presidente del *Reichsbank* entre 1923 y 1930.[61] Había conocido a Hitler en enero de 1931 durante una cena ofrecida por Hermann Göring, ocasión que contó con la presencia del industrial Fritz Thyssen y de otro pez gordo nazi, Joseph Goebbels.

48

Tras las elecciones de noviembre de 1932, este núcleo duro de ricos y poderosos admiradores de Hitler hizo todo lo que estuvo en su mano para persuadir al presidente Hindenburg de que nombrara a su favorito "canciller del Reich" (*Reichskanzler*), es decir, jefe del gobierno nacional, a pesar de su amarga derrota en las últimas elecciones, o mejor dicho, debido a ella. De hecho, desde el punto de vista de Schacht y sus amigos, era ahora o nunca. La

---

[58] Wehler es citado en Canfora (2006), p. 49; Mommsen, p. 133.
[59] Citado en Czichon (1978), pp. 13-14:
[60] Gossweiler, p. 509.
[61] Zdral, pp. 168-71; Pätzold y Weißbecker, pp. 196-200, 217; Hörster-Philipps, pp. 104, 137; Czichon (1978), p. 24 y ss., 42-43, 49-56.

situación empeoraba rápidamente para Hitler y pronto podría perder lo que le quedaba de utilidad electoral. Se entablaron negociaciones febriles, especialmente con von Papen, del Partido del Centro. Este último se negó durante bastante tiempo a colaborar, pero finalmente —tras una reunión con Hitler en Colonia, en la villa del banquero von Schröder, el 4 de enero de 1933— se declaró dispuesto a ayudar a persuadir a Hindenburg. El 30 de enero de 1933, en contra de toda lógica parlamentaria,[62] el presidente invitó a Hitler a formar un gobierno de coalición cuyos detalles habían sido elaborados por la cábala de Schacht, von Papen, etc. Esta coalición incluía sólo a otros dos nazis, Göring y Wilhelm Frick, y no casualmente se trataba de dos personalidades nazis que mantenían estrechas relaciones con el gran capital; los otros miembros del nuevo gobierno eran eminentes políticos conservadores como von Papen, que se convirtió en vicecanciller, y Hugenberg. Se pretendía que los ministros conservadores, representantes de la élite alemana, tuvieran el poder real y definieran el rumbo político del nuevo gobierno, mientras que Hitler, debidamente encajonado (*eingerahmt)* y por tanto supuestamente impotente, se limitaría a reunir a las masas populares en torno al nuevo gobierno y a vender sus políticas. "¡Hemos contratado a Hitler!", así exultaba von Papen aquel día, un día que resultaría ser nefasto para Alemania —y para el mundo entero.

Para von Papen y otros muchos miembros de la clase dirigente alemana, Hitler no era más que un instrumento que debía hacer posible la consecución de sus objetivos. Pero le subestimaron: Hitler se desharía gradualmente de von Papen y de los demás caballeros conservadores de su gabinete. Por tanto, es erróneo considerarlo un mero instrumento pasivo, o "marioneta", de la élite alemana en general y de los capitalistas alemanes en particular. Más adelante volveremos sobre este importante punto.

49

En el plano político, los industriales y banqueros alemanes pronto se verían marginados por Hitler, ese advenedizo al que tanto habían subestimado. Sin embargo, en el plano socioeconómico, Hitler haría realidad sus sueños más anhelados. Tendrían muchas razones para estar contentos con sus servicios, contentos de haber "elegido la opción fascista", como ha escrito el historiador estadounidense Robert O. Paxton, o —como ha dicho Kurt Gossweiler— de haber elegido a Hitler y a su partido como "la tropa de choque ideológica y política para la realización de sus objetivos".[63] No es casualidad que los valores de la Bolsa de Berlín subieran vertiginosamente entre enero y marzo de 1933. Como han demostrado investigaciones recientes, esta subida reflejaba efectivamente el entusiasmo de los grandes inversores y, sobre todo, de las

[62] Canfora (2008), p. 213.
[63] Paxton es citado en Wiegel, p. 191; Gossweiler, p. 487.

numerosas grandes empresas y bancos que mantenían estrechas relaciones con el NSDAP. Los industriales y banqueros alemanes se sintieron sumamente aliviados de que Hitler procediera inmediatamente a suprimir el Partido Comunista, cuyo potencial nuevo éxito electoral se había cernido como una pesadilla, y ya estaban relamiéndose y pensando en los pedidos que se esperaba que fluyeran del programa de rearme prometido por el nuevo amo de Alemania. El avance bursátil entre mediados de enero y mediados de marzo de 1933 fue impresionante, pero sus principales beneficiarios fueron las grandes empresas e instituciones financieras que mantenían estrechos vínculos con el NSDAP; sus ganancias ascendieron a unos 358 millones de marcos del Reich, lo que representaba el 93 por ciento de un avance total de 383 millones.[64]

Hitler cumpliría prácticamente todas las esperanzas que los industriales y banqueros alemanes habían depositado en él. Incluso se puede decir que consiguió realizar todos los puntos importantes de su programa con más ahínco, de forma más completa y despiadada de lo que ellos mismos habrían sido capaces de hacer, o se habrían atrevido a hacer, si hubieran ejercido el poder directamente. Y hacer que Hitler realizara este servicio implicaba otra ventaja considerable, sin duda de gran importancia a largo plazo: con la excepción de un puñado de individuos, como Kirdorf y von Schröder, los banqueros e industriales nunca se molestaron personalmente en unirse al plebeyo NSDAP; mucho más tarde, después de doce años de dictadura nazi de la que habían sido padrinos, podrían así desvincularse del nazismo, culpar de todos los crímenes y la miseria a Hitler y a los demás nazis, y declararse piadosamente inocentes.

[64] Véase el estudio de Ferguson y Voth, especialmente la p. 38.

CAPÍTULO 5
LA ELIMINACIÓN DE LA IZQUIERDA

¿Cuáles eran los puntos del programa de la élite industrial y financiera alemana que Hitler y los nazis llevaron a cabo? Para empezar, casi inmediatamente después de llegar al poder, el 30 de enero de 1933, Hitler eliminó la amenaza real o imaginaria de revolución destruyendo el KPD, la fortaleza del socialismo revolucionario. Ya a principios de febrero circularon rumores en la capital alemana de que los nazis estaban preparando una "operación de bandera falsa", es decir, un falso atentado contra la vida del nuevo canciller, del que se culparía al KPD,[65] y es un hecho probado que se estaban preparando listas de funcionarios del Partido Comunista que debían ser eliminados. En este contexto, es extremadamente probable, aunque todavía no seguro al cien por cien, que el incendio que estalló en el edificio del Reichstag la noche del 27 al 28 de febrero de 1933 fuera provocado por los propios nazis, con Göring como principal orquestador. Como era de esperar, inmediatamente se culpó del crimen a los comunistas[66] y sirvió de pretexto para arrestar a unos cuatro mil funcionarios y otros miembros del KPD y para expulsar inconstitucionalmente del Reichstag a todos los representantes de ese partido, el enemigo más importante y peligroso del NSDAP. La mayoría de estos comunistas fueron asesinados o encarcelados, o acabaron en los primeros campos de concentración, creados entonces por los nazis porque las cárceles normales pronto se vieron superpobladas por sus enemigos, no sólo comunistas, sino también socialdemócratas, liberales e incluso conservadores. (El primer campo de concentración, que serviría de prototipo para los que siguieron, fue el de Dachau, hasta entonces conocido como una colonia de artistas bastante agradable a las afueras de Múnich). De marzo a noviembre de 1933, un total de más de dos mil militantes comunistas fueron asesinados y un mínimo de sesenta mil fueron encarcelados. Los bienes del KPD fueron confiscados por el Estado alemán mediante una ley promulgada el 26 de mayo de 1933. El Partido Comunista dejó así de existir, salvo las células que lograron sobrevivir en la clandestinidad.[67] Los industriales y banqueros alemanes, y la

[65] Evans (2004), p. 327.
[66] Para un análisis detallado del incendio del Reichstag, véase el estudio de Bahar y Kugel; para un excelente resumen, véase Canfora (2006), pp. 50-61.
[67] Evans (2004), pp. 342-47; Derbent, p. 27. Sobre las organizaciones clandestinas de los comunistas

élite del país en general, exultaron y aplaudieron. Pero al menos algunos de ellos tendrían más tarde motivos para arrepentirse de su actitud, sobre todo cuando la misma suerte corrió amigos, familiares o ellos mismos; este remordimiento quedó reflejado en estas famosas palabras de un pastor protestante, Martin Niemöller:

51

> Primero vinieron a por los comunistas, y yo no hablé, porque no era comunista;
> Luego vinieron a por los socialistas, y yo no me pronuncié, porque no era socialista;
> Luego vinieron a por los sindicalistas, y yo no me manifesté, porque no era sindicalista;
> Entonces vinieron a por los judíos, y yo no hablé, porque no era judío;
> Luego vinieron a por mí, y ya no quedaba nadie que me defendiera.[68]

El incendio del Reichstag también hizo posible la promulgación de la llamada Ley de Habilitación (*Ermächtigungsgesetz*) el 23 de marzo de 1933, que daba carta blanca al canciller del Reich, es decir, a Hitler personalmente, para gobernar por decreto —en otras palabras, sin necesidad de apoyo mayoritario en el Reichstag, y no con aprobación presidencial y de forma ad hoc, como había sido el caso anteriormente bajo los gobiernos de Weimar, sino de forma generalizada y por una duración ilimitada—. Los diputados del SPD fueron los únicos parlamentarios con el valor suficiente para votar en contra de este proyecto de ley. Hitler nunca perdonaría a los socialdemócratas, a los que odiaba sólo un poco menos que a los comunistas, y el 22 de junio de 1933 el Partido Socialdemócrata fue prohibido. Poco después, el 14 de julio, se promulgó una ley que declaraba ilegales todos los partidos políticos, con la única excepción del NSDAP.

52

Todas estas medidas de Hitler, incluso las flagrantemente inconstitucionales, recibieron el apoyo incondicional de la clase dirigente alemana. Ni siquiera el hecho de que sus propios partidos tradicionales tuvieran que salir de la escena política molestó a los industriales, banqueros, grandes terratenientes, jueces, profesores universitarios, prelados y demás. Había varias razones para ello. En primer lugar, estos partidos se habían vuelto electoralmente irrelevantes, incapaces de ganar cuotas significativas del voto popular. En segundo lugar, la élite alemana contaba a partir de entonces con Hitler y su NSDAP para aplicar incluso los puntos más ambiciosos de su

---

alemanes, véase Derbent, pp. 43-59.

[68] www.age-of-the-sage.org/quotations/niemoller_jews_communists_socialists.html.

"programa" y asegurarse de que el pueblo alemán —víctima tanto de la propaganda nazi como de su terror— aceptara esta situación con entusiasmo o resignación. La élite nunca había podido esperar semejante logro de sus propios partidos. Las iglesias protestante y católica, otros pilares de la élite del poder alemán, también dieron su bendición a Hitler, tanto en sentido literal como figurado. El 20 de julio de 1933, el Vaticano firmó un concordato con el gobierno de Hitler, otorgándole así un simbólico *nihil obstat* y legitimándolo a los ojos de Alemania, Europa y el mundo entero. En aquella época, la dictadura nazi aún no estaba consolidada y era insegura, y la bendición del Vaticano le proporcionó la respetabilidad y el prestigio que tanto necesitaba.[69]

Mientras tanto, Hitler ya había ajustado cuentas con los sindicatos que él y los industriales y banqueros alemanes detestaban tan intensamente, y lo había hecho de la manera más cínica. Proclamó el 1 de mayo de 1933 "día nacional del trabajo" y dispuso que se celebrara a bombo y platillo, como cabía esperar de un partido "socialista" de "trabajadores". Sin embargo, a la mañana siguiente los edificios de los sindicatos alemanes fueron ocupados por la fuerza por las SA; sus dirigentes fueron enviados a campos de concentración y sus bienes —cuyo valor total se calcula en más de 184 millones de marcos del Reich— fueron confiscados.[70] En la Alemania de Hitler, los sindicatos quedaron proscritos. Su lugar fue ocupado por el "Frente Alemán del Trabajo" (*Deutsche Arbeitsfront*, DAF). Aparentemente un sindicato, esta entidad era en realidad una "organización coercitiva" (*Zwangsorganisation*), una sección del propio NSDAP, en la que se inscribía a todos los alemanes asalariados, lo quisieran o no, para poder controlarlos y manipularlos más fácilmente. Y este control favorecía sistemáticamente los intereses de la patronal.[71] Estas medidas supusieron el fin, en lo que respecta a Alemania, de los convenios colectivos en materia de salarios y horas de trabajo, la participación de los trabajadores en la gestión de las empresas, las huelgas y otras cuestiones similares.

53

Hitler no sólo expulsó a la izquierda del panorama político y social alemán, sino también de su propio partido. El NSDAP siempre había contado con un ala "izquierdista", es decir, una facción cuyos seguidores se tomaban en serio el discurso anticapitalista, socialista y revolucionario de Hitler. Esta gente esperaba que, de un modo u otro, la llegada de su partido al poder inauguraría cambios profundos de los que ellos mismos y los alemanes de clase baja en general se beneficiarían. Sin embargo, después de que Hitler se convirtiera en canciller, ninguno de estos cambios se materializó. Dos historiadores alemanes, Kurt Pätzold y Manfred Weißbecker, lo explican de la siguiente manera:

---

[69] Kühnl (1980), pp. 188 91.
[70] Pool, pp. 56-58.
[71] Véase, por ejemplo, Hachtmann, p. 66, quien escribe que "el Frente del Trabajo actuó en su mayoría de acuerdo con los intereses de los empresarios".

> Nada cambió con respecto a las relaciones de propiedad y a la producción. Siguieron existiendo los trusts y los cárteles, los bancos y las bolsas, los grandes almacenes. Ya no se hablaba de crear la nueva sociedad, la auténtica comunidad popular prometida por Hitler.[72]

Y así, los "nazis de izquierdas", cuya "nostalgia anticapitalista" era amorfa pero sin embargo muy real, empezaron a refunfuñar.

El bastión de este "ala izquierda"[73] del NDSAP era la milicia del partido, las SA. Los camisas pardas, que habían sido reclutados principalmente entre los parados y la clase media-baja, estaban comandados por Ernst Röhm, un temprano acólito de Hitler y, como éste, antiguo "soldado del frente". Röhm se consideraba un auténtico revolucionario y veía en sus SA el ejército revolucionario que estaba destinado a suplantar al ejército tradicional con sus generales aristocráticos y archiconservadores. No se andaba con rodeos y con su discurso revolucionario perturbaba a la élite alemana. Los militares de alto rango, por ejemplo, eran conscientes de sus ambiciones con respecto a las fuerzas armadas y estaban horrorizados por ellas; y a los empresarios y banqueros les preocupaba el hecho de que de las filas de las SA surgieran constantes demandas de medidas "anticapitalistas" como el cierre de los grandes almacenes y la bajada de los tipos de interés. Pero a Hitler le preocupaba sobre todo la actitud de los mandos del ejército. Existía un peligro muy real de que, con o sin el acuerdo del presidente Hindenburg, los generales decidieran poner fin a los planes de Röhm con un golpe de estado que, al mismo tiempo, acabaría con la incipiente carrera de Hitler como canciller. En aquel momento, la primavera de 1934, Hitler aún no había consolidado su dominio del poder. El nudo gordiano se cortó de la siguiente manera: el 1 de julio de 1934, Hitler ordenó el asesinato de Röhm, de otros numerosos líderes y miembros de las SA y de otros altos cargos del "ala izquierda" nazi, como Gregor Strasser, así como de todo tipo de enemigos políticos y rivales potenciales. Este sangriento asunto pasó a un archivo de la historia etiquetado como "La noche de los cuchillos largos".

54

Eso supuso el fin del "ala izquierda" del NSDAP, de las ilusiones revolucionarias, del llamado socialismo y anticapitalismo dentro del partido de Hitler. Las tropas de asalto plebeyas, antes tan útiles para aterrorizar a los burgueses alemanes y combatir a socialistas y comunistas, dejaron de desempeñar un papel significativo en el partido nazi y en el Estado nazi. Por el contrario, la "Noche de los cuchillos largos" marcó el comienzo del rápido e

---

[72] Pätzold y Weißbecker, p. 281.

[73] El ala izquierda del NSDAP es el tema de un estudio de Reinhard Kühnl (1966).

irresistible ascenso de los "escuadrones de protección" (*Schutzstaffel,* SS), la guardia personal de Hitler, dirigida por Heinrich Himmler. Era a Himmler a quien se había encargado el asesinato de Röhm y compañía y, desde la perspectiva de Hitler, las SS habían actuado admirablemente. Así pues, el posterior ascenso de esta organización puede verse como una especie de recompensa por un trabajo bien hecho. Por otro lado, el desplazamiento de las SA por las SS también reflejaba el deseo de Hitler de hacer que su partido encajara mejor en la "nueva" Alemania, creada ostensiblemente por Hitler pero posible gracias a la ayuda de la élite del país, y creada con el propósito de servir a los intereses de esa élite. A diferencia de las SA plebeyas, las SS eran una formación de élite que encajaba mucho mejor en un Estado así: por un lado, hacían más respetable al NSDAP en su conjunto y, por otro, ofrecían oportunidades de empleo bastante prestigiosas a jóvenes burgueses e incluso aristócratas ambiciosos. De hecho, las SS reclutaron a gran parte de sus miembros en la "alta sociedad" (*hohe Gesellschaft, feine Gesellschaft*), es decir, en los estratos sociales superiores (*Oberschicht)*, no sólo la clase media alta, la alta burguesía, sino también la aristocracia. El autor de un libro sobre la vida de la alta sociedad bajo el nazismo ha escrito que las SS "reclutaban ávidamente en los chateaux y "tomaban prestados sus emblemas de la nobleza... estableciendo unidades de caballería... con el propósito de enfatizar su conexión aristocrática".[74] Y, en efecto, innumerables miembros de la antigua aristocracia de Prusia, Baviera y otras regiones se unieron a la más prestigiosa de las organizaciones del partido nazi.

55

Las oportunidades de hacer carrera en las SS eran tanto más atractivas cuanto que una parte nada desdeñable de la nobleza había caído en tiempos relativamente difíciles y constituía una especie de "proletariado aristocrático" (*Adelsproletariat*).[75] Como ejemplos de aristócratas que se alistaron en las SS podemos citar al ya mencionado conde Gottfried von Bismarck y al joven conde Bernhard Leopold Friedrich Eberhard Julius Kurt Karl Gottfried Peter van Lippe-Biesterfeld, que más tarde sería conocido como el príncipe Bernhard del Reino de los Países Bajos. En cuanto a la clase media-alta, la mayoría de los industriales y banqueros despreciaban definitivamente al NSDAP en general, y en particular a las SA, que lucían camisas pardas y botas camperas pasadas de moda, pero no dudaban en hacerse miembros —o al menos miembros honorarios— de las prestigiosas SS, a partir de entonces "la institución prestigiosa por excelencia" del Tercer Reich.[76] Un privilegio menor, pero no por ello menospreciable, para los miembros de las SS era que podían

[74] d'Almeida, p. 21; véase también Evans (2005), pp. 418-19.
[75] Término utilizado por el historiador Stephan Malinowski; véase Staas y Ullrich.
[76] d'Almeida, p. 202.

pavonearse con un elegante —e intimidante— uniforme negro. Este uniforme fue fabricado por un sastre llamado Hugo Boss, admirador de Hitler, miembro del NSDAP desde 1931 y de las SS desde 1934, y proveedor oficial de uniformes no sólo para las SS sino también para otras organizaciones del partido nazi.[77]

La clase dirigente alemana tomó nota con gran satisfacción de las sangrientas vísperas del 1 de julio de 1934. Los mandos del ejército, en particular, estaban encantados. Las odiosas SA habían sido eliminadas como rival potencial, y ni siquiera había sido necesario que los generales hicieran ellos mismos el trabajo sucio. El trabajo había sido realizado por los chicos de las SS, la escolta privada de Hitler. Cuando, un poco más tarde, en agosto de 1934, el viejo Hindenburg expiró, Hitler recibió una recompensa muy útil del ejército. Los generales le permitieron amablemente, tras la formalidad de un plebiscito, asumir las funciones de Hindenburg, de modo que a partir de entonces fue canciller y presidente del Reich, es decir, jefe del Estado y del Gobierno. Se pasó convenientemente por alto que esto equivalía a una flagrante violación de la Constitución de Weimar. Hitler ni siquiera se molestó en abolir oficialmente esta constitución. Además, los generales exigieron a todos sus oficiales y hombres un juramento de lealtad a Hitler personalmente. Fue en ese momento cuando Hitler adquirió finalmente un poder ilimitado: había nacido la dictadura nazi.

56

La ascensión de Hitler al poder no fue ciertamente "irresistible", como hemos oído con demasiada frecuencia.[78] Nunca consiguió reunir a la mayoría de los votantes alemanes detrás de él. Incluso durante las elecciones del 5 de marzo de 1933, fuertemente manipuladas, fue incapaz de obtener la mayoría de los votos y escaños. A pesar de la violencia y la intimidación masivas —y de una gigantesca campaña de propaganda, generosamente financiada por *Deutschland* AG—, el NSDAP sólo obtuvo un decepcionante 43,9% del voto popular.[79] Hitler no llegaría al poder a principios de 1933 por la vía democrática, ni mucho menos al poder prácticamente ilimitado del que disfrutaría en el verano de 1934, cuando se convirtió en presidente y canciller. Y tampoco llegó al poder por su propia voluntad y determinación, como él mismo se convenció y como sugerían los títulos de las famosas películas de propaganda de Leni Riefenstahl, *Triunfo de la voluntad* (*Triumph des Willens*) y *Victoria de la fe* (*Sieg des Glaubens*). No tomó el poder con sus propias manos: eso fue un mito, construido en su momento por los propios nazis. Fritz

[77] "Hugo Boss".
[78] En 1941, un Bertolt Brecht exiliado produjo una crítica propia de esta acusación en forma de obra teatral sobre un gángster —una alusión a la carrera de Hitler— con el título de *El resistible ascenso de Arturo Ui.*
[79] Evans (2004), pp. 339-40.

Fischer ha escrito correctamente que la llamada toma del poder (*Machtergreifung) por parte de* Hitler no fue más que una "transferencia" o "entrega del poder" (*Machtübertragung, Machtübergabe*). Sin el apoyo financiero y de otro tipo de la industria y las finanzas —en otras palabras, las grandes empresas— y el resto de la élite del poder alemán, Hitler nunca podría haber ascendido a la supremacía; los ricos y poderosos de Alemania le ofrecieron el poder en bandeja de plata.[80] Por lo tanto, no es sorprendente que los sociólogos hayan observado que la llamada revolución nazi no afectó en absoluto de forma negativa a la posición de la élite social alemana. Aparte de la eliminación de la élite judía, obviamente, la existencia, la identidad y los privilegios de la élite alemana no cambiaron por la llegada de Hitler al poder y la llamada revolución de los nazis en 1933.[81] La situación de la élite alemana ciertamente no cambió a peor; de hecho, se puede argumentar —y se argumentará aquí en breve— que cambió a mejor.

[80] Fischer (1998), p. 200.
[81] D. Ziegler, pp. 16-18, 52-53.

CAPÍTULO 6
LA DICTADURA NAZI: *¿CUI BONO?*[82]

A pesar del término "socialismo" en el nombre del partido de Hitler, nunca hubo nada ni remotamente socialista en la Alemania de Hitler, el infame Tercer Reich.[83] Hitler cumplió la promesa que había hecho en Düsseldorf (y en otros lugares) a los industriales del Ruhr y de Alemania en general: que respetaría la propiedad privada. Los nazis no eran comunistas; no se socializó ningún medio de producción. Las relaciones de clase existentes y el orden social establecido permanecieron inalterados. Los que se encontraban en la cima de la jerarquía social seguían cómodamente instalados allí arriba; los de abajo seguían trabajando y gimiendo. El sistema capitalista alemán subsistió, y los capitalistas alemanes no sólo sobrevivieron, sino que prosperaron. El historiador alemán Manfred Weißbecker ha subrayado con razón que "el partido fascista alemán nunca intentó desbaratar, y mucho menos derribar, el sistema capitalista de relaciones económicas y sociales".[84]

Las grandes empresas alemanas estaban muy satisfechas con la eliminación de todo lo que fuera de izquierdas: los comunistas de la extrema izquierda, los socialistas de la izquierda moderada, los nazis de la pseudoizquierda y los sindicatos de izquierdas (entre otros). Aplastar al antaño poderoso movimiento obrero alemán era algo con lo que los industriales y banqueros soñaban desde hacía tiempo. Este sueño, que nunca habían podido realizar a través de los partidos que tradicionalmente estaban a su servicio, se cumplió en un abrir y cerrar de ojos gracias a ese astuto "cabo de Bohemia". Los grandes empresarios esperaban mucho de la eliminación de los partidos de izquierda y de los sindicatos, y no sin razón. Las ventajas, desde el punto de vista de la patronal, eran evidentes. Además, las grandes empresas ya no tenían que temer la revolución (asociada al KPD), las elevadas cotizaciones a los servicios sociales (asociadas al SPD) y las presiones para que pagaran salarios más altos,

---

[82] *Cui bono*: significa "¿A quién beneficia?". Es formulando esta pregunta como los detectives tratan a menudo de averiguar quién cometió un crimen. Hacerse la misma pregunta también puede ayudarnos a resolver el problema histórico del fascismo en general y del nazismo en particular.

[83] El primer Reich (imperio) alemán fue el de la Edad Media, oficialmente conocido como "Sacro Imperio Romano Germánico"; el segundo fue el de los Hohenzollern, fundado en 1871 por Bismarck, que se derrumbó sin gloria en 1918.

[84] Weißbecker, p. 9. Cita de Overesch, p. 64. Cita de Overesch, p. 64.

ayudaran a financiar los servicios sociales y permitieran la participación de los trabajadores en la gestión de sus empresas (asociadas a los sindicatos). Los militantes obreros que intentaban iniciar una huelga o causaban otros problemas podían ahora ser despedidos en el acto o incluso detenidos y enviados a un campo de concentración. Como escribiría después de la guerra un profesor de Turingia y resistente antifascista, Otto Jensen, los industriales y banqueros alemanes estaban muy contentos de que "el miedo al campo de concentración hubiera convertido a los trabajadores alemanes en dóciles como perritos falderos".[85]

58 A partir de entonces, todas las empresas alemanas se organizaron según la misma idea que prevalecía en el partido y el Estado hitlerianos, el mencionado "principio de sumisión al líder". Al igual que Hitler era el Führer indiscutible de su partido y del Reich, el propietario o director general de una empresa era *Betriebsführer*, jefe de su empresa, lo que significaba que tenía una autoridad indiscutible e ilimitada, que era de nuevo "amo y señor en su propia casa", como en los "buenos viejos tiempos" antes de la llegada del movimiento obrero y el advenimiento de la democracia de Weimar. A la inversa, los obreros y demás empleados se degradaron colectivamente hasta convertirse en una *Gefolgschaft*, una "masa de seguidores" anónimos que debían obediencia total al Führer de la empresa.[86] Ya no era necesario considerar los desiderata de los sindicatos, como había ocurrido en la despreciada República de Weimar. Se podía aumentar el número de horas de trabajo y ya no era necesario gastar dinero en cosas como mejorar la seguridad en el lugar de trabajo. En esas condiciones, la parte de los salarios y de las cotizaciones a los servicios sociales en el coste total de producción disminuyó, y los beneficios aumentaron en consecuencia. Pronto volveremos sobre este importante punto. Mientras tanto, merece la pena señalar que las nuevas leyes relativas a la "organización del trabajo" introducidas por el régimen nazi en mayo de 1933, que eliminaban los convenios colectivos y otros derechos de los trabajadores típicos de la República de Weimar —y que, por tanto, representaban un auténtico "triunfo de la patronal"—, fueron redactadas por un funcionario que antes había trabajado para un gran grupo de presión empresarial.[87]

59 La crisis económica reflejaba un desequilibrio entre la oferta y la demanda, y este problema resultó ser más grave en Alemania que en la mayoría de los demás países. De hecho, la industria alemana era especialmente productiva, pero el Reich no tenía colonias y, por tanto, no disponía de fuentes baratas de

[85] Cita de Overesch, p. 64.
[86] Véanse, por ejemplo, Gaul, p. 201; Bähr, p. 67; Hachtmann, p. 66.
[87] Evans (205), pp. 460-61; Eichholtz (1999c), pp. 131-34; Hachtmann, p. 66.

materias primas ni de mercados reservados para sus propios productos de exportación y capital de inversión. La solución propuesta por Hitler era intrínsecamente keynesiana o, como también puede decirse, "del lado de la demanda", es decir, centrada en la demanda. Su plan consistía en estimular la demanda mediante órdenes estatales.[88] Una política keynesiana similar se aplicó también en otros lugares, por ejemplo en Estados Unidos. La política económica del presidente Roosevelt, conocida como el "New Deal", consistía en estimular la demanda mediante proyectos gigantescos como la construcción de presas hidroeléctricas. Pero el keynesianismo de Hitler era sobre todo militar. Bajo sus auspicios, el Estado alemán hizo pedidos masivos de tanques, submarinos, camiones, aviones y otros materiales. El estímulo keynesiano representado por la construcción de autopistas, también ordenada por Hitler, fue comparativamente modesto; además, las nuevas *Autobahnen* también tenían una función militar: debían servir como medio para el despliegue rápido de unidades motorizadas del ejército.

El Führer abordó así la crisis con un programa de rearme a gran escala. Este era precisamente el tipo de enfoque con el que habían soñado los industriales y banqueros. Un programa de rearme estimularía con toda seguridad la demanda, como en el caso de la demanda de acero de Thyssen y de cañones de Krupp, y con ello aumentaría fuertemente la producción y la rentabilidad. Fue porque sabían que podían esperar una política económica así de Hitler, y sólo de Hitler, por lo que los industriales —y los generales— habían contribuido a llevarle al poder. Como cualquier otra forma de política keynesiana, el programa de rearme de Hitler implicaba un "gasto deficitario", es decir, déficits presupuestarios, ya que sólo mediante préstamos gargantuescos se podía dotar a Alemania de una amplia gama de las armas más modernas. Esta perspectiva entusiasmó a los banqueros del país, ya que abría oportunidades de inversión extremadamente rentables para su capital dentro de las propias fronteras del Reich, tanto más bienvenidas cuanto que las oportunidades de inversión en el extranjero eran relativamente restringidas. El hecho de que el rearme pudiera aumentar las tensiones internacionales, e incluso conducir a la guerra, no constituía un problema para las grandes empresas. En primer lugar, como ya se ha mencionado, la mayoría de los industriales y banqueros suscribían, al igual que los nazis, el mito de la "puñalada por la espalda", según el cual Alemania sólo había perdido la Primera Guerra Mundial a causa de una traición, pero estaba segura de ganar la siguiente. En segundo lugar, era probable que el régimen nazi sólo pudiera pagar los préstamos con el botín de una guerra, de

[88] Mucho más tarde, en los años ochenta del siglo XX, fue sobre todo en los Estados Unidos de Ronald Reagan donde se pondría de moda una política económica basada en la oferta, una política a través de la cual se intentaba estimular la oferta y la producción, en lugar de la demanda y el consumo, mediante la reducción de los impuestos sobre los beneficios.

una guerra de rapiña, así que guerra tenía que haber. En tercer lugar, al igual que en 1914, los industriales y banqueros, así como los generales y el resto de la élite del Reich, esperaban obtener grandes beneficios de una guerra de la que era seguro que saldrían victoriosos.

60 Evidentemente, Alemania tardaría unos años en estar preparada para desencadenar una guerra de este tipo. Pero el programa de rearme lanzado por Hitler supuso al instante una lluvia de pedidos —y de beneficios— para Thyssen, Krupp, Siemens, Daimler-Benz, BMW y las demás grandes empresas llamadas a suministrar el material bélico deseado, y para los bancos que proporcionaban los préstamos, como el Deutsche Bank y el Dresdner Bank. Ya en julio de 1933, es decir, sólo unos meses después de la llegada de Hitler al poder, el Ministerio de la Guerra (*Reichswehrministerium) llamó a* las puertas de Krupp, Daimler-Benz, Henschel y MAN con importantes pedidos de vehículos blindados. Ese mismo año, el gasto total en armamento del Estado ascendía ya a 2.700 millones de marcos del Reich; en 1935, esa cantidad aumentaría a 8.100 millones; en 1936, alcanzaría los 11.500 millones; y en 1938, nada menos que 22.500 millones. Si asignamos a las cifras de 1932 un valor de 100, la producción económica había aumentado a 214 en 1938, ¡pero la producción de material bélico había ascendido a 2.600! En 1933, el año en que Hitler llegó al poder, la parte militar de los gastos del Estado era del 4%. Esa cifra aumentaría espectacularmente hasta el 18 por ciento en 1934, el 39 por ciento en 1936 y aproximadamente el 50 por ciento en 1938.[89] Según un gran especialista de la historia económica del Tercer Reich, Adam Tooze, la parte militar de la producción total de Alemania pasó de menos del 1 por ciento en enero de 1933 a casi el 20 por ciento en el otoño de 1938.[90]

Industriales como Krupp exaltaban el rearme a gran escala, afirmando que era una "necesidad vital" para el pueblo alemán, un proyecto que haría que Alemania estuviera "preparada en caso de guerra", un campo de actividad en el que "el espíritu empresarial revelaría su utilidad". Pero grandes empresas como Krupp, Klöckner, Hoechst, Siemens e IG Farben obtuvieron de la producción presuntamente noble y altruista de material bélico no sólo la gran satisfacción moral de la que Krupp hablaba tan poéticamente, sino también algo de lo que no hablaba: beneficios sin precedentes.

61 Según el historiador Charles Bettelheim, los beneficios obtenidos oficialmente por la industria alemana aumentaron entre 1933 y 1938 de 6.600 a 15.000 millones de marcos del Reich, es decir, nada menos que un 127%.[91]

---

[89] Estadísticas de Czichon (2001), p. 37, y Harrison, p. 138. Estadísticas diferentes, pero igualmente impresionantes, se citan en Evans (2005), p. 360.
[90] Tooze (2006), p. 659.
[91] Bettelheim, I, p. 59, y II, p. 91.

Es cierto que Bettelheim escribió esto hace mucho tiempo, en 1945, y por supuesto se puede discutir sobre la exactitud de sus estadísticas. Sin embargo, Adam Tooze, un gran especialista en la materia, ha subrayado recientemente que "no se puede eludir el hecho de un aumento de los beneficios bajo el Tercer Reich", que en la Alemania nazi "los beneficios aumentaron rápidamente después de 1933".[92] Y otro especialista en la historia económica del Tercer Reich, Mark Spoerer, subraya que la rentabilidad de las corporaciones alemanas, que había sido "excepcionalmente débil" durante los años veinte, fue "excepcionalmente alta" durante los años treinta.[93] Es muy posible que las empresas estuvieran sujetas a tipos impositivos más elevados que antes. Sin embargo, los beneficios *netos* aumentaron rápidamente tras la llegada de Hitler al poder. Superaron el nivel de 1928, es decir, el último año antes de la crisis, en un 34% en 1936 y en un 256% en 1939. Según Spoerer, en el periodo de 1936 a 1941 las empresas alemanas obtuvieron unos beneficios después de impuestos del 15 por ciento de media sobre sus inversiones.[94]

Está fuera de toda duda que esta "explosión de beneficios" (*Gewinnexplosion*) se debió principalmente a la magia del programa de rearme de Hitler.[95] Sin embargo, a algunas empresas les fue excepcionalmente bien. He aquí los beneficios netos, en millones de marcos del Reich, registrados entre 1933 y 1939 por dos empresas, Krupp e IG Farben:

	1933-34	**1935-36**	**1938-39**	**1938**	**1939**	**1940**
Krupp	6.65	14.39	21.11	-	-	-
IG Farben	47	-	-	191	240	298

62

Gracias a Hitler, los beneficios de Krupp e IG Farben aumentaron durante ese periodo un 300 y un 600 por ciento, respectivamente.[96] El hecho de que los beneficios de IG Farben superaran a los de Krupp ilustra un aspecto importante de la relación entre el régimen nazi, por un lado, y los capitalistas de la industria y las finanzas, por otro. Las grandes empresas alemanas no eran monolíticas, sino que consistían en diferentes sectores y empresas individuales que competían sin piedad por ocupar los mejores puestos en el abrevadero de los pedidos estatales y así poder obtener la mayor parte posible de los lucrativos

[92] Tooze (2005), p. 7, y (2006), p. 114.
[93] Spoerer (1996), p. 160.
[94] Gaul, pp. 205-7; Spoerer (1996), pp. 150, 153.
[95] Gaul, pp. 205-7; Spoerer (1996), passim.
[96] Estadísticas y citas de Kühnl (1980), p. 264; Hörster-Philipps, pp. 167, 206 12; Hallgarten y Radkau, p. 262. Según Evans (2005), pp. 374 y 376, los beneficios de Krupp ya se duplicaron entre 1933 y 1935, mientras que los de IG Farben aumentaron un 91% entre 1933 y 1936, y un 71% entre 1936 y 1939.

pedidos. Cada sector y empresa individual presionó muy duramente para ganarse a los principales peces gordos nazis y para ganar influencia en instituciones cruciales del NSDAP y del Estado nazi —que competían vigorosamente entre sí— y así manipular los detalles del programa de armamento a su favor. Este complejo tema no se puede desarrollar aquí, pero es importante señalar que dentro de la gran industria alemana existía una gran rivalidad entre la industria pesada tradicional —los productores de carbón y acero, ejemplificados por empresas como Krupp— y el sector petroquímico/electroquímico, dominado por un gigante, IG Farben, pero que también incluía a empresas como Mannesmann, fabricantes de aviones y, en el aspecto financiero, el Deutsche Bank.[97]

En 1936, era evidente que el sector petroquímico/electroquímico había alcanzado la preponderancia. Los directivos de IG Farben habían logrado convencer a Hitler de que un aumento de la producción de caucho sintético y combustible, a base de carbón y lignito —su gran especialidad—, podría acelerar el ritmo del rearme hasta tal punto que la guerra, a la que Hitler y las grandes empresas alemanas aspiraban con tanto ahínco, podría comenzar antes de lo previsto en los planes de "carbón y acero". El "programa rápido" del trust petroquímico fue aceptado en 1936 y lanzado en forma del famoso "Plan Cuatrienal" (*Vierjahresplan*); se suponía que permitiría desencadenar la guerra a más tardar en 1940. IG Farben tenía un aliado muy útil en la cúspide de la jerarquía nazi en la persona de Göring. Por lo tanto, no fue una coincidencia que Göring se convirtiera en el gran jefe del Plan Cuatrienal y funcionara desde entonces como el "zar económico" del Reich. No sin razón se ha definido el Plan Cuatrienal como "un plan de IG Farben". En cualquier caso, uno de los directores de IG Farben, Carl Krauch, se convirtió en la fuerza motriz del plan.[98]

Bajo los auspicios del Plan Cuatrienal, la producción alemana de combustible sintético aumentó rápidamente, duplicándose entre 1936 y 1939; al mismo tiempo, se importaron y almacenaron enormes cantidades de petróleo y otros tipos de combustible. Sin embargo, cuando estalló la guerra en 1939, Alemania dispuso de "mucho menos combustible del que requerían las ofensivas militares previstas". En consecuencia, el Reich se vería obligado a "explotar sin piedad" los limitados recursos petrolíferos de países conquistados como Polonia y a depender en gran medida de aliados como Hungría y Rumanía.[99]

---

[97] Eichholtz (2000), p. 118.

[98] Eichholtz (1999b), p. 13, y (2000), pp. 117-19; Tooze (2006), pp. 115-20; Hörster-Philipps, pp. 247 48, 265; Hallgarten y Radkau, pp. 261 y ss.; Gnau, pp. 80-85.

[99] Krammer, pp. 402-4, 408-9; Gaul, pp. 314-29. Sobre el almacenamiento de combustible y la industria de combustibles sintéticos en el Tercer Reich, véase Stokes, pp. 258, 264-76.

63

Aunque su nombre se inspiraba en los planes quinquenales de la Unión Soviética, que obviamente reflejaban una planificación centralizada en el contexto de una economía socialista, el Plan Cuatrienal nazi no pretendía, como a veces se afirma, poner la economía alemana bajo el control del Estado, ni someterla a una planificación centralizada, ni mucho menos socializarla. No se pretendía modificar el estatus de empresas privadas como IG Farben o Krupp, sino facilitar y acelerar la producción de estas empresas y sincronizarla en el marco del programa de armamento. Incluso se puede decir, como de hecho ha hecho un historiador alemán, que con el Plan Cuatrienal "la vida económica de Alemania quedó totalmente bajo el control de las grandes empresas del país", cuyos propietarios y directivos estaban encantados de poder prepararse para una guerra de conquista muy deseada por los dirigentes políticos y militares del país, y por ellos mismos.[100] Sin embargo, durante los preparativos de la guerra, la gran empresa alemana tuvo que colaborar estrechamente, como es natural, con el alto mando del ejército, que también tenía algo que decir. De este modo, el Plan Cuatrienal contribuyó a una creciente regimentación, incluso "militarización", de la economía alemana, un desarrollo que alcanzaría su punto álgido durante la guerra. (Esta regimentación suscitó descontento, quejas e incluso protestas por parte de industriales y banqueros, tradicionalmente defensores de la libre empresa, lo que ha sido interpretado por algunos historiadores como prueba de una hipotética hostilidad de principio hacia el régimen y un rechazo de sus planes de guerra; volveremos sobre este tema más adelante). En cualquier caso, en Alemania el sistema económico basado en la propiedad privada y la competencia, es decir, el sistema capitalista, nunca se vio amenazado en modo alguno por el Plan Cuatrienal: las empresas que participaron en este plan siguieron siendo de propiedad privada y continuaron generando beneficios, y unos beneficios cada vez más impresionantes.[101]

El régimen de Hitler nunca amenazó la existencia, en Alemania, del sistema capitalista, y esto no es de extrañar cuando uno se da cuenta de que, en muchos aspectos, este régimen era, de hecho, fruto del propio capitalismo alemán. Contrariamente a lo que afirman numerosos historiadores, el sistema capitalista en Alemania nunca se vio amenazado por un hipotético plan nazi que pretendiera sustituir la empresa privada por la empresa estatal.

64

Hace muy poco, en 2008, un especialista en el campo de la política industrial del Tercer Reich, Jonas Scherner, ha escrito que "el Reich no estaba interesado en establecer sus propias empresas, excepto cuando no había otras

[100] Gnau, p. 84.
[101] Bettelheim, II, pp. 35-39.

posibilidades, es decir, cuando el sector privado no estaba dispuesto a realizar las inversiones necesarias o sólo estaba dispuesto a hacerlo en condiciones inaceptables [para el régimen]". Scherner cita a Göring, que en 1942 declaró que "siempre había sido de la opinión de que el Estado no debía participar en proyectos industriales salvo cuando superaran las posibilidades de la empresa privada [*Privatwirtschaft]*".[102] Las empresas estatales creadas por el régimen nazi en el marco del Plan Cuatrienal, por ejemplo, como las famosas Obras Göring (*Hermann-Göring-Werke*), sirvieron en efecto exclusivamente para la explotación de materias primas y/o el desarrollo de ciertas industrias de importancia militar que no eran económicamente rentables y, por tanto, carecían de interés para el sector privado.[103] La Alemania nazi creó un puñado de empresas estatales. Pero tales creaciones constituyeron una excepción, no una regla general. La empresa privada era y siguió siendo la regla general. Y esta regla general se reflejó también en el hecho de que el régimen hitleriano reprivatizó una serie de bancos (como el Dresdner Bank) y empresas que habían pasado a manos del Estado alemán a principios de los años treinta porque se encontraban en una situación financiera desesperada. Con motivo de estas reprivatizaciones, los inversores, grandes empresarios y corporaciones, pudieron recuperar sus activos en condiciones extremadamente ventajosas. Bajo el régimen nazi y bajo el fascismo en general, el principio socialista de propiedad colectiva de los medios de producción no progresó, sino todo lo contrario. Esta es la conclusión a la que han llegado dos expertos alemanes en el campo de la historia económica del Tercer Reich:

> Contrariamente a la impresión creada una y otra vez en la literatura, la actividad empresarial autónoma ... orientada a la obtención de beneficios, como lo había hecho antes —aunque en un contexto de intervenciones estatales— siguió dominando la toma de decisiones sobre la producción y la inversión ... Es evidente que el régimen respetó en general los derechos de las empresas industriales a tomar sus propias decisiones, no sólo sobre la producción sino también sobre sus inversiones ... Las empresas eran libres de seguir persiguiendo su objetivo por excelencia, la maximización de los beneficios ... Esencialmente, por tanto, el sistema económico de la era nazi puede definirse como una economía orientada al mercado [*marktwirtschaftlich]* en lugar de una economía *dirigista de* planificación centralizada.[104]

65

[102] Scherner (2008), pp. 280-83.
[103] Sohn-Rethel, p. 82.
[104] Buchheim y Scherner (2003), pp. 95-96; véase también Buchheim (2006), p. 366-67; Bettelheim, II, pp. 35-39, 66.

"A pesar de las regulaciones estatales", escribe un historiador alemán especializado en la historia de los negocios en el Tercer Reich, Christoph Buchheim, "las empresas seguían teniendo libertad para tomar decisiones y actuar como les pareciera oportuno." Y uno de los grandes especialistas en la historia económica de la Alemania nazi, el historiador británico Alan S. Milward, ha escrito que en la Alemania de Hitler "la industria siguió siendo, como antes, dominio exclusivo del capitalismo privado."[105]

Hitler utilizó diversos medios para financiar su ambicioso programa de rearme. En primer lugar, liberó fondos introduciendo drásticos recortes en los servicios sociales. Los gastos de este tipo cayeron de 2.300 millones de Reichsmarks en 1933 a 1.400 millones en 1934, 1.300 millones en 1935, 900 millones en 1936 y 400 millones en 1937.[106] Es cierto que el sistema de seguridad social, introducido originalmente por Bismarck, no fue abolido. Sin embargo, mientras que las cotizaciones se mantuvieron al mismo nivel, los pagos se redujeron drásticamente. De este modo, el fondo de la seguridad social aumentó sistemáticamente, hasta alcanzar los 10.500 millones de marcos del Reich en 1939, y este tesoro se desvió discretamente para ayudar a financiar la guerra que se avecinaba. (El sistema bismarckiano de seguridad social sobreviviría así al Tercer Reich, pero con una tesorería totalmente esquilmada).[107] Como dijo cínicamente Göring, la economía del Tercer Reich se centró en la producción de "armas en lugar de mantequilla". La plebe alemana debía apretarse cada vez más el cinturón para que los ricos industriales y banqueros pudieran obtener grandes beneficios gracias a la producción de armas y otro material bélico. Con este armamento, Hitler podría desencadenar una guerra en la que la plebe alemana serviría de carne de cañón. En definitiva, el programa de armamento equivalía a una perversa redistribución de la riqueza alemana a favor de los ricos y a expensas de los pobres.

66

Otra contribución involuntaria a la financiación del programa de rearme a gran escala de Hitler fue la de los judíos alemanes. Como ya hemos visto, según la visión nazi del mundo, los judíos eran doblemente perniciosos: por un lado, en contraste con los "buenos" socialistas *nacionales* de Alemania, eran los "malvados" socialistas internacionales; por otro lado, en contraste con los "buenos" capitalistas presuntamente creativos de Alemania, eran también los "malvados" capitalistas supuestamente rapaces, los "plutócratas". En el Tercer

---

[105] Buchheim (2006), p. 358; Milward (2003), p. 225. Según Plumpe (2003), p. 265, se trataba en realidad de "una economía basada en la propiedad privada [*Privatwirtschaft]*, pero con cada vez menos posibilidades de tomar decisiones privadas [*mit geringer werdenden privaten Entscheidungsspielräumen*]".
[106] Estadísticas de Kühnl (1980), p. 259.
[107] Abelshauser, p. 36.

Reich de Hitler, todos los judíos debían ser perseguidos, pero no se trataría al mismo tiempo y de la misma manera a los judíos ricos, de clase media y pobres. Con los judíos pobres, las cuentas se ajustarían más tarde, sobre todo durante la guerra; acabarían en las cámaras de gas y los hornos crematorios de Auschwitz y otros campos de exterminio. En cuanto a los pequeños empresarios y otros judíos de clase media, tras el ascenso de Hitler al poder serían sometidos a todo tipo de humillaciones, abusos físicos que iban desde palizas hasta homicidios, destrucción de propiedades, cierre de negocios, pérdida del derecho a ejercer una profesión, etcétera. Se les animaba a emigrar, porque Hitler estaba decidido a hacer de su Tercer Reich un país "limpio de judíos" (*judenrein*).[108] No es de extrañar que durante algún tiempo los nazis colaboraran con los sionistas alemanes, que agitaban a favor de la emigración judía a una patria en Palestina.[109]

Al principio, a los judíos ricos, por ejemplo, los propietarios de bancos y empresas industriales, no se les molestaba (tanto), porque al régimen nazi le preocupaba que abusar de esa gente —especialmente de los banqueros— pudiera provocar una reacción potencialmente desagradable de sus influyentes conexiones extranjeras.[110] Sin embargo, a mediados de los años treinta les llegó la hora, porque Hitler y Göring decidieron que necesitaban urgentemente su capital para ayudar a financiar el programa de rearme. A partir de entonces, los judíos ricos de Alemania fueron obligados sistemáticamente a vender sus negocios, casas, joyas, obras de arte y otras posesiones valiosas a los alemanes "arios", normalmente a precios de saldo, y a abandonar el país.[111] La expropiación a gran escala de banqueros, industriales, hoteleros, etc. judíos, conocida como "arianización" (*Arianisierung*), contribuyó de forma nada desdeñable a la financiación del programa armamentístico de Hitler.[112] Hacia finales de 1938, Göring reconoció en presencia de algunos de sus colaboradores que en algún momento el Estado nazi se había encontrado en una situación financiera desesperada, pero que se había encontrado un remedio en forma de los miles de millones que los judíos habían tenido que soltar y a través de los beneficios obtenidos por el Estado mediante la arianización de las empresas judías.[113]

67

No es de extrañar que el Estado nazi, el partido nazi y algunos peces gordos nazis se beneficiaran enormemente de la arianización. Como ejemplo, podemos referirnos al caso de la *Ullstein Verlag*, la mayor editorial de Alemania. El valor

[108] Pool, p. 114 y ss.
[109] Losurdo (2007), pp. 157-58.
[110] Véase, por ejemplo, D. Ziegler, p. 23, refiriéndose al caso de los bancos judíos.
[111] Véase el estudio de Barkai.
[112] Véase, por ejemplo, Hayes (1998), p. 16.
[113] Citado en Hörster-Philipps, p. 327.

de esta empresa se estimaba en unos 70 millones de Reichsmarks, pero fue vendida por sólo 6 millones de Reichsmarks a una editorial aria, *Franz Eher Verlag*, de la que Hitler poseía casualmente una importante cartera de acciones. Bajo un nuevo nombre, *Deutscher Verlag,* "Editorial Alemana", la empresa se integró en el imperio editorial del Partido Nazi, la NSDASP *Zentralverlag.*[114]

Sin embargo, las grandes empresas alemanas también se beneficiaron enormemente de la campaña de arianización. Aparte del Estado y el partido nazis, fueron sobre todo los bancos y las corporaciones los que consiguieron hacerse con empresas de propiedad judía, carteras de acciones, villas, colecciones de arte, etc., y aumentar así sus propios activos y eliminar competidores.[115] Un biógrafo autorizado de Hitler, Ian Kershaw, aunque reconoce que "funcionarios corruptos del Partido" y numerosos pequeños especuladores "se apoderaron de lo que pudieron", subraya que las grandes empresas fueron las que más se beneficiaron de la expropiación de los judíos ricos:

> Los "arios" de los negocios, desde los más pequeños a los más grandes, buscaban cualquier oportunidad de beneficiarse a expensas de sus homólogos judíos. Cientos de empresas judías, incluidos bancos privados establecidos desde hacía tiempo, como Warburg y Bleichröder, se vieron obligadas, a menudo mediante extorsiones de tipo mafioso, a vender por una miseria a compradores arios. Las grandes empresas fueron las que más ganaron. Empresas gigantescas como Mannesmann, Krupp, Thyssen, Flick e *IG Farben*, y bancos líderes como el *Deutsche Bank* y el *Dresdner Bank*, fueron los principales beneficiarios ... [116]

El Deutsche Bank no sólo ganó mucho dinero con las comisiones de las innumerables compras y ventas en las que participó,[117] , sino que también aprovechó la oportunidad para hacerse con varios bancos judíos, como el prestigioso *Bankhaus Mendelssohn & Co.* de Berlín, a un precio ridículamente bajo, tras lo cual el personal judío fue despedido sumariamente. He aquí otro ejemplo: en 1938, el empresario y financiero Friedrich Minoux, que ya había apoyado al NSDAP en 1923, compró la empresa *Offenheimer Zellstoffund Papierwerk* ("Fábrica de pasta y papel de Offenheim") por menos de 1 millón

---

[114] Pool, pp. 129-30; "Ullstein Verlag", http://de.wikipedia.org/wiki/Ullstein_Verlag.
[115] Véase, por ejemplo, Evans (2005), pp. 395-96.
[116] Kershaw (2001), pp. 132-33. Véase también James, pp. 30-31; Evans (2005), pp. 395-96.
[117] Por ejemplo, para la adquisición por Siemens de *Heliowatt GmbH*, *Porzellanfabrik Roesler* y las acciones de Max Stock en la empresa *Osram GmbH*, véase Feldenkirchen, p. 161; véase también Evans (2005), p. 396, quien concluye que "en 1938, la ayranización se había convertido en parte integrante de la actividad cotidiana de los grandes bancos".

de marcos del Reich, cuando su valor real era de 12 millones de marcos.[118] Por lo tanto, la arianización equivalió a un "saqueo sistemático" organizado por los nazis para su propio beneficio, lo cual es ampliamente conocido, pero también, y esto no es muy conocido, para el beneficio de las corporaciones y bancos de Alemania.[119] Por el contrario, la arianización apenas benefició a los "pequeños" alemanes, como afirma Götz Aly, un historiador alemán que volveremos a mencionar más adelante.[120]

68

Incluso con los bolsillos llenos de dinero extorsionado a los judíos de Alemania, Hitler no disponía de capital suficiente para pagar al contado sus compras militares. Se vio obligado a pedir prestadas enormes sumas de dinero, e incluso a bancos extranjeros. Este es el campo en el que los servicios de Hjalmar Schacht resultaron ser indispensables para los nazis. De hecho, Schacht mantenía excelentes relaciones con instituciones financieras internacionales, como las de Suiza y Estados Unidos. Hitler no sólo hizo posible que recuperara su antiguo cargo de presidente del Banco del Reich alemán, sino que también lo nombró ministro de Economía (*Reichswirtschaftsminister)* y "plenipotenciario de la economía de guerra" (*Generalbevollmächtigter für die Kriegswirtschaft*).[121] El mérito supremo de Schacht, desde el punto de vista de Hitler, fue que logró —a menudo utilizando medios muy dudosos— obtener los colosales créditos necesarios para rearmar a Alemania y, al mismo tiempo, conseguir que los mismos acreedores extranjeros absolvieran al Reich de realizar nuevos pagos de reparación, y ello por un periodo de tiempo ilimitado.[122]

El Plan Cuatrienal lanzado en 1936 implicaba un aumento sin precedentes de los gastos militares, que se financiaría con un programa de gran alcance de gasto deficitario keynesiano poco ortodoxo. Esto resultó ser más de lo que Schacht, un financiero conservador, estaba dispuesto a asumir. No tenía nada en contra del programa de rearme de Hitler, y nada en contra de la guerra que era el resultado lógico de este programa, pero estaba a favor de formas más convencionales de financiarlo. Y así sucedió que en 1937 se vio obligado a abandonar sus funciones de ministro de Economía y presidente del *Reichsbank en* favor de personalidades más dóciles.[123] A partir de entonces, el Estado nazi pidió prestado más dinero que nunca para financiar no sólo la construcción masiva de aviones, tanques y cañones, sino proyectos aún más ambiciosos como la producción, en las fábricas de IG Farben, de combustible sintético y

[118] "Friedrich Minoux".
[119] Czichon (2001), pp. 73-104.
[120] Véanse las observaciones sobre Aly en Rocha, "The Great Rubber Robbery".
[121] Zdral, pp. 173-75; Pool, pp. 31-32.
[122] Harrison, pp. 139-41; Czichon (2001), pp. 53, 114, 128-29.
[123] Evans (2005), pp. 358-61.

caucho, un proceso basado en el carbón y el lignito (o "lignito pardo"), ambos fácilmente disponibles en Alemania. Esto dio lugar a un "auge basado en el combustible" para la economía alemana, generando beneficios gigantescos para empresas de propiedad privada como IG Farben, pero también provocando el aumento de la deuda pública hasta niveles sin precedentes. Entre 1933 y 1936, la deuda pública alemana ya había pasado de 2.950 a 12.000 millones de Reichsmarks; posteriormente aumentó aún más rápidamente, hasta 14.300 millones de Reichsmarks en 1937, 18.000 millones en 1938 y 30.800 millones en 1939. Durante la guerra, ascendería a cotas vertiginosas: 52.000 millones de marcos en 1940, 89.000 millones en 1941 y 142.000 millones en 1942.[124]

69 En la propia Alemania, el régimen nazi pidió prestados los fondos necesarios para el Plan Cuatrienal a los grandes bancos del país, especialmente al Dresdner Bank y al Deutsche Bank. (Sólo los créditos facilitados por el Deutsche Bank pasaron de 223 millones de marcos del Reich en 1936 a 434 millones en 1939.[125]) Estos bancos no eran empresas estatales, sino instituciones de propiedad privada, y la financiación del rearme les reportó enormes beneficios en forma de intereses cobrados por los préstamos contraídos por el Estado nazi. Además, los bancos también ganaron cuantiosas comisiones comercializando bonos en nombre del Estado, de los cuales cerca del 90 por ciento fueron adquiridos por los propios bancos, por compañías de seguros y por otras grandes empresas, es decir, por los capitalistas del país. Estos hechos demuestran que es incorrecto afirmar, como hicieron los historiadores estadounidenses Henry Ashby Turner y Peter Hayes, así como otros apologistas de las grandes empresas alemanas, que Hitler impuso su voluntad a Krupp y compañía, que los nazis dominaban a los capitalistas alemanes hasta el punto de que éstos se veían simplemente obligados a hacer lo que los primeros querían que hicieran. Si hubiera sido así, los nazis no habrían tenido que ir a los bancos, con la gorra en la mano, por así decirlo, a pedir préstamos, ni habrían consentido en pagar los altos tipos de interés que exigían los banqueros. No fue el Estado nazi el que doblegó a los grandes bancos y corporaciones a su voluntad, fueron los grandes bancos y corporaciones los que dominaron al Estado nazi.[126]

70 Los bonos del Estado fueron comprados principalmente por las mismas instituciones financieras y grandes empresas que ganaron mucho dinero con el programa de rearme de Hitler en primer lugar. Esto significa que el capital "fresco" acumulado gracias al rearme no se invirtió en nuevos proyectos —es

[124] Czichon (2001), pp. 30-38, 177.
[125] Czichon (2001), pp. 107-12.
[126] Bettelheim, I, p. 122.

decir, en una ampliación de los medios de producción del país, como debería ser el caso en un sistema capitalista eficiente— sino que se devolvió al Estado nazi en forma de los préstamos necesarios para financiar el programa de rearme. El Estado nazi prestó así un doble servicio al capital alemán: por un lado, funcionó como una salida "interna", es decir, nacional, para el "excedente" de producción de la industria alemana, un excedente que, debido a la crisis económica y a la falta de colonias en Alemania, no podía descargarse fácilmente en los mercados extranjeros o "externos". Por otra parte, el Estado también proporcionó un mercado "interno" para el tipo de capital de inversión "fresco" para el que tampoco había oportunidades en el extranjero. "Las salidas artificiales creadas por el Estado nazi", escribió Charles Bettelheim, "conjuraron una solución al problema que había estado aquejando a la economía alemana, a saber, la dificultad de exportar productos acabados y capital." "Pero", añadió Bettelheim, "era demasiado obvio que esa política [económica] no podía mantenerse para siempre: tenía que conducir a la implosión financiera del Estado nazi o a la conquista por la fuerza de los mercados extranjeros, es decir, a la guerra."[127] Y efectivamente, la política económica de la Alemania nazi acabó conduciendo a la guerra. A pesar de ello, todavía hay personas, incluidos historiadores, que creen que Hitler había conseguido conjurar una solución brillante al problema de la Gran Depresión.

Del programa de rearme de Hitler puede decirse que sus beneficios fueron privatizados mientras que sus costes fueron socializados. IG Farben y las demás corporaciones y bancos alemanes que se embolsaron los beneficios tenían motivos para estar agradecidos al Führer. Sin embargo, era precisamente por esos servicios por lo que había sido "contratado". Los grandes industriales y banqueros esperaban mucho de Hitler, y recibieron mucho de él. No estaban en absoluto "gratamente sorprendidos", como cree Peter Hayes, "por los éxitos económicos del nuevo régimen, especialmente en la imposición de la paz laboral [sic]."[128] Así pues, no es de extrañar que Hitler y su partido siguieran beneficiándose del generoso apoyo financiero de los barones de la industria y las finanzas alemanas. En enero de 1933, Hitler se convirtió en el jefe de un gobierno de coalición cuyos socios y patrocinadores financieros conservadores esperaban que eliminara la amenaza revolucionaria izquierdista y abordara la crisis económica a su satisfacción, es decir, haciendo que los plebeyos del país asumieran los costes de la crisis.

71

Se introdujeron una serie de medidas a tal efecto mediante decretos autorizados por el presidente, Hindenburg, pero, dada la avanzada edad de éste, era obviamente imposible seguir haciéndolo eternamente. Lo que se necesitaba

[127] Bettelheim, II, p. 142 (nota), pp. 148-49, 157-58.
[128] Hayes (2002), p. 29.

urgentemente era un gobierno con mayoría en el Reichstag, y Hitler parecía indispensable como "tamborilero" que pudiera aportar los votos necesarios. A su partido no le había ido nada bien en las elecciones de noviembre de 1933, pero ahora se beneficiaba de todo tipo de ventajas, como el prestigio asociado al cargo, la eliminación inconstitucional del principal rival del NSDAP, el Partido Comunista, un programa sistemático de propaganda por un lado y de intimidación por otro, etcétera. Por lo tanto, se organizaron nuevas elecciones y se esperaba que produjeran una mayoría, quizá no una mayoría para el NSDAP, pero sin duda para el NSDAP más los partidos conservadores tradicionales que también participaban en la coalición encabezada formalmente por Hitler. En cualquier caso, era sumamente importante que Hitler obtuviera un éxito electoral impresionante, un resultado mucho mejor que en las elecciones de noviembre de 1932 y quizá incluso que en las del verano de 1932. Sin embargo, la tesorería del NSDAP estaba vacía y Hitler necesitaba urgentemente una importante inyección de dinero para salir victorioso de las elecciones, es decir, para "fabricar" un triunfo electoral. Afortunadamente para él, las grandes empresas acudieron al rescate.

El 20 de febrero de 1933, Göring invitó a un grupo de destacados empresarios y banqueros a una reunión en su despacho ministerial de Berlín. La *crème de la crème* de la industria y las finanzas alemanas respondió a la convocatoria, ejemplificada por la presencia de personalidades como Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, más conocido como Gustav Krupp, Albert Vögler de *Vereinigte Stahlwerke*, Georg von Schnitzler de IG Farben, Hjalmar Schacht y otros. Göring les explicó que el NSDAP necesitaba urgentemente su ayuda financiera para ganar las elecciones previstas para marzo, de modo que un gobierno dirigido por Hitler pudiera hacer lo que los empresarios y banqueros querían que se hiciera. Schacht se levantó de repente y soltó en voz alta: "¡Señores, preséntense en la caja!". Exigió a todos los presentes que donasen colectivamente un total de aproximadamente 3 millones de marcos del Reich, y esta petición fue aprobada; al propio Schacht se le encomendó la gestión de este fondo.[129] La mayor contribución, 400.000 marcos del Reich, provino de IG Farben. Era una miseria, teniendo en cuenta que las ganancias obtenidas por esa empresa en bolsa durante el mes siguiente, debidas exclusivamente a sus vínculos con el Partido Nazi, iban a ascender nada menos que a 86 millones de marcos.[130] Incluso Günther Quandt, que en 1931 aún se mostraba escéptico con respecto a Hitler, estuvo presente y aportó 25.000 Reichsmarks a la causa nazi; unos meses más tarde incluso se afilió al

[129] Tooze (2006), pp. 99-101; Zdral, pp. 173-75; Pool, pp. 31-32; Evans (2004), p. 325.
[130] Ferguson y Voth, p. 40.

NSDAP.[131] Sin embargo, a pesar de este importante impulso, complementado con una combinación de propaganda y terror, el NSDAP de Hitler no obtuvo la esperada mayoría del voto popular en las elecciones del 5 de marzo de 1933. Para hacer lo que sus financiadores esperaban de él, Hitler necesitaba urgentemente la mencionada Ley Habilitante.

72

Dado que los industriales y banqueros esperaban grandes cosas de Hitler, también se mostraron dispuestos a proporcionarle a él y a su partido apoyo financiero para objetivos distintos de las elecciones, que no volvieron a organizarse después de marzo de 1933. Gustav Krupp era uno de los raros capitanes de la industria y las finanzas alemanas que no había apoyado a Hitler antes de la llegada de éste al poder; había perseverado en su preferencia por los políticos conservadores y respetables, que combinaba con una aversión personal por un advenedizo austriaco bocazas. Pero tras la debacle electoral de los nazis en noviembre de 1932, se convenció, como muchos de sus colegas, de que sólo Hitler podía impedir que los comunistas llegaran tarde o temprano al poder. Krupp no participó en las intrigas que condujeron al traspaso del poder a Hitler. Sin embargo, en cuanto fue un *hecho consumado*, se apresuró a declarar su apoyo al nuevo hombre fuerte de Alemania.[132] El 20 de febrero de 1933 asistió a la reunión organizada por Göring en Berlín, y contribuyó debidamente al fondo de ayuda propuesto por Schacht. Un mes más tarde, el 24 de marzo de 1933, envió una carta a Hitler en la que subrayaba que "los industriales alemanes quieren hacer todo lo necesario para ayudar al gobierno del Reich en su difícil tarea"; escribió esto en su calidad de presidente de la Asociación Nacional de Industriales, la *Reichsverband der Deutschen Industrie*, que había sido fundada en 1919 con el propósito de combatir el movimiento obrero.[133] Poco después, hizo público que todos los grandes industriales "harían una donación pecuniaria a Hitler", que se conocería como *Adolf-Hitler-Spende,* la "donación a Adolf Hitler". Esta donación debía ser anual y, al menos en teoría, ascendía a la mitad del 1% del valor total de los salarios pagados en 1932 por cada empresa participante.

73

La suma total ascendía a 30 millones de marcos del Reich. Sólo Krupp debía aportar nada menos que 6 millones de marcos. Bancos como el Deutsche Bank (conocido en aquella época, y hasta 1937, como *De-Di-Bank*, abreviatura de *Deutsche Bank und Disconto Gesellschaft*), el Dresdner Bank, el Commerzbank y otros miembros de la oligarquía financiera donaron cada uno cientos de miles de marcos del Reich; el Deutsche Bank soltó 600.000 marcos

---

[131] Bonstein et al.; véase también "Günther Quandt.
[132] Manchester, pp. 401-7.
[133] Hallgarten y Radkau, p. 150.

del Reich en mayo de 1933. Gracias a esta generosidad, las preocupaciones financieras del NSDAP se esfumaron.[134] (Los historiadores que pretenden exculpar a *Deutschland AG interpretan* estas donaciones como una maniobra puramente defensiva; explican que se trataba de una estratagema destinada a poner fin, de una vez por todas, a la forma en que las secciones locales del NSDAP, y especialmente las organizaciones locales de Stormtrooper, habían extorsionado "donaciones" financieras de empresas grandes y pequeñas.[135]) En cuanto al *Keppler-Kreis*, entró en la órbita de la influencia personal de Heinrich Himmler, el jefe de las SS. Se transformó temporalmente en un "Centro de Investigación *para* Cuestiones Económicas" (*Studienkreis für Wirtschaftsfragen*), y posteriormente pasó a denominarse "Círculo de Amigos del Jefe Nacional de las SS" (*Freundeskreis des Reichsführers-SS*). Una élite de aproximadamente cuarenta propietarios y directivos de grandes empresas industriales y financieras, como IG Farben, Siemens, Bosch, Oetker, Deutsche Bank y Dresdner Bank, se unió a este club y lo utilizó como medio para canalizar importantes sumas de dinero hacia los nazis. La donación anual del Deutsche Bank, por ejemplo, ascendía a 75.000 marcos del Reich. El banquero von Schröder, afincado en Colonia, gestionaba una cuenta especial en su propio banco, llamada "Cuenta Especial S", en la que cada miembro del *Freundeskreis* depositaba cada año un millón de marcos del Reich; Himmler utilizaba este fondo para llevar a cabo sus propios proyectos favoritos y los de sus siniestras SS y el Partido Nazi en general. Según algunas estimaciones, entre 1933 y 1945 la gran empresa alemana en su conjunto donó aproximadamente 700 millones de marcos del Reich al NSDAP.[136]

Aunque no todos apoyaron a Hitler antes de 1933, y aunque sólo un pequeño número de ellos estuvo directamente implicado en las intrigas que condujeron al traspaso del poder a Hitler, los industriales y banqueros alemanes en general prosperaron enormemente en el Tercer Reich, como demuestran las cifras de beneficios antes mencionadas. Consideremos por un momento el interesantísimo caso de Günther Quandt, un industrial que no había apoyado a Hitler ni al NSDAP antes de 1933. Sin embargo, tras la llegada de los nazis al poder, comenzó inmediatamente a donar dinero al NSDAP y el 1 de mayo de 1933 se afilió al Partido Nazi. Posteriormente, las empresas de Quandt se beneficiaron de importantes pedidos estatales en el contexto del programa de rearme, y obtuvieron enormes beneficios en el proceso. La gran estrella de la galaxia de empresas de Quandt fue una fábrica berlinesa conocida como "Fábrica Alemana de *Armas y Municiones*" (*Deutsche Waffen und*

[134] Manchester, p. 412; Zdral, pp. 9-10; Czichon (2001), pp. 18, 23.
[135] Véase, por ejemplo, Evans (2004), pp. 384-85.
[136] Pätzold y Weißbecker, p. 347; Hörster-Philipps, pp. 162 63; Czichon (2001), p. 107.

Munitionsfabriken, DWM), que suministró a Hitler armas como ametralladoras y la famosa pistola Luger Parabellum. Otra empresa de Quandt, la "Fábrica de Baterías" (*Accumulatorenfabrik Aktiengesellschaft, AFA*, ahora conocida como VARTA), se especializó en la producción de baterías para tanques y submarinos y, hacia el final de la guerra, para los cohetes V-2.[137]

[137] Ver el libro de Jungbluth; "VARTA".

75

CAPÍTULO 7
EL TERCER REICH: ¿UN ESTADO DEL BIENESTAR?

No es de extrañar que los capitalistas alemanes siguieran regando de dinero a Hitler y su partido. Esto resultó ser una excelente inversión porque, contrariamente a la República de Weimar que tanto habían detestado, el Tercer Reich de Hitler se reveló como un paraíso para industriales, banqueros, grandes terratenientes y otros miembros de la élite alemana. Sin embargo, numerosos historiadores en Alemania y en otros países, cuyo mejor ejemplo es Götz Aly, quieren hacernos creer que fueron en realidad los "pequeños" alemanes —los pequeños empresarios y agricultores, artesanos, obreros y demás— quienes fueron mimados por el régimen nazi. Según Aly, el Tercer Reich era una especie de Estado del bienestar, muy similar al *Sozialstaat* ("Estado social") de Alemania Occidental que apareció en la escena histórica tras la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, los hechos históricos contradicen tales afirmaciones.[138]

Es cierto que Hitler conjuró una solución para el problema más grave asociado a la crisis económica, a saber, el desempleo masivo de Alemania, y que los trabajadores del país se beneficiaron de ello. El número de desempleados disminuyó drásticamente bajo sus auspicios, de aproximadamente 5,5 millones en 1933 a menos de 1 millón en 1937 y apenas 40.000 en 1939.[139] Sin embargo, no hay que olvidar que este "milagro" fue posible gracias al rearme, para el que los alemanes "de a pie" tuvieron que pagar una parte importante de la factura, como ya hemos visto.

76

Además, a cambio del empleo, los trabajadores perdieron todos los derechos que el movimiento obrero alemán había adquirido —al precio de mucha sangre, sudor y lágrimas— durante el medio siglo anterior a 1933. Y el rearme también condujo inexorablemente a una nueva "Gran Guerra" que traería una terrible miseria y muerte a millones de trabajadores alemanes y otros plebeyos. Por último, también es un hecho que el aumento del empleo, es decir, el aumento de la cantidad de trabajo, fue de la mano de una disminución de la calidad del trabajo. Esto significa que la seguridad y la salud en el lugar de trabajo se

[138] Nos referimos al libro de Aly, *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*. Para una crítica de Aly, véanse, por ejemplo, los comentarios de Wiegel y Tooze (2005).
[139] Poulantzas, p. 224.

deterioraron considerablemente. Esta degeneración se reflejó en un aumento ininterrumpido del número de accidentes laborales y enfermedades relacionadas con el trabajo en el Tercer Reich, pasando de aproximadamente 930.000 casos en 1933 a 2,2 millones en 1939. En este sentido, como ha observado un historiador alemán, la "seguridad económica [es decir, la disponibilidad de trabajo] bajo el nacionalsocialismo constituía un preludio de la muerte: muerte en las trincheras, muerte durante los bombardeos aéreos, muerte en las fábricas como consecuencia del agotamiento, muerte como consecuencia de accidentes en los patios de ferrocarril y en las fábricas químicas, etc.".[140] Y el precio que los trabajadores alemanes tuvieron que pagar por el tan cacareado "trabajo para todos" de los nazis también incluyó salarios *reales* (o netos) más bajos.

Con Hitler, durante los años treinta, los salarios *nominales* (o brutos) aumentaron. También es cierto que algunos tipos de trabajadores altamente cualificados, por cuyos servicios a veces competían ferozmente las empresas implicadas en el auge del armamento, vieron aumentar considerablemente su remuneración. Por el contrario, los salarios en general se vieron deprimidos por deducciones obligatorias y contribuciones que sólo eran voluntarias en teoría, por ejemplo, por la pertenencia a una de los cientos de organizaciones del Partido Nazi, y donaciones (*Spenden)* a planes de caridad nazis como la "Ayuda de Invierno" (*Winterhilfe*). Todo ello equivalía a una forma adicional de tributación, que hacía que un trabajador alemán ganara en 1936 un 20% menos que en 1928, es decir, antes del inicio de la Gran Depresión.[141]

Los salarios netos disminuyeron principalmente a causa del movimiento de los precios, que aumentaron sistemáticamente bajo el régimen nazi. En 1938, por ejemplo, el coste de la vida era entre un 20 y un 25 por ciento más alto que en 1933. Esa fue la razón principal por la que los salarios reales no sólo no aumentaron en absoluto, sino que se erosionaron.[142] Si se asigna un valor de 100 al nivel de los salarios reales en 1933, los valores correspondientes para los años 1937 y 1938 fueron 94,2 y 94,4, respectivamente.[143]

77

Los salarios también disminuyeron como porcentaje de los ingresos nacionales: en 1933, los salarios todavía representaban el 63% de estos ingresos, pero en 1938 sólo representaban el 57%. Lo más notable es el hecho de que los salarios disminuyeran mientras los beneficios aumentaban bruscamente, como ya hemos visto. Esos dos fenómenos estaban relacionados;

---

[140] Niess, pp. 40-42. Estadísticas sobre accidentes de trabajo y enfermedades profesionales en Focke y Reimer, pp. 133-42; Hörster-Philipps, p. 230; Heartfield, p. 4.

[141] Colla, pp. 312 22; Carsten, pp. 86 y ss.; Weißbecker, pp. 126 28; Evans (2005), p. 490; Hachtmann, pp. 76-77.

[142] Steiner, p. 302; Kühnl (1980), p. 261; Bettelheim, II, p. 104.

[143] Calculado según datos de Schweitzer, p. 392, y Hörster-Philipps, p. 229.

tenían un origen común. Los nazis optaron deliberadamente por mantener los salarios en niveles bajos para facilitar que los beneficios de sus amigos de las grandes empresas, las corporaciones y los bancos, se dispararan. Gracias a los servicios de los nazis, *el capital alemán* pudo acaparar una mayor parte del "pastel" del producto social a costa del *trabajo*.[144] Los salarios también deben evaluarse en comparación con las horas de trabajo. El régimen nazi nunca se molestó en abolir formalmente la jornada de ocho horas que había estado en vigor en la República de Weimar. Sin embargo, se introdujeron todo tipo de lagunas normativas que permitían ampliar considerablemente la jornada laboral, y los empresarios no dejaron de aprovecharse de ello. Pronto se hizo obligatorio trabajar entre tres y cuatro horas semanales más que en los años anteriores a 1933.[145] Según el historiador alemán Claus-Martin Gaul, los trabajadores alemanes trabajaban una media de 42,9 horas semanales en 1933, pero en 1939 tenían que esclavizarse nada menos que 47 horas semanales. Otro historiador alemán, Michael Schneider, proporciona estadísticas muy similares; afirma que la media semanal de horas de trabajo aumentó de 41,5 en 1932 a 47,9 en 1938.[146]

Volvamos por un momento a la relación entre salarios y coste de la vida. El precio de los productos alimenticios *(Nahrungsmittel)* subió vertiginosamente. En consecuencia, la dieta de los trabajadores y otros plebeyos alemanes se deterioró cada vez más. Alimentos básicos importantes como el pan, la mantequilla y la margarina, las salchichas y otras carnes, las patatas y otros alimentos, se hicieron más escasos, y cada vez más caros. Además, la calidad de su alimentación se deterioró. Menos productos de calidad, como la carne y la mantequilla, aparecían en las mesas de los ciudadanos de a pie. "La dieta alemana [en el Tercer Reich] era notablemente modesta", escribe un historiador británico, Mark Harrison, no sólo en comparación con la de Inglaterra en la década de 1930, sino también con la de la era de Weimar.[147] Según Adam Tooze, bajo Hitler "la mayoría de los alemanes vivían con una dieta modesta y monótona de pan y mermelada, patatas, col y cerdo, regada con agua y pequeñas cantidades de leche y cerveza".[148] La ropa también se encareció, al tiempo que disminuía su calidad. Un factor determinante fue que el precio de los textiles se disparó debido a la gran demanda de uniformes.[149]

78

Puede decirse que en la Alemania nazi los salarios se hundieron desde el

[144] Kühnl (1980), p. 262; Gillingham, pp. 13-14; Hallgarten y Radkau, p. 241; Gaul, pp. 204-05.
[145] Kühnl (1980), p. 261; Bettelheim, II, p. 104; Hachtmann, p. 75.
[146] Gaul, p. 207; Schneider, p. 86.
[147] Harrison, p. 147; Steiner, p. 283.
[148] Tooze (2006), p. 142.
[149] Steiner, p. 284-85.

"nivel del bistec" hasta el "nivel del arroz".[150] Incluso un historiador que cree que, gracias a las horas extraordinarias (mal compensadas), el índice de los salarios reales volvió en 1937 al nivel de los años anteriores al inicio de la crisis económica, reconoce que "incluso en los mejores años de la era nacionalsocialista, el nivel de vida de los asalariados no alcanzó el de 1928/29".[151] Y otro historiador, especialista en el campo del empleo en el Tercer Reich, subraya que hacia finales de los años treinta el nivel de vida de los trabajadores se mantuvo por debajo del nivel de 1928, el último año antes de la Gran Depresión. Según el mismo autor, incluso a finales de los años treinta, es decir, en la época del gran auge económico asociado al programa de rearme, la vida de innumerables alemanes seguía sumida en la pobreza.

El 8 de noviembre de 1939, George Elser, un carpintero corriente que actuaba solo, atentó sin éxito contra la vida de Hitler en Múnich. No estaba motivado por ninguna consideración ideológica sino, como ha subrayado Ian Kershaw, por "las preocupaciones de los alemanes corrientes de la época"; si bien algunas de las condiciones que describe Kershaw fueron causadas (o al menos empeoraron) por la guerra que había comenzado sólo dos meses antes, el acto de Elser constituyó obviamente una especie de retribución por la forma despiadada en que los trabajadores y la clase baja de Alemania en general habían sido tratados por el régimen nazi desde el principio, es decir, desde 1933, como deja claro Kershaw:

> [Elser] había observado el deterioro del nivel de vida de la clase obrera y las restricciones a su libertad. Se dio cuenta del enfado de los trabajadores con el régimen. Participó en discusiones con sus compañeros sobre las malas condiciones y compartió sus opiniones. También compartía sus temores sobre la guerra que se avecinaba y que todos esperaban para el otoño de 1938 ... Elser había actuado solo. Pero las preocupaciones que le habían motivado —preocupaciones por el nivel de vida...— estaban muy extendidas en el otoño de 1939. Abundaban los informes sobre el malestar de la clase obrera en esa época... Las jornadas laborales más largas, el aumento del precio de los alimentos y la grave escasez de carbón afectaron sobre todo a los más pobres de la sociedad aquel otoño. Y para los que se salían de la línea, el aumento de la presencia policial en las fábricas era un recordatorio constante de la amenaza del campo de trabajo.[152]

[150] Gossweiler, p. 140.
[151] Galia, p. 204.
[152] Kershaw (2001), pp. 263-64, 271-72, 274.

No puede decirse que las autoridades nazis ignoraran totalmente el problema de esta indigencia. Pero respondieron principalmente con gestos simbólicos, acompañados de mucha fanfarria propagandística, como la famosa Ayuda de Invierno, un programa de asistencia social a los pobres durante el invierno, pero restringido a los llamados alemanes arios, *los Volksgenossen.* La Ayuda de Invierno consistía en donaciones privadas, colectas públicas muy visibles de dinero, ropa, alimentos, etc., loterías y, una vez más, deducciones salariales, voluntarias sólo en teoría. La opinión pública alemana sospechaba que una parte considerable de los ingresos era apropiada por peces gordos y organizaciones nazis y/o desviada para ayudar a financiar el programa de armamento. En general, el nivel de asistencia social en el Tercer Reich se mantuvo por debajo del de 1928.[153]

También es cierto que Hitler se preocupó considerablemente por el nivel de vida de los alemanes "de a pie", pero lo hizo sobre todo, si no exclusivamente, por consideraciones políticas y militares. Quería que los alemanes vivieran lo suficientemente bien para que, cuando desencadenara la guerra, no se llegara de nuevo al escenario que había asolado al país durante la Primera Guerra Mundial. En aquella época, la miseria experimentada por la mayoría de los civiles había provocado presumiblemente el hundimiento del "frente interno" y condenado así a Alemania a la derrota en 1918. Sin embargo, unos salarios más altos y unos precios más bajos no interesaban a los aliados de Hitler, entre ellos los industriales, los banqueros y los grandes terratenientes. La forma en que Hitler cortó el nudo gordiano de este dilema fue desencadenar una guerra de rapiña y explotación: la población de los países conquistados debía pagar el precio necesario para apaciguar a sus aliados capitalistas y mantener al mismo tiempo, dentro de la propia Alemania, un nivel de prosperidad lo suficientemente alto como para preservar la paz social.[154]

80

Ya en una fase muy temprana, un gran número de pequeños empresarios y otros miembros de la clase media-baja, el *Mittelstand*, se habían unido al NSDAP e incluso habían participado como tropas de asalto en las batallas callejeras contra los comunistas y socialistas "rojos". Y, sin embargo, en el Tercer Reich de Hitler apenas les fue mejor que a los obreros. Tras la llegada de Hitler al poder, escribe una autoridad alemana en la historia del Tercer Reich, Karl-Dietrich Bracher, "las esperanzas de la clase media baja [*Mittelstand*] ... se vieron pronto defraudadas ... no se podía hablar de hacer realidad sus deseos, por ejemplo, suprimir los grandes almacenes".[155] Fue sobre

---

[153] Colla, pp. 312-25; Evans (2005), pp. 484-90; sobre la *Vinterhilfe*, véase el detallado estudio de de Witt, p. 184 y ss.
[154] Steiner, pp. 287, 292-93.
[155] Bracher, pp. 240-41.

todo gracias a la ayuda de las grandes empresas alemanas que Hitler pudo llegar al poder, y su régimen funcionó por tanto a favor de las grandes empresas, no de las pequeñas. El NSDAP era "pseudosocialista", es decir, socialista de nombre, pero capitalista en la práctica. Este capitalismo, el capitalismo del siglo XX, resultó no ser el capitalismo de los pequeños empresarios, sino de los grandes empresarios, de las grandes empresas y de los grandes bancos, de los "monopolios" o "capitalistas monopolistas", por utilizar esa terminología. Charles Bettelheim, autor de un libro sobre la economía alemana bajo el nazismo, exageró sólo ligeramente cuando escribió lo siguiente:

> Bajo el régimen nazi, la economía alemana se encontró cada vez más en manos de los trusts ... La forma de propiedad en la que se basaba el Estado nazi, la forma de propiedad que mantenía, protegía, defendía y alimentaba, era la propiedad de los capitalistas monopolistas.[156]

Las grandes empresas y los bancos ya dominaban la vida socioeconómica de Alemania mucho antes de 1933. Sin embargo, su hegemonía se reforzó aún más tras la llegada de Hitler al poder, y gracias a Hitler. Los pedidos y beneficios generados por su programa de rearme sólo beneficiaron a estos "grandes"; los pequeños empresarios no obtuvieron ningún beneficio de ello. Por el contrario, para financiar sus preparativos para la guerra, el Estado nazi contrajo préstamos cuyos intereses fluyeron hacia los grandes bancos; una parte cada vez mayor de los ingresos del Estado fue así apropiada por la gran industria y las altas finanzas. En otras palabras, la creciente deuda pública generó, por un lado, enormes beneficios que fueron privatizados en beneficio de las corporaciones y los bancos y, por otro, costes desorbitados que fueron socializados en forma de impuestos más altos. Estos impuestos más altos, por tanto, arruinaron a innumerables pequeños productores que no ganaron ni un solo *pfennig* con el programa de armamento. Charles Bettelheim resume esta situación de la siguiente manera:

81

> El aumento de la deuda pública sirvió para reforzar la posición del gran capital y provocó la ruina de las pequeñas empresas, aplastadas bajo el peso de la creciente presión fiscal. A través del sistema fiscal, la deuda pública funcionó para expropiar [a las pequeñas empresas].[157]

Hubo otras formas en que la economía política del régimen nazi favoreció a las grandes empresas en detrimento de las pequeñas, a los industriales y

[156] Bettelheim, I, p. 97.
[157] Bettelheim, I, p. 124.

banqueros de la clase media alta en detrimento de los pequeños empresarios, comerciantes, artesanos y otros miembros de la clase media baja alemana, el *Mittelstand.* Los precios al por menor, por ejemplo, fueron congelados oficialmente por el régimen, no sólo por razones demagógicas, sino principalmente para evitar que tarde o temprano los salarios tuvieran que ajustarse al alza, lo que habría costado mucho dinero a las grandes empresas. En la práctica, sin embargo, se permitía a los grandes productores fijar los precios de sus productos acabados, pero también cobrar precios más altos al por mayor a los minoristas, tenderos, artesanos, etc. Debido a este tipo de explotación legalizada, los ingresos de estas pequeñas empresas se hundieron, en algunos casos a un nivel inferior al de los trabajadores de las fábricas. No es de extrañar que un número cada vez mayor de comerciantes, artesanos y otros pequeños empresarios tiraran la toalla y pasaran a engrosar las filas de los asalariados. Así, el número de trabajadores autónomos en Alemania disminuyó de cerca del 20 por ciento de la población activa en 1933 a algo más del 16 por ciento en 1939, mientras que el porcentaje de trabajadores asalariados aumentó durante el mismo periodo del 52 al 53,6 por ciento. Sólo entre 1936 y abril de 1938, 104.000 artesanos pasaron de la condición de autónomos a la de asalariados. Trágicamente, para demasiados miembros de la *Mittelstand,* la "proletarización" que tanto temían y que les había impulsado a unirse a las filas nazis se hizo realidad después de que esos mismos nazis llegaran al poder.[158]

Los campesinos alemanes fueron celebrados colectivamente por los nazis como la *Blutquelle,* "fuente de la sangre", de la nación alemana. Sin embargo, también ellos fueron exprimidos en una organización obligatoria (*Zwangsorganisation)* del NSDAP, a saber, la *Reichsnährstand* ("Corporación de Nutrición del Reich") dirigida por Walther Darré. Este individuo no movió un dedo para ayudar a los innumerables pequeños agricultores que seguían experimentando grandes dificultades. Los grandes terratenientes, en cambio, eran buenos amigos de Hitler.

82

De este modo, las promesas de una reforma agraria en favor de los pequeños agricultores, que le habían valido un gran apoyo electoral en las regiones rurales, quedaron en papel mojado. Además, los salarios y las condiciones de trabajo de los obreros agrícolas que trabajaban como esclavos en los *latifundios* de los grandes terratenientes empeoraron considerablemente. Para no presionar al alza los salarios de los obreros de las fábricas, lo que habría perjudicado a los industriales, los nazis congelaron también los precios de los productos agrícolas en detrimento de los pequeños agricultores independientes. Y se permitió a las grandes empresas cobrar precios más altos por la maquinaria

[158] Bettelheim, I, pp. 46, 52-55, 131; Bettelheim, II, p. 29; Hachtmann, p. 80. Sobre los problemas, las desilusiones y el descontento del *Mittelstand* en el Tercer Reich, véase también Evans (2005), pp. 437-41.

agrícola, los fertilizantes y otros productos similares muy necesarios para los agricultores. Los pequeños agricultores también se vieron obligados a suministrar leche y productos a precios fijos a las centrales lecheras y otras grandes empresas que procesaban y comercializaban productos agrícolas y se embolsaban así la mayor parte de los beneficios. Para los agricultores alemanes, el Tercer Reich no fue un paraíso. Innumerables agricultores perdieron dinero y se vieron obligados a vender sus explotaciones. El número de pequeñas empresas, incluidas las agrícolas, disminuyó sistemáticamente durante los años que siguieron a la llegada de Hitler al poder en 1933. Esto contrasta fuertemente con el destino de los *Junkers* prusianos y otros grandes terratenientes: habían ayudado a Hitler a llegar al poder y, por lo tanto, se encontraron en el extremo receptor de todo tipo de beneficios otorgados por el Estado nazi, incluidos los subsidios más generosos.[159]

Bajo los auspicios del nazismo presuntamente "socialista" y "anticapitalista" de Hitler, no prosperaron ni los trabajadores, ni los pequeños burgueses, ni los agricultores. Pero sí lo hicieron los grandes capitalistas, es decir, los banqueros y los grandes industriales —en otras palabras, el gran capital alemán—, así como sus socios dentro de la élite del país, como los grandes terratenientes. La era nazi fue, pues, testigo de la aceleración de una tendencia a la concentración económica, una tendencia que se había originado a finales del siglo XIX. Significó que cada vez menos empresas y bancos, pero cada vez más grandes, pasaron a dominar el proceso de producción y sus ramificaciones financieras. A la inversa, un número cada vez mayor de pequeñas empresas se quedaron en el camino, obligadas a abandonar el negocio o absorbidas por empresas más grandes; y este proceso de concentración recibió un impulso adicional por el hecho de que el Estado nazi obligó a numerosas pequeñas empresas a "cartelizarse". (El número de sociedades anónimas o *Aktiengesellschaften disminuyó entre* 1933 y 1939 de 9.150 a aproximadamente 5.300; el número de sociedades limitadas privadas se redujo de aproximadamente 55.000 en 1934 a unas 25.000 en 1938). La campaña de arianización contribuyó asimismo a acelerar el proceso de cartelización. Así, el capital fue acumulado cada vez más por un número relativamente limitado de gigantescos trusts y cárteles como IG Farben, Siemens y Krupp. También hay que señalar que el proceso de concentración industrial continuó sin cesar durante la guerra.[160]

83

Las grandes empresas ya dominaban la economía y la sociedad alemanas en 1933, año en que, con el apoyo de las grandes empresas, Hitler llegó al poder. En los años siguientes, bajo los auspicios del régimen hitleriano, las grandes

[159] Bettelheim, I, pp. 139-48; Guérin, pp. 256-58; Kühnl (1980), pp. 265-66; Hörster— Philipps, pp. 167, 231; Focke y Reimer, pp. 149-57.
[160] Bähr, p. 78; Tooze (2006), p. 108; Erker, pp. 21-22; Bettelheim, I, p. 80 y ss.

empresas ampliarían aún más su hegemonía económica y social sobre el país. Sin embargo, es notable que la misma tendencia hacia la concentración económica y el gigantismo capitalista, en otras palabras, hacia el capitalismo monopolista, también se produjo donde no había nazis ni otros fascistas en el poder, como en Estados Unidos. Esto prueba que el nazismo no impidió ni distorsionó el desarrollo del capitalismo o, dicho de otro modo, prueba que bajo el nazismo el sistema capitalista pudo desarrollarse más o menos "normalmente". En última instancia, el nazismo no fue otra cosa que la forma en que, en la Alemania de los años treinta y cuarenta, el capitalismo trató de realizar su objetivo primordial: la maximización de los beneficios y la acumulación de capital.

En 1936, después de tres años de gobierno nazi, los ingresos nacionales de Alemania se repartían de forma tan desigual como durante los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, y mucho más desigual que durante la era de Weimar. El 10% de la población más rica recibía casi la misma parte que en 1913, pero la parte destinada a la mitad inferior de la población, que ascendía al 25% en 1928, se había reducido al 18%. Para los obreros, empleados, agricultores, artesanos, pequeños empresarios y otros que pertenecían a esta mitad inferior, el Tercer Reich no supuso un progreso, sino un retroceso significativo. En otras palabras, el régimen de Hitler había cargado a los "pequeños" alemanes con los costes de la crisis económica.[161] El proceso de democratización, es decir, la emancipación política, social y económica de las clases bajas, había comenzado en muchos sentidos en Europa con la Revolución Francesa. Esta revolución predicaba no sólo la libertad que tanto valoraban los niveles superiores de la burguesía, sino también la igualdad —no sólo la igualdad política ante la ley, sino también la igualdad social y económica— que la clase media alta detestaba tanto como los contrarrevolucionarios aristocráticos.

84

También durante el siglo XIX se avanzó mucho en la dirección de la democracia y la emancipación, aunque al precio de grandes esfuerzos y sobre todo como resultado de más revoluciones, como las de 1848. Puede decirse que el proceso de democratización culminó inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, pero sobre todo como resultado no de esa guerra, sino de otra revolución más, a saber, la Revolución Rusa. En muchos países se introdujo entonces el sufragio universal (masculino), así como innovaciones sociales como la jornada laboral de ocho horas; todo ello se hizo para quitar el aliento a quienes querían aún más, a saber, un cambio revolucionario *à la russe*. Visto desde esta perspectiva, la República de Weimar se reveló como uno de los

[161] Estadísticas de Harrison, pp. 148-49.

países más democráticos de Europa, donde el pueblo se beneficiaba del sufragio universal, la representación proporcional, considerables prestaciones sociales y otras ventajas. Por desgracia, Weimar seguía lastrada por una cúpula del ejército poderosa y militarista, una casta de latifundistas aristocráticos y archiconservadores y una gran industria y altas finanzas que despreciaban el sistema democrático y ansiaban encontrar la forma de hacer realidad sus grandes ambiciones imperialistas de 1914. En cualquier caso, con la República de Weimar, la democratización y la emancipación alcanzaron un cenit en la historia alemana. No fue un nirvana democrático, pero nunca antes la población de las clases bajas alemanas había progresado tanto.

En este sentido, el Tercer Reich de Hitler anunciaba un gran paso atrás, una especie de regreso al *ancien régime*, es decir, a la época anterior a la Revolución Francesa. Hitler despreciaba la Revolución Francesa y todos los movimientos revolucionarios, aborrecía el concepto de "libertad, igualdad, fraternidad", la democracia, la emancipación y el pacifismo, tanto el liberalismo como el socialismo. El Tercer Reich marcó el comienzo de una "gigantesca desemancipación", como ha dicho el brillante filósofo e historiador italiano Domenico Losurdo.[162] Nunca antes se había asestado un golpe semejante al movimiento emancipador de las clases bajas, y eso por parte de alguien que pretendía ser un "ciudadano corriente", un hombre del pueblo, alguien que tenía el descaro de llamar a sus ideas "socialistas" y a su partido un "partido obrero".

85

Esta derrota de la masa de alemanes de clase baja, los plebeyos, supuso un triunfo para los patricios de Alemania, mucho menos numerosos, y sobre todo para los grandes de la industria y las finanzas. Estos últimos, el "1 por ciento", como se diría hoy, eran los preferidos del régimen y, por tanto, no es de extrañar que fueran "casi unánimes en su apoyo al régimen y en su orgullo por sus logros", como ha escrito un historiador estadounidense, John Gillingham.[163] Los obreros y los pequeños burgueses, en cambio, no tenían ningún motivo para estar contentos y orgullosos. Un gran número de estos "pequeños" alemanes estaban muy descontentos porque el régimen nazi les trató como habían temido; otros estaban descontentos porque no recibieron de Hitler los beneficios que habían esperado recibir. Sin embargo, la inmensa mayoría se adaptó y mantuvo la boca cerrada. La razón era sencilla: el más mínimo intento de expresar descontento o protestar, o de hacer huelga, podía llevar a la pérdida del empleo o a la detención por la Gestapo y, tal vez, a un viaje de ida a un campo de concentración. Además, los nazis utilizaban hábilmente la propaganda para convencer a los alemanes de que nunca les había ido tan bien.

---

[162] Losurdo (1993), p. 278. Véase también Pätzold, p. 115.
[163] Gillingham, p. 11.

Probablemente también influyó un factor psicológico: incluso los alemanes más pobres se dieron cuenta de que estaban mucho mejor que el grueso de la población de los países ocupados, especialmente los judíos y los eslavos de Europa del Este; se ha sugerido que la lealtad de la plebe al régimen de Hitler se basaba en su comprensión de que la "superexplotación" de estos *Untermenschen extranjeros por parte de* los nazis mejoraba las condiciones dentro de Alemania, al menos hasta cierto punto.[164] En cualquier caso, innumerables personas acabaron convenciéndose a sí mismas de que las cosas les iban bastante bien bajo los auspicios del régimen de Hitler. Mucho más tarde, durante los años cincuenta y sesenta, muchos alemanes seguirían creyendo que Hitler no había sido malo para los propios alemanes, ni siquiera para los trabajadores y otros "pequeños" alemanes, sino que "sólo" había cometido los errores de exterminar a los judíos y desencadenar una guerra mundial.

Un eficaz método de propaganda utilizado por los nazis consistía en las actividades organizadas, presumiblemente en beneficio de las mujeres y los hombres de las clases bajas, por un departamento especial del NSDAP, conocido como "La fuerza a través de la alegría" (*Kraft durch Freude*, KdF); estas actividades abarcaban desde excursiones de un día al campo hasta espectaculares cruceros a los fiordos noruegos y otros viajes al extranjero. En realidad, los viajes al extranjero estaban estrictamente reservados a los funcionarios del partido y del Estado, así como a una pequeña selección de trabajadores altamente cualificados que percibían salarios relativamente altos. Los trabajadores ordinarios tenían que conformarse con un viaje ocasional, sobre todo dentro de Alemania, y excursiones de un día. Otro plan de propaganda nazi que pretendía convencer al mundo y a los propios trabajadores alemanes de que les iba bien gracias a Hitler fue el proyecto Volkswagen, lanzado a bombo y platillo en 1938. Unos 360.000 alemanes contribuyeron con sus ahorros con la esperanza de que, gracias al Führer, algún día podrían recorrer las nuevas autopistas del Reich en un pequeño automóvil de su propiedad. Cuando estalló la guerra en septiembre de 1939, los nazis habían recaudado más de 100 millones de marcos del Reich. Sin embargo, la fábrica que se creó con los fondos de esta hucha sólo produciría material bélico.[165]

86

Hitler no había sido llevado al poder por una mayoría de alemanes, y para la mayoría de los alemanes —el "99 por ciento" en contraposición al "1 por ciento"— el régimen nazi no trajo beneficios, sino sólo mucha miseria. Sin embargo, demasiados alemanes —de todos los estratos sociales— se dejaron manipular, o se adaptaron, o no opusieron ninguna forma de resistencia.

[164] Cope, pp. 291-93.
[165] Hörster-Philipps, pp. 169, 240 46; Evans (2005), p. 338.

Ayudaron a Hitler, pasiva o activamente, a escribir las páginas más oscuras de la historia de su país. El historiador alemán Manfred Weißbecker ha resumido así el problema de la colaboración de demasiados compatriotas con el régimen nazi:

> Sin colaboradores voluntarios, el régimen nazi no habría podido organizar una guerra total, una bárbara ocupación política y, desde luego, un genocidio; sin ellos, el régimen no habría podido crear un sistema de aproximadamente 20.000 campos de trabajos forzados; sin ellos, la gran mayoría de los alemanes no habrían estado dispuestos a apoyar la guerra hasta el amargo final.[166]

87

Deutschland 1933 **(Bertolt Brecht)**

¡Oh Deutschland, bleiche Mutter! ¡Oh Alemania, madre pálida!
Wie haben deine Söhne dich Maltratado por sus hijos,
zugerichtet
Daß du unter den Völkern sitzest, Te sientas contaminado entre las naciones.
¡Ein Gespött oder eine Furcht! ¡Un objeto de desprecio o de miedo!

[166] Weißbecker, p. 111.

88

CAPÍTULO 8
1939-1945: ¿LA GUERRA DE HITLER?

Es sobre todo, pero no sólo, en Alemania donde a los historiadores —y a los productores de documentales como Guido Knopp— les gusta referirse a la Segunda Guerra Mundial como "la guerra de Hitler". Su intención es sugerir que fue Hitler quien quiso esa guerra, la desencadenó, la dirigió personalmente y, finalmente, la perdió; en otras palabras, que la responsabilidad de este Armagedón recae directamente sobre los hombros de Hitler —y de sus compañeros "gángsters nazis", por supuesto—. De este modo, todos los demás alemanes quedan convenientemente absueltos de toda culpa. Lo que se oculta en el proceso es que la gran mayoría de los industriales y banqueros alemanes deseaban ardientemente una guerra y contribuyeron a ayudar a Hitler a llegar al poder precisamente porque era un belicista, porque podían contar con él para desencadenar el tipo de guerra que anhelaban. Le ayudaron a preparar y librar esta guerra, y obtuvieron pingües beneficios de ello. La guerra de Hitler era también su guerra; sus triunfos y conquistas eran también sus triunfos y conquistas. Sin embargo, cuando la guerra llegó a su fin, fueron capaces —con un poco de ayuda de un tercero, como veremos— de evitar que su derrota implicara también su propia caída.[167]

Los industriales y banqueros alemanes esperaban cosas maravillosas de la Primera Guerra Mundial que habían contribuido a desencadenar en 1914. El resultado de aquel conflicto les había decepcionado amargamente pero, tras la derrota del Reich en 1918, difícilmente se habían convertido en pacifistas. Al contrario, soñaban con deshacer esa derrota, con tirar el Tratado de Versalles a la papelera y con ver a Alemania convertida en una verdadera gran potencia, no sólo política sino también económica, en Europa y en todo el mundo. Ayudaron a llevar a Hitler al poder por numerosas razones; una de ellas era que estaba dispuesto a provocar —en el momento y las condiciones adecuadas, por supuesto— la guerra revanchista que anhelaban. He aquí lo que el historiador y politólogo alemán Reinhard Kühnl tiene que decir al respecto:

89

[167] Véase Gnau, pp. 9-12.

> Ya mucho antes de que su partido llegara al poder, los dirigentes del NSDAP habían subrayado una y otra vez que estaban decididos a desencadenar una guerra, a hacer trizas el Tratado de Versalles, a conquistar y explotar las tierras del Este y a convertir de nuevo a Alemania en una potencia mundial. Precisamente los mismos objetivos tenían los aliados del NSDAP, las élites de la industria y el ejército. Estas élites ya tenían en mente estos objetivos en el momento de la Primera Guerra Mundial. Las diferencias de opinión se limitaban a detalles como el momento en que debía comenzar la guerra, los países que podían actuar como aliados de Alemania y los riesgos que se consideraba que merecía la pena correr.[168]

Una historiadora alemana, Ulrike Hörster-Philipps, ha formulado más o menos la misma tesis. Dice, en pocas palabras: "Los objetivos de guerra de los nazis coincidían perfectamente con los intereses de los grandes capitalistas alemanes".[169] Y he aquí la opinión de un especialista alemán en el campo de la economía de guerra del Tercer Reich, Dietrich Eichholtz: "En los planes [de guerra] de Hitler, tanto en su suma como en sus partes, se puede reconocer fácilmente un reflejo de los ... objetivos y sueños, ya conocidos desde hace décadas, del gran capital alemán [*des deutschen Großkapitals*]."[170]

90

Al principio de la guerra, Hitler les sirvió en bandeja de plata lo que los industriales y banqueros alemanes esperaban ardientemente: en Europa, desde las costas atlánticas hasta las lejanas cumbres del Cáucaso, surgió una gigantesca zona económica —una "Gran Zona Económica" europea (*Grosswirtschaftsraum*)— bajo el liderazgo de Alemania, repleta de suntuosos privilegios para las corporaciones y bancos alemanes. Empresas como IG Farben, Krupp, Deutsche Bank y otras pudieron, por ejemplo, eliminar o absorber competidores en condiciones extremadamente ventajosas. (Ya habían hecho lo mismo en los países entregados a la Alemania nazi por la política anglofrancesa de apaciguamiento, como Austria y Checoslovaquia, donde las grandes empresas alemanas se habían hecho con bancos, minas, acerías y otros botines.[171]) Con la ayuda de las autoridades militares, también resultó posible robar a las empresas su maquinaria y sus existencias de materias primas escasas, como el cobre, como se hizo en Francia en 1940 en las fábricas del sector electrotécnico.[172] Los países ocupados también se convirtieron en

---

[168] Kühnl (1980), p. 280.
[169] Hörster-Philipps, p. 247.
[170] Eichholtz (1999b), p. 11.
[171] Véase, por ejemplo, Gnau, pp. 91-92, 100-1.
[172] Homburg, pp. 183, 198.

mercados cautivos para los productos acabados de las empresas alemanas; a la inversa, las empresas alemanas podían adquirir los productos de las industrias locales a precios, tipos de cambio y condiciones fijados unilateralmente por la parte alemana. Por último, pero no por ello menos importante, los países ocupados se vieron obligados a suministrar a las empresas alemanas cantidades ilimitadas de mano de obra forzada barata, es decir, una cantidad masiva de mano de obra esclava. Se calcula que, dentro del propio Reich, entre 12 y 13 o incluso 14 millones de trabajadores forzados acabaron siendo explotados por cuenta del régimen nazi durante la guerra; en todos los territorios ocupados juntos, un mínimo de 36 millones de personas fueron sometidas a algún tipo de trabajo forzado.[173]

Como ya había ocurrido en la época de la arianización de las empresas judías en la propia Alemania, fueron sobre todo las grandes corporaciones y bancos alemanes los que supieron sacar provecho de la fabulosa *oportunidad de negocio que* representaba la guerra. Y, por supuesto, estos grandes compitieron agudamente por apropiarse de los bocados más jugosos de los países ocupados. Cada empresa contaba con sus "aliados" dentro del Partido y el Estado nazis y también, por supuesto, dentro de la burocracia de las autoridades militares de ocupación. En muchos casos, las empresas y los bancos presentaron una lista de desideratas a Berlín.[174] El 2 de octubre de 1940, por ejemplo, la dirección de la empresa Carl Zeiss Jena comunicó a Berlín que deseaba el cierre de dos empresas belgas de óptica, con sede en Gante y Bruselas, respectivamente, por considerarlas competidoras; pero a una empresa similar de Venlo, en los Países Bajos, se le debía permitir seguir en activo, ya que Carl Zeiss colaboraba casualmente con ella. En cuanto a Noruega y Dinamarca, Carl Zeiss no presentó ninguna solicitud por la sencilla razón de que no tenía competidores en esos países.[175]

91

Otro ejemplo del expolio económico de los países ocupados por las empresas alemanas lo proporcionan las actividades del Deutsche Bank en Bélgica. Este banco obligó a una institución financiera belga, *Société Générale,* a entregar, en condiciones muy favorables, todo tipo de acciones en las que estaban interesados los alemanes, por ejemplo acciones en bancos de Yugoslavia y acerías de Luxemburgo. Del mismo modo, el Deutsche Bank consiguió liberar a otra empresa belga, Petrofina, de una importante cartera de acciones del fondo petrolero rumano Concordia. Entretanto, la sucursal parisina del Deutsche Bank obtuvo pingües beneficios gestionando los

[173] Datos citados por el historiador Karl Heinz Roth (1999), véase Uhl; véanse también Tooze (2006), p. 517, Eichholtz (1999c), p. 139, y el artículo de Forbes.
[174] Puchert, p. 364; Eichholtz (1969), pp. 162-78, 248-347.
[175] Citado en Kühnl (1980), pp. 347 48.

monumentales pagos que Francia tuvo que desembolsar como parte de las condiciones del armisticio impuesto por la victoriosa Alemania nazi en el verano de 1940. Este tipo de actividades contribuyó a elevar al Deutsche Bank durante la guerra al elevado estatus de banco número uno del continente europeo.[176] Su volumen de negocio se disparó durante la guerra, pasando de 4.184 millones de Reichsmarks en 1939 a 5.315 millones en 1940, 6.573 millones en 1941, 7.504 millones en 1942, 8.703 millones en 1943 y 11.374 millones en 1944.[177]

Las grandes empresas alemanas saquearon los Países Bajos y Francia a su antojo, pero fue sobre todo en Europa del Este donde el capital alemán pudo enriquecerse gracias a los nazis. El este de Europa, habitado esencialmente —según los nazis— por "subhumanos" (*Untermenschen)* eslavos y judíos, fue tratado como una colonia y explotado a fondo por el gran capital alemán.[178] Según la ideología nazi, la función de este gigantesco territorio era supuestamente poner "espacio vital" a disposición de la raza alemana, es decir, debía ser colonizado por granjeros alemanes, de forma parecida a como el Salvaje Oeste americano había sido colonizado por colonos. En realidad, las grandes empresas alemanas fueron las primeras en reclamar sus derechos y se apresuraron a hacerse con todo tipo de materias primas y a aprovechar una fuente prácticamente inagotable de mano de obra ridículamente barata. Además, los productos agrícolas de estas regiones se desviaron para servir de alimento barato a la población de la propia Alemania, de modo que los salarios pudieran mantenerse a niveles bajos. El hecho de que innumerables europeos del Este perecieran en condiciones de trabajo esclavo e inanición no tenía la menor importancia. No sólo los hombres de Europa del Este, sino también las mujeres y los niños a partir de aproximadamente trece años eran explotados como mano de obra esclava, ya fuera en su propio país o en Alemania, donde cientos de miles de ellos eran deportados. Tuvieron que trabajar como esclavos sobre todo en las fábricas que producían material bélico, como IG Farben, Siemens & Halske, DWM, Daimler-Benz, BMW, Messerschmitt, Klöckner y otras. En Europa del Este, pero también en la propia Alemania, a las empresas alemanas les gustaba establecer fábricas cerca de los campos de concentración para beneficiarse de la mano de obra de las personas encarceladas allí en las condiciones más terribles. A cambio del pago de una suma simbólica de dinero a las SS, que también imponían la disciplina necesaria, era posible hacer trabajar literalmente a estas personas hasta la muerte.[179]

[176] Czichon (2001), pp. 143-46, 155, 166; Pool, p. 211.
[177] Czichon (2001), pp. 210, 235-36.
[178] Ritschl, pp. 62-63.
[179] Czichon (2001), pp. 197-206.

Durante la guerra, millones de judíos europeos fueron asesinados sistemáticamente en campos de exterminio como Auschwitz y Treblinka. Niños, ancianos y otras personas que no tenían fuerzas para trabajar eran gaseados e incinerados en cuanto llegaban a un campo. A los demás se les permitía vivir, es decir, mientras fueran capaces de soportar el duro trabajo que se les obligaba a realizar en las fábricas cercanas, construidas a tal efecto por empresas alemanas. IG Farben instaló una gigantesca fábrica en Auschwitz, la llamada *Bunawerk*, dedicada a la producción de caucho sintético, un proyecto financiado por el Deutsche Bank, entre otros, pero Siemens y Krupp también estuvieron presentes para aprovecharse del trabajo esclavo de los judíos destinados a morir.[180] A los internos se les obligaba en su mayoría a realizar trabajos duros y peligrosos. Como además recibían una alimentación inadecuada, estaban expuestos al frío en invierno y al calor en verano, así como a condiciones muy antihigiénicas y a frecuentes malos tratos, aproximadamente una quinta parte de ellos moría cada mes. Como ya se ha dicho, los que no eran lo bastante fuertes para servir como esclavos eran eliminados inmediatamente al llegar al campo. Pero los muertos también eran útiles para los nazis y para las empresas y bancos que les ayudaban a cometer estos crímenes, aunque sólo fuera porque los crímenes implicaban un rico botín: los cadáveres eran despojados de su ropa, dinero en efectivo, joyas, relojes, pelo y, sobre todo, oro, incluso en forma de oro dental. Incluso las personas destinadas a morir podían producir un rendimiento y reportar beneficios sirviendo de cobayas para las vivisecciones y otros experimentos que constituían una interesante forma de investigación en beneficio de la industria alemana.[181]

93

Al comerciar con el oro de los nazis, o mejor dicho, robado por los nazis a sus víctimas, el Deutsche Bank ganó mucho dinero. Este negocio implicaba grandes cantidades de oro de diferentes tipos: oro saqueado a los bancos nacionales de Checoslovaquia, Bélgica y los Países Bajos (*Beutegold*), oro robado a los judíos alemanes ricos durante en el contexto de la arianización (*Raubgold*), y oro tomado a las víctimas del Holocausto en los guetos y campos y, por tanto, simbólica —y a veces literalmente— manchado de sangre

[180] La famosa producción de Hollywood *La lista de Schindler* se basa sin duda en hechos reales, pero sin embargo distorsiona la realidad histórica en el sentido de que la película crea la impresión de que la colaboración de empresarios alemanes con las SS no sólo fue excepcional —la iniciativa de un individuo un tanto excéntrico— sino que además contribuyó a salvar vidas. En realidad, las SS colaboraron sistemáticamente con innumerables empresarios alemanes, pero sobre todo con corporaciones, y esta colaboración costó la vida a innumerables personas a las que se hizo servir como esclavos o cobayas. Es muy improbable que Hollywood produzca alguna vez una película que ponga de relieve la horrible realidad histórica de la colaboración entre las SS y las empresas alemanas.

[181] Hörster-Philipps, p. 339.

(*Opfergold* o *Blutgold*). Todo este oro se utilizó sobre todo para financiar la guerra, porque durante el conflicto el valor del Reichsmark cayó y las reservas de divisas de Alemania se agotaron hasta el punto de que los proveedores suecos de mineral de hierro y otros proveedores extranjeros de materias primas estratégicas y material de guerra sólo aceptaban el pago en lingotes. El oro era entregado por las SS al *Reichsbank* para ser vendido en el extranjero, bien por el propio *Reichsbank* a los bancos nacionales de Suiza y Portugal, bien por el Deutsche Bank a otros bancos internacionales activos en el "mercado libre". Esto reportó grandes comisiones a la sucursal de Estambul del Deutsche Bank, ya que era en Turquía donde se llevaba a cabo este negocio.[182] Antes de ser enviado al Deutsche Bank a través *del Reichsbank,* el oro dental de los judíos masacrados en los campos de exterminio era fundido en lingotes en las instalaciones de una empresa con el nombre de Degussa. Degussa "experimentó un enorme crecimiento bajo los auspicios de la política nacional-socialista", escribe Peter Hayes, que ha investigado a fondo la saga de esta empresa en el Tercer Reich. De hecho, entre 1939 y 1945 la empresa se embolsó un beneficio de aproximadamente 2 millones de marcos del Reich gracias al expolio de los judíos.[183] Cabe mencionar aquí que el oro robado a los judíos y otras víctimas de los nazis no sirvió en modo alguno para mimar a los "pequeños" alemanes, como Götz Aly nos quiere hacer creer. Por el contrario, se utilizó casi exclusivamente para ayudar a financiar el esfuerzo bélico, al tiempo que hacía posible que los accionistas de Degussa, los banqueros del Deutsche Bank y otros "grandes" alemanes ganaran aún más dinero.[184]

Durante la guerra, las corporaciones y los bancos alemanes consiguieron realizar los suntuosos beneficios que habían esperado de ella. Especialmente en sus primeras fases, la guerra produjo una auténtica bonanza financiera para Deutschland AG, y en 1940 los beneficios obtenidos por las corporaciones y los bancos "se dispararon a niveles sin precedentes".[185] Esto parece haber avergonzado un poco a las autoridades nazis. Temían que surgiera una oleada de resentimiento popular contra los "especuladores de la guerra", como había ocurrido durante la Primera Guerra Mundial de 1914-18. Berlín se vio obligado a aumentar los impuestos a las empresas. Berlín se sintió obligado a aumentar el tipo del impuesto de sociedades del 40 al 50 por ciento a mediados de 1941, y del 50 al 55 por ciento en enero de 1942.

94

Con esta medida no sólo se pretendía apaciguar a la opinión pública, sino

[182] Czichon (2001), p. 194 y ss.
[183] Hayes (2006), pp. 33, 36; Evans (2008), pp. 344-45; véase también Roth (1999), en referencia a un artículo de Hersch Fischler.
[184] Véase la crítica de Jochen Streb al libro de Ralf Banken.
[185] Tooze (2006), pp. 496, 561.

también, e incluso principalmente, financiar la guerra en el Este, el conflicto con la Unión Soviética. Esta guerra, desencadenada en junio de 1941, debía haber sido una "guerra relámpago", una sinecura militar. En lugar de ello, se reveló difícil, larga y extremadamente costosa; y, como ha subrayado Adam Tooze, al cabo de unos meses "amenazaba con desestabilizar el precario equilibrio fiscal y monetario de toda la economía alemana".[186] En cualquier caso, los beneficios después de impuestos de empresas como IG Farben, que se habían disparado durante los años treinta, siguieron aumentando en 1939 y 1940, se ralentizaron un poco en 1941 y 1942, pero se mantuvieron, no obstante, en un nivel que se consideraba al menos "satisfactorio".[187] Además, con o sin permiso de las autoridades, las declaraciones fiscales de las empresas minimizaron en adelante sus beneficios, como han señalado los historiadores Hans Mommsen y Manfred Grieger en su estudio sobre Volkswagen, y como subraya Dietrich Eichholtz en su formidable estudio sobre la economía de guerra alemana. Según estos autores, los beneficios oficiales minimizaban los verdaderos beneficios de las empresas, por ejemplo, reinvirtiendo una parte de los beneficios en la propia empresa, como en la construcción o mejora de instalaciones productivas. Las "reinversiones" de Junkers, uno de los principales fabricantes de aviones, ascendieron a 165 millones de marcos del Reich en 1941 y a 307 millones en 1942. Pero el mayor campeón en la reinversión en nuevas infraestructuras fue IG Farben, con un total aproximado de 2.500 millones de marcos del Reich entre 1939 y 1944; de esa cantidad, 1.700 millones se reinvirtieron durante los años 1941, 1942 y 1943, presumiblemente menos rentables. Otra forma de minimizar (o simplemente ocultar) los beneficios, practicada por prácticamente todas las corporaciones, fue el establecimiento de "activos ocultos" (stille Reserven, literalmente: "reservas silenciosas" de capital).[188] Gracias al fuerte aumento del volumen de negocios y a las numerosas oportunidades de saqueo, ambos generados por la guerra, combinados con un tipo impositivo muy modesto, las corporaciones alemanas ganaron fortunas entre 1939 y 1945. Según Eichholtz, los beneficios netos obtenidos por IG Farben, que ya habían aumentado espectacularmente de 47 a 298 millones de marcos del Reich entre 1933 y 1940, siguieron aumentando durante la guerra: alcanzaron los 316 millones en 1941, disminuyeron a 266 millones en 1942 y volvieron a subir a 300 millones en 1943, antes de caer a "sólo" 148 millones en 1944.[189]

[186] Tooze (2006), pp. 494-95.
[187] Spoerer (1996), pp. 151-53, 169.
[188] Mommsen y Grieger, p. 622; Eichholtz (1985), pp. 538-39, 561-62; Hayes (2001), p. 325.
[189] Eichholtz (1985), pp. 563-64.

Mark Spoerer[190] considera contradictorio que el Estado "totalitario" de Hitler permitiera a las empresas y los bancos registrar beneficios tan enormes. Parece sugerir que este hecho contradice la teoría de la "primacía de la política" en la que se basa su obra.[191] Según este paradigma, Hitler y los demás jefes nazis, los dirigentes políticos del Reich, impusieron su voluntad a los industriales y banqueros, los dirigentes económicos del país; la "política", es decir, la política nazi, dominó así presumiblemente la "economía", es decir, el sistema económico de Alemania, que nadie puede negar que siguió siendo capitalista bajo Hitler. Esto implica que los capitalistas alemanes no eran más que objetos, y a menudo incluso víctimas, de la "política" nazi en la que, trágicamente, se habían enredado como moscas en una tela de araña.[192] Y si no se puede negar que estuvieron implicados en los crímenes de los nazis, ello se debió presumiblemente a que habían quedado "atrapados", como Henry Ashby Turner ha expresado con tanta delicadeza en su contribución a una colección de artículos sobre las corporaciones en el Tercer Reich, editada, entre otros, por un historiador afiliado al Deutsche Bank.[193] Peter Hayes sugiere de forma similar que, como muchos otros alemanes, los jefes de las grandes empresas alemanas se vieron cada vez más enredados en los crímenes de los nazis porque eran rehenes de "un entorno políticamente estructurado"; pero se abstiene modestamente de intentar explicar los orígenes de este entorno, el papel desempeñado por los industriales y banqueros en su génesis o la forma en que estos señores se convirtieron en sus rehenes.[194] No es sorprendente que la teoría de la primacía de la política fuera adoptada como una especie de teoría oficial por lo que se ha dado en llamar los "historiadores de la corte de las corporaciones y bancos alemanes" (*Hofhistoriker der deutscher Großunternhemen*),[195] es decir, los historiadores que han sido reclutados por estas empresas para escribir la historia de sus aventuras en el Tercer Reich. Menos comprensible es el hecho de que esta teoría haya alcanzado prácticamente la hegemonía en la historiografía occidental contemporánea con respecto al Tercer Reich.

Desde el punto de vista de esta teoría, la indulgencia mostrada por los jefes políticos nazis hacia los caciques económicos alemanes en materia de impuestos es, en efecto, una anomalía, es decir, un hecho que no puede ser explicado adecuadamente por la teoría o, peor aún, que contradice y, por tanto,

---

190 Spoerer (1996), pp. 165-66.
191 Esta teoría está asociada al nombre del historiador británico Timothy Mason: véase "Timothy Mason"; Turner (1998), pp. 16-17; Ayçoberry, pp. 207-9.
192 Véanse, por ejemplo, las observaciones de Eichholtz (1999b), p. 11.
193 Turner (1998), p. 20.
194 Hayes (1998), p. 4.
195 Eichholtz (1999b), p. 15.

invalida la teoría. Sin embargo, esta indulgencia no es contradictoria en absoluto cuando uno se da cuenta de que, como hemos visto, el gran capital alemán había creado, o al menos ayudado a crear, el Estado nazi, es decir, la infraestructura política que, en el contexto de la gran crisis económica, debía facilitar la realización de su objetivo primordial: la maximización de los beneficios. Desde el punto de vista de esta teoría alternativa —que podría denominarse teoría de la "primacía de la economía"— esto no constituía en absoluto una anomalía. Por cierto, ya hemos citado otra "contradicción" en la historia del Tercer Reich, otra anomalía desde el punto de vista de la teoría de la "primacía de la política": el hecho de que los gobernantes nazis tuvieran que presentarse, gorra en mano, ante los banqueros para mendigar préstamos por los que tenían que pagar tipos de interés exorbitantes. ¿Por qué, si la política triunfaba sobre la economía, la banda de Hitler no se limitó a ordenar que soltaran el dinero, y por qué no se limitaron a dictar a los banqueros la cantidad de interés que estaban dispuestos a pagar?

96

Spoerer también se equivoca cuando escribe que el régimen nazi manipuló "la búsqueda empresarial de beneficios" (*das unternehmerische Gewinnstreben*) para lograr sus propios objetivos. En realidad, ocurrió precisamente lo contrario: la incesante búsqueda de beneficios hizo que los grandes empresarios, es decir, los industriales y banqueros, crearan y manipularan el régimen nazi y lograran que desencadenara una guerra mundial, porque así era como mejor podían conseguir sus objetivos de maximización de beneficios. Y puede decirse que las grandes empresas alemanas lo consiguieron con éxito. En este contexto, podemos entender que en los juicios de Núremberg un fiscal estadounidense, Telford Taylor, pudiera declarar que "esas empresas, y no los locos y fanáticos nazis, eran los verdaderos criminales de guerra".[196]

De hecho, los banqueros, los industriales y otros "grandes" alemanes se beneficiaron abundantemente de la guerra. Sin embargo, Götz Aly prefiere centrarse en las supuestas grandes ventajas que, en su opinión, la guerra otorgó a los "pequeños" alemanes o, como él los llama, a los "alemanes de a pie". Estos últimos fueron supuestamente incluso los principales beneficiarios de la guerra —y del exterminio de los judíos— a pesar de que "apenas contribuyeron a los costes de las aventuras militares de Hitler" y "apenas pagaron el diez por ciento del coste de la guerra".[197] Según Aly, la guerra funcionó así como una especie de inversión a gran escala de la población alemana, una empresa que reportó los máximos beneficios a quienes sólo habían hecho una contribución mínima, los alemanes "pequeños" u "ordinarios", mientras que quienes habían invertido la parte del león, los alemanes "grandes", sólo recibieron una mínima

[196] Citado en "Bayer: una historia".
[197] Véase el artículo de Tooze (2005), pp. 2-4.

parte de los dividendos. Sin embargo, ya hemos visto que los trabajadores y la clase media-baja habían tenido que pagar caro —por ejemplo, con salarios más bajos y la pérdida de muchos servicios sociales— la inversión en la guerra que representaba el rearme del país. A la inversa, este programa de rearme había reportado enormes beneficios a industriales y banqueros, de modo que, en última instancia, equivalía a una redistribución perversa de la riqueza de Alemania en beneficio de los ricos y en perjuicio de los pobres. Así pues, el "pequeño" ciudadano alemán asumió sin duda una parte importante del coste de los preparativos para la guerra, es decir, realizó una importante "inversión" en la guerra.

97

Además, la guerra resultó sin duda un infierno para los "pequeños" alemanes. Millones de ellos fueron obligados a servir como carne de cañón en el frente, y millones nunca regresaron de los campos de batalla. No menos de 13,5 millones de alemanes murieron, resultaron heridos o fueron hechos prisioneros entre 1939 y 1945, de los cuales la gran mayoría eran sin duda pequeños burgueses, trabajadores de cuello blanco y azul, campesinos y otros plebeyos.[198] En el frente interno, los alemanes "pequeños" u "ordinarios" también pagaron un alto precio. Los obreros tuvieron que trabajar más y durante más tiempo por salarios más bajos. Ya el 4 de septiembre de 1939, los salarios y los precios fueron congelados por un "edicto sobre la economía de guerra" (Kriegswirtschaftsverordnung). Sin embargo, mientras los precios siguieron subiendo hasta 1945, los salarios de los trabajadores en general se estancaron, bajaron a veces, pero también subieron ocasionalmente debido a la escasez de ciertos tipos de mano de obra. Durante la guerra, la jornada laboral también se hizo cada vez más larga. En 1939, los trabajadores alemanes trabajaban una media de cuarenta y siete horas semanales, lo que ya era bastante más que en 1933, año en que Hitler había llegado al poder. Durante la guerra, esta media subió, en la mayoría de los casos a cincuenta y seis, cincuenta y siete o cincuenta y ocho horas, a menudo a sesenta horas, ¡y a veces incluso a setenta horas! Las horas extraordinarias se pagaban mal o no se pagaban. Era una forma más de que los empresarios aumentaran sus beneficios, una forma más de que el capital se llevara una parte mayor del pastel del producto social, dejando al trabajo con una parte correspondientemente menor.[199]

98

Para los "pequeños" alemanes en general, y para los trabajadores en particular, la situación empeoró cada vez más durante la guerra, y no sólo porque las horas de trabajo se alargaron mientras los salarios permanecían

---

[198] Ponting, p. 130; Ambrose, p. 72.
[199] Focke y Reimer, pp. 168-69; Engelmann (1975); Recker; Gaul, p. 203; Diehl, pp. 82-85.

congelados. También les resultaba cada vez más difícil alimentarse adecuadamente a sí mismos y a sus familias. Los precios de productos alimenticios como el pan, la mantequilla o la margarina, las patatas, los huevos, el queso y, por supuesto, la carne, subieron sin piedad, al igual que el coste de otros artículos de primera necesidad como el carbón y el calzado. La calidad de todos estos productos disminuyó drásticamente, pero aún peor fue el hecho de que ciertos productos esenciales a menudo no estaban disponibles en absoluto. Los habitantes de las ciudades, en particular, sufrieron una crisis de aprovisionamiento y no dudaron en mostrar su enfado por la escasez de alimentos y los altos precios. Los trabajadores industriales alemanes estaban cada vez más alienados por las condiciones de trabajo y los niveles salariales. Al estar mal alimentados, estaban débiles y, como era de esperar, enfermaban con frecuencia. Tanto hombres como mujeres se desmayaban con frecuencia en las fábricas o mientras hacían cola delante de las tiendas. Para empeorar las cosas, a partir de 1943 las grandes ciudades del Reich fueron bombardeadas sistemáticamente por la aviación aliada, y los vastos y densamente poblados barrios obreros se encontraron a menudo en el extremo receptor. Se calcula que entre cuatrocientos mil y seiscientos mil alemanes perecieron en estos bombardeos, y la mayoría de las víctimas pertenecían a las clases media y baja. Incluso los que tuvieron la suerte de sobrevivir tuvieron que soportar noches en vela, la pérdida de sus hogares, refugios abarrotados y otras incomodidades. Según informes confidenciales de los servicios secretos, los trabajadores, en particular, ya empezaron a expresar su descontento por todo esto durante las primeras fases de la guerra, es decir, incluso en la época de las grandes victorias y conquistas de Hitler. Y los autores de estos informes no tardaron en llegar a la conclusión de que los "pequeños" alemanes tenían más que suficiente (*die Nase voll)* con la guerra.[200]

Los miembros de la alta sociedad alemana, en cambio, no tuvieron nada de qué quejarse durante los primeros años de la guerra. Para ellos, la época de los grandes triunfos alemanes fue incluso "una época de opulencia". Y siguieron viviendo en relativa opulencia hasta después de la catástrofe de Stalingrado, a principios de 1943. En cuanto a los bombardeos, los "grandes" alemanes pudieron huir a la seguridad de pueblos y villas en el campo; además de los peces gordos nazis, entre estos afortunados evacuados se encontraban sobre todo ricos industriales y sus familias. Los beneficios y otras ventajas de la "guerra de Hitler" eran para los ricos; sus inconvenientes y miseria, para los pobres.[201]

Hitler estaba convencido de que las intensas privaciones, causadas por

[200] Kershaw (2001), p. 423; Focke y Reimer, pp. 179-89; Weißbecker, pp. 176-77; Carsten, p. 138 y ss.
[201] Pätzold, p. 51; d Almeida, p. 367.

factores como el bloqueo de la Marina Real, habían desmoralizado a la población civil alemana durante la Primera Guerra Mundial, contribuyendo así poderosamente, si no exclusivamente, a la derrota militar del Reich seguida de revolución. Decidido a evitar a toda costa que la historia se repitiera, el Führer hizo todo lo posible en 1939-45 para preservar a la población civil alemana. "Cuando los nazis se embarcaron en la guerra", escribe el historiador Gabriel Kolko,

99

> se dieron cuenta de que los sufrimientos de 1914-18 habían radicalizado a la clase obrera y a los soldados... y habían llevado al orden social al borde de lo que les parecía una revolución; juraron no volver a exponer a Alemania a tales penurias ni a correr riesgos tan graves. [202]

Por lo tanto, Hitler dispuso que los alemanes "pequeños" u "ordinarios" recibieran una parte de los frutos del saqueo y la explotación despiadados de los países ocupados. Por ejemplo, el saqueo de un país como Francia hizo posible mantener el nivel impositivo de los alemanes comunes a un nivel razonablemente bajo y proporcionar ciertas formas de asistencia social a grupos visiblemente desfavorecidos, por ejemplo, las esposas de los soldados. Y al inundar el mercado alemán con productos alimenticios baratos como el trigo ucraniano — arrebatado, por así decirlo, de las bocas de los llamados Untermenschen de Europa del Este, a los que por consiguiente se dejó morir de hambre[203] — se garantizó que los alemanes en general tuvieran más pan en la mesa en 1939-45 que en 1914-18. También es cierto que los soldados de permiso podían volver ocasionalmente a casa con paquetes llenos de salchichas, queso y mantequilla procedentes de Polonia, Holanda o Dinamarca. Sin embargo, como muestran claramente los informes de los servicios secretos, es muy cuestionable que esta acumulación de ventajas menores causara una gran impresión en la población, contribuyera a la construcción de una "base de consentimiento y cooperación en el Tercer Reich" y, en consecuencia, permitiera a Hitler "comprar" la lealtad de la plebe alemana... y mantenerla hasta el final de la guerra, como Aly quiere hacernos creer.[204]

Con "su" guerra, Hitler prestó grandes servicios a los capitalistas alemanes. Sin embargo, también se puede decir que los capitalistas alemanes se prestaron grandes servicios a sí mismos al hacer que Hitler desencadenara una guerra en su nombre y en su beneficio. Mientras la guerra iba bien, las grandes empresas alemanas siguieron apoyando lealmente al régimen de Hitler. Y lo mismo

---

[202] Kolko (1994), pp. 75-76, y cita de la p. 156.
[203] 203 Véase, por ejemplo, Mazower, pp. 146-47.
[204] Tooze (2005), pp. 2-3.

hicieron los generales, los grandes terratenientes y los demás pilares de la élite del Reich que habían contribuido a llevar a Hitler al poder en 1933. "Este apoyo", escribe un historiador estadounidense, incluso "aumentó en el transcurso de la guerra".[205] Los hombres y mujeres de la élite alemana apoyaron la "guerra de Hitler" siempre que les resultara rentable, siempre que pareciera probable que les reportaría aún mayores beneficios y otras ventajas, siempre que creyeran que esta guerra concluiría con una victoria de Alemania, de la Alemania de Hitler, de su Alemania.

[205] Gillingham, p. 11.

101

CAPÍTULO 9
¡JUNTOS HASTA EL FINAL!

El nec plus ultra que el tándem de la gran industria y las altas finanzas alemanas esperaba de la guerra, supuestamente "la guerra de Hitler", era la aniquilación de la Unión Soviética. De esta aniquilación, todos los pilares de la clase dirigente alemana esperaban grandes ventajas. La nobleza, por ejemplo, esperaba que sus hijos más jóvenes tuvieran la oportunidad de adquirir grandes propiedades en Ucrania. En cuanto a los niveles superiores de la jerarquía militar, varios generales de la Wehrmacht soñaban igualmente con convertirse en propietarios de una vasta "mansión caballeresca" en algún lugar de la vasta "tierra de posibilidades ilimitadas" oriental en la que parecía destinada a convertirse la Unión Soviética.[206] Y los prelados de la Iglesia católica, no sólo en Alemania sino incluso en los salones del propio Vaticano, tenían visiones de jesuitas cabalgando a lomos de la victoriosa Wehrmacht hasta los Urales para convertir al pueblo ruso al catolicismo; estos "cismáticos" anteriormente ortodoxos, más recientemente forzados al ateísmo por los bolcheviques "impíos", eran considerados listos para recibir la "Buena Palabra".[207] Pero volvamos a las aspiraciones del pilar de la élite alemana que nos interesa, a saber, los industriales y banqueros, el gran capital.

102

En las salas de juntas de Krupp, IG Farben, Deutsche Bank y sus consortes corporativos, hubo exultación cuando los ejércitos nazis cayeron sobre la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. El triunfo de la Alemania nazi, esperado con total confianza, iba a significar la desaparición del comunismo en Rusia y probablemente en todas partes; equivaldría por tanto a una victoria, mundial y supuestamente final, del capitalismo sobre el socialismo y el movimiento obrero, una victoria definitiva del capital sobre el trabajo. Semejante logro le habría granjeado a Hitler la profunda gratitud y admiración de todos los industriales y banqueros del país, como ya lo había hecho en 1933 su destrucción del comunismo (y del movimiento obrero) en la propia Alemania. Desde el punto de vista del gran capital alemán, la destrucción de la

---

[206] Véase la entrevista con el historiador Herman German Stephan Malinowski en el artículo de Staas y Ullrich; Müller (2011a), p. 140.
[207] Lacroix-Riz (1996), pp. 411-18; Lewy, pp. 230-32; Deschner (1996), pp. 643-47

Unión Soviética confirmaría así lo acertado de la decisión tomada en 1933, tras años de disputas, de elegir la opción fascista. Sin embargo, de un triunfo en la Guerra del Este (Ostkrieg), las corporaciones y los bancos alemanes también esperaban obtener beneficios económicos.

Por parte del NSDAP, fue uno de los peces gordos favoritos del gran capital, Göring, el encargado de sincronizar los esfuerzos para poner toda la economía soviética al servicio del Reich con la colaboración de los grandes trusts alemanes". Esto equivalía a decir que el gran capital alemán se disponía a poner sus codiciosas manos sobre la economía soviética con la ayuda del instrumento útil que resultaba ser el Estado hitleriano, en este caso personificado por Göring. Las grandes empresas y los bancos ya se relamían pensando en el botín que les esperaba, botín que estaban decididos a repartir de manera "honesta". Se acordó, por ejemplo, que Krupp se haría con las acerías del distrito de Leningrado, mientras que Hoesch AG se apropiaría de las de Kiev y el sur de Rusia. IG Farben debía, por supuesto, adquirir todas las instalaciones de producción de combustible sintético. Y en marzo de 1941, unos meses antes del ataque a la Unión Soviética, IG Farben y Deutsche Bank ya habían creado una empresa, llamada Kontinentale Öl AG, que debía asumir la propiedad de la industria petrolera soviética. Por cierto, este proyecto atrajo a muchos otros miembros de la élite industrial y financiera del Reich, como el Dresdner Bank, Wintershall AG, un importante productor de petróleo y gas, y Brabag (acrónimo de Braunkohlen Benzin AG), este último productor de combustible sintético a partir de lignito (Braunkohl); entre las principales personalidades implicadas se encontraban los ya mencionados Wilhelm Keppler, Carl Krauch y August Rosterg, así como el banquero Hermann Josef Abs, del que oiremos hablar más adelante. Kontinentale Öl AG era un proyecto extremadamente ambicioso. La conquista de los yacimientos petrolíferos del Cáucaso, que ya se consideraba un hecho consumado, debía ser un mero preludio de una nueva incursión en el Eldorado del petróleo, Oriente Próximo, cuyo objetivo era la ciudad iraquí de Kirkuk. Alemania se haría así con su propio "imperio del petróleo" (Erdölimperium).[208]

103

Sin embargo, los nazis no podían permitirse ser percibidos por el público alemán en general, y por los "pequeños" alemanes en particular, como excesivamente generosos con los grandes de las corporaciones y los bancos. Querían seguir cultivando la idea agrario-romántica, azuzada por Hitler en Mein Kampf y dogma de la ideología nazi, de que el "espacio vital" del este debía conquistarse en beneficio de los campesinos, artesanos y demás gente común que se estableciera allí, y no en beneficio de los peces gordos. Así pues,

[208] Müller (2011b), p. 236; Eichholtz (2001); Lacroix-Riz (2013), p. 204.

se crearon las "Empresas del Este" (Ostgesellschaften) como empresas conjuntas del Estado nazi y el sector privado, financiadas por bancos como los omnipresentes Deutsche Bank, Dresdner Bank y Commerzbank. Esta iniciativa pretendía camuflar el hecho de que "a las empresas [privadas] participantes se les daba la oportunidad de explotar, ad libitum y sin incurrir en ningún riesgo, los activos soviéticos que se les entregaban, con la condición de que el Estado nazi participara en los beneficios".[209] Una de estas empresas fue la Ost-Faser-Gesellschaft, fundada a principios de agosto de 1941, para encargarse de la producción, transformación y comercialización de lana, algodón, lino y otras materias primas útiles para la industria textil.[210] Sin embargo, la materia prima por excelencia, tal y como veían las cosas los nazis, era el petróleo. Los yacimientos petrolíferos soviéticos del Cáucaso, como los de la región en torno a Bakú, fueron asignados a Kontinentale Öl AG, el mencionado proyecto de IG Farben y Deutsche Bank. Con respecto al petróleo soviético, los alemanes albergaban grandes esperanzas. IG Farben, que ya era una empresa floreciente, es decir, muy rentable, gracias en parte a los servicios del régimen nazi que había ayudado a establecer, esperaba obtener enormes beneficios. Para el socio de IG Farben, el Estado nazi, las expectativas eran de otra naturaleza. El régimen necesitaba urgentemente petróleo soviético, ya que no disponía de suficientes reservas de combustible para librar su guerra oriental a lo largo de un frente de miles de kilómetros con cientos de miles de vehículos y aviones devoradores de gas; las reservas no bastaban para mucho más de las seis u ocho semanas que se consideraban necesarias para obligar al Ejército Rojo a capitular.[211]

104 Sin embargo, después de esta Blitzsieg ("victoria relámpago"), anticipada con suficiencia, se suponía que el control sobre los campos petrolíferos del Cáucaso —y sobre todos los demás recursos de la Unión Soviética conquistada— garantizaría que la Alemania nazi pudiera seguir librando la guerra con éxito, no sólo contra Gran Bretaña, sino contra cualquier enemigo.[212] (Y de hecho, si Hitler hubiera conseguido poner de rodillas a la Unión Soviética, ¿habría sido posible que británicos y estadounidenses derrotaran a la Alemania nazi? Hay motivos para dudarlo, sobre todo porque el desembarco angloamericano en Normandía en junio de 1944 resultaría ser una tarea muy ardua, aunque por parte alemana la lucha allí sólo implicó a una fracción —quizá el 10 por ciento— de sus fuerzas, ya que el grueso de la Wehrmacht estaba inmovilizado, y muy maltrecho, en el Frente Oriental).

---

[209] Müller (2011a), pp. 138 40.
[210] Müller (1999), p. 82.
[211] Müller (2011b), pp. 233-34; Evans (2008), pp. 340-41.
[212] Gaja, pp. 275-76; Krammer, pp. 404, 410.

Aprovechando el triunfo inicial de la Wehrmacht, los representantes de las corporaciones alemanas penetraron en los territorios soviéticos conquistados para reclamar fábricas, minas, yacimientos de petróleo y otros botines, como habían hecho antes en Polonia y en Europa Occidental. Anticipándose a su apropiación de los yacimientos petrolíferos del Cáucaso, *Kontinentale Öl AG* fundó una filial en agosto de 1941, llamada *Ost Öl GmbH,* y la equipó con millones de marcos del Reich en vehículos, equipos de perforación y otros suministros. En vista de la importancia tanto estratégica como comercial del petróleo soviético, la Wehrmacht creó simultáneamente unidades especialmente entrenadas para apoderarse del Cáucaso y otras regiones ricas en petróleo, los llamados *Mineralölkommandos*. Sin embargo, las cosas fueron menos bien de lo esperado. La fácil victoria, que se esperaba fuera un *hecho consumado* en un plazo máximo de dos meses, no llegó a materializarse. Y el inicio de una poderosa contraofensiva del Ejército Rojo frente a Moscú, el 5 de diciembre de 1941, anunció el fiasco de la "guerra relámpago" de la Alemania nazi en el este —y de su estrategia *Blitzkieg* en general, que se suponía había sido la clave para una victoria final alemana. Con sus tropas aún lejos de los yacimientos soviéticos de petróleo del Cáucaso, que necesitaban para poder continuar la guerra a largo plazo, Hitler y sus generales se dieron cuenta aquel fatídico día de que ya no podían ganar la guerra, no sólo la guerra contra la Unión Soviética, sino tampoco la guerra contra Gran Bretaña. El 5 de diciembre de 1941 fue el verdadero punto de inflexión de la Segunda Guerra Mundial. Y cuando el 11 de diciembre, sólo unos días después del ataque japonés a Pearl Harbor del 6 de diciembre, Hitler declaró gratuitamente la guerra a Estados Unidos, esperaba así —en vano, como resultó— inducir a Tokio a declarar la guerra a la Unión Soviética. Y así, la Alemania nazi se encontró no sólo en graves problemas en Rusia, sino también enfrentada a otro nuevo y formidable adversario, el Tío Sam. Era de esperar que el ejército de este nuevo antagonista apareciera tarde o temprano en las costas de Alemania, o al menos de la Europa ocupada. Hay que admitir que esto era sólo una preocupación para más adelante, porque pasaría algún tiempo antes de que Estados Unidos pudiera amenazar al Reich con una fuerza armada considerable. Sin embargo, parecía obvio que Alemania dejaría inmediatamente de beneficiarse del flujo de petróleo estadounidense que hasta entonces había ayudado a complementar las menguantes reservas nazis del combustible necesario para librar una guerra moderna y, por tanto, motorizada.[213]

105 Todo esto no significó el fin de las ilusiones del gran capital alemán con respecto a la Unión Soviética. La razón: aparte del propio Hitler y sus

[213] Pauwels, (2011a y 2011b).

generales, además de algunas fuentes bien informadas como el Vaticano y los servicios secretos suizos, casi nadie se dio cuenta de que Alemania estaba condenada a partir de entonces a perder la guerra.[214] Sin embargo, incluso en aquel glorioso verano de 1941, cuando los panzers rodaban, aparentemente imparables, hacia Leningrado y Moscú, y por supuesto también (a través de Ucrania) hacia el Cáucaso, ya estaba quedando claro que la explotación de la Unión Soviética no sería un juego de niños. Debido a la estrategia de tierra quemada adoptada por los soviéticos, los alemanes pusieron sus manos sobre todo en ruinas y en fábricas desprovistas de maquinaria. Y detrás de las líneas del frente alemán, a lo largo de las extremadamente largas y vulnerables líneas de comunicaciones, innumerables partisanos desarrollaron pronto un modo mortal y destructivo de guerra de guerrillas. Es evidente que esto desanimó a los inversores potenciales, muchos de los cuales llegaron a la sobria conclusión de que "las oportunidades de negocio [en la Unión Soviética conquistada] no cumplían las expectativas".[215]

Aun así, no fueron pocas las empresas alemanas que probaron suerte en la "tierra prometida" oriental, sobre todo cuando no se requerían grandes inversiones de capital. Así ocurrió, por ejemplo, cuando la Wehrmacht financió la creación de fábricas de material bélico que el sector privado fue invitado a gestionar y explotar; eran las "obras de guerra" (*Kriegswerke*) o "talleres de guerra" (*Kriegswerkstätte,* también conocidos como *K-Werke*). Los gigantescos *K-Werke creados* en lugares como Pskov, Minsk y Dniepropetrovsk para la reparación de tanques, camiones y otros vehículos de la Wehrmacht atrajeron a Opel y Daimler-Benz. Las perspectivas de éxito de estas empresas (en otras palabras, de beneficios) aumentaban por el hecho de que estas instalaciones empleaban principalmente a judíos, prisioneros de guerra y otras formas de trabajo forzado.[216]

106

Un ejemplo espectacular de una empresa alemana que probó suerte en la tierra de posibilidades ilimitadas en la que se esperaba que se convirtieran los territorios soviéticos conquistados para los nazis —y para sus patrocinadores corporativos y financieros— lo proporcionó un gran fabricante de cigarrillos, *Reemtsma Cigarettenfabriken GmbH*, o "Reemtsma", para abreviar. Su jefe, Philipp F. Reemtsma, se había unido al carro de Hitler en 1932 anunciándose en las publicaciones periódicas del NSDAP, y en 1933 su empresa había empezado a apoyar al partido y al régimen de Hitler con generosas donaciones financieras. En 1941, Reemtsma creó una filial en el sur de los territorios soviéticos ocupados por los nazis, la península de Crimea, conocida como

[214] Pauwels (2011a).
[215] Müller (2011a), pp. 141 42.
[216] Spoerer (2001), pp. 76-77.

"Sociedad para el Cultivo del Tabaco en Crimea" (*Krim Orient Tabakanbau GmbH*). El objetivo de esta iniciativa era transformar la gran península en el epicentro de la producción de tabaco dentro de *la Grossraumwirtschaft,* la gigantesca esfera de influencia económica dominada por Alemania que se extendía desde el Atlántico hasta los Urales. El proyecto se puso en marcha con la apropiación de toda la cosecha de tabaco de la región en otoño de 1941. Los beneficios acumulados por Reemtsma debían maximizarse mediante el uso de mano de obra forzada, o más exactamente esclava, incluido el trabajo realizado en condiciones espantosas por niños de sólo catorce años.[217]

La forma más importante en que la industria alemana consiguió sacar provecho de la guerra contra la Unión Soviética fue probablemente la movilización de "trabajadores del Este" (*Ostarbeiter*) para trabajar no sólo en el Este sino también en la propia Alemania. El fracaso de la "guerra relámpago" contra la Unión Soviética impidió el regreso de millones de jóvenes alemanes a sus puestos de trabajo en las fábricas del interior y provocó una grave escasez de mano de obra en el frente interno. El régimen abordó este problema no tanto con el envío de mujeres a las fábricas, como se hizo en Gran Bretaña y Estados Unidos, sino principalmente con el empleo a gran escala de mano de obra extranjera.[218] De estos *Fremdarbeiter*, una pequeña parte eran voluntarios, pero la gran mayoría eran trabajadores forzados, mal alimentados, mal alojados, a menudo maltratados, permanentemente sobrecargados de trabajo, pagados o bien con un salario mínimo o bien con un salario mínimo.

¡JUNTOS HASTA EL FINAL!

muy mal o nada, y con demasiada frecuencia trabajaban hasta la muerte. La industria alemana llegó a emplear a no menos de 12 millones de estos "esclavos". Entre ellos había millones de civiles y prisioneros de guerra soviéticos; de esta última categoría, la mayoría no sobrevivió a la terrible experiencia. Del total de 5,7 millones de prisioneros de guerra soviéticos, 3,3 millones perecieron en los campos.[219]

Es cierto que el trabajo forzado era relativamente ineficaz, pero era abundante y se mantenía bajo el férreo control de la disciplina impuesta por las SS. Sin embargo, la mayor ventaja asociada a su uso, al menos desde la perspectiva de las empresas alemanas, era el hecho de que resultaba extremadamente barato, casi gratuito, y por tanto *perfecto* para maximizar los beneficios.[220] Este punto queda bien ilustrado por el caso de IG Farben, cuyos beneficios aumentaron al mismo ritmo que disminuían los costes salariales y

[217] Uhl; Roth y Abraham; "Reemtsma (Familie)".
[218] Tooze (2006), pp. 437, 513 y ss.; Diehl, pp. 145-49.
[219] Reuss, p. 5.
[220] Müller (2011a), p. 148; Eichholtz (2000), p. 121; Reuss, pp. 107-12; Tooze (2006), pp. 534-36.

las cotizaciones patronales a los servicios sociales. A mediados de la guerra, la empresa ganaba unos 1.000 marcos del Reich más por trabajador y año que en los años de preguerra.[221] Para facilitar el empleo de este tipo de "esclavos", algunas empresas establecieron fábricas en las inmediaciones de campos de prisioneros de guerra, campos de concentración e incluso campos de exterminio. He aquí algunos ejemplos: Heinkel empleó a reclusos del campo de concentración de Oranienburg; Siemens se hizo con los servicios, *entre otros, de* mujeres prisioneras en Ravensbruck; las instalaciones de Daimler-Benz en Genshagen reclutaron en el campo de concentración de Sachsenhausen; y BMW se asoció con fines de reclutamiento de mano de obra con Dachau, el prototipo de todos los campos de concentración, situado cerca de Munich.[222] Sin embargo, el peor ejemplo es sin duda el caso del infame campo de exterminio de Auschwitz. Como ya se ha mencionado, a pocos kilómetros de su emplazamiento se alzaba una gigantesca fábrica, llamada Auschwitz-Monowitz, que era una empresa conjunta de las SS e IG Farben. Miles de prisioneros del enorme campo de Auschwitz —principalmente judíos, por supuesto, procedentes de la Unión Soviética y de toda Europa, pero también romaníes, así como prisioneros de guerra soviéticos— fueron puestos a trabajar allí en condiciones extremadamente duras.[223]

Consideremos un momento el caso de Auschwitz-Monowitz en el contexto de la guerra contra la Unión Soviética y el papel de *Deutschland AG* en este conflicto. Para el régimen nazi, el fracaso de la *Blitzkrieg* en el este y, en consecuencia, la evaporación del sueño de hacerse con el petróleo del Cáucaso, había supuesto una catástrofe militar y estratégica y un inquietante presagio de su propia desaparición. Para IG Farben, había significado la pérdida de una importante inversión. Sin embargo, para el gigante de la industria petroquímica alemana, la oscura nube de esta crisis también tenía un lado positivo, ya que le ofrecía nuevas oportunidades de ganar dinero.

108

Sin el petróleo soviético, y ahora también sin el estadounidense, el Reich experimentó a partir de entonces una necesidad mayor que nunca de combustible sintético y caucho. ¿Y no eran estos productos la gran especialidad y un virtual monopolio de IG Farben? Se presentaba así una oportunidad de maximización de beneficios sin precedentes. Fue en Auschwitz-Monowitz donde se hizo realidad la íntima colaboración entre el Estado nazi, representado por las SS, y la *Großindustrie*, representada por IG Farben. Ambas partes se beneficiaron de esta colaboración: el Estado nazi podía obtener allí el combustible y el caucho que necesitaba para prolongar la guerra y así

[221] Hayes (2001), p. 344.
[222] Tooze (2006), p. 532.
[223] Mayer, pp. 141-42, 163, 207-28; Eichholtz (2000), pp. 121-23; Feldenkirchen, pp. 168-69.

mantenerse con vida, al menos por el momento, e IG Farben encontró allí la masa de mano de obra necesaria para producir... y obtener beneficios. Que todo esto implicara la muerte de cientos de miles, incluso millones, de judíos, gitanos, prisioneros de guerra soviéticos y otros seres humanos, era querido por los primeros y tolerado por los segundos.[224]

Tras el fracaso de la "guerra relámpago" frente a Moscú en diciembre de 1941, Hitler y sus generales sabían que Alemania estaba condenada en adelante a perder la guerra. Sin embargo, tras la titánica batalla de Stalingrado, perdida por Alemania en el invierno de 1942-43, todo el mundo lo sabía. La élite alemana tuvo que temer ahora, no sin razón, que Hitler les arrastrara con él en su inevitable desaparición. Un puñado de generales del alto mando del ejército y algunos representantes de la clase media-alta, que hasta entonces se habían contentado con dejar la política en manos de los nazis, empezaron a hacer planes para deshacerse del hombre al que habían ayudado a llegar al poder y al que habían apoyado incondicionalmente mientras había cosechado éxitos que también habían sido sus éxitos. Esperaban salvar lo que aún podía salvarse. Pero el atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944, que habían planeado, fracasó lamentablemente.[225]

A pesar de que, a partir de diciembre de 1941, Hitler se dio cuenta de que la derrota era inevitable, decidió continuar la guerra el mayor tiempo posible en lugar de tratar de ponerle fin con movimientos en el tablero de ajedrez de la diplomacia, lo que podía, o no, haber sido una propuesta factible. En cualquier caso, su decisión iba a costar la vida a millones de personas, ya que la matanza y la muerte continuarían durante años. En este contexto, se esperaba que la industria alemana siguiera fabricando las armas y demás material bélico necesario para seguir luchando, y eso es lo que hizo la industria alemana, hasta el amargo final.

109

De hecho, las corporaciones del Reich siguieron colaborando estrechamente y con entusiasmo con el régimen nazi en general y, en particular, con Albert Speer, antiguo arquitecto de Hitler, que coordinó la producción industrial durante los últimos años de la guerra. Bajo Speer, en la fase final de la dictadura nazi alemana, la colaboración entre las grandes empresas y el Estado nazi alcanzó incluso una especie de punto álgido, según algunos historiadores.[226] Produjeron para Hitler hasta el final, y siguieron ganando mucho dinero en el proceso.[227] Además, el Estado nazi siguió manteniendo el impuesto de sociedades a un tipo muy modesto. Después de las subidas de 1941 y 1942, ya

---

[224] Mayer, pp. 207-28.
[225] Kühnl, pp. 398-402; véase también Lacroix-Riz (2009), para un comentario sobre la película *Valquiria*.
[226] ooze (2006), pp. 552-62; Hallgarten y Radkau, p. 248; Erker, pp. 16-26 .
[227] Spoerer (1996), pp. 150-51.

no hubo más aumentos del impuesto de sociedades. Speer no esperaba que sus socios en las grandes empresas contribuyeran de forma significativa a la salud fiscal del Estado nazi, sino sólo que produjeran cantidades suficientes del material bélico que éste necesitaba para posponer su desaparición el mayor tiempo posible.[228] Hitler, Speer y los demás peces gordos nazis estaban agradecidos a los industriales y banqueros, a quienes se permitió mantener su posición privilegiada en el Estado nazi hasta el final de la guerra.[229] El privilegio supremo del que gozaban, por supuesto, era el derecho a seguir maximizando los beneficios. Pero los nazis también les permitieron todo tipo de privilegios menores. Esto queda ilustrado por una anécdota pintoresca: con motivo de la Navidad de 1944, cuando el Tercer Reich se acercaba a su fin y a la plebe alemana prácticamente no le quedaba nada que comer, Himmler envió a todos los miembros de su "círculo de amigos" tres libras de café de verdad.[230]

Un historiador estadounidense, John Gillingham, ha subrayado que el apoyo de las grandes empresas al régimen nazi "aunque nunca fue incondicional, en conjunto aumentó en el transcurso de la guerra".[231] Aunque otros historiadores querrían sin duda rebatir esta afirmación, una cosa es cierta: entre los industriales y financieros que habían sido los padrinos, íntimos colaboradores y principales beneficiarios del régimen nazi, nunca surgió el menor atisbo de una resistencia antihitleriana que sí existió de hecho en Alemania.[232] (Los historiadores que niegan que los empresarios y banqueros ayudaran a Hitler a llegar al poder y se beneficiaran de su régimen han intentado culpar de esta vergonzosa inercia a factores fantasiosos como "modelos de pensamiento autoritario", "actitudes legalistas", "un profesionalismo apolítico", etc.). [233]

110

Es igualmente natural que, entre los alemanes que opusieron resistencia a los nazis, destacaran los sindicalistas, los socialistas y, sobre todo, los comunistas, es decir, los enemigos de clase del gran capital, que habían sido las primeras víctimas de la dictadura nazi y "eran considerados por [ésta] su[s] antagonista[s] más peligroso[s]", como ha escrito un historiador alemán, H. J. Reichhardt. (Se calcula que entre 1933 y 1935 aproximadamente una cuarta parte de los miembros del PDK —aproximadamente 75.000 personas— fueron encarcelados o asesinados). Sin embargo, estos "rojos" recalcitrantes, ejemplificados por los miembros del grupo Schulze-Boysen/Harnack, apenas se mencionan en la historiografía occidental. Y sin embargo, fueron numerosos y muy activos desde el principio hasta el final del Tercer Reich, participando

[228] Tooze (2006), pp. 565-66, 646-47.
[229] Hallgarten y Radkau, p. 279.
[230] Pätzold, p. 15.
[231] Gillingham, p. 11.
[232] Algunos historiadores alemanes se han esforzado por identificar tales signos, por ejemplo Treue (1985).
[233] Gall y Pohl, p. 12.

en propaganda antinazi, actos de sabotaje, espionaje a favor de los Aliados, huelgas y la organización de formas de resistencia en campos de concentración como Buchenwald; y por todo ello pagaron un precio extremadamente alto.[234]

También formaban parte de la resistencia antinazi un puñado de generales (como Stauffenberg) y miembros de la burguesía (como Goerdeler), que habían apoyado con entusiasmo a Hitler mientras éste había producido triunfos pero que, después de Stalingrado, lo consideraron un lastre más que una ventaja y se desesperaron por deshacerse de él. En el mundo occidental existe la creencia generalizada, aunque errónea, de que estas personalidades fueron los únicos alemanes que se opusieron al régimen de Hitler. (No es una coincidencia que el Centro Conmemorativo de la Resistencia Alemana, que pretende "mostrar cómo personas y grupos individuales actuaron contra la dictadura nacionalsocialista de 1933 a 1945", esté situado en un edificio de Berlín donde Stauffenberg planeó el atentado contra Hitler y fue posteriormente ejecutado). En cualquier caso, en las filas de la gran industria y las altas finanzas alemanas se busca en vano a hombres o mujeres que, de un modo u otro, pudieran haberse opuesto a Hitler.[235] (Las afirmaciones de algunas de estas personalidades, como Schacht, en el sentido de que habían sido hostiles a Hitler no deben tomarse en serio). La historia del nazismo y del capitalismo en Alemania equivale a la crónica de una relación íntima, una especie de historia de amor. Hacia el final de la guerra, esta relación pasó por momentos difíciles, pero se mantuvo intacta.

111

Hasta el final de la guerra, las grandes empresas alemanas se mantuvieron fieles al régimen nazi y produjeron todo lo posible para permitir a Hitler prolongar una guerra tan asesina como desesperada. A la inversa, hasta el día de su colapso, el régimen nazi mostró su respeto y su confianza en el sistema capitalista, encarnado por las grandes corporaciones y los principales bancos. Hasta el final, ambos bandos parecían —o al menos pretendían— creer que, a pesar de todo, su relación aún tenía un futuro glorioso. En su último discurso público, pronunciado en Berchtesgaden el 26 de junio de 1944, y probablemente redactado o al menos inspirado por Speer, Hitler hizo hincapié en su fe en la "libertad empresarial", e incluso añadió que estaba convencido de que este sistema era el sello distintivo del progreso de la humanidad. Advirtió que, en caso de derrota, la industria alemana sería "extirpada" por los aliados, y prometió solemnemente que, tras la victoria de Alemania, el sistema de "libre empresa" experimentaría "el que quizá sea el mayor momento de

[234] Brodsky, passim; Reichhardt, p. 169; Derbent, pp. 7-11; 43-59, 93-102; North; Carsten, pp. 180-82.
[235] Czichon (2001), pp. 206-8, 217-19; documentos en Kühnl (1980), pp. 339-40. Véase también Gedenkstätte Deutscher Widerstand".

gloria de su historia."[236] Conmovidas por tales declaraciones de amor, las grandes empresas alemanas permanecieron fieles al régimen de Hitler. Sin embargo, a medida que se acercaba el final de la guerra, los empresarios y banqueros se mostraron lo suficientemente realistas como para comprender que el hombre que había sido su "gran esperanza blanca" estaba a punto de ser derribado del ring. Así pues, se prepararon discretamente para un futuro sin el socio nazi.[237] En muchos sentidos, la guerra de Hitler había sido su guerra. Pero los industriales y banqueros querían evitar a toda costa que la derrota de Hitler, que ahora sabían inevitable, se convirtiera también en su derrota. Querían impedir que su predicción se hiciera realidad y evitar la situación en la que la ruina de su régimen político pudiera provocar también la ruina de sus empresas y bancos, la ruina de su régimen económico, del régimen capitalista en Alemania.

Dentro de la *crème de la crème* del gran capital alemán surgió en aquel momento un "pequeño grupo de trabajo" (*kleiner Arbeitskreis*) que desarrolló una estrategia de supervivencia que pretendía salvar el capitalismo en Alemania a pesar de la inevitable derrota militar. Entre sus miembros había industriales y banqueros asociados al Deutsche Bank, Dresdner Bank, IG Farben, Siemens, Mannesmann, Reemtsma y otros. Su "cerebro" era un joven economista, Ludwig Erhard, que más tarde se convertiría en el primer ministro de Economía de la República Federal de Alemania, también conocida como "Alemania Occidental", el Estado alemán del que puede decirse que fue fruto de los esfuerzos del "pequeño grupo operativo". Erhard sería también el artífice del llamado milagro económico de Alemania Occidental.

112

La estrategia de supervivencia no sólo pretendía mantener el sistema capitalista en Alemania en general; también pretendía garantizar que las empresas y los bancos alemanes de la posguerra no sólo subsistieran, sino que pudieran funcionar dentro de un sistema económico menos "estatista" (o *dirigista)* que en el Tercer Reich. Esto les daría una mayor libertad y autonomía frente al Estado que bajo el régimen nazi, haría a la empresa más libre, al capitalismo más desenfrenado que nunca antes en la historia alemana. Las autoridades nazis, incluidos los jefes de los ministerios de Armamento (Speer) y de Economía, así como los expertos en economía de las SS, entre ellos el siniestro Otto Ohlendorf, eran perfectamente conscientes de las iniciativas del "pequeño grupo de trabajo", pero cerraron los ojos, permitiéndose cierto laissez-faire, por así decirlo. Esto equivalía a un último favor del régimen a sus

---

[236] Tooze (2006), pp. 635-36.

[237] Seguimos aquí a algunos de los autores que han llamado la atención sobre estos preparativos: Roth (1996) y (1999); Plumpe (1992); Tooze (2006), pp. 645-46; Spoerer (1996), pp. 162-63; Engelmann (1980), pp. 263-74; Erker, pp. 68-72; Volker, pp. 26-35; Köhler.

grandes socios comerciales, y a una anomalía más desde el punto de vista de la teoría de la primacía de la política en el Tercer Reich. El monstruo del Estado nazi había sido creado por el Dr. Frankenstein del gran capital alemán. Pero a pesar de su semblante intimidatorio, este monstruo nunca había sido el amo del gran capital; al contrario, al borde de la muerte, observaba dócilmente cómo su amo se ponía a trabajar en un nuevo tipo de Estado que ocupara su lugar.

No se trataba sólo de salvaguardar los intereses colectivos de la gran industria y las altas finanzas, es decir, de la gran empresa alemana en general, sino también de velar por los intereses de las empresas individuales y los bancos. Para lograr este objetivo, se tomaron una serie de medidas, como la compra de acciones en corporaciones extranjeras; la transferencia de capital hacia refugios en el extranjero, concretamente a bancos de países neutrales como Suiza, Suecia y Portugal; la inversión de los beneficios en reservas de materias primas escasas y, por tanto, valiosas; y la reinversión de los beneficios dentro de una corporación, por ejemplo, la compra de nueva maquinaria y la construcción de nuevos edificios, preferiblemente a una distancia segura de las principales fábricas y de las grandes ciudades, minimizando así los riesgos de daños causados por los bombardeos. Preferiblemente, esto debía llevarse a cabo en las regiones occidentales del Reich, donde se esperaba —y, por supuesto, se esperaba mucho— una ocupación por parte de los estadounidenses o los británicos, en lugar de los soviéticos. Esta última estrategia, la de almacenar y mantener en lugares (relativamente) seguros ciertos "productos valiosos" (*Sachwerten)*, era muy pragmática en vista de la elevada tasa de inflación de los últimos años de la guerra y la probabilidad de una devaluación del Reichsmark en la posguerra. La misma estratagema sirvió también para minimizar los impuestos, como ya hemos visto.

113

La búsqueda de arreglos para la supervivencia en Alemania del sistema capitalista en general, y de los bancos y corporaciones individuales, implicó la búsqueda de ayuda del extranjero, y sobre todo de las grandes potencias occidentales, Gran Bretaña y Estados Unidos. Estas potencias eran, por supuesto, enemigas del Tercer Reich de Hitler, pero también eran bastiones del capitalismo, por lo que era realista esperar que tuvieran cierta simpatía por un proyecto que pretendía salvar el capitalismo en un país tan importante como Alemania. Los industriales y banqueros alemanes tenían puestas grandes esperanzas en Estados Unidos, porque preveían una hegemonía económica estadounidense a escala mundial en la posguerra y porque las grandes empresas estadounidenses tenían importantes inversiones en Alemania. Las conexiones que muchas empresas y bancos alemanes mantenían desde los años veinte con socios de Estados Unidos habían sufrido inconvenientes durante la guerra, pero nunca se habían interrumpido realmente; por tanto, estas conexiones podían

servir como una especie de chaleco salvavidas en una operación destinada a salvar el capitalismo alemán.[238]

Se sabe que importantes personalidades de la industria y las finanzas alemanas

— entre ellos representantes de IG Farben, Krupp, Büssing AG, Rheinmetall y Messerschmitt— se reunieron el 10 de agosto de 1944 en el Hotel Maison Rouge de Estrasburgo. Allí se decidió entrar en contacto con socios estadounidenses, de los que se mencionaron algunos por su nombre, por ejemplo, US Steel Corporation, Chemical Foundation Inc. y American Steel & Wire. El objetivo: conseguir la buena voluntad, la simpatía y, sobre todo, el interés propio de los estadounidenses para que, tras la inevitable derrota de Alemania, se perdonaran los pecados nazis de las empresas y los bancos alemanes.[239] También en este contexto, el régimen nazi mostró su benevolencia hacia las grandes empresas y su deseo de serles útil hasta el final. De hecho, la reunión de Estrasburgo fue iniciativa nada menos que de un auténtico peso pesado del Partido Nazi, la mano derecha de Hitler, Martin Bormann, pero en colaboración con el banquero Hjalmar Schacht. Este último estaba pasando una temporada en una prisión VIP en aquel momento, presumiblemente por haberse opuesto a Hitler, pero ahora se sabe que se hizo para que, tras la desaparición del régimen nazi, pudiera afirmar que había sido un resistente. (La misma estrategia se adoptó en Francia para permitir que los principales colaboracionistas se hicieran pasar tras la liberación por *résistants de* buena fe). No cabe duda de que Bormann deseaba sacar provecho, en beneficio de industriales y banqueros, pero también para sí mismo, de las excelentes conexiones estadounidenses de Schacht.[240]

Los generales alemanes que intentaron eliminar a Hitler no vivieron para ver su desaparición. Los industriales y banqueros alemanes que permanecieron leales a Hitler hasta el final tuvieron más suerte: presenciaron su desaparición, pero sobrevivieron a ella sin demasiados rasguños, al menos en los confines occidentales del país, gracias a la ayuda de los ricos y poderosos estadounidenses y de los colaboradores alemanes de los estadounidenses, como el canciller de Alemania Occidental Konrad Adenauer. (De este último, un historiador británico ha escrito que fue responsable de una "rehabilitación a gran escala de generales, altos funcionarios, empresarios, banqueros, académicos y médicos que habían estado activos al servicio de Hitler".[241]) Hitler y los nazis desaparecieron de la escena, pero las empresas y

[238] Engelmann (1980), p. 272.
[239] J. Ziegler, pp. 154 y ss.; Hörster-Philipps, pp. 351-52; Yeadon y Hawkins, p. 250; Camarasa, pp. 27-32; véase también el artículo "Octogon".
[240] Gaja, pp. 258-71; Lacroix-Riz (2016), p. 298 y ss.; véase también el artículo de Carl Ogtheby.
[241] Pinto-Duschinsky.

personalidades, industriales y banqueros, que ayudaron a llevar a Hitler al poder y se beneficiaron de su dictadura, sus crímenes y su guerra, que eran en realidad su dictadura, sus crímenes y su guerra, permanecieron. En la Alemania Occidental de la posguerra, y más tarde en la Alemania reunificada, pudieron incluso aumentar aún más su riqueza y su poder. Schacht, por ejemplo, el banquero que contribuyó decisivamente a llevar a Hitler al poder y que financió su programa de armamento, fue absuelto en Nuremberg; y Josef Abs, director del Deutsche Bank que desempeñó un papel muy activo en la arianización de las empresas judías y en el expolio de los países ocupados, se convirtió en la *éminence grise* financiera de Adenauer. Volveremos más adelante sobre el importante tema del "rescate" de *Deutschland AG* de las garras de quienes querían pasar a este pilar del establishment alemán la factura del siniestro papel que habían desempeñado en el ascenso de Hitler, su Reich y su guerra.[242]

[242] Véase, por ejemplo, Engelmann (1980), pp. 272-74.

115

CAPÍTULO 10
UN BENEFICIARIO INSATISFECHO

Si las grandes empresas alemanas ayudaron a Hitler a llegar al poder, fue porque los industriales y banqueros tenían buenas razones para esperar que este vulgar advenedizo, líder de un supuesto partido obrero socialista, pudiera serles útil. Y, como hemos visto, no les decepcionó. Incluso se puede decir que les sirvió bien hasta el final, y por esta razón permanecieron leales a él y a su régimen hasta el final. Sin embargo, eso no significa que Hitler fuera un mero instrumento, una marioneta, en manos de las grandes empresas. Y desde luego no significa que todos y cada uno de los empresarios y banqueros apoyaran a Hitler desde el momento en que emprendió su carrera política, o que estuvieran totalmente satisfechos con todos los servicios que prestó al gran capital entre 1933 y 1945. Hemos visto que numerosos industriales y financieros *no* apoyaron a Hitler antes de 1933, y que después de 1933 muchos de ellos expresaron recelos y se quejaron —sobre todo en privado, pero a veces también públicamente— de la persona y/o las políticas del Führer. Para esbozar una imagen más matizada de las relaciones entre la élite de la industria y las finanzas y Hitler, hay que tener en cuenta una serie de factores importantes.

116

En primer lugar, las grandes empresas alemanas *contribuyeron* a llevar a Hitler al poder, y su papel en este sentido fue muy importante. Pero las grandes empresas no fueron ni mucho menos el único actor en las intrigas que produjeron la llamada toma del poder (*Machtergreifung) por* los nazis, que, como ha subrayado Fritz Fischer, fue en realidad una transferencia de poder (*Machtübertragung, Machtübergabe*). Otros pilares de la clase dirigente alemana, la élite del poder del Reich, también desempeñaron un papel. Me refiero a los militares de alto rango y a los *Junkers, en su* mayoría aristócratas y grandes terratenientes del este de Alemania, cuyo representante más visible e importante era el presidente Hindenburg. También ellos actuaron convencidos de que este despreciable "cabo bohemio" les sería útil. Otro ejemplo del apoyo de las élites a Hitler lo proporciona la Iglesia Católica, cuyos prelados en Alemania, así como en el Vaticano, esperaban que exorcizara al comunismo "impío" del Reich —y quizás de toda Europa; la Iglesia Católica también contribuyó poderosamente a la consolidación del régimen de Hitler

firmando un Concordato con él en julio de 1933. Es el mismo tipo de pensamiento que motivó a los prelados protestantes a bendecir, y por tanto a apoyar, al líder nazi cuando fue nombrado Canciller del Reich. Hitler estaba en deuda con todos estos actores, y también con todo tipo de partidarios no pertenecientes a la élite. Pero las esperanzas de unos a menudo entraban en conflicto con las expectativas de otros. Los grandes terratenientes, por ejemplo, querían precios altos por el trigo que cultivaban en sus tierras, pero a los industriales les interesaban los precios bajos del pan para no tener que pagar salarios más altos a sus trabajadores. Hitler no podía satisfacer a todo el mundo; podría complacer a algunos de sus electores, pero no podría evitar frustrar a otros, al menos ocasionalmente. Las grandes empresas no siempre obtuvieron de Hitler todo lo que esperaban de él. Pero los industriales y los banqueros no tenían motivos para quejarse. El Führer cumplió las expectativas más importantes de *Deutschland AG*, eliminando el peligro revolucionario (real o imaginario) tan pronto como llegó al poder e impulsando sistemáticamente la rentabilidad de sus empresas y bancos durante la docena de años de su dictadura. Lo hizo mediante la eliminación del movimiento obrero, su patrocinio de la orgía de expolio conocida como arianización, sus programas de rearme y, por último, pero no por ello menos importante, su guerra.

En segundo lugar, las grandes empresas no eran monolíticas, sino que se componían de diversos sectores que a menudo competían entre sí y, por supuesto, de innumerables empresas individuales que a veces colaboraban dentro de cárteles y a veces se enfrentaban en feroces rivalidades. Cada sector industrial, cada empresa y cada propietario o gerente individual de estas empresas esperaba que un gobierno dirigido por Hitler cumpliera sus propias expectativas, preferiblemente de inmediato. Es obvio que el Führer no podía o no quería satisfacerlas a todas, o satisfacerlas a todas en el mismo grado. Como hemos visto, el régimen nazi tenía sus favoritos, como IG Farben, y ni que decir tiene que los favoritos tenían más motivos para estar satisfechos con la actuación de Hitler que las demás empresas y bancos, los no favoritos, que a menudo se sentían muy decepcionados. En este libro hemos intentado demostrar que, *colectivamente, las* grandes empresas alemanas fueron mimadas por el régimen nazi desde el principio hasta el final de su vergonzosa saga; pero nunca hemos sugerido que cada sector industrial y cada empresa o banco individual fueran mimados sistemáticamente por los nazis. (También hemos visto que, a la inversa, la clase obrera en general fue víctima del régimen nazi, pero una minoría de trabajadores, cuya mano de obra era escasa e importante, recibió en realidad salarios más altos y otros beneficios y, por tanto, se vio favorecida por el régimen).

117

Las grandes empresas alemanas ayudaron a Hitler a llegar al poder —en

otras palabras, eligieron la "opción fascista"— en un momento concreto de la historia del país. Ocurrió en un momento en que los industriales y banqueros habían decidido dos cosas. En primer lugar, pensaban que el establecimiento de una dictadura fascista era la única manera de impedir una victoria comunista en las próximas elecciones, que probablemente se celebrarían pronto. Y en segundo lugar, creían que el Estado alemán necesitaba urgentemente empezar a abordar la crisis económica como ellos consideraban oportuno, es decir, mediante una política social regresiva —eufemizada hoy como "austeridad"— y una política económica centrada en el rearme. Tal política funcionaría en su beneficio —y en gran perjuicio de los "pequeños" alemanes de las clases media-baja y trabajadora, así como de los millones de extranjeros que serían las víctimas de la guerra a la que esta política conduciría inexorablemente. Aunque sabían muy bien que podían esperar de Hitler este importante doble favor, los industriales y banqueros también se daban perfecta cuenta de que podían esperar de él todo tipo de cosas muy desagradables, que muchos de ellos, quizá incluso la mayoría, desaprobaban: brutalidades antisemitas, por ejemplo, y otras atrocidades y crímenes. Sin embargo, aunque algunos individuos expresaron sus recelos a este respecto, colectivamente, los grandes empresarios no dijeron ni una palabra, y mucho menos movieron un dedo, estimando sin duda que ése era el precio que había que pagar —y en cualquier caso que lo pagaran otros, no ellos mismos— por los importantes favores que esperaban de Hitler.

118

Hitler hizo lo que el gran capital quería que hiciera, pero lo hizo a su manera, es decir, de forma autoritaria, burda y brutal. (Ciertamente, Hitler no era un simple "instrumento" en manos de los capitalistas pero, si se quiere utilizar absolutamente esta metáfora, habría que especificar que no era una herramienta de precisión como un bisturí, sino un garrote). Es muy posible que la mayoría de los industriales y banqueros hubieran preferido otra forma más delicada de resolver los problemas, pero consintieron el planteamiento de Hitler, probablemente razonando, para utilizar un dicho popular en la época, que "no se pueden hacer tortillas sin romper huevos". Para permitir a las grandes empresas embolsarse grandes beneficios, y seguir haciéndolo durante un largo periodo de tiempo, Hitler optó por un programa de rearme que conducía sin falta a la guerra, a una guerra de conquista y rapiña. Las grandes empresas eran plenamente conscientes de ello, pero no plantearon ninguna objeción. De hecho, como ya se ha dicho, sus representantes esperaban grandes beneficios de la guerra. Sin embargo, había grandes diferencias de opinión entre los industriales y banqueros, por un lado, y Hitler, por otro, y también entre los propios dirigentes de las grandes empresas, con respecto a la manera y la velocidad elegidas por Hitler para el rearme del Reich, así como a la forma en

que finalmente decidió librar la guerra. (Y los generales tenían sus propias ideas sobre todo esto, por supuesto, a menudo en conflicto con las de Hitler, así como con las de las grandes empresas). He aquí dos ejemplos: Schacht fue abandonado por el régimen porque quería que el rearme avanzara a un ritmo más lento y se financiara por métodos convencionales, a lo que se oponían muchos otros banqueros e industriales y resultó inaceptable para Hitler y su zar económico, Göring. Y en 1939 y 1940, varios generales coquetearon brevemente con la idea de desalojar a Hitler del poder mediante un golpe de Estado porque temían que su plan de guerra fuera poco realista, incluso suicida; el plan fue abandonado tras los éxitos militares de Hitler, para ser revivido de nuevo tras la catástrofe de Stalingrado.[243]

Hemos visto que la forma hitleriana de abordar la crisis económica e impulsar la rentabilidad de las empresas y los bancos era intrínsecamente keynesiana. El Führer quería reactivar la economía mediante órdenes estatales. (En el caso del keynesianismo nazi, estas órdenes eran, por supuesto, en su mayoría militares).

119

Esto significa que el Estado acudió al rescate de los capitalistas alemanes en un momento en que el sistema capitalista ya no parecía funcionar satisfactoriamente en el marco del sistema liberal tradicional del laissez-faire. Inevitablemente, el planteamiento keynesiano exigía que el Estado, en este caso encarnado por el régimen nazi, desempeñara un papel activo en la vida económica, en particular imponiendo todo tipo de regulaciones, creando empresas estatales, asignando materias primas, etc. Esto suponía una injerencia en el sistema capitalista alemán. Esto equivalía a una interferencia en el funcionamiento supuestamente espontáneo o natural, y por tanto beneficioso, del "libre mercado", una grave violación del dogma del laissez-faire. Bajo los auspicios de Hitler, pues, el papel del Estado en la vida económica aumentó considerablemente, mientras que la tradicional "libertad de empresa" se redujo; en otras palabras, en el ámbito de la economía el régimen nazi era "estatista" (*dirigista*). En este sentido, y sólo en este sentido, la política disfrutó de una "primacía" sobre la economía en el Tercer Reich. Se puede observar el mismo fenómeno en otros países del mundo occidental, como Estados Unidos, donde la política económica del presidente Roosevelt, el New Deal, estimuló la demanda mediante proyectos estatales como la construcción de presas. El estatismo practicado tanto por Hitler como por Roosevelt funcionaba en interés del gran capital, pero esto no significa que todos los representantes del gran capital lo apreciaran. Al contrario, la mayoría de los industriales y banqueros, tanto estadounidenses como alemanes, detestaban el estatismo porque lo veían

[243] Véase, por ejemplo, Hoffmann, p. 71 y ss.

como una intromisión en el control total que, en un universo ideal de laissez-faire, disfrutarían sobre sus empresas, en otras palabras, como un ataque contra la "libre empresa" e incluso contra el sistema capitalista en general.

Entre 1933 y 1945, las grandes empresas alemanas colaboraron estrechamente y, sobre todo, de forma muy provechosa, con un régimen al que habían ayudado a llegar al poder. Este régimen otorgó muchos beneficios muy importantes a las grandes empresas, pero lo hizo a su manera, es decir, de forma extremadamente grosera. A la inversa, como hemos visto, el beneficiario no apreció que el benefactor nazi también tenía otros favoritos, como los grandes terratenientes, no tuvo en cuenta todos los desiderata de las empresas y las finanzas, y distribuyó sus favores de forma torpe e imperfecta. En consecuencia, el beneficiario nunca quedaba totalmente satisfecho: siempre permanecía insatisfecho e incluso algo descontento. Así podemos entender que, a pesar de su posición privilegiada dentro del sistema nazi, el gran capital nunca dejara de emitir —sobre todo en privado, pero a veces también públicamente— críticas, quejas y protestas, originadas en sectores específicos de la industria, empresas, bancos o empresarios individuales. Esto nunca tuvo que ver con lo que realmente importaba, a saber, la oportunidad creada por el régimen nazi para que las grandes empresas aplastaran a su enemigo de clase, el movimiento obrero, y maximizaran sus beneficios como nunca antes, a pesar de la crisis económica primero y de la guerra después. A fin de cuentas, el alboroto sólo afectaba a detalles insignificantes, nimiedades. Y por eso sólo se oyeron de vez en cuando críticas, quejas y protestas, pero nunca florecieron auténticas formas de resistencia antinazi. Sin embargo, después de 1945, innumerables industriales y banqueros que habían colaborado afanosamente con los nazis, y que se habían beneficiado enormemente de esta colaboración, sí intentaron presentar sus quejas ocasionales como actos de resistencia. El caso de Schacht ofrece el ejemplo más llamativo de este tipo de hipocresía. Los historiadores que han defendido a las grandes empresas también han intentado interpretar estas críticas y jeremiadas, no como auténticos actos de resistencia, quizá, pero sí como expresiones de crítica fundamental hacia el régimen. Han llamado la atención sobre ellas en un esfuerzo por conferir a los industriales y banqueros alemanes el estatus de víctimas, en lugar de colaboradores y principales beneficiarios del régimen de Hitler.

121

INTERLUDO
¿Y EN OTRA PARTE?

Después de muchas vacilaciones y de explorar opciones alternativas, los propietarios y gerentes de las corporaciones y bancos alemanes encontraron en la persona de Hitler al líder político "fuerte" con el que podían contar para la realización de sus grandes objetivos: la eliminación de los partidos de izquierda y de los sindicatos, una política social regresiva, la introducción de un lucrativo (para ellos) programa armamentístico y el desencadenamiento de una guerra imperialista de la que esperaban todo tipo de ventajas, incluida la destrucción de la odiada Unión Soviética. Sería un gran error culpar de todas estas cosas sólo a Hitler, o a Hitler y a un puñado de otros "gángsters" nazis. Si Hitler no hubiera existido, la élite de los ricos y poderosos de Alemania sin duda se las habría arreglado para descubrir a otro "Hitler".

En otros lugares de Europa, durante los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial y, aún más, tras el inicio de la gran crisis económica, las élites —formadas por los grandes terratenientes, los generales y los altos clérigos, así como los sospechosos habituales, los industriales y los banqueros— buscaban un hombre fuerte que les prestara servicios similares. También allí surgieron "Hitlers" dispuestos a realizar sin piedad el trabajo sucio que se considerara necesario. En numerosos países, esos candidatos fueron efectivamente "contratados" por la élite, al igual que Hitler fue "contratado" por la élite alemana, de modo que la democracia tuvo que dar paso a una dictadura fascista. Sin embargo, en algunos países, la clase dirigente no consiguió aupar a un fascista a la silla del poder. En consecuencia, los industriales, los banqueros, los grandes terratenientes y sus compinches tuvieron que seguir soportando un sistema político democrático; pero lo hicieron a regañadientes.

122

No fue en Alemania, sino en Italia donde la élite demostró por primera vez cómo el molesto (desde su punto de vista) sistema democrático podía ser sustituido por una forma autoritaria de gobierno a su gusto. No fue Hitler, sino Mussolini el primer dictador fascista. Mussolini no llegó al poder en 1922 por sí mismo, es decir, sin ayuda, como demasiado a menudo se presentan las cosas en los libros de historia o en los documentales de televisión. Como en el caso de Hitler, once años más tarde, fue "contratado" por los grandes. El poder le

fue ofrecido en bandeja de plata por el establishment italiano: la casa real, el Vaticano, los grandes terratenientes, los altos mandos del ejército y, por supuesto, los banqueros e industriales. Estos actores eligieron la "opción fascista" por aversión a un sistema democrático en el que, según ellos, las masas populares tenían demasiada participación, y por miedo a la revolución y odio a los sindicalistas, socialistas y comunistas. De Mussolini también se podía esperar una política exterior agresiva e imperialista destinada a dotar a Italia de más territorio y colonias. Estas conquistas eran algo que la élite del país había anhelado durante mucho tiempo, y por lo que había ido a la guerra en 1915; pero en el Tratado de Versalles Italia sólo había recibido una miseria territorial. Los industriales italianos —entre ellos grandes nombres como Conti, Pirelli y Agnelli— financiaron a Mussolini y a su movimiento fascista, ayudaron activamente a llevarle al poder y recibirían de su régimen todo tipo de beneficios, como la eliminación de los sindicatos y de los partidos de izquierda.[244] "[Las grandes] empresas", escribe el historiador estadounidense John Gillingham en relación con el régimen fascista en Italia, "fueron las principales beneficiarias de su instauración".[245]

El precedente italiano había causado una gran impresión entre los industriales y banqueros alemanes; durante muchas de sus reuniones en los años veinte, se oía a menudo gritar "¡Mussolini!", como una especie de grito de guerra, dejando claro que querían cambiar la despreciada democracia de Weimar por un régimen fascista encabezado por un hombre fuerte afín a su causa. Y en 1931 una cábala de unos cincuenta influyentes industriales y financieros —entre ellos Thyssen, Quandt y Schacht— se unió a un recién fundado "Centro para el *Estudio del Fascismo"* (*Gesellschaft zum Studium des Faschismus*, GSF), una organización vinculada a los partidos de derecha y extrema derecha, que se esforzaba por establecer en Alemania un sistema político y económico calcado del fascismo italiano. El propio Hitler estaba inspirado y guiado por Mussolini, de quien recibía apoyo financiero. En 1933, Hitler se convertiría de hecho en el "Mussolini" alemán, el redentor que el capital alemán había anhelado con tanto fervor, y ese mismo año el GSF, cumplida su misión, cerraría sus puertas.[246]

123

También en España, la élite se sentía muy mal en una democracia que, tras siglos de oscuridad casi feudal, acababa de ver la luz del día con la proclamación de la república en abril de 1931. Ya en 1936, los miembros de esta élite —industriales, banqueros, latifundistas, generales y "príncipes" de la poderosísima Iglesia católica— estimaban que el naciente sistema democrático

[244] Véase, por ejemplo, Guérin, pp. 27-33.
[245] Gillingham, p. 192; véase también Feldbauer, pp. 93-97.
[246] Eichholtz (2000); "Gesellschaft zum Studium des Faschismus".

del país amenazaba los privilegios de que habían disfrutado desde tiempos inmemoriales y a los que se sentían con derecho hasta el fin de los tiempos. El golpe de Estado emprendido por Francisco Franco y otros generales no engendró —tras tres largos años de sangrienta guerra civil— un régimen fascista de veinticuatro quilates, sino una dictadura militar en la que el partido fascista español, la Falange, desempeñó un papel importante.[247] En cualquier caso, España fue testigo no sólo de la cancelación de los planes republicanos de redistribución de la tierra y otras medidas progresistas, sino también del desarrollo del escenario habitual que deleitaba los corazones de industriales, banqueros y la elite en general: eliminación de los sindicatos; destrucción de los partidos comunistas, socialistas y otros partidos de izquierda, complementada con la ejecución de decenas de miles de sus militantes; desmantelamiento de los servicios sociales; bajos salarios y largas jornadas laborales; etc.

En Gran Bretaña, el sistema político democrático estaba demasiado arraigado para que las grandes empresas intentaran sustituirlo por una dictadura fascista. En cualquier caso, el sistema era extremadamente, y podría decirse que excesivamente, respetuoso con los privilegios tradicionales de la monarquía y el estamento aristocrático, y razonablemente respetuoso con los privilegios de la élite industrial y financiera. Aun así, numerosos industriales, banqueros y otros miembros de la élite social, económica y política británica, incluidos miembros de la familia real, eran (cripto-) fascistas o simpatizaban abiertamente con líderes fascistas extranjeros como Mussolini y Hitler. Montagu Norman, por ejemplo, el jefe del poderoso Banco de Inglaterra, mantenía relaciones muy amistosas con Schacht y compartía su admiración por Hitler. Como innumerables personalidades del poder y la riqueza en Gran Bretaña y en muchos otros países occidentales, Norman veía en Hitler al Sigfrido que podía salvar a Alemania y a toda Europa de la amenaza revolucionaria encarnada por los bolcheviques de la Unión Soviética. Durante una conferencia de prensa en Nueva York en 1934 aclaró sus puntos de vista de la siguiente manera:

124

> Hitler y Schacht funcionan en Alemania como bastiones de la civilización. Son los únicos amigos que tenemos en ese país. Defienden nuestro tipo de orden social contra el comunismo. Si fracasan, los comunistas llegarán al poder en Alemania y entonces, en Europa, todo será posible.[248]

---

[247] Véase el comentario en Kühnl (1971), pp. 157 58.
[248] Chernow, p. 398.

Norman parece haber proporcionado apoyo financiero a Hitler en una etapa temprana. Más tarde colaboró con Schacht para garantizar que la Alemania nazi pudiera obtener los créditos extranjeros que necesitaba para financiar el programa de armamento de Hitler. Cuando, en marzo de 1939, Hitler ocupó Checoslovaquia en violación del Acuerdo de Munich del año anterior, Norman consideró oportuno autorizar la transferencia al *Reichsbank alemán* del oro que el Banco Nacional Checoslovaco había enviado al Banco de Inglaterra para su custodia.[249]

Norman era miembro de la Anglo-German Fellowship, una asociación fundada en 1934 por otro banquero británico, Ernest Tennant, amigo del pez gordo nazi Joachim von Ribbentrop, que era entonces embajador alemán en Londres. Esta organización promovía las buenas relaciones entre Gran Bretaña y la Alemania nazi en los planos político y económico, pero en realidad se reducía a hacer propaganda para Hitler. No por casualidad, la Fellowship resultó ser un club elitista de personajes ricos, poderosos y muy influyentes porque, como en otros países, eran sobre todo los ricos, poderosos e influyentes los que mostraban debilidad por el fascismo. El ya mencionado banquero alemán Kurt von Schröder, que también poseía un banco en Londres, también pertenecía a este club. La hermandad anglo-alemana se benefició de la generosidad financiera de varias empresas británicas —como Dunlop y Unilever— que operaban en Alemania y que, al igual que las corporaciones y bancos alemanes, se beneficiaron de la política hitleriana de bajos salarios, eliminación de sindicatos y demás.[250] Unilever, el productor anglo-holandés de margarina, jabón y similares, tenía buenas razones para estar contento con Hitler. Bajo sus auspicios, el valor de sus activos alemanes aumentó de 18 a 20 millones de libras en 1933 a 37 millones en 1939; fue un rendimiento impresionante, incluso si hay que tener en cuenta que, en 1939, Alemania había crecido anexionándose Austria y la zona de los Sudetes de Checoslovaquia. La expansión de Unilever se debió, al menos en parte, a que la empresa aprovechó la oportunidad que le brindaba la campaña de arianización para adquirir empresas judías en condiciones extremadamente ventajosas. Su sucursal alemana había logrado ser reconocida por las autoridades nazis como empresa aria y había aprendido rápidamente a apreciar las ventajas asociadas a "nadar con la corriente aria".[251]

125

A la mayoría de los industriales, banqueros y otros miembros de la élite británica les gustaba bastante el fascismo; en otras palabras, eran

[249] Newton, pp. 58-59; Engdahl, pp. 80-84; Warburg, p. xiii. Véase también el documental "Banking with Hitler".
[250] Véase el estudio de Neil Forbes.
[251] Wubs, pp. 41-42, 51-53.

"filofascistas". Coquetearon con Hitler y Mussolini, pero nunca tuvieron la oportunidad de instaurar una dictadura fascista en su propio país, aunque es prácticamente seguro que lo habrían hecho de buena gana. Sin embargo, sus representantes en el gobierno, como Neville Chamberlain, cuya familia poseía numerosas acciones en empresas británicas con filiales en Alemania,[252] hicieron todo lo posible por apoyar las ambiciones imperialistas de Hitler, especialmente las que pretendían destruir la Unión Soviética; sin embargo, como la opinión pública era mayoritariamente —y quizá incluso abrumadoramente— antinazi, tuvieron que hacerlo de forma encubierta, bajo el manto de la infame política de "apaciguamiento". Los historiadores suelen presentar esta iniciativa como un intento sincero y loable, aunque en última instancia vano, de evitar la guerra. En realidad, permitió a Hitler adquirir, en la forma de Austria y Checoslovaquia, el trampolín territorial que necesitaba para atacar y destruir a la Unión Soviética. El dictador alemán podría así hacer realidad el gran sueño que hipnotizaba a los industriales y banqueros, y a otros miembros de la élite, no sólo de Alemania, sino también de Gran Bretaña y de la mayoría de los demás países occidentales.

Un gran número de industriales y banqueros británicos esperaban sin duda que, tarde o temprano, la Alemania nazi aniquilaría a la Unión Soviética en el curso de una guerra en la que su propio país sería neutral o bien aliado de los "cruzados" teutones antibolcheviques.[253] El Acuerdo de Munich de septiembre de 1938, culminación de la política de apaciguamiento, tuvo en realidad un equivalente económico, un acuerdo concluido en Düsseldorf por la Federación de Industrias Británicas y su homólogo alemán, el *Reichsgruppe Industrie;* su objetivo era eliminar todas las formas de "competencia malsana" y estimular su colaboración. El acuerdo se firmó el 16 de marzo de 1939, a pesar de que sólo el día anterior Hitler había ordenado la ocupación militar de lo que quedaba de Checoslovaquia tras el acuerdo de Munich.[254]

126

También en Francia, durante los años veinte y treinta, los industriales y banqueros se sintieron seducidos por una solución fascista a los problemas que experimentaban tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, y en el contexto de la grave crisis económica. También ellos buscaban celosamente un hombre fuerte dispuesto y capaz de inculcar disciplina a los obreros franceses, notoriamente recalcitrantes y a menudo rebeldes. Detestaban la Tercera República por considerarla demasiado democrática, ya que gracias a su sistema de sufragio universal y a las tradiciones revolucionarias del país, socialistas,

---

[252] Bettelheim, I, p. 95.
[253] Kershaw (2004), pp. 143-44; van der Pijl, p. 86.
[254] Kümmel, p. 254. Para el texto del acuerdo, véase https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1939v01/d73.

comunistas y todo tipo de proletarios molestos podían aportar algo. Por el contrario, miraban con ojos llenos de admiración y envidia al otro lado de los Alpes y del Rin, donde Mussolini y Hitler habían restaurado el orden y la disciplina con mano de hierro. Además, numerosos industriales franceses estaban implicados en lucrativos acuerdos comerciales con la Alemania nazi, por ejemplo, suministrando a Hitler mineral de hierro y otras materias primas estratégicas que necesitaba urgentemente para poder hacer la guerra. Los industriales franceses, como los jefes del poderoso cártel del hierro y el acero, el *Comité des Forges*, deseaban fervientemente un Mussolini o un Hitler francés y apoyaban a los movimientos fascistas y otros movimientos de derechas nacionales que pretendían abolir el sistema republicano democrático para sustituirlo por una dictadura o, para el caso, recuperar la monarquía. Una de esas organizaciones era el *Cagoule*, cuyos rituales y vestimenta se inspiraban en el Ku Klux Klan. En cuanto a los posibles hombres fuertes, entre los candidatos más probables figuraban algunos de los altos mandos militares que, como en el caso de Alemania (y Gran Bretaña), solían proceder de la clase alta, incluida la nobleza y la alta burguesía, y por tanto detestaban la democracia. En este contexto, a menudo se susurraba el nombre del mariscal Philippe Pétain, el gran héroe de la épica batalla de Verdún. Numerosos industriales pertenecían a la *Cagoule,* entre ellos los propietarios del famoso fabricante de cosméticos L'Oréal.[255]

127 Sin embargo, al igual que la Alemania de Weimar, Francia resultó ser un Estado democrático, y en 1936, gracias al sufragio universal, el país fue testigo de la llegada al poder del famoso Frente Popular, una coalición de izquierdas formada por socialistas, comunistas y otros radicales, cuyo protagonista era un socialista de origen judío, Léon Blum. Las reformas socioeconómicas introducidas por este gobierno, como las vacaciones anuales pagadas para los asalariados, distaban mucho de ser revolucionarias, pero en la élite francesa tuvieron el mismo efecto que un trapo rojo en un toro. La respuesta no se hizo esperar. Los días 15 y 16 de noviembre de 1937, los fascistas franceses, ayudados por militares de alto rango, intentaron derrocar al gobierno e instaurar un régimen autoritario. Sin embargo, este golpe de estado resultó ser un fiasco. La investigación posterior fue abortada por políticos influyentes como Édouard Daladier, presumiblemente para evitar decapitar al ejército, ya que demasiados oficiales superiores habían estado implicados en el asunto.[256]

A diferencia de los socialistas, comunistas y otros elementos de la izquierda, que tienden a suscribir alguna forma de internacionalismo, a los fascistas, filofascistas y elementos de la derecha en general les gusta presentarse como

[255] Véase el artículo de Meyssan.
[256] Meyssan.

nacionalistas. Lo mismo ocurría con los fascistas franceses y sus conocidos filofascistas dentro de los sectores industrial, financiero, militar y otros de la élite del país. Sin embargo, estos fascistas y filofascistas demostraron estar dispuestos a sacrificar su patriotismo en aras de los intereses de su clase. Es cierto que no les gustaba el "enemigo exterior, Alemania, pero eran mucho más hostiles a su enemigo interior", los socialistas, comunistas, políticos "radicales" de la pequeña burguesía, líderes sindicales, etc., de su propio país. Mejor Hitler que Blum! era su grito de guerra.

Tras el fiasco de su intento de conquistar el poder en noviembre de 1937, los (filo)fascistas franceses no veían cómo podrían triunfar sobre su "enemigo interior". Por lo tanto, decidieron obtener ayuda de un fascista extranjero, un alemán, nada menos: Hitler. No pocos industriales franceses no ocultaban su deseo de que Hitler viniera "a poner orden" en Francia.[257] Ahora se sabe con certeza que en 1939-40, en las primeras fases de la guerra, las élites políticas y militares francesas optaron deliberadamente por una derrota militar para que un régimen fascista pudiera llegar al poder en París bajo los auspicios alemanes. El fruto de esta traicionera estratagema, y de la consiguiente y demasiado fácil victoria alemana y humillante derrota francesa —la "extraña derrota", como se la llamó— fue, en efecto, la instauración de un régimen fascista. Como era de esperar, el jefe de este régimen, el régimen colaboracionista de Vichy, era el mariscal Pétain, considerado durante años como la "gran esperanza blanca" de los fascistas y filofascistas franceses. Se puede decir que la élite francesa "importó" de Alemania un régimen fascista mediante una derrota humillante pero considerada un precio que merecía la pena pagar. Esta espeluznante historia ha sido revelada con todo detalle en los recientes y meticulosamente documentados estudios de la historiadora francesa Annie Lacroix-Riz, *Le choix de la défaite, De Munich à Vichy,* y *Les élites françaises entre 1940 et 1944: De la collaboration avec l'Allemagne à l'alliance américaine.*

128

Industriales y banqueros estaban encantados con los servicios del régimen de Vichy, porque les brindaba la oportunidad de realizar lucrativos negocios con los nazis, como la venta de materias primas, productos acabados como los vehículos destinados a la Wehrmacht y, por supuesto, vino, queso, perfumes y productos de lujo. Vichy también tuvo la amabilidad de bajar los salarios y alargar la jornada laboral, así como de dificultar, si no imposibilitar, las huelgas; y cuando éstas se producían, eran reprimidas sin piedad. Por el contrario, la mayoría de los franceses despreciaban el régimen antidemocrático y antidemocrático de Vichy. La mayoría de ellos eran obreros y asalariados:

[257] Lacroix-Riz (2013), p. 52.

entre 1940 y 1944, bajo los auspicios de Vichy, sus salarios reales disminuyeron un 50 por ciento, y su peso corporal se redujo una media de diez a doce kilogramos. Lacroix-Riz también ha examinado el caso del constructor de automóviles Louis Renault, uno de los grandes de la industria francesa en la Francia de aquellos *années noires,* o "años negros". Su veredicto: Renault financió a fascistas como los de la *Croix de Feu* y la *Cagoule*; fue a ver a Hitler, a quien admiraba mucho, en 1935 y 1938; "contribuyó directamente a la liquidación de la [Tercera] República mediante la derrota"; colaboró estrechamente —y de forma voluntaria— con los alemanes durante la ocupación, por ejemplo, reparando tanques para la Wehrmacht a partir del verano de 1940 y construyendo "camiones, tanques, motores de avión, aviones, bombas incendiarias, cañones antitanque, etc."Gracias a esta colaboración obtuvo unos beneficios sin precedentes.[258]

129 Los países del Benelux no constituyeron una excepción a la regla general según la cual, tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, y sobre todo durante los años treinta, plagados de depresiones, los industriales y banqueros, así como los demás pilares del establishment nacional, simpatizaban con los movimientos fascistas y los apoyaban financieramente. Podían esperar, y así lo hicieron, que estos fascistas defendieran sus privilegios tradicionales y favorecieran sus intereses. Los industriales, así como otras personalidades ricas y poderosas de los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, admiraban en general a Hitler, cerraban provechosos tratos comerciales con la Alemania nazi, por ejemplo, suministrándole material bélico, y esperaban que Hitler no esperara demasiado antes de borrar de la faz de la tierra a la maldita Unión Soviética. Henry Deterding, el gran jefe de Shell, a veces llamado el "Napoleón del petróleo", mostraba abiertamente su admiración por la Alemania nazi. Utilizando a un agente llamado Georg Bell, Deterding ya enviaba grandes sumas de dinero a Hitler mucho antes de 1933, y especialmente en momentos de crisis para Hitler y su incipiente NSDAP. Más tarde, tras la llegada de Hitler al poder, la sucursal alemana de Shell, Rhenania-Ossag, prosperó sobre todo gracias a la producción de combustible sintético para el programa armamentístico nazi. Deterding deseaba ardientemente que las Uniones Soviéticas fueran víctimas de la guerra que inevitablemente sobrevendría. Así, esperaba recuperar "sus" yacimientos petrolíferos del Cáucaso, que habían sido nacionalizados por los bolcheviques.[259]

En Bélgica, los señores de la industria y las finanzas estaban descontentos con la forma en que el sistema político democrático del país funcionaba y

[258] Lacroix-Riz (2011a), (2011b) y (2014); Paxton, p. 376; Heartfield, pp. 3, 11; Liberman, p. 63.
[259] Wubs, pp. 5, 41; Warburg, p. xiv; Hallgarten y Radkau, p. 322. Sobre Shell, véase también el artículo de John Donovan.

gestionaba la crisis económica. La mayoría de sus dirigentes esperaban la instauración de un régimen autoritario que reorganizara el sistema socioeconómico y político para favorecer la rentabilidad a largo plazo de las empresas y los bancos. Lanzaban miradas envidiosas al gran vecino del este, Alemania. Allí, un hombre fuerte con bigote había conseguido poner en marcha una "economía sin riesgos" mediante salarios "estables" —es decir, bajos— y gigantescos pedidos estatales que beneficiaban a las mayores corporaciones, una economía en la que los altos beneficios estaban garantizados a largo plazo y los sindicatos estaban tan extintos como los dinosaurios. Que tarde o temprano estallara una guerra en la que Bélgica probablemente volvería a ser ocupada por Alemania no sólo era de esperar, sino que en cierto modo incluso se esperaba. De este modo sería posible reformar la economía del país a imagen y semejanza de la alemana. "El rey belga y los banqueros belgas", escribe el historiador estadounidense John Gillingham, "tomaron la decisión de colaborar [con el ocupante alemán] antes de que comenzara realmente la ocupación".[260] Huelga decir que la ocupación alemana de 1940-44 fue favorable ante todo al propio ocupante, que adquirió en Bélgica todo tipo de mercancías en condiciones extremadamente ventajosas, en su mayoría fijadas por él mismo.[261] Pero la élite belga —sobre todo los industriales y banqueros— colaboró diligentemente y obtuvo numerosas ventajas de esta colaboración. La ocupación resultó ser la ocasión perfecta para remodelar la sociedad del país a imagen fascista, dando lugar a un "nuevo orden" fascista. "Reconozcamos", escribió el influyente banquero Alexandre Galopin en junio de 1941 en un memorándum a sus colegas, "que de todos los sistemas que han visto la luz en los últimos años, el sistema alemán es... el que se reveló como el mejor."[262]

130

Los partidos políticos de izquierda y los sindicatos fueron marginados y se instauró un Estado conservador y autoritario, casi fascista. En el plano económico, los industriales y banqueros, y la patronal en general, gozaron de grandes privilegios frente a los asalariados, cuyos salarios bajaron mientras subían los precios. Durante la ocupación, el pueblo llano tuvo que apretarse cada vez más el cinturón, mientras que las empresas y los bancos se beneficiaban del sistema de bajos salarios y de las numerosas oportunidades de abastecer al ocupante. Los beneficios que se embolsaban no eran desde luego tan impresionantes ya que, como se ha dicho, los alemanes ocupantes decidían las condiciones comerciales. Sin embargo, en comparación con las masas populares, a las élites industriales, financieras y otras élites belgas les fue muy bien durante la ocupación. Y lo que más les importaba era el hecho de que el

[260] Gillingham, p. 31.
[261] Véase, por ejemplo, Liberman, p. 36 y ss.
[262] Citado en Luyten, p. 165.

ocupante había hecho posible reformar el sistema político y socioeconómico del país en su beneficio, al parecer a largo plazo, porque durante bastantes años parecía que Alemania iba a seguir siendo la dueña de Europa durante mucho, mucho tiempo.[263] Stalingrado echaría a perder ese idílico escenario.

Echemos también un vistazo a la situación en Suiza, otro pequeño, pero ni mucho menos insignificante, vecino de Alemania. El 11 de noviembre de 1918, es decir, el mismo día en que callaron los cañones de la Primera Guerra Mundial, una huelga general paralizó el Estado alpino. La élite suiza creyó que se enfrentaba a una revolución *a la rusa*. Para evitarlo, se fundaron movimientos fascistas como la *Kreuzwehr,* el Frente *Nacional (Nationale Front*, NF) y el Partido *Social* Obrero de Suiza (*Eidgenössische soziale Arbeiterpartei,* ESAP). Como en el caso del Partido Nazi en Alemania, estos movimientos eran simultáneamente antibolcheviques y racistas, sólo aceptaban como miembros a los llamados arios puros, y recibían la mayor parte de su apoyo financiero de los industriales y banqueros del país.[264] Además, los capitalistas suizos no disimularon su satisfacción cuando sus homólogos alemanes catapultaron a Adolf Hitler al poder en Berlín. En un artículo que se hacía eco de la opinión de los industriales y banqueros suizos, se aclamaba la llegada de Hitler al poder de la siguiente manera:

131

> Al tomar el poder, Hitler ... ha prestado un inmenso servicio a toda Europa Central y, por tanto, a Suiza, porque ha repelido el asalto del bolchevismo ... La revolución alemana [sic] significa la salvación para la civilización de Europa Central.[265]

En el caso del ESAP, que puede considerarse que fue el NSDAP suizo, se sabe con certeza que este partido recibió la mayor parte de su apoyo financiero de los niveles más altos de la gran industria y las altas finanzas suizas, es decir, empresas como Sandoz y Geigy, gigantes de la industria petroquímica con sede en Basilea, el fabricante de calzado Bally, la aseguradora Winterthur, el fabricante de armas Oerlikon y Nestlé, líder mundial en productos alimenticios. Este panal financiero también atrajo a las moscas fascistas extranjeras al "techo de Europa", incluido, en 1923, un espécimen que entonces residía en Múnich: Hitler. Acompañado por su "recaudador de fondos", Emil Gansser, Hitler visitó Zúrich y Berna para solicitar ayuda financiera a industriales y financieros suizos.[266] Su anfitrión era Ulrich Wille, un oficial del ejército con estrechos

[263] Gillingham, pp. 12-14, 28-31, 114, 152, 182-84.
[264] "Eidgenössische Soziale Arbeiterpartei.
[265] Citado en Bourgeois, p. 130.
[266] Bourgeois, pp. 38-45, 129-30; Kershaw (2000), p. 190.

vínculos con el gran capital suizo; era hijo del general Ulrich Wille, que en 1918 había reprimido con sus tropas la huelga general. En una reunión con industriales organizada por Wille, Hitler sedujo a su audiencia expresando su oposición a los salarios altos, los límites a las horas de trabajo y los servicios sociales, cantando las alabanzas de las políticas seguidas por Mussolini en Italia y, por supuesto, execrando el bolchevismo. Su excursión a Suiza le reportó pingües beneficios. Hitler recibió regalos por un valor total de 30.000 francos suizos, el equivalente a unos 600.000 francos actuales. Probablemente esto era sólo la punta del iceberg. De hecho, la tesorería del NSDAP se llenó posteriormente con sumas adicionales de dinero procedentes del mundo de las grandes empresas suizas. Por ejemplo, un fabricante de mostaza de Basilea llamado Franck donó 20.000 francos. Dado que el NSDAP se encontraba entonces en muy mala situación, este maná helvético cayó de los cielos alpinos en un momento propicio; fue una especie de regalo del cielo que permitió seguir pagando a los matones de las SA. El historiador Raffael Scheck llega a la conclusión de que "probablemente fue gracias a este dinero suizo que, en otoño de 1923, el NSDAP pudo continuar sus actividades".[267]

132 Tras la llegada de Hitler al poder en 1933, las empresas suizas pudieron hacer magníficos negocios en Alemania, ya fuera exportando desde Suiza o produciendo en sucursales de su gran vecino. Un buen ejemplo es Maggi, una filial de la corporación Alimentana con sede en Kemptal, que en 1947 se fusionaría con Nestlé en una empresa llamada Nestlé-Alimentana S.A. Maggi ganó mucho dinero suministrando a la Alemania nazi todo tipo de productos alimenticios, pero especialmente sopa en cubitos para la Wehrmacht. Durante la guerra, los beneficios de la empresa también aumentaron gracias a la utilización de trabajadores forzados. Veamos otros dos ejemplos. La empresa *Aluminium Industrie* poseía nada menos que cuatro filiales en Alemania. Producían enormes cantidades del aluminio que los nazis necesitaban para la construcción de aviones de combate y bombarderos. Durante la guerra, esta empresa también suministró a Alemania aluminio producido en la propia Suiza. Según un historiador suizo, "la Segunda Guerra Mundial brindó [a *Aluminium Industrie*] la oportunidad de obtener beneficios gigantescos: 74 millones de francos suizos netos entre 1939 y 1945, de los cuales 22 millones sólo en 1942". Estos beneficios habrían sido sin duda más modestos si la empresa no hubiera podido "explotar una mano de obra compuesta por civiles reclutados por los nazis en el este [personas que fueron tratadas] igual que los nazis los trataron a ellos... es decir, como 'infrahombres'". Igualmente esclarecedor es el caso de la acería Georg Fischer de Schaffhausen. Esta empresa tenía una sucursal en

[267] Grieder; Buchheim (2006), p. 353.

Alemania, pero estaba situada a pocos kilómetros de la sede central en Suiza, justo al otro lado de la frontera, en la ciudad de Singen. Esa sucursal producía enormes cantidades de granadas de mortero para la Wehrmacht.[268] Durante la guerra, la industria suiza en general ganó mucho dinero exportando a Alemania todo tipo de armas y otros materiales de guerra que los nazis consideraban indispensables.[269]

133

Los famosos bancos suizos también participaron en lucrativos negocios con los nazis. Ayudaron a Hitler a continuar la guerra mucho después de que todas las esperanzas de una victoria del Reich se hubieran disipado frente a Moscú. Lo hicieron comprando el oro robado por los nazis a cambio de francos suizos — sin molestarse en hacer preguntas sobre el origen del metal precioso. Esta moneda extranjera permitió a Berlín comprar, no sólo en Suiza sino también en otros países neutrales, todo tipo de material estratégico y materias primas como el wolframio portugués y el mineral de hierro sueco, porque el mercado internacional ya no tenía ninguna fe en el Reichsmark. Así, en 1943, el Banco Nacional de Suiza compró oro a Alemania por un valor total de 529 millones de francos suizos. Y en 1944 se utilizaron los servicios de los bancos suizos para hacer posible que el Reichsbank alemán blanqueara oro por valor de unos 600 millones de dólares en la propia Suiza y en otros países. Los depósitos procedentes de Alemania fueron responsables casi en su totalidad de que las reservas de oro de Suiza duplicaran su valor durante la guerra, pasando de 2.374 millones de francos suizos en 1939 a 4.672 millones en marzo de 1945.[270]

Durante la guerra, la neutralidad de Suiza no impidió que sus industriales y banqueros —pro-nazis, anti-soviéticos y motivados por las excelentes relaciones comerciales con la Alemania nazi— enviaran una misión oficial de la Cruz Roja de su país al Frente Oriental. Lo hicieron para asistir únicamente a los heridos alemanes y, en cumplimiento de una orden dada personalmente por Hitler, el personal era exclusivamente ario. El proyecto contó con el generoso apoyo financiero de, *entre otros,* C. Koehlin, de Geigy, y del banquero Peter Vieli, director general del *Crédit Suisse*. Un historiador suizo, Daniel Bourgeois, ha escrito que

> este asunto [supuso] una traición a los principios de la Cruz Roja [y] una traición a la idea de neutralidad .... Casi se puede describir como ... una especie de iniciativa diplomática de la comunidad empresarial [suiza]".[271]

---

[268] Bourgeois, pp. 48-49, y los tres estudios de Sophie Pavillon.
[269] Kreis, pp. 79-80; mayo.
[270] J. Ziegler, pp. 67 y ss.; Bourgeois, p. 79; Kreis, pp. 90-91; Gowland; Scally.
[271] Bourgeois, pp. 64-65, 110, 120-24, 129.

Por último, pero no por ello menos importante, unas breves palabras sobre otro país que permaneció oficialmente neutral durante toda la guerra, Suecia. Las grandes empresas de ese país escandinavo también colaboraron con los nazis alemanes y les ayudaron a hacer la guerra, porque era lo rentable. He aquí cuatro ejemplos de empresas suecas que participaron en lucrativos negocios con el Tercer Reich de Hitler: Electrolux, fabricante de electrodomésticos; Bofors, un gigante en el campo de las armas y la munición; SKF (Svenska Kullager-Fabriken), diseñador y fabricante de rodamientos de bolas, vinculado a Krupp; y Enskilda Bank, gestionado por los hermanos pro-nazis Marcus y Jacob Wallenberg, que "colaboraron con los nazis y les ayudaron a disponer de millones de dólares en activos robados por los nazis a sus víctimas, concretamente convirtiendo el oro robado en dinero sueco". (Sin embargo, como muchos otros hombres de negocios internacionales con lucrativos vínculos con el régimen de Hitler, los Wallenberg también cultivaron cuidadosamente conexiones económicas y políticas con los Aliados, y especialmente con Estados Unidos, y lo hicieron cada vez más después de que Stalingrado hiciera evidente que la Alemania nazi estaba condenada a perder la guerra. Hacia el final de la guerra, a más tardar, los Wallenberg jugaban supuestamente a dos bandas contra el centro. Este exitoso esfuerzo por "blanquear a la familia y ponerla en los buenos libros de los futuros amos de Europa" implicó que su sobrino, Raoul Wallenberg, viajara en misión diplomática a Budapest y salvara las vidas de miles de judíos húngaros proporcionándoles pasaportes suecos especiales. Hay fuertes indicios de que, en este contexto, Raoul se había relacionado con la OSS estadounidense, razón por la cual fue detenido por los soviéticos tras la liberación de Budapest y finalmente murió en 1947 en una prisión de Moscú. Pero su martirio y posterior canonización por las autoridades y los medios de comunicación occidentales hicieron posible, o al menos más fácil, la supervivencia de los Wallenberg como una de las principales dinastías suecas. Por cierto, en Estados Unidos los intereses de los Wallenberg fueron manejados por John Foster Dulles.[272]

¿Hubo en el continente europeo, durante las décadas de 1930 y 1940, un solo país cuyas grandes empresas no se sintieran atraídas por los movimientos fascistas, no los apoyaran en sus esfuerzos por llegar al poder y, si llegaban al poder, no se apresuraran a beneficiarse de sus políticas sociales y económicas regresivas, sus crímenes y sus guerras? El único país europeo al que no le gustaban nada los movimientos fascistas era la Unión Soviética. Y también resultó ser el único país sin grandes empresas. ¿Es una coincidencia que, en el

[272] MacDonald; Lacroix-Riz (1991), pp. 11-13; Lacroix-Riz (2013), p. 525; Gowland; Carlin.

resto de Europa, los dirigentes políticos fascistas y los dirigentes económicos filofascistas —es decir, las grandes empresas— soñaran juntos con una cruzada destinada a la aniquilación de la Unión Soviética?

136

SEGUNDA PARTE:
LAS GRANDES EMPRESAS AMERICANAS Y LA ALEMANIA NAZI

CAPÍTULO 11
OFENSIVA DEL DÓLAR EN ALEMANIA

El fascismo europeo puede describirse como una solución radical a los problemas experimentados por las élites tradicionales del continente en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, y especialmente tras el inicio de la crisis económica internacional, la Gran Depresión. En los países industrializados de Europa central y occidental, las grandes empresas eran el pilar más importante de la élite del poder, mientras que las élites de Europa oriental y meridional seguían dominadas en gran medida por los latifundistas, en su mayoría aristocráticos, la iglesia y el ejército. Pero centrémonos en el gran capital. Desde su punto de vista, la "opción fascista" se reveló extremadamente atractiva. He aquí una de las razones: a diferencia de la "opción democrática", para los industriales y banqueros la solución fascista —que normalmente implicaba el rearme, una política exterior agresiva y, finalmente, la guerra— abría perspectivas de captar nuevos mercados y fuentes de materias primas, así como mano de obra barata. Pero había muchas otras razones.

137

¿Cómo podrían las grandes empresas ahuyentar el fantasma de la revolución, que perseguía a Europa y, de hecho, al mundo entero tras el éxito de la Revolución Rusa? ¿Cómo garantizar la rentabilidad de sus empresas y bancos a largo plazo? ¿Cómo se podrían minimizar los costes laborales y la contribución de los empresarios a los programas sociales? ¿Cómo evitar que los sindicatos participen en la gestión de las empresas? ¿Cómo podrían adquirirse materias primas estratégicas a los precios más bajos posibles? ¿Cómo proteger los mercados tradicionales de los productos acabados de la industria —y del capital de inversión de los bancos— frente a los competidores,

y cómo conquistar nuevos mercados? Dependía de una multitud de factores si, para encontrar una respuesta a estas preguntas, el gran capital de un país elegía la "opción fascista", o tal vez no, y si, en caso afirmativo, lograba establecer un régimen fascista, o tal vez no. Allí donde tal sistema se estableció de hecho, como en Italia en 1922 y en Alemania en 1933, y en otros lugares tras una ocupación por parte de la Alemania nazi, como en Francia y Bélgica, este sistema funcionó sistemáticamente a favor de la élite tradicional en general y del gran capital en particular, a favor de los "patricios" de la clase alta y a expensas de los "plebeyos" de la clase baja, especialmente los trabajadores, pero también los pequeños burgueses que con demasiada frecuencia habían coqueteado con el fascismo. El fascismo era la forma en que las élites libraban la guerra de clases o, más exactamente, lanzaban una gran ofensiva en el conflicto de clases en curso. El fascismo equivalía a un contraataque despiadado contra las masas populares y el movimiento obrero, que, desde la Revolución Francesa de 1789 y la Revolución Rusa de 1917 —y, entre otras, las revoluciones de 1830 y 1848, la Comuna de París de 1871 y el levantamiento revolucionario ruso de 1905— habían estado golpeando cada vez con más fuerza las puertas cerradas del poder y el privilegio, tras las cuales las élites asediadas habían permanecido atrincheradas.

Se asume con demasiada facilidad que en Estados Unidos el fascismo nunca tuvo una oportunidad, porque en el periodo de entreguerras la democracia ya estaba demasiado arraigada allí. Sin embargo, esto es incorrecto. Durante los años veinte y treinta, los mencionados problemas desencadenados por la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, y agravados por la Gran Depresión, causaron enormes preocupaciones a la clase dirigente estadounidense. La maleza fascista también se exuberaba en suelo estadounidense, y ciertas facciones dentro de la élite del poder estadounidense consideraron de hecho la "opción fascista", apoyando a movimientos fascistas autóctonos y coqueteando con fascistas extranjeros, estuvieran o no en el poder. Sin embargo, a pesar de su simpatía por el fascismo, la élite estadounidense acabó encontrando, o más bien tropezando, con una panacea para sus problemas distinta de la instauración de un régimen fascista. Esa panacea era una guerra, una guerra mundial, nada menos, en la que, paradójica pero ciertamente no contradictoriamente, el enemigo —junto con el despreciado rival en Extremo Oriente, Japón— resultó ser las guaridas alemanas e italianas del fascismo.

138

Al igual que su hermana francesa, la república estadounidense fue fruto de una revolución que se remonta a finales del siglo XVIII. Sin embargo, la Revolución Americana fue una convulsión puramente política; nunca trajo consigo grandes cambios sociales, y menos aún económicos. Es cierto que se

rompieron los lazos con la madre patria británica y su monarquía, pero la élite del poder transatlántico —esencialmente una "simbiosis" de los ricos comerciantes de puertos marítimos como Boston y Nueva York en el Norte y los latifundistas cuasi aristocráticos del Sur— siguió sólidamente atrincherada en sus posiciones de poder, riqueza y privilegio; por el contrario, los pobres siguieron siendo pobres, los esclavos siguieron siendo esclavos — y los "indios" siguieron siendo exterminados según la máxima de que "el único indio bueno es un indio muerto"." Nunca se habló de igualdad social, lo que contrasta fuertemente con la Revolución Francesa, aunque sólo en su fase jacobina más radical. Los líderes de las revoluciones americanas gritaron "¡sí!" al ideal de libertad, pero murmuraron "¡no!" al de igualdad. En una fase bastante temprana, se introdujeron instituciones democráticas en beneficio de los ciudadanos blancos, incluido el sufragio universal. Como los negros y los indios quedaron excluidos, este sistema ha recibido el acertado nombre de "democracia Herrenvolk", es decir, democracia reservada exclusivamente a los "señores" (Herren en alemán) que se consideraban los blancos. (El término Herrenvolk es de origen nazi, y se utilizaba para designar a los alemanes arios que debían enseñorearse de los Untermenschen, "subhumanos" como los judíos y los eslavos).

Como una especie de seguro contra los riesgos que planteaba la democracia, la élite elaboró una constitución conservadora que, incluso hoy, sigue siendo extremadamente difícil de cambiar. Además, introdujeron un complicado sistema electoral que les permitía restringir la aportación popular y determinar los resultados en su beneficio. También deciden que el presidente sea elegido indirectamente, de modo que sólo los hombres ricos y poderosos y, por tanto, a menudo famosos, susceptibles de ser conocidos en todo el país, eran de facto elegibles para esta función. Del mismo modo, mientras que para muchas otras funciones políticas, como la de senador, prácticamente cualquiera podía votar, en la práctica sólo un número muy restringido de personas, una vez más en su mayoría ricos y famosos, eran elegibles para presentarse. El resultado histórico de todo ello fue —y sigue siendo hoy— un sistema, aparentemente muy democrático, que garantiza que sólo personalidades totalmente fiables desde la perspectiva de la élite, y generalmente extremadamente ricas, sean elegibles para funciones importantes, incluida la presidencia. Así podemos entender por qué una república de cientos de millones de ciudadanos ha conseguido engendrar, no a diferencia de una monarquía a la antigua usanza, "dinastías" políticas como los Roosevelt, los Kennedy, los Bush y los Clinton. Conclusión: Estados Unidos no es más que una oligarquía disfrazada de democracia o, como la han llamado Ramsey Clark, fiscal general en la administración Johnson, y otros, incluidos sociólogos de prestigiosas universidades como Princeton, "una

plutocracia", un gobierno controlado por los muy ricos.[273]

139 En el periodo de entreguerras, Estados Unidos fue siempre, de facto o de iure, una "democracia Herrenvolk", reservada a los blancos. Incluso después de la abolición de la esclavitud, los negros, al igual que los indios, siguieron siendo tratados durante casi otro siglo como Untermenschen, como seres humanos inferiores, y tenían poco o nada que decir en el ámbito de la política. La esclavitud llegó a su fin con la Guerra Civil de 1861 a 1865. Aquel conflicto se saldó con la victoria del Norte, una región altamente industrializada, sobre el Sur agrario, salpicado de plantaciones y gobernado por una cuasi aristocracia de grandes terratenientes. Como resultado de la aplastante derrota de estos últimos, la élite del poder estadounidense quedó constituida posteriormente sólo por industriales y banqueros, concentrados en el norte del país. Y como resultado de un desarrollo económico extremadamente rápido, los industriales, que poseían fábricas gigantescas y, al igual que sus homólogos alemanes, establecieron cárteles en colaboración con grandes bancos, se hicieron fabulosamente ricos... y enormemente poderosos. De sus filas salieron presidentes como Teddy Roosevelt y dispusieron que su país, también como las demás grandes potencias de la época, llevara a cabo una política exterior imperialista, con la que pretendía lograr el control directo o indirecto de tierras rebosantes de importantes materias primas, ricas tierras agrícolas y mano de obra barata, territorios que también podían servir de mercados para los productos acabados de la industria estadounidense y de "tierras de posibilidades ilimitadas" para el capital de inversión que se acumulaba en las cámaras acorazadas de los bancos estadounidenses, que se estaban haciendo tan gigantescos como las corporaciones que eran sus socios. Estados Unidos se apoderó así de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Hawai. Sin embargo, como antigua colonia comprendió que era prudente evitar el uso del término "colonias" para referirse a sus propias posesiones territoriales de ultramar. Era preferible mantener la ficción de la independencia, reforzada por el uso de etiquetas eufemísticas como "Estado Libre Asociado" en el caso de Puerto Rico; integrar las tierras recién adquiridas como "territorios" de los propios Estados Unidos, que más tarde alcanzarían la condición de estado, como en el

[273] Véase, por ejemplo, Parenti, Democracy for the Few. Foster y Yates: "No hay forma... de que sea posible decir que tenemos algo remotamente parecido a la democracia en los Estados Unidos, y para el caso, en cualquier país capitalista. Más bien la plutocracia es ahora la forma dominante". Clark es citado en el artículo de Jensen, p. 7. Véase también una cita pertinente del ex presidente Jimmy Carter en el artículo de Krebs. He aquí algunas estadísticas pertinentes sobre el Congreso: en 2011, más del 50 por ciento de los miembros del Congreso eran millonarios. El porcentaje de millonarios en el Congreso es cincuenta veces mayor que su porcentaje en la población en general. En 2008, costaba una media de 1,1 millones de dólares conseguir un escaño en la Cámara de Representantes y 6,5 millones de dólares conseguir un escaño en el Senado; véase "¿Cómo te representa un Congreso de millonarios?"

caso de Hawai; o abstenerse de ejercer un control político formal en favor de la penetración económica, acompañada de un control político indirecto, ejercido a través de regímenes compradores, un destino que corrió la suerte de muchas desdichadas naciones de América Latina. Así nació un sistema de explotación de lo más eficaz que, a su debido tiempo, fue imitado por muchas otras potencias anteriormente coloniales y que sigue estando muy presente hoy en día: el neocolonialismo.

140 Los estadounidenses se apropiaron de territorios en el Caribe y en la región del Pacífico de la misma manera que antes habían conquistado el inmenso Salvaje Oeste norteamericano, mediante el engaño y la violencia, incluyendo una guerra extremadamente brutal e incluso, al menos según algunos historiadores estadounidenses y de otros países, genocida.[274] En realidad, Estados Unidos desarrolló una debilidad por la guerra, porque las guerras no sólo proporcionaban territorios repletos de materias primas y otros bienes, sino porque la guerra en sí misma reportaba considerables beneficios a las corporaciones y los bancos. Ya se habían amasado grandes fortunas en Estados Unidos gracias a la Guerra Civil porque, durante años y años, se podían suministrar armas y todo tipo de mercancías al ejército. El hecho de que la guerra puede funcionar como una cornucopia para los capitalistas también quedó demostrado con la Guerra Hispano-Norteamericana de 1898, proclamada como una "espléndida guerrita" por John Hay, el secretario de Estado. Sin embargo, aún más rentable fue la Primera Guerra Mundial, en la que las corporaciones y los bancos estadounidenses "ganaron" enormes sumas de dinero —los bancos principalmente prestando dinero a los países aliados, especialmente Gran Bretaña. (Pero esta nube de plata tenía un lado oscuro, por así decirlo: el público estadounidense en general odiaba esta guerra y execraba a las corporaciones y bancos como "especuladores de la guerra"). En cualquier caso, tras la Primera Guerra Mundial, Estados Unidos era el país más rico del mundo. En realidad, esto significaba que las personas más ricas de Estados Unidos —una élite de industriales y banqueros, demográficamente una pequeña minoría, a la que ahora a veces se denomina simbólicamente el "1 por ciento"— eran a partir de entonces mucho más ricas que los ricos de otros países, incluidos antiguos campeones en este campo, como Gran Bretaña. Nueva York suplantó a Londres como epicentro financiero del mundo, y el dólar tomó el relevo de la libra esterlina como moneda más prestigiosa del planeta.

141 El Tratado de Versalles de 1919 obligó a Alemania a compensar a Francia

[274] Véanse, por ejemplo, los capítulos sobre Estados Unidos en el libro de David E. Stannard, *American Holocaust: Columbus and the Conquest of the New World.*

y Bélgica por los enormes daños causados a estos países durante la guerra pagándoles las llamadas reparaciones. Los franceses y belgas necesitaban urgentemente este capital para pagar las enormes deudas que, al igual que los británicos, tenían con Estados Unidos. En los propios Estados Unidos, los bancos buscaban oportunidades para invertir la montaña de capital que se había ido acumulando durante el conflicto en las cajas fuertes de los bancos y en los tesoros de las empresas. Esta constelación provocó un tsunami de inversiones estadounidenses en Alemania, donde se tradujo en la creación de nuevas empresas, la adquisición de la totalidad o parte de las acciones de empresas existentes y la conclusión de asociaciones con empresas alemanas. Muchos de los industriales y banqueros estadounidenses consideraron esta "ofensiva inversora" en Alemania como el preludio de una conquista del mercado europeo en general, lo cual,.[275]

Las empresas y los bancos alemanes acogieron las inversiones transatlánticas con los brazos abiertos. Estaban decididos a evitar tener que soportar una parte significativa de la carga de las reparaciones. Mediante la venta de paquetes de acciones a bancos y empresas estadounidenses, el capital alemán podía transformarse en capital estadounidense o desaparecer en fideicomisos y holdings estadounidenses anónimos. Los industriales y banqueros alemanes podían así fingir que no disponían de los fondos necesarios para realizar las cuantiosas contribuciones a las reparaciones que se esperaba de ellos; los burgueses alemanes de a pie tendrían por tanto que pagar la mayor parte de la factura de las reparaciones. El mismo sistema también hizo que Alemania se beneficiara del apoyo y la simpatía estadounidenses durante las difíciles e interminables negociaciones con Francia sobre las reparaciones: cuanto menos tuvieran que pagar los alemanes, mejor les parecía a los estadounidenses, o al menos a los estadounidenses con inversiones en Alemania: industriales y banqueros, y sus amigos en la política y en los medios de comunicación. Estos últimos difundieron opiniones germanófilas que harían que las diatribas de Hitler contra el Tratado de Versalles parecieran justificadas —y que el propio hombre no careciera de razón— a los ojos de innumerables estadounidenses.[276]

142

En su propio país, las empresas y bancos alemanes vendieron una parte de sus activos a sus homólogos estadounidenses; a la inversa, en Estados Unidos compraron una parte no desdeñable de los activos de sus socios estadounidenses. Un ejemplo espectacular de este tipo de mezcla empresarial internacional fue el caso de IG Farben (*Interessen-Gemeinschaft Farbenindustrie AG*). Este cártel alemán fue creado en 1925, no sin ayuda

[275] Gossweiler, pp. 95-96. Véase también Panitch y Gindin, pp. 49-50.
[276] Gossweiler, pp. 89-99; Bettelheim, I, pp. 86-87.

financiera y técnica estadounidense, por un grupo de empresas entre las que las más importantes eran Bayer, BASF, Hoechst y Agfa. En 1928, en colaboración con empresas estadounidenses como Standard Oil, IG Farben fundó un cártel oficialmente suizo en Estados Unidos con el fin de gestionar los activos estadounidenses de IG Farben: American IG Chemical Corporation, que más tarde se conocería como General Aniline & Film. En Estados Unidos, IG Farben estableció estrechos vínculos con bancos como el National City Bank y empresas como Ford. Edsel Ford, hijo de Henry Ford y "heredero al trono" de la empresa, se convertiría en miembro del consejo de administración de la rama estadounidense de IG Farben.[277] El cártel alemán también había concluido un acuerdo similar con el famoso trust de Du Pont, por el que cada socio adquiría un considerable paquete de acciones del otro. Al igual que IG Farben, Du Pont también poseía acciones de una empresa alemana llamada Degussa, una empresa que ya sabemos que ganó mucho dinero convirtiendo el oro robado por los nazis en lingotes anónimos y aparentemente inocuos.[278] Robert Bosch, fabricante de bujías de encendido, fue otra empresa alemana que creó una filial en Estados Unidos, conocida como American Bosch Corporation (ABC); esto se hizo discretamente, a través de una sucursal en Suiza, y con la ayuda de los Wallenberg, los banqueros suecos antes mencionados.[279]

Esta interpenetración del capital alemán y estadounidense constituía un gigantesco iceberg, cuya parte visible estaba representada por las inversiones directas de empresas estadounidenses en Alemania. Uno de los principales inversores corporativos estadounidenses allí era General Motors. En 1929, esta empresa, con sede en la ciudad del motor de Estados Unidos, Detroit, que a su vez no era más que una bailía del gigantesco imperio de Du Pont, adquirió el principal fabricante de automóviles de Alemania. Se trataba de Adam Opel AG, u "Opel" para abreviar, cuya gran fábrica estaba (y sigue estando) situada en la ciudad de Rüsselsheim, a medio camino entre Fráncfort del Meno y Maguncia. Ese mismo año, el principal competidor de General Motors, Ford, estableció una fábrica a orillas del Rin, en Colonia; esta sucursal se conocería más tarde como *Ford-Werke*. (El nombre original era *Ford Motor Company AG.*) Como resultado de estas iniciativas, los dos mayores productores alemanes de automóviles estaban controlados por capital estadounidense, y la industria automovilística alemana estaba "virtualmente dividida" entre las dos corporaciones americanas.[280] De hecho, en comparación con Opel y *Ford-Werke,* productores genuinamente alemanes como BMW y Daimler-Benz eran

[277] Kümmel pp. 149-19; Kolko (1962), p. 718; Herbst, p. 100; von Hassell y MacRae, pp. 19-20; Sutton, p. 22; Baptista y Travis.
[278] De Baggio, pp. 74, 76.
[279] Wilkins, p. 117.
[280] Kümmel, pp. 105-8, 119-21; Panitch y Gindin, p. 50.

meros enanos.[281]

143

Más allá de las adquisiciones de empresas existentes y el establecimiento de otras nuevas, el capital estadounidense también participó en otra forma de inversión extranjera en Alemania: la conclusión de asociaciones estratégicas con empresas alemanas. Dichos acuerdos podían implicar adquisiciones recíprocas de paquetes de acciones, acuerdos para compartir materias primas escasas y/o fijar los precios de los productos acabados, etc. Como ya se ha mencionado, en los años veinte, la Standard Oil de Nueva Jersey —nombre abreviado como SO, de ahí el posterior nombre de Esso, que más tarde se convertiría en Exxon[282] — se asoció con el consorcio alemán IG Farben. Sin embargo, este último tenía numerosas concubinas corporativas en Estados Unidos, unas cincuenta, de hecho; su harén transatlántico incluía Alcoa, Dow Chemical, Monsanto y Du Pont.[283] General Electric hizo un trato similar con Osram —y, simultáneamente, con la empresa holandesa Philips— en el campo de las bombillas.[284] Westinghouse se alió con Siemens,[285] y el fabricante de motores Pratt & Whitney se convirtió en socio de BMW, lo que significó que la parte alemana obtuvo acceso a tecnología punta en materia de motores de avión.[286]

A principios de la década de 1930, una élite de aproximadamente veinte corporaciones estadounidenses se beneficiaba de algún tipo de conexión alemana. Además de Ford, General Motors, Standard Oil, IBM, General Electric, Alcoa, Dow Chemical y Pratt & Whitney, esta cábala empresarial estadounidense con una cabeza de puente en Alemania también incluía a Du Pont, Union Carbide, Westinghouse, Gillette, Goodrich, Singer, Eastman Kodak, Coca-Cola, US Steel e ITT. El "quién es quién" de la América corporativa había llegado a Alemania y estaba allí para quedarse. Y para hacer dinero.

Un número relativamente restringido de grandes bancos estadounidenses estaba igualmente muy implicado en la ofensiva inversora en Alemania. En esta élite estaban, por ejemplo, J.P. Morgan, Dillon, Read & Co. y Harriman Brothers & Company, esta última dirigida por W. Averell Harriman. Todos estos banqueros tenían sus propios socios alemanes con los que colaboraban estrechamente en beneficio mutuo. Dillon, Read & Co. y J. P. Morgan

---

[281] Herbst, p. 91.
[282] En EE.UU., Exxon sustituyó al nombre Esso el 1 de enero de 1973. Para la historia de los nombres Standard Oil of New Jersey, Esso y Exxon, véase el artículo "Exxon".
[283] Kümmel, pp. 159-64; Kolko (1962), pp. 719, 721 y ss.; van der Pijl, pp. 85-86; Sutton, pp. 23, 37 y ss.; Zilg, p. 304; De Baggio, p. 74.
[284] Gassert (1999); Sutton, p. 37 y ss.
[285] Feldenkirchen, p. 199.
[286] Etzold, pp. 78-79.

trabajaban principalmente con el Dresdner Bank. Uno de sus clientes comunes era Fritz Thyssen, el ya mencionado jefe de la *Vereinigte Stahlwerke,* que ha sido descrito como un importante "facilitador y beneficiario de la gran oleada inversora estadounidense". En 1925, adquirió personalmente un crédito de nada menos que 11 millones de dólares de Dillon, Read & Co. Un confidente de Thyssen era un banquero alemán que se había criado en Nueva York: Hjalmar Schacht. Era amigo personal de Morgan, y en muchos sentidos encarnaba las estrechas relaciones financieras y la colaboración entre Estados Unidos y Alemania que surgieron en aquella época.[287] Según Anthony Sutton, la familia Schacht se sentía como en casa en Nueva York, trabajaban para una famosa institución de Wall Street, Equitable Trust, miembro del grupo Morgan, y Hjalmar mantendría sus vínculos con Wall Street durante toda su vida.[288]

144

Harriman Brothers & Company también hizo magníficos negocios con Thyssen. En Nueva York, en 1924, Harriman y un socio, George Herbert Walker, fundaron la Union Banking Corporation (UBC). El director —y principal accionista— de este "pequeño" banco era una personalidad llamada Prescott Bush, yerno de Walker, padre del presidente George H.

W. Bush y abuelo del presidente George W. Bush, cuyo segundo apellido es Walker. El principal cliente y "principal y prácticamente única fuente de ingresos" de la UBC era el *Nederlandse Bank voor Handel en Scheepvaart,* el "Banco Holandés para el Comercio y la Navegación", de Rotterdam (Países Bajos), propiedad de Thyssen. El presidente y supuesta *éminence grise* de la UBC era un holandés con ciudadanía estadounidense, Cornelis Lievense.[289]

En los años veinte, los bancos alemanes y estadounidenses empezaron a colaborar estrechamente en beneficio mutuo. Fueron políticos y financieros estadounidenses como Owen D. Young quienes, junto con colegas alemanes como Schacht, entonces presidente del banco nacional alemán, el *Reichsbank*, urdieron en 1929 el famoso Plan Young. Este proyecto determinaba cómo, y durante cuántos años, Alemania tendría que efectuar los pagos de reparación. En aquella época, Young era una de las estrellas brillantes del firmamento de las grandes empresas estadounidenses, abogado pero también, y sobre todo, industrial, que en 1919 había fundado la Radio Corporation of America (RCA) y que en 1922 se había convertido en el jefe de General Electric (GE). Young era también un estrecho colaborador de los Rockefeller, propietarios de Standard Oil, y era miembro de la muy influyente Fundación Rockefeller. Sin excepción, todas las empresas, bancos y personalidades estadounidenses que

[287] Gossweiler, pp. 85-87, 98-99, 323, 344; Czichon (1978), p. 48; van der Pijl, pp. 71-72.
[288] Sutton, p. 10.
[289] Chossudovsky; Sutton, pp. 78-79; Tarpley y Chaitkin, "All in the Family: The Apple does not fall far from the BUSH"; Aris y Campbell; Buchanan; Buchanan y Michael; Mikhah y Kofoet; "W. Averell Harriman".

participaron en el Plan Young controlaban importantes inversiones en Alemania. Los bancos británicos, franceses y otros bancos internacionales consideraron que el plan que llevaba el nombre de Young era bastante ventajoso, no para sus países sino para ellos mismos. Y, como era de esperar, los estadistas británicos y franceses le dieron su visto bueno.

145

La colaboración germano-estadounidense en el marco del Plan Young también dio sus frutos en forma de un proyecto común: el Banco de Pagos Internacionales (BPI), fundado en 1930 y establecido en Suiza, en Basilea, justo en la frontera alemana. El BPI era, y es, un banco internacional de propiedad privada, con los bancos centrales de Alemania, Gran Bretaña, Francia, Bélgica y otros países como socios, así como instituciones financieras de propiedad privada y un puñado de importantes bancos estadounidenses. Sin embargo, desde el principio, el BPI estuvo dominado por banqueros estadounidenses en colaboración con colegas alemanes como Schacht. El primer presidente de este "banco central de los bancos centrales" fue Gates McGarrah, un financiero estadounidense que gozaba de estrechos vínculos con el imperio Rockefeller de bancos y empresas. La idea subyacente era que, en el sereno clima de la neutral Suiza —lejos de la alocada multitud de políticos y periodistas entrometidos en casa—, los principales banqueros de los principales países podrían concentrarse en el extremadamente lucrativo negocio que, desde su perspectiva, resultaban ser los pagos de las reparaciones alemanas.[290]

Además de las empresas y los bancos, algunos bufetes jurídicos estadounidenses también estaban muy implicados en las inversiones en Alemania. El gran especialista de este tipo de negocios jurídicos era Sullivan & Cromwell, un prestigioso bufete con sede en el distrito neoyorquino de Wall Street. Los hermanos John Foster y Allen Dulles, de quienes oiremos hablar más adelante, eran sus dos socios principales. Entre sus clientes se encontraban los Rockefeller, propietarios de Standard Oil, y otros muchos propietarios y directivos de empresas con filiales o socios en Alemania. Colaboraban estrechamente con empresarios y sociedades alemanas que tenían inversiones en Estados Unidos, como el banquero Kurt von Schröder, afincado en Colonia, cuyo banco tenía una sucursal en Nueva York. Schröder, como ya sabemos, apoyó a Hitler y contribuyó decisivamente a llevarle al poder en 1933. Por último, sin duda para poder servir mejor a sus clientes estadounidenses y alemanes, los hermanos Dulles también establecieron en Suiza una serie de sociedades holding que resultaron estar "inteligentemente disimuladas", según

[290] Con respecto al Plan Young, véase von Hassel y MacRae, p. 19, quienes escriben que "los beneficios potenciales a largo plazo eran enormes" para los bancos que facilitaron los préstamos necesarios.

el historiador estadounidense Jason Weixelbaum.[291]

[291] Van der Pijl, p. 82; Weixelbaum (2010).

147

CAPÍTULO 12
FANS Y SOCIOS AMERICANOS DE HITLER

Muchos estadounidenses, y quizá incluso la mayoría, detestaban a Hitler y Mussolini y sus variantes alemana e italiana del fascismo. La actitud hacia el fascismo de los líderes de la América Corporativa, por otra parte, era más bien positiva. Mussolini, por ejemplo, gozó de la admiración de los abanderados de la industria y las finanzas estadounidenses desde el momento en que llegó al poder. Su golpe de Estado, la llamada marcha sobre Roma, en realidad una farsa orquestada por la clase dirigente italiana, fue ensalzada en los círculos de los grandes empresarios como una magnífica revolución joven."[292] El director del banco J. P. Morgan, Thomas W. Lamont, tenía una foto del dictador en la pared de su despacho; se describía a sí mismo como "una especie de misionero del fascismo italiano", y en 1926 aprobó un préstamo de 100 millones de dólares al *Duce* de Italia.[293] Otro gran admirador estadounidense de Mussolini fue Henry Luce, fundador y editor de las revistas *Time* y *Life*; en 1928 proclamó al dictador italiano "el líder político más importante del mundo."[294] Lamont y Luce no eran excepciones; la gran mayoría de los hombres de negocios estadounidenses tenían en muy alta estima a Mussolini porque este "hombre de acción" era un gran defensor del capitalismo y un archienemigo del comunismo.[295] Por lo mismo, Mussolini también era admirado por Churchill. Y otro admirador del *Duce*, al menos durante los años treinta, fue Franklin D. Roosevelt.[296]

148

Con respecto a Hitler, la opinión de las grandes empresas no fue inicialmente tan positiva, sino más compleja. Al igual que sus homólogos alemanes, los industriales y banqueros estadounidenses estaban algo preocupados por las intenciones y los métodos de este advenedizo común, cuya ideología se denominaba "nacionalsocialismo", cuyo partido afirmaba ser un partido obrero y cuyo discurso estaba mechado de exigencias de cambio "revolucionario".[297] Aun así, algunos magnates estadounidenses ya admiraban

---

[292] Schmitz; Diggins.
[293] Chernow, pp. 277 86; Engdahl, p. 77; Thomas W. Lamont".
[294] Krales, p. 3; Russell, pp. 246-47.
[295] Burke, pp. 166-67.
[296] Mickey Z.
[297] Kolko (1962), p. 714, alude al escepticismo de los periodistas económicos estadounidenses con respecto a

al hombre que se convertiría en el Führer de Alemania en las primeras etapas de su carrera política.[298] Y este pequeño club de primeros admiradores de Hitler incluía a algunos pesos pesados de la industria: el fabricante de automóviles Henry Ford; el barón de la prensa William Randolph Hearst; Walter C. Teagle, director general de Standard Oil; e Irénée du Pont, la jefa del trust del mismo nombre. Según el autor Charles Higham, esta última ya seguía con interés la carrera del futuro Führer en los años veinte. [299]

Tal vez fuera inevitable que los industriales y banqueros estadounidenses que hacían negocios con Alemania vieran cada vez más no sólo las cuestiones internacionales sino también los problemas internos de Alemania a través de los ojos de sus socios alemanes. Como ya hemos visto, los hombres de la gran industria y las altas finanzas alemanas despreciaban el sistema democrático de la República de Weimar; anhelaban un líder fuerte y, entre los numerosos candidatos para ese papel, el hombre que se perfilaba gradualmente como su favorito resultó ser Hitler. De sus homólogos alemanes, los hombres de negocios y banqueros estadounidenses no oían prácticamente más que cosas buenas sobre esta estrella emergente en el firmamento político teutón. Schacht, por ejemplo, que tenía excelentes contactos en las más altas esferas empresariales y financieras de Estados Unidos y que, como antiguo presidente del *Reichsbank,* gozaba de gran prestigio y de una reputación de imparcialidad y objetividad política, emprendió un viaje por Estados Unidos en otoño de 1930. En una serie de conferencias, y sin duda también en sus reuniones y conversaciones privadas, dejó claro que admiraba a Hitler y apoyaba la plataforma financiera y socioeconómica del NSDAP; y el 5 de diciembre de 1932, la revista Time anunció a la nación que Schacht, aclamado como el "hombre de hierro" de las finanzas alemanas, apoyaba a Hitler.[300] En octubre de 1931, durante una visita a Nueva York, el famoso industrial alemán Carl Friedrich von Siemens cantó públicamente las alabanzas de Hitler, proclamando que era el tipo de líder que Alemania necesitaba urgentemente. Hitler, según explicó Siemens a sus colegas y conocidos estadounidenses, no constituía en absoluto un problema, como creían algunos estadounidenses mal informados, sino que encarnaba una solución al problema más acuciante al que se enfrentaba Alemania, el "peligro del bolchevismo".[301] Siemens hizo una de sus presentaciones en una oficina de General Electric. No es de extrañar, por tanto, que los directivos de GE, incluido el célebre director general de la empresa, Owen Young, asociado al Plan Young, se dedicaran a partir de

---

Hitler, un escepticismo basado en el hecho de que era un "inconformista político y económico".

[298] Baldwin, pp. 172-91; Higham, p. 162.

[299] Higham, p. 162.

[300] Zdral, p. 167; Gossweiler, pp. 322, 342; Burke, p. 282; Ferguson y Voth, p. 16.

[301] Hörster-Philipps, p. 106.

entonces a hacer propaganda a favor de un gobierno fuerte a la Mussolini o a la Hitler en los propios Estados Unidos.[302]

149

Hitler recibió apoyo no sólo moral, sino también financiero de numerosos industriales estadounidenses, entre ellos Henry Ford, los du Pont y los Rockefeller. Con respecto a Ford, el New York Times había informado el 20 de diciembre de 1922 que era un patrocinador financiero del movimiento nacionalista y antisemita de un tal Adolf Hitler en Munich. Por supuesto, una parte considerable del dinero estadounidense se canalizó hacia Hitler a través de las sucursales alemanas (o empresas asociadas) de corporaciones estadounidenses. General Electric, por ejemplo, apoyó a Hitler a través de Osram y otra empresa alemana en la que GE poseía una enorme cantidad de acciones, AEG (Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft).[303] También se sabe que el NSDAP se benefició de la generosa ayuda financiera de Wilhelm von Opel, antiguo propietario de la empresa de fabricación de automóviles Opel, con sede en Rüsselsheim.[304] Tras la venta de su empresa familiar a General Motors, Opel siguió siendo miembro del consejo de administración; es difícilmente concebible que hubiera apoyado a los nazis sin la autorización formal o informal de los grandes jefes de GM en Estados Unidos.

Algunos de los amigos influyentes de Hitler en Alemania llegaron incluso a solicitar apoyo financiero para él a sus conocidos y homólogos transatlánticos. Así, en 1929, Hugenberg envió una carta a tres mil millonarios estadounidenses pidiéndoles ayuda financiera para la lucha de Hitler contra el comunismo. Las donaciones que se materializaron a veces incluían préstamos y créditos, por ejemplo, para la compra de revólveres y ametralladoras —producidos, respectivamente, por Remington y Thompson— que se enviaban clandestinamente a Alemania a través de Bélgica y los Países Bajos. Sin embargo, Hitler recibía a menudo enormes sumas de dinero sin condiciones. Se afirma que Rockefeller y otros numerosos capitalistas estadounidenses le hicieron llegar decenas de millones de dólares; este dinero fue reunido por el banco Kuhn, Loeb & Co. y, tras reuniones de un representante de este banco con Hitler, Göring y otros peces gordos nazis en Alemania, fue transferido a Hitler a través de bancos de Ámsterdam y Roma.[305]

150

Fritz Thyssen fue otro capitán de industria alemán implicado en la recaudación de dinero en nombre de Hitler en Estados Unidos. Su cabeza de puente transatlántica, la Union Banking Corporation de Harriman y Bush,

---

[302] Zilg, p. 292.
[303] Sutton, pp. 39-42 respecto a General Electric, p. 66 respecto a Ford; Mickey Z., refiriéndose a *The Flivver King*, el libro de Upton Sinclair sobre Henry Ford.
[304] Gassert (2004), p. 346.
[305] Warburg, pp. 34-35; Higham, p. 162; Deschner (1992), pp. 219-26; Sutton, pp. 102-14.

también sirvió para recaudar contribuciones financieras —que supuestamente ascendían a millones de dólares— en nombre de Hitler. Una vez que Hitler llegó al poder en Alemania, la UBC empezó a vender bonos del gobierno alemán en el mercado financiero estadounidense. Se dice que Prescott Bush se sumergió con entusiasmo en este tipo de negocios, ya que le reportaban grandes beneficios. Parte de estas ganancias sirvieron para lanzar a su hijo, el futuro presidente George H.W. Bush, en el negocio del petróleo en Texas.[306]

Aún carecemos de información suficiente respecto a la identidad de los benefactores de Hitler y las cantidades de que se trataba. Sin embargo, no cabe duda de que industriales y banqueros estadounidenses donaron de hecho considerables cantidades de dinero a Hitler. En septiembre de 1930, la embajada estadounidense en Berlín informó de que "ciertos círculos financieros estadounidenses representados aquí también son activos en este campo [es decir, en el apoyo financiero a Hitler]".[307]

En Estados Unidos, Hitler también se benefició de otras formas de apoyo. En numerosos periódicos y otras publicaciones periódicas que ya eran esencialmente propiedad de holdings, bancos y/o industriales individuales y otras personas ricas y poderosas, el líder nazi era presentado generalmente de forma muy positiva. Un buen ejemplo es *Reader's Digest*, un mensual orientado a la familia cuya tirada cruzó el simbólicamente impresionante umbral del millón de ejemplares en 1935. Hitler también era constantemente idolatrado, y nunca criticado, en las agencias de prensa, periódicos y otras publicaciones de un barón de la prensa que había conocido personalmente al futuro Führer, William Randolph Hearst, cuya carrera inspiró la famosa película de Orson Welles, *Ciudadano Kane*. Hearst desempeñó el papel de animador estadounidense de Hitler y del Partido Nazi.[308] Además, en 1930 invitó a Hitler a escribir artículos, de los cuales se publicaron dos en sus publicaciones periódicas el 28 de septiembre y el 5 de octubre de ese año; Hitler recibió un honorario de mil marcos del Reich por artículo, una considerable suma de dinero que utilizó para pagar algunas de las facturas de su lujoso *pied à terre* en Berlín, el Hotel Kaiserhof.[309]

151

Por último, al igual que Mussolini, Hitler fue presentado sistemáticamente de forma muy favorable al público estadounidense en los populares noticiarios "Fox Movietone News", que entonces se proyectaban siempre en las salas de cine antes del largometraje principal. Estos cortometrajes fueron producidos

---

[306] Tarpley y Chaitkin; "Todo en familia: The Apple does not fall far from the BUSH"; Aris y Campbell; Buchanan y Michael; Mikhah y Kofoet; "W. Averell Harriman".
[307] Hörster-Philipps, p. 102.
[308] Davis; "El fascismo y las élites gobernantes americanas".
[309] "William Randolph Hearst"; Nasaw, pp. 474-75.

por la Fox Film Corporation, conocida como Twentieth Century Fox tras su fusión en 1935 con Twentieth Century Pictures; fue el antecesor del actual Fox News Channel (FNC), que forma parte del imperio del magnate de los medios de comunicación Rupert Murdoch. En la propia Alemania, en 1932, Fox produjo películas de propaganda para Hitler a través de su filial *Fox Tönende Wochenschau*. Estas películas — *Der Führer ("El Líder"),* y *Hitlers Kampf um Deutschland ("La lucha de Hitler por Alemania")* — eran "talkies", por lo que permitieron que Hitler, innegablemente un orador y actor de considerable talento, fuera visto y oído por primera vez por innumerables alemanes. Además, la Fox subvencionó la producción de estas películas y suministró vehículos para transportar y distribuir las bobinas durante las campañas electorales. Se trataba de una forma de apoyo crucial para Hitler, que le ayudó a "fabricar" el enorme éxito electoral del NSDAP en julio de 1932.[310]

En 1933, cuando Hitler llegó al poder en Alemania, ya contaba con un gran número de admiradores en la alta sociedad estadounidense. Pero una vez instalado en el poder, se ganó a muchos más industriales y banqueros estadounidenses. A veces se afirma que esta fascinación por Hitler estuvo determinada por un factor psicológico: la mayoría de los capitanes de la industria estadounidense eran personalidades presumiblemente autoritarias, por lo que no podían dejar de admirar a un hombre que se presentaba como el gran campeón del *Führerprinzip,* el principio de sumisión al líder, y que practicaba lo que predicaba, primero en su propio partido y luego en toda Alemania. Es cierto que Edwin Black, autor de un importante y excelente libro, *IBM y el Holocausto*, cita también otros factores, pero es esencialmente de esta manera "psicologizante" —o "psicohistórica"— como explica el caso del gran jefe de IBM, Thomas J. Watson, que se reunió con Hitler en varias ocasiones durante los años treinta y quedó fascinado por el bigotudo dictador. Sin embargo, como pronto veremos, el entusiasmo mostrado por Hitler por parte de industriales y banqueros era mucho menos una cuestión de personalidades que de ventas y beneficios, mucho menos una cuestión de psicología que de sociología y economía. Es la economía política, no la psicología, la que puede ayudarnos a entender por qué, tarde o temprano, la inmensa mayoría de los propietarios y directivos de las corporaciones y bancos estadounidenses — incluido Watson de IBM— llegaron a apreciar e incluso adorar a Hitler.

152

La inversión extranjera estadounidense no funcionaba nada bien en la Alemania de principios de los años treinta. Fue culpa de la gran crisis económica, llamada por los norteamericanos la Gran Depresión, que golpeó con especial dureza a Alemania. La producción y los beneficios se

[310] Tarpley.

desplomaron, la situación política era extremadamente inestable y las calles de Berlín y otras grandes ciudades fueron testigo de cruentas luchas callejeras entre nazis y comunistas. Se temía que el país estuviera maduro para una "revolución roja" como la que había llevado a los bolcheviques al poder en Rusia en 1917, y como la que había estado a punto de triunfar en la propia Alemania a principios de 1919.[311] Pero de repente se produjo un milagro: gracias al generoso apoyo financiero y de otro tipo de industriales y banqueros alemanes como Thyssen, Schacht y los jefes de IG Farben, Hitler llegó al poder en enero de 1933 y en poco tiempo la situación política y socioeconómica cambió radicalmente. Las filiales alemanas de las empresas estadounidenses pronto volvieron a ser rentables. ¿Cómo fue posible? Hitler había sido aupado a la silla del poder por los industriales y banqueros más poderosos y, una vez en el poder, hizo lo que ellos esperaban que hiciera, es decir, se centró diligentemente en velar por sus intereses. Su primera iniciativa consistió en encarcelar a los comunistas y a los socialistas más militantes e internarlos en los primeros campos de concentración, creados con el fin de dar cabida al exceso de presos políticos de izquierdas. Con ello, el nuevo líder alemán eliminó la amenaza real o imaginaria del cambio revolucionario, encarnado sobre todo por los comunistas. También decapitó al movimiento obrero alemán disolviendo los sindicatos, transformando así a los trabajadores de las fábricas y a todos los asalariados en un rebaño de ovejas impotentes, en lo que en la jerga nazi se denominaba abiertamente una masa de seguidores (*Gefolgschaft*), puestos incondicionalmente al servicio de sus patronos, de la talla de Thyssen, IG Farben y otras corporaciones y bancos que habían contribuido a llevar a Hitler al poder. En la Alemania dirigida por Hitler, "los trabajadores no eran más que siervos a los que no se permitía hacer huelga ni cambiar de trabajo" y a los que se obligaba "a trabajar más duro y más rápido" mientras sus salarios "se mantenían sistemáticamente en los niveles más bajos posibles".[312]

153

Prácticamente sin excepción, las empresas y los bancos alemanes se beneficiaron enormemente de esta situación, ya que redujo sus gastos de mano de obra. Lo mismo ocurrió en las sucursales alemanas de las empresas estadounidenses. En la *Ford-Werke* de Colonia, por ejemplo, los costes salariales se redujeron del 15 por ciento del volumen de negocio en 1933 —año en que Hitler se instaló en el poder— al 11 por ciento en 1938.[313] Del mismo modo, la filial alemana de Coca-Cola, Coca-Cola GmbH,[314] con sede

---

[311] Véase, por ejemplo, Burke, pp. 152-58

[312] Pendergrast, p. 221.

[313] *Research Findings About Ford-Yerke Under the Nazi Regime*, pp. 135-36.

[314] GmbH es el equivalente de "Ltd."; es el acrónimo de *Gesellschaft mit beschränkter Haftung*, "empresa con responsabilidad limitada".

en Essen, centro neurálgico de la región industrial del Ruhr, pudo aumentar sus beneficios gracias al sistema nazi de salarios bajos. El director de Coca-Cola en Alemania era un hombre llamado Max Keith. A pesar de que su nombre sonaba inglés, no era estadounidense sino alemán, cuya admiración por Hitler le llevó a dejarse un minibigote. Atribuía el éxito de su empresa en los años treinta al hecho de que un trago de Coca-Cola *eiskalt* ("helada"), que contenía mucha cafeína, era más eficaz que un vaso de cerveza tradicional para calmar la sed de los trabajadores alemanes que "tenían que trabajar más duro y más rápido".[315]

En la Alemania nazi, efectivamente, los salarios disminuyeron rápidamente, mientras aumentaban los beneficios. Pero eso no desencadenó ningún problema, por el simple hecho de que el menor intento de protestar o salir a la huelga provocaba la inmediata intervención armada de la Gestapo, seguida de despidos e incluso detenciones. Así ocurrió en la fábrica Opel de General Motors en Rüsselsheim en junio de 1936.[316]

Los propietarios y directivos de empresas estadounidenses con inversiones en Alemania estaban en el séptimo cielo. Desde su punto de vista, la forma en que el Führer resolvía los problemas sociales en Alemania era de lo más satisfactoria. Varios magnates estadounidenses expresaron abiertamente su admiración por Hitler. Uno de ellos era el gran jefe de ITT, Sosthenes Behn,[317] y otro era el presidente del consejo de administración de General Motors, William Knudsen, que ya en octubre de 1933 glorificó a la Alemania nazi como "el milagro del siglo XX".[318] John Foster Dulles, el sabio de Sullivan & Cromwell, "completamente enredado en la tela de araña de las transacciones financieras entre la Alemania nazi y Estados Unidos", no dudó en elogiar en voz alta a Alemania por el "dinamismo" mostrado por el país bajo el liderazgo de Hitler, y tenía por costumbre comenzar sus comunicaciones con sus clientes alemanes con un entusiasta "¡Heil Hitler!".[319]

154

Si Hitler se ganó la simpatía de los industriales y banqueros estadounidenses fue también porque reactivó la economía del país tal y como habían soñado los industriales y banqueros alemanes. El programa de rearme de Hitler hizo realidad sus sueños más anhelados y colmó a empresas como IG Farben y Krupp de pedidos gigantescos y beneficios colosales. Las filiales alemanas de las empresas estadounidenses compartieron plenamente esta bonanza.

Examinemos el caso de Ford. A principios de los años treinta, *Ford-Werke*

---

[315] Pendergrast, p. 221; Jones y Ritzmann; Reymond, pp. 302-5.
[316] Billstein et al., p. 25; Turner (2005), p. 23; Grunberger, p. 199.
[317] Higham, p. 94.
[318] Knudsen, citado en Higham, p. 163; véase también Berghahn, p. 142 y ss.; Zilg, p. 294.
[319] Liebig; cita de Adam LeBor, p. 134; van der Pijl, p. 113; Kinzer, p. 114; Doares; Mickey Z.

había sufrido grandes pérdidas. Pero la empresa consiguió "ser reconocida oficialmente [por las autoridades nazis] como empresa alemana" y, por tanto, pudo optar a lucrativos pedidos estatales en el marco de la campaña armamentística de Hitler. Una característica clave de esta campaña era la "motorización", la producción en masa de camiones, tanques y otros vehículos motorizados. ¿Quién mejor que una fábrica de Henry Ford, el inventor de la cadena de montaje y otros métodos llamados fordistas que servían para aumentar la productividad de una empresa? Los nazis estaban prácticamente hipnotizados por el fordismo. Por lo tanto, no es de extrañar que la *Ford-Werke* lograra obtener pedidos considerables y que, gracias a este tipo de negocio, los beneficios anuales de la sucursal alemana de Ford aumentaran espectacularmente, de 63.000 Reichsmarks en 1935 a 368.900 Reichsmarks en 1936, algo más de 1 millón de Reichsmarks en 1937, 1,2 millones de Reichsmarks en 1938 y aproximadamente 1,3 millones de Reichsmarks en 1939.[320]

La fábrica de General Motors Opel en Rüsselsheim, que también sufrió pérdidas a principios de los años treinta, obtuvo resultados aún mejores gracias a los pedidos del régimen nazi. En 1938, la empresa registró un beneficio de 35 millones de Reichsmarks, casi 14 millones de dólares.[321] "La sucursal alemana de la firma estadounidense, que sólo unos años antes había sido un patito feo, se reveló finalmente como una gallina de los huevos de oro", escribe Henry Ashby Turner, el historiador estadounidense a quien General Motors pidió que supervisara "un proyecto de documentación sobre sus relaciones con el Tercer Reich", iniciado en 1999, que le llevó a escribir un libro sobre ese tema.[322] En 1939, en vísperas del estallido de la guerra, el presidente de General Motors, Alfred P. Sloan, justificó públicamente las actividades de su empresa en la Alemania de Hitler refiriéndose con orgullo a los elevados beneficios que General Motors obtenía allí.[323]

155

No es sorprendente que el programa de "motorización" del régimen de Hitler, un componente esencial de sus preparativos para la guerra, funcionara igualmente como una "gallina de los huevos de oro" para los competidores puramente alemanes de Opel y *Ford-Werke, como* BMW y Daimler-Benz. El volumen de negocio de BMW, importante fabricante de motores de aviación, pasó de 32,5 millones de marcos en 1933 a 280 millones en 1939 y a 750 millones en 1944. Además de un espectacular aumento de la producción, la

---

[320] *Research Findings*, pp. 35-36; Kümmel, pp. 121-33; de Grazia, p. 215; Reich (1990), pp. 109, 117, 247; Silverstein, pp. 11-16.
[321] Billstein et al., p. 24; Gassert (2004), p. 345; Lindner, p. 121; Kümmel, pp. 110 12.
[322] Turner (2005), p. 10. Comentario sobre Turner en Black (2009), pp. 123-24. Véase también el artículo de Fraunholz.
[323] Citado en Dobbs (1998b); véase también Black (2009), pp. 101-2; Gassert (2004), pp. 347-48.

rentabilidad de BMW también mejoró gracias a la compra en 1938, en condiciones muy ventajosas, de un competidor judío en el contexto de la arianización, la *Argus Motoren Gesellschaft*, y a la utilización durante la guerra de trabajadores forzados, entre ellos internos del campo de concentración de Dachau. Por su parte, Daimler-Benz, en aquel momento el tercer fabricante de automóviles de Alemania, que había sufrido pérdidas considerables en 1932, pasó a ser muy rentable tras la llegada de Hitler al poder. De 1937 a 1940, la empresa pudo obsequiar a sus accionistas con dividendos que ascendían al máximo permitido por la ley, a saber, el 7,5 por ciento. DaimlerBenz dejó prácticamente de producir grandes limusinas como la adquirida por Hitler, centrándose en cambio en la fabricación de tanques, camiones y motores de avión. Como en el caso de BMW, la rentabilidad aumentó aún más durante la guerra gracias al empleo de trabajadores forzados, prisioneros de guerra y reclusos de campos de concentración.[324]

Otra empresa estadounidense que prosperó en el Tercer Reich de Hitler fue IBM. Su filial alemana, Dehomag (*Deutsche Hollerith Maschinen Gesellschaft*), que ya se había establecido antes de la Primera Guerra Mundial, suministró a los nazis la tecnología de tarjetas perforadas, precursora del ordenador, que permitió automatizar la producción industrial. IBM ganó así mucho dinero. En 1933, el primer año de Hitler en el poder, Dehomag registró un beneficio de un millón de dólares, y en los años siguientes la empresa consiguió transferir aproximadamente 4,5 millones de dólares en dividendos a su sede corporativa estadounidense. En 1938, sus beneficios alcanzaron aproximadamente los 2,4 millones de Reichsmarks, escribe Edwin Black; en 1939, los beneficios siguieron aumentando, llegando al elevado nivel de casi 4 millones de Reichsmarks.[325]

156

ITT (International Telephone & Telegraph) fue igualmente emprendedora y rentable en el Tercer Reich de Hitler. En 1929, esta empresa había adquirido la mayoría de las acciones de algunos productores alemanes de equipos telefónicos y de radio, cuyo mejor ejemplo era C. Lorenz AG, competidor de Siemens. En agosto de 1933, el gran jefe de ITT, Sosthenes Behn, fue uno de los primeros industriales estadounidenses en presentar sus respetos a Hitler, en la estación alpina de Berchtesgaden. Posteriormente prestó un generoso apoyo financiero al NSDAP y se convirtió en amigo personal de Göring, en aquel momento zar económico de la Alemania nazi. También estableció estrechos vínculos con el banquero nazi Kurt von Schröder —que llegó a ser miembro del consejo de administración de SEG (*Standard Elektrizitäts-Gesellschaft AG*), otra inversión alemana de ITT—, con el Círculo Keppler e incluso con

[324] "BMW"; Pohl, Habeth y Brüninghaus, pp. 132 33, 182; Gaul, pp. 377 85.
[325] Black (2001), pp. 76-77, 86-87, 98, 119-21, 164-68, 222.

destacadas personalidades de la Gestapo como Walter Schellenberg. Las conexiones de Behn con toda una serie de peces gordos nazis resultaron extremadamente rentables, ya que le valieron a sus filiales alemanas un "estatus privilegiado como proveedor de material bélico para el régimen". Las filiales alemanas de ITT, incluida Lorenz, suministraban a los nazis todo tipo de teléfonos, radios y otros equipos de comunicaciones de gran valor militar. La Luftwaffe, en particular, resultó ser una fuente de "importantes contratos y subvenciones". No es seguro, pero sí posible, que la sofisticada tecnología suministrada por ITT permitiera a los nazis durante la guerra interceptar las comunicaciones telefónicas entre el departamento de Estado en Washington y las embajadas y consulados estadounidenses en Berna, Moscú y otros lugares.[326] (Behn también mantuvo excelentes contactos con el general Franco en España, y la afición de ITT por los fascistas se reflejaría más tarde en la estrecha colaboración de la empresa con el régimen de Pinochet en Chile. Behn no fue el único magnate estadounidense que apoyó tanto a Franco como a Hitler. Es posible que Franco no hubiera ganado la Guerra Civil española de 1936-39 contra el gobierno republicano elegido democráticamente sin los 12.000 camiones militares que le enviaron, a pesar del embargo oficial, desde Estados Unidos empresas como Ford, General Motors y Studebaker.)[327]

Las empresas estadounidenses sin sucursales en Alemania también pudieron obtener grandes beneficios gracias al programa de armamento de Hitler. Los preparativos de Hitler para la guerra hicieron necesaria la compra de cantidades gigantescas de petróleo, y gran parte de ese combustible fue suministrado por trusts petroleros estadounidenses. (A partir de 1933, Estados Unidos envió cantidades cada vez mayores de petróleo al Reich, y la proporción de productos petrolíferos en el volumen total de las importaciones alemanas procedentes de Estados Unidos aumentó del 7,2 al 28,8 por ciento —es decir, se cuadruplicó— entre 1933 y 1939).[328] La Texas Oil Company, por ejemplo, cuyo nombre cambiaría a Texaco en 1959, disfrutó de una bonanza de beneficios gracias a las entregas a la Alemania nazi. No es de extrañar que el presidente de la empresa, Torkild Rieber, se convirtiera en uno de los innumerables capitanes de la industria estadounidense que idolatraban a Hitler. Un miembro de los servicios secretos alemanes en Estados Unidos informó a Berlín de que Rieber era "absolutamente proalemán" y que era "un sincero admirador del Führer". Rieber también entabló una amistad personal con Göring.[329]

157

[326] Kümmel, pp. 226 33; Abramovici, pp. 1-2; Higham, pp. 94-95; Sutton, pp. 58-60, 98; von Hassell y MacRae, p. 224; Sobel (1982), p. 87; Doerries, pp. 295-96.
[327] Véase el artículo de Navarro.
[328] Véanse las estadísticas en Kümmel, p. 44.
[329] Jersak.

Ford producía para los nazis no sólo en la propia Alemania, sino también en Estados Unidos. Así, las piezas de los camiones se enviaban a Alemania para ser ensambladas en la *FordWerke* de Colonia. Los vehículos estuvieron listos justo a tiempo para ser utilizados por la Wehrmacht en la primavera de 1939 para la ocupación de la tropa checoslovaca, incluida Praga, que quedó tras la Conferencia de Munich del año anterior.[330] A finales de los años treinta, Ford también suministró a la Alemania nazi todo tipo de materias primas de importancia estratégica, a veces a través de sucursales en terceros países. Sólo en 1937, estos envíos supusieron aproximadamente 2 millones de libras de caucho y 130.000 libras de cobre. Debido a sus preparativos para una guerra motorizada, Alemania tenía un enorme apetito por el caucho. Standard Oil también ayudó a satisfacer ese apetito con, entre otras cosas, envíos de caucho sintético en 1939.[331] Que todo este petróleo, caucho, cobre, etc. no estaba destinado a fines pacíficos era algo de lo que los proveedores estadounidenses debían ser conscientes, pero no parecía molestarles en absoluto.

Además de materias primas estratégicas, las empresas estadounidenses también suministraban a Hitler productos acabados avanzados que, obviamente, eran muy útiles para hacer la guerra. Ya en abril de 1934, el agente comercial de la embajada estadounidense en Berlín informó de que empresas estadounidenses como Pratt & Whitney, Boeing y Sperry Gyroscope (más tarde conocida como Sperry Rand y, desde 1986, como Unisys) vendieron a Alemania "importantes cantidades de todo tipo de equipos de aviación", que claramente tenían un "potencial militar". Se trataba de "piezas de motor, cigüeñales, pilotos automáticos, brújulas giroscópicas y tecnología destinada a las defensas antiaéreas", entre otros equipos. El agente estimó que esto equivalía a material suficiente para ensamblar unos 100 aviones al mes, y para un total aproximado de 2.000 aviones; predijo que, por tanto, Alemania iba camino de tener a su disposición una fuerza aérea de unos 2.500 aviones a finales de 1935.[332]

158

Otra empresa estadounidense que ganó grandes sumas de dinero en Alemania fue National Cash Register (NCR), fabricante de cajas registradoras y máquinas similares. Su jefe, el coronel Edward A. Deeds, que también estaba vinculado al National City Bank, se jactaba ante el embajador estadounidense en Berlín de los magníficos negocios que estaba haciendo en el Reich, por ejemplo, vendiendo calculadoras a Krupp. El embajador, William E. Dodd, informó de que Deeds era "otro de los hombres ricos que merodean por los centros industriales europeos... y venden material de guerra con grandes

[330] Véase Finkel y Leibovitz, *The Hitler-Chamberlain Collusion*.
[331] *Research Findings*, pp. 24-28; Gassert (2004), pp. 348-49; Higham, p. 36.
[332] Etzold, pp. 78-79.

beneficios."[333]

Los empresarios estadounidenses que suministraban servicios, en lugar de bienes, también pudieron obtener grandes beneficios en la Alemania nazi. Ivy Ledbetter Lee, la "inventora" de las relaciones públicas modernas (en otras palabras, la producción de propaganda en nombre de empresas grandes y pequeñas cuya imagen pública necesita ser pulida), fue una de ellas. Lee ya había realizado un útil trabajo de este tipo para los Rockefeller, cuya Standard Oil era socia de IG Farben; parece ser que fue a través de esta conexión como Lee fue contratado para mejorar la imagen de ese trust alemán. Pasó mucho tiempo en la Alemania nazi, conoció personalmente a Hitler y se convirtió así en un "defensor" —o "agente de prensa"— no sólo de IG Farben, sino "del fascismo" en general, como escribió el embajador estadounidense en Alemania en uno de sus informes. Según el embajador, Lee recibió nada menos que 33.000 dólares por "vender" el régimen nazi al público estadounidense.[334]

Una de las razones por las que las grandes empresas y las altas finanzas alemanas habían llevado a Hitler al poder en 1933 era que esperaban que lanzara un programa de armamento a gran escala que les permitiera cosechar unos beneficios sin precedentes, y eso fue lo que ocurrió. Los propietarios y directivos de las corporaciones estadounidenses con filiales en Alemania contribuyeron financieramente al ascenso de Hitler al poder, y parece que también ellos estaban motivados, al menos en parte, por la perspectiva de lucrativos negocios en el contexto del rearme. Visto desde esta perspectiva, podemos entender la actitud del presidente estadounidense del BPI (Banco de Pagos Internacionales), en Basilea, Leon Fraser. Ya a finales de 1933, cerró los ojos ante el hecho de que Schacht había empezado a financiar el rearme de Hitler negándose a pagar las reparaciones. Fraser explicó que tenía confianza en Schacht y persuadió a los banqueros estadounidenses e internacionales para que dieran su bendición a los acuerdos financieros que hicieron posible que Hitler se preparara para la guerra. Posteriormente, el BPI siguió colaborando de forma extremadamente benévola con Schacht y, por tanto, con Hitler.[335]

159

Las empresas y los bancos estadounidenses ganaron mucho dinero en la Alemania de Hitler. Ésta, y no el supuesto carisma de Hitler, es la verdadera razón por la que los propietarios y directivos de estas empresas admiraban al dictador nazi. Por el contrario, Hitler y los demás peces gordos nazis estaban muy satisfechos con el rendimiento del capital estadounidense en Alemania en el marco de una economía centrada en la guerra. Tanto la cantidad como la calidad del material de guerra suministrado por las sucursales estadounidenses

[333] Dodd y Dodd, pp. 200-1, 283.
[334] Dodd y Dodd, pp. 74, 131; Sutton, pp. 30-31.
[335] Gossweiler, pp. 150-54; véase también el documental "Banking with Hitler".

en Alemania superaron las expectativas de los jefes nazis en Berlín. Hitler mostró personalmente su agradecimiento concediendo prestigiosos galardones a altos representantes de la industria estadounidense como Henry Ford, Thomas Watson de IBM y el director de exportaciones, supervisor de inversiones extranjeras y "ministro de asuntos exteriores" de General Motors, James D. Mooney.[336] Ford recibió su medalla el 30 de julio de 1938, con motivo de su septuagésimo quinto cumpleaños. Menos de un año después, el 20 de abril de 1939, en el cumpleaños de Hitler, Ford correspondió agasajando al Führer con una donación de 35.000 marcos del Reich.[337]

El régimen nazi no permitía que los beneficios obtenidos por las empresas extranjeras en Alemania fueran repatriados en beneficio de la sede central en Estados Unidos o en cualquier otra parte del mundo, al menos en teoría. En realidad, las empresas extranjeras podían eludir este embargo, y en algunos casos lo hicieron. La sede central de IBM en Nueva York, por ejemplo, facturaba regularmente a su filial alemana derechos de autor, intereses de préstamos y una lista relativamente larga de "gastos" diversos.[338] Tales prácticas, así como otras transacciones bizantinas entre la sede central estadounidense de la corporación y su filial, también minimizaban los beneficios declarados en Alemania y, por tanto, funcionaban simultáneamente como una estrategia para pagar menos a los recaudadores de impuestos nazis. Es muy poco probable que IBM fuera la única empresa estadounidense que ideó este tipo de estratagemas para eludir el embargo nazi sobre la repatriación de beneficios. (Los mismos tipos de "maniobras fiscales" destinadas a "camuflar la repatriación ... [de] beneficios [obtenidos por su sucursal en Alemania]" fueron realizadas por empresas suizas como Maggi).[339] Aun así, el embargo hizo que una gran parte de los beneficios obtenidos por las filiales alemanas se reinvirtieran en Alemania. Pero un factor más importante fue sin duda el hecho de que el Reich se perfilaba como una "tierra de posibilidades ilimitadas" para la inversión, ya que estaba experimentando un auge económico —un "boom armamentístico" (*Rüstungskonjunktur)*— mientras que la mayoría de los demás países, incluido Estados Unidos, seguían muy estancados en la Gran Depresión. La reinversión en Alemania podía consistir en la modernización de la infraestructura existente de una filial, la creación o adquisición de nuevas fábricas y la compra de bonos del Estado o bienes inmuebles.

160

IBM reinvirtió gran parte de sus enormes beneficios en una nueva fábrica

---

[336] Descripción de Mooney como "ministro de Asuntos Exteriores" en von Hassell y MacRae, p. 67.
[337] Silverstein; Wiegrefe.
[338] Black (2001), pp. 59 y ss., 76 y ss.
[339] Bourgeois, p. 48; Pavillon, "Maggi et le Troisième Reich".

erigida en el suburbio berlinés de Lichterfelde, en una ampliación de sus instalaciones principales en Sindelfingen, cerca de Stuttgart, y en la compra de inmuebles en Berlín. En estas circunstancias, el valor de las inversiones alemanas de IBM aumentó considerablemente. El valor neto de Dehomag, estimado en 7,7 millones de Reichsmarks en 1934, aumentó a casi el doble de esa cifra, aproximadamente 14 millones de Reichsmarks, en 1938. El valor total de *Ford-Werke* también se disparó en los años treinta, pasando de 25,8 millones de marcos en 1933 a 60,4 millones en 1939. General Motors invirtió los beneficios de Opel en la modernización de sus fábricas y en la compra de bonos del Estado. A finales de 1939, el valor de Opel se estimaba en 86,7 millones de dólares, 2,6 veces el valor original de las inversiones de General Motors en Alemania, 33,3 millones de dólares.[340] Bajo el mandato de Hitler, el valor total de las inversiones estadounidenses en Alemania ascendió a 450 millones de dólares en el momento del estallido de la guerra en 1939, y a 475 millones en el momento de la declaración de guerra alemana a Estados Unidos el 11 de diciembre de 1941, pocos días después del ataque japonés a Pearl Harbor. Ese año, Alemania estaba salpicada de 553 filiales, grandes y pequeñas, de empresas estadounidenses.[341]

[340] Black (2001), pp. 76-77, 86-87, 98, 119-21, 164-98, 222; *Research Findings*, p. 133; Turner (2005), p. 12; Kümmel, pp. 111 12.
[341] *Research Findings*, p. 6; Reich (2004), pp. 121, 123; Gassert (2004), p. 355.

CAPÍTULO 13
MEJOR HITLER QUE "ROSENFELD"

Hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial, la élite del poder estadounidense, formada casi exclusivamente por riquísimos industriales y banqueros, estaba bastante satisfecha con el funcionamiento del sistema político de su país. Este sistema, esencialmente una oligarquía disfrazada de democracia, les permitía mover la mayoría, si no todos, los hilos importantes en Washington. Y había hecho posible, mediante un cuasi genocidio de la población nativa, la conquista del "Salvaje Oeste", la opresión y explotación de los afroamericanos como mano de obra barata incluso después de la abolición de la esclavitud y, mediante una brutal política imperialista, la obtención de colonias y protectorados como Filipinas. Sin embargo, en la época de la Primera Guerra Mundial, durante la cual los industriales y banqueros estadounidenses ganaron enormes cantidades de dinero, empezaron a surgir graves problemas. Entre la población estadounidense surgió una gran oposición a esta guerra, y los capitalistas del país, antes ampliamente admirados como "capitanes de la industria", fueron a partir de entonces frecuentemente maldecidos como "especuladores de la guerra". Aún más importante, y preocupante, fue el hecho de que la Primera Guerra Mundial, que se suponía que había desterrado, de una vez por todas, el espectro de la revolución, desencadenó de hecho revoluciones en Rusia, Alemania y otros lugares, y envió ondas de choque al otro lado del Océano Atlántico. El éxito de la Revolución Rusa resonó entre las clases bajas de Estados Unidos y la gente corriente en general y, por el contrario, desencadenó un tipo de histeria contrarrevolucionaria (o "reaccionaria") entre la clase alta y los miembros de la élite económica y política del país. Las autoridades —incluido el presidente Wilson— reaccionaron con una brutal represión ante la aparición del real o imaginario "peligro rojo", lo que dio lugar a un episodio particularmente desagradable de la historia estadounidense conocido como el "Miedo Rojo". Sin embargo, esta represión no pudo impedir que siguieran existiendo, en el corazón de la libre empresa, un Partido Socialista y un Partido Comunista, que atrajeron a numerosos seguidores, especialmente tras el inicio de la Gran Depresión. Además, los trabajadores también acudieron en número creciente a los sindicatos, que se volvieron especialmente activos y organizaron una serie

de huelgas espectaculares.

162 De este modo, la élite del poder estadounidense fue incapaz de librarse de su miedo, no sólo a una revolución "roja", sino también a la posibilidad de que ciertas características de la "democracia oligárquica", como el sufragio universal, pudieran algún día producir resultados indeseables: menos oligarquía y más democracia, y quizás incluso ciertas formas de socialismo. En tales circunstancias, cada vez más capitanes de la industria y banqueros estadounidenses se convencieron, al igual que sus homólogos europeos, de que sus intereses podrían estar mejor servidos por un Estado autoritario gestionado por un hombre fuerte, es decir, por un sistema fascista. Ian Kershaw se equivoca cuando escribe que "en Estados Unidos [y en Gran Bretaña], las élites respaldaron el sistema democrático existente, y establecido desde hacía mucho tiempo, profundamente arraigado constitucionalmente, porque seguía sirviendo a sus intereses" — esto contrasta con Alemania donde, como escribe, "no pocos entre las élites del poder estaban esperando la oportunidad de descartar la democracia que tanto detestaban".[342] Con el inicio de la Gran Depresión, los industriales y banqueros estadounidenses empezaron a creer que un Estado autoritario no sólo era más capaz de eliminar el "peligro rojo" e imponer a los trabajadores la disciplina necesaria, sino también de conjurar una forma de resucitar la economía y restaurar la rentabilidad de sus empresas. También en lo que respecta a la dirección de la economía, el sistema oligárquico con su fachada democrática ya no parecía capaz de lograr lo que la élite esperaba de él.

163 En junio de 1934, el embajador de Estados Unidos en Berlín, William E. Dodd, escuchó un comentario típico mientras agasajaba a una delegación de diplomáticos, empresarios y profesores universitarios estadounidenses de visita en Alemania. (Es decir, se trataba de representantes bastante típicos del establishment estadounidense que tendían a admirar a hombres fuertes como Mussolini y Hitler y deseaban un sistema político autoritario en su propio país). "El diez por ciento de cualquier pueblo hace el dinero, dirige en todas las fases de la vida", explicó uno de los invitados al embajador, "y debería tener el control absoluto de los asuntos públicos". Si estos representantes de la élite estadounidense habían creído alguna vez en la democracia, o incluso en el sistema tradicional estadounidense de oligarquía cubierta por un fino barniz democrático, obviamente ya no era así; en adelante, anhelaban un sistema político directamente autoritario. Ese mismo año, Dodd recibió la visita del magnate de la prensa Frank Gannett, propietario de numerosos periódicos en el estado de Nueva York. Gannett le dijo al embajador que numerosos ricos de

[342] Kershaw (2000), pp. 317-18.

Estados Unidos estarían encantados de cambiar la democracia por un sistema fascista "con una especie de Hitler a la cabeza".[343] En 1937, el embajador Dodd tocó el tema de la actitud pro-Hitler de la élite industrial y financiera de Estados Unidos en una entrevista con el *New York Times;* ofreció este comentario:

> Una camarilla de industriales estadounidenses está empeñada en instaurar un Estado fascista que suplante a nuestro gobierno democrático y colabora estrechamente con el régimen fascista de Alemania e Italia. He tenido muchas oportunidades en mi puesto en Berlín de ser testigo de lo cerca que están algunas de nuestras familias gobernantes estadounidenses del régimen nazi. [344]

El problema clave de la gran crisis económica fue la insuficiencia de la demanda en comparación con la oferta. El Presidente Roosevelt intentó estimular la demanda mediante un enfoque keynesiano, centrado en el "lado de la demanda" y descrito a veces coloquialmente como "cebar la bomba", lo que significa que la economía del país recibía una especie de inyección que volvía a poner en marcha el motor. Este efecto debía lograrse mediante gigantescos proyectos patrocinados por el Estado, como la construcción de presas en el valle del río Tennessee. Esta política económica, caracterizada por una intervención estatal a gran escala en la vida económica —y acompañada de reformas sociales como la introducción de un salario mínimo y la limitación de la jornada laboral—, recibió el nombre de New Deal. El New Deal fue denunciado como un proyecto "socialista" por los defensores tradicionales de la libre empresa en Estados Unidos, entre ellos la inmensa mayoría de los industriales y banqueros del país, pero más tarde sería elogiado por numerosos historiadores como una forma racional, audaz y eficaz de combatir la depresión. En realidad, el New Deal de Roosevelt tenía poco o nada que ver con el socialismo, y no creó una solución a los problemas económicos. Pronto veremos que fue la guerra la que puso fin a la Gran Depresión en Estados Unidos.

164

Mientras millones de ciudadanos estadounidenses eran víctimas del desempleo y la pobreza durante los "sucios años treinta", grandes industriales como Henry Ford se centraban en otro problema, la decreciente rentabilidad de sus empresas. Además, la América corporativa se sentía cada vez más asediada por sindicalistas militantes y por todo tipo de socialistas, comunistas, anarquistas y otros radicales que eran tan numerosos en aquella época que los

---

[343] Dodd y Dodd, pp. 111, 195. El imperio mediático de Gannett sigue existiendo; su publicación más conocida es *USA Today*.

[344] Lederman; Abramovici, p. 3.

historiadores estadounidenses a veces se refieren a esa década como los "treinta rojos". Y los industriales y banqueros estadounidenses sin duda pensaban que Roosevelt era demasiado complaciente con estos peligrosos "rojos".

En Estados Unidos, empresas como General Motors y Ford sólo podían soñar con beneficios como los que se embolsaban sus filiales en Alemania bajo los auspicios de Hitler. Y sólo podían soñar con un líder político "fuerte" que pudiera librarles de los "rojos", como Hitler había hecho tan despiadadamente en Alemania. Desde el punto de vista de la élite estadounidense, Hitler no sólo parecía ser mucho mejor administrador de la economía nacional que el presidente Roosevelt, sino también un político mucho más sensible a las necesidades y deseos de los líderes del mundo empresarial. Por ejemplo, Alfred P. Sloan, presidente de General Motors, no ocultaba su desprecio por la democracia en general y por el New Deal de Roosevelt en particular, asociado como estaba a estrictas regulaciones, servicios sociales y una línea blanda hacia los sindicatos. Esto contrasta fuertemente con la forma en que expresaba su admiración por Hitler. En la primavera de 1934, es decir, cuando Hitler llevaba poco más de un año en el poder en Alemania y ya había conseguido eliminar los partidos obreros y los sindicatos, apareció el siguiente elogio a Hitler en *General Motors World*, una publicación periódica de General Motors:
165

> Hitler es un hombre fuerte, bien preparado para sacar al pueblo alemán de su antigua penuria económica... Los está guiando, no por la fuerza o el miedo, sino mediante una planificación inteligente y la ejecución de principios de gobierno fundamentalmente sólidos.[345]

Pero, ¿qué pensaban los líderes de las empresas americanas de la menos agradable

— y muy conocidos— de la personalidad de Hitler y de su régimen? ¿No les perturbaban su antisemitismo y su racismo? Desgraciadamente, la respuesta a esta pregunta es negativa. Los dirigentes de la industria y las finanzas estadounidenses eran casi sin excepción hombres blancos que, en su juventud, habían asimilado las ideas social-darwinistas y otras similares que eran típicas, e incluso estaban de moda, a finales del siglo XIX; al igual que Hitler, estaban firmemente convencidos de la superioridad de la raza "nórdica" y de la inferioridad de las personas "de color" como los chinos, los negros, los indios y todos los demás. El odio racial predicado por Hitler, en general, y su antisemitismo, en particular, no provocaron ninguna revulsión en la alta sociedad transatlántica. En los exclusivos clubes frecuentados por las altas

[345] Black (2009), pp. 101-2.

esferas de la industria y las finanzas, los judíos no eran admitidos, y los negros sólo eran visibles como personal de cocina, sirvientes o chóferes. Según Deborah Dwork, coautora de una historia del Holocausto, en 1930 el antisemitismo era

> ... mucho más visible y flagrante en Estados Unidos que en Alemania. Había más hoteles, clubes de campo y restaurantes que excluían a los judíos en Estados Unidos que en Alemania. En 1930, al atravesar el norte del estado de Nueva York, era habitual ver carteles que decían "Prohibidos judíos, negros y perros", mientras que en Alemania esos carteles no se veían por ninguna parte en 1930.[346]

Algunos de los principales industriales estadounidenses no ocultaban que ellos mismos eran antisemitas. En 1920, Henry Ford publicó un virulento panfleto antisemita titulado *El judío internacional.* Posteriormente se publicó en numerosos idiomas extranjeros. Hitler devoró la edición alemana, que salió de la imprenta en 1921; más tarde declaró que el libro de Ford le había proporcionado mucha inspiración y aliento, e hizo instalar un retrato de Ford en su despacho de la sede del partido en Munich, la llamada Casa Marrón. Otro magnate estadounidense que fue un notorio antisemita fue Irénée du Pont, a pesar de que su ascendencia incluía a varios judíos.[347]

166

El antisemitismo estadounidense à la Ford y du Pont tenía un gran parecido con el de Hitler, cuya visión del judaísmo estaba inseparablemente ligada a su visión del marxismo, como el historiador estadounidense Arno J. Mayer ha argumentado de forma tan convincente en su libro *Why Did the Heavens Not Darkenẓ* El mismo punto fue destacado por el famoso historiador alemán Fritz Fischer en un libro reflexivo que demuestra que el fenómeno de Hitler no fue un extraño accidente de la historia, *Hitler war kein Betriebsunfall.*[348] Hitler pretendía ser socialista, pero su socialismo era un socialismo "nacional", es decir, un socialismo para alemanes "puros", los llamados alemanes arios sin sangre judía u otra sangre supuestamente inferior en sus venas. En *Mein Kampf* se puede leer que el socialismo equivalía a "la forma más elevada de amor al pueblo y a la patria".[349] Hitler hablaba de socialismo, pero lo que tenía en mente, obviamente, no era el socialismo, sino el nacionalismo. Él y su movimiento fascista blandían la bandera del socialismo porque se daba cuenta

---

[346] Citado en Hansen.
[347] Higham, p. 162; Black (2009), p. 9; Losurdo (2006), pp. 219-20, 224-25 y (2007), p. 114 y ss.; "Braunes Haus".
[348] Véase Fischer (1998), pp. 174-81.
[349] Kühnl (1980), p. 119.

de que el ideal socialista de igualdad y solidaridad gozaba de un gran atractivo entre el pueblo alemán y, por tanto, era útil para atraer adeptos y cosechar votos.

> El socialismo auténtico, que predica la solidaridad de todos los trabajadores del mundo y se inspira en la obra de Karl Marx, era despreciado por Hitler como una ideología judía que pretendía esclavizar, o incluso exterminar, a los alemanes y a los arios en general. Los nazis consideraban el socialismo marxista, es decir, el socialismo "internacional", como la antítesis maligna e incluso criminal de su propio socialismo "nacional", un socialismo reservado exclusivamente a los alemanes de pedigrí ario. Para ellos, el socialismo internacional marxista no era más que una invención del "pueblo internacional", de la "judería internacional" o, por citar el título del libro de Henry Ford, del "judío internacional". En la mente de Hitler, escribe Fritz Fischer, hervía a fuego lento "un guiso de antisemitismo y antimarxismo".[350] El Führer despreciaba todas las formas de marxismo por ser "judías", pero no odiaba ninguna variedad de marxismo más que el comunismo, al que entonces todavía se denominaba generalmente bolchevismo. La razón era obvia: los bolcheviques no sólo habían hablado de una revolución socialista, sino que en 1917 habían hecho realmente la revolución, y esa revolución había triunfado y producido la Unión Soviética, el primer Estado socialista. (Podría decirse que la Comuna de París de 1871 también había sido una especie de estado socialista embrionario). En Alemania, en 1918-19, también se había producido una revolución, pero había sido ahogada en sangre por el ejército, aunque con la aprobación de los líderes del Partido Socialdemócrata, como Friedrich Ebert. Por lo que respecta a Hitler, según Fischer, "el judaísmo y el bolchevismo eran una misma cosa"; los bolcheviques eran todos judíos, pensaba, y su Estado soviético — "Rusia bajo dominación judía", como escribió en *Mein Kampf*— no era otra cosa que la sede del socialismo internacional "judío". Hitler y los demás dirigentes nazis pensaban que era necesario destruir a los judíos para destruir a los bolcheviques, que era necesario destruir a los bolcheviques para destruir a los judíos y que era necesario destruir la Unión Soviética para destruir a los judíos y a los bolcheviques.[351] En mayo de 1939, apareció lo siguiente en el infame semanario nazi *Der* StürmerEs absolutamente necesario organizar una expedición punitiva contra los judíos en Rusia. Una expedición punitiva

[350] Fischer (1998), p. 176.
[351] Véase también Kershaw (2000), pp. 245-47.

> que les infligirá el destino que merecen todos los asesinos y criminales: ¡la pena de muerte, la ejecución! Hay que matar a los judíos rusos, hay que exterminarlos. Entonces el mundo verá que el fin de los judíos significará también el fin del bolchevismo.[352]

168

El antisemitismo ya existía desde al menos mil años antes de que naciera Hitler y había florecido en vísperas de la Primera Guerra Mundial no sólo en Alemania, sino también en Francia (el caso Dreyfus) y en otros lugares. Sin embargo, después de 1918, tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa, el antisemitismo "alcanzó una nueva vida al injertarse en el miedo generalizado a la revolución de la izquierda", como ha escrito Peter Hayes.[353] Y tal temor afligió a las clases medias y, sobre todo, a las élites industriales y de otro tipo del mundo occidental a ambos lados del Atlántico. Tanto en Estados Unidos como en Europa, los antisemitas se convirtieron en antimarxistas, y los antimarxistas en antisemitas. Por lo tanto, no es de extrañar que, al igual que Hitler, Ford y muchos otros importantes industriales estadounidenses fueran fervientes apóstoles del mito del "judío bolchevique", del "judeo-bolchevismo".[354] Hitler, de hecho, simplemente regurgitó lo que Henry Ford había dicho sobre la Revolución Rusa, a saber, que su origen "no era político, sino racial", que equivalía a un complot judío. Según el jefe de las SS, Heinrich Himmler, estas ideas de Ford habían ejercido incluso una influencia "decisiva" sobre Hitler.[355] Arthur Rosenberg, después del propio Hitler el principal teórico de la ideología nazi, y Baldur von Schirach, el líder de las Juventudes Hitlerianas, fueron otros dos destacados nazis que se vieron muy influidos por la lectura del libro de Ford.

Ford no fue el único estadounidense que sirvió de fuente de inspiración a los nazis. El "racista científico" Lothrop Stoddard (1883-1950), por ejemplo, fue extremadamente influyente durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, no sólo en Estados Unidos, sino también en Alemania. En un libro publicado en 1920, *The Rising Tide of Color Against White World-Supremacy (La creciente marea de color contra la supremacía mundial blanca)*, del que pronto se publicó una traducción al alemán, difundió la teoría según la cual la supuesta superioridad natural —o "dada por Dios"— de la "raza nórdica" se veía amenazada por las masas de poblaciones inferiores "de color"

---

[352] Citado en Müller (2011a), p. 145.

[353] Hayes (1998), p. 4, en referencia a los estudios de Jerry Muller, autor de un libro sobre el capitalismo y los judíos.

[354] Sobre el "judeo-bolchevismo" en Estados Unidos y Gran Bretaña, véase el artículo "Bolchevismo judío".

[355] Losurdo (2006), p. 224 y ss.; Losurdo (2008), pp. 20-21; Fischer (1998), p. 176; Black (2009), pp. 1-15. Cita sobre el dominio judío (*Judenherrschaft)* de Kühnl (1980), pp. 115-16; cita de Ford de Losurdo (2006), p. 245, y (2007), pp. 115-16.

a las que describía como subhumanos o "infrahombres". Hitler, Rosenberg y sus secuaces adoptaron con entusiasmo no sólo esta teoría, sino también esta terminología, que dio lugar al infame término alemán *Untermensch(en). Sin* embargo, no fue tanto la *teoría* racista estadounidense sobre la superioridad de la raza blanca, sino más bien la *práctica* estadounidense de la supremacía blanca lo que influyó enormemente en Hitler. El dictador alemán no tenía más que elogios para la forma en que los estadounidenses de supuesto origen nórdico o ario habían establecido despiadadamente el dominio sobre todo un continente a expensas de los "pieles rojas" autóctonos, para la discriminación sistemática a la que habían sometido a los negros incluso después de la abolición de la esclavitud, para la prohibición (en numerosos estados) de los matrimonios interraciales, para las numerosas medidas "eugenésicas" que habían introducido, como la esterilización de todo tipo de personas "que pudieran convertirse en una carga para otros estadounidenses", por las políticas de inmigración que prohibían la inmigración "de color", por el desprecio que los estadounidenses blancos mostraban por los chinos y los judíos; en resumen, por la forma en que, al otro lado del océano, un *Herrenvolk* ("pueblo de señores") mostraba cómo se debía tratar a *los Untermenschen,* seres humanos inferiores, y mantener la propia raza "pura" y, por tanto, superior y predominante. Para Hitler, Estados Unidos era un ejemplo brillante que los alemanes "arios" debían emular y que, de hecho, emularían bajo su dirección. Esto, por supuesto, halagaba a los campeones estadounidenses de la "supremacía blanca", como Ford y Stoddard, que veían en Hitler a un astuto teutón con cuyas ideas y proyectos racistas simpatizaban espontáneamente.[356]

169 En la década de 1930, el antisemitismo de la América Corporativa se reveló como la otra cara de la moneda del antisocialismo, el antimarxismo y lo que se llamó "red-baiting", un odio a todo lo que fuera "rojo". La mayoría de los titanes del gran capital detestaban el New Deal de Roosevelt por considerarlo un proyecto "socialista", una forma nefasta de intervención estatal en la vida económica, inspirada y dirigida por los judíos, como preludio de la bolchevización de América. Los antisemitas de la elite industrial y financiera consideraban a Roosevelt un criptocomunista y una marioneta de los judíos, cuando no un judío él mismo. Acostumbraban a llamarle "Rosenfeld", dando a entender que era judío, y su Nuevo Trato fue denostado como el "Trato Judío".[357] Un trío de banqueros estadounidenses de visita en Alemania en junio de 1934 se quejó de forma similar al embajador estadounidense en Berlín, William E. Dodd, de que la administración Roosevelt estaba "cargada de

[356] Losurdo (2008), passim, y pp. 5, 10-13 con respecto a Stoddard; véase también Russell, pp. 266-68; "Untermensch".
[357] Baldwin, p. 279; Higham, p. 161.

judíos".[358]

El antisemitismo de Hitler no molestó lo más mínimo a los habitantes del mundo estadounidense de la industria y las finanzas. Al contrario, esperaban la llegada de un mesías fascista que estuviera dispuesto y fuera capaz de combatir despiadadamente todas las formas de socialismo marxista bajo la bandera del antisemitismo. Tal salvador libraría a la tierra de los "rojos", supuestamente de origen judío y/o de los judíos, supuestamente "rojos" por naturaleza, y resolvería así todos los problemas sociales y económicos. Sloan, presidente de General Motors, donó grandes sumas de dinero a todo tipo de organizaciones fascistas y cuasifascistas, entre ellas la Liga Americana de la Libertad y el Ku Klux Klan. [359]

170

Du Pont también proporcionó un generoso apoyo financiero a los movimientos fascistas "made in USA", incluida la infame Legión Negra, una rama paramilitar del Ku Klux Klan, particularmente activa en Ohio y Michigan y especializada en el asesinato de socialistas y comunistas. En 1933, du Pont y otros industriales se vieron incluso implicados en los planes de un golpe de Estado cuasi fascista en Washington, que pretendía sustituir a Roosevelt por una dictadura militar. Pero los planes se filtraron y el proyecto tuvo que cancelarse. El asunto se silenció posteriormente con la ayuda del propio Roosevelt, precisamente porque estaban implicadas muchas personalidades de alto nivel del mundo de la industria y las finanzas, así como destacados políticos y militares de alto rango.[360] En cualquier caso, Hitler era realmente admirado y elogiado por innumerables industriales y banqueros estadounidenses, no a pesar de su antisemitismo, sino a causa de él.

170

En consecuencia, no es de extrañar que las filiales alemanas de las empresas estadounidenses no tuvieran ningún problema en cumplir las políticas antisemitas de Hitler. A este respecto tampoco fueron decisivas las convicciones antisemitas de los gerentes o propietarios —no todos eran antisemitas fervientes como Ford—, sino la férrea ley capitalista que dictaba que había que maximizar los beneficios. De hecho, para obtener beneficios en la Alemania nazi, la sucursal de una empresa extranjera tenía que ser capaz de suministrar al Estado productos esenciales para el programa de armamento de Hitler. Para abastecer al Estado nazi, una empresa de propiedad extranjera tenía que ser reconocida como alemana. Para ser reconocida como empresa alemana por las autoridades nazis, una empresa tenía que estar "limpia de judíos" (*judenrein*), lo que significaba que no podía emplear a ningún judío. Y así, para

---

[358] Dodd y Dodd, p. 107.
[359] Black (2009), pp. 109-10.
[360] Hofer y Reginbogin, pp. 585-86; Higham, pp. 162-65; Schonbach, pp. 232-35; Ndiaye, pp. 118-22.

ser reconocidas como judenrein, las filiales alemanas de las empresas estadounidenses se deshacían de su personal judío, voluntariamente o en contra de su voluntad. La dirección de *Ford-Werke*, por ejemplo, se comprometió en 1936 a trabajar en adelante "sólo con personal ario-alemán".[361] La sucursal alemana de General Motors no sólo despidió a su personal judío, sino también a sus concesionarios judíos.[362]

171

Uno de los especialistas de la arianización era una personalidad que ya nos resultaba familiar, Wilhelm Keppler, del Círculo Keppler, la cábala de industriales y banqueros que se había esforzado por llevar a Hitler al poder. Keppler era director de Odin GmbH en Eberbach (Baden), una empresa que producía gelatina fotográfica. Eastman Kodak poseía la mitad de sus acciones, y esa conexión hizo que la inteligencia militar estadounidense conociera a Keppler como un "hombre Kodak". Pero Keppler también ayudó a otras numerosas filiales alemanas de empresas estadounidenses a deshacerse de su personal judío.[363] No se sabe con certeza si Keppler también prestó esa ayuda a ITT. Sin embargo, en las filiales de esa corporación todos los judíos fueron apartados de los puestos directivos, incluso cuando ellos mismos habían fundado esas filiales. El autor estadounidense que ha investigado las operaciones alemanas de ITT, Robert Sobel, añade que los jefes de ITT no hicieron ni más ni menos que lo que hicieron otros empresarios estadounidenses con filiales en Alemania.[364] Mencionemos una triste anécdota que también ilustra a lo que podía conducir la maximización de beneficios en la Alemania nazi. Cuando un competidor ario lanzó el rumor de que los propietarios de Coca-Cola GmbH eran judíos, Coca-Cola compró anuncios en *Der Stürmer, el* infame periódico antisemita del NSDAP, para desmentir públicamente esta patraña e insistir en la "pureza de su naturaleza".[365]

Es cierto que había aspectos del régimen de Hitler que molestaban a los propietarios y directivos de empresas y bancos estadounidenses. Como defensores de la libre empresa, estos empresarios se oponían en principio a que sus filiales en Alemania estuvieran estrictamente reguladas por las autoridades nazis en cuestiones como la repatriación de beneficios de Alemania a Estados Unidos. También les molestaba que sus filiales estuvieran a veces en desventaja con respecto a las empresas cien por cien alemanas, por ejemplo, en lo relativo a los pedidos y a la asignación de materias primas escasas como el caucho.[366] Además, las filiales alemanas eran acosadas ocasionalmente por dirigentes

[361] Schäfer, p. 207.
[362] Black (2009), p. 106.
[363] Zdral, p. 170; Gossweiler, pp. 507-8; Friedman; May.
[364] Sobel (1982), p. 92.
[365] Reymond, p. 300.
[366] Kolko (1962), p. 715; *Research Findings*, p. 17; Reich (2004), p. 114.

nazis locales o regionales — "pequeños Hitler", como los ha llamado el historiador Henry Ashby Turner— deseosos de inmiscuirse en sus asuntos. Sin embargo, tales iniciativas estaban generalmente destinadas al fracaso, porque filiales como Opel y *Ford-Werke* disfrutaban de excelentes relaciones con nazis de alto rango en Berlín, incluido el formidable Göring.[367] Al igual que sus homólogos alemanes, los propietarios y directivos de las empresas estadounidenses activas en Alemania apreciaban enormemente que el régimen nazi hiciera todo lo que estuviera en su mano —ejemplificado sobre todo por su eliminación del movimiento obrero y su grandioso programa de armamento— para que pudieran maximizar sus beneficios.

172

Pero no les gustaba que, inevitablemente o tal vez no, todo ello implicara una creciente regulación y otras formas de intervención del Estado en sus asuntos. Y esta dosis extra de "estatismo" (*dirigismo)* fue percibida por los empresarios de la época, como lo es hoy tanto por los empresarios como por numerosos historiadores, como una profanación de la sacrosanta "libre empresa" e incluso como una forma de "socialismo". (Ya sabemos que los industriales y banqueros de Estados Unidos se lamentaron de igual modo del llamado socialismo del New Deal del presidente Roosevelt). Tampoco les agradó que las políticas económicas del régimen nazi mostraran todo tipo de contradicciones, incompetencias, rivalidades, corrupción, nepotismo y otras formas de favoritismo. Esto ha llevado al historiador británico Richard J. Evans a atribuir al sistema económico del Tercer Reich una "pura irracionalidad" y a describirlo como un sistema que "desafiaba una fácil caracterización" porque no era ni capitalista ni socialista; se puede leer algo muy parecido en la biografía de Hitler escrita por Ian Kershaw.[368] Así pues, Evans y Kershaw intentan objetivamente disociar el nazismo del capitalismo y absolver a los capitalistas, tanto alemanes como internacionales, de su íntima (y rentable) colaboración con el régimen de Hitler. Sin embargo, el sistema económico nazi fue ciertamente "racional" en el sentido de que, desde el principio en 1933 hasta el final en 1945, funcionó *sistemáticamente* —aunque *de forma imperfecta,* lo que a menudo irritó a industriales y banqueros— a favor de las grandes empresas (y de los demás pilares de la élite alemana) y en detrimento de los trabajadores y de todos los demás "pequeños" alemanes.

Era evidente para todos que Hitler, que estaba armando furiosamente hasta los dientes al Reich alemán, iba a desencadenar una gran guerra tarde o temprano. Dentro de la élite industrial y financiera de Estados Unidos, tal vez algunas personas se preocuparon por esto al principio, pero estas pequeñas nubes oscuras de preocupación pronto dieron paso a un cielo azul brillante de

[367] Turner (2005), pp. 46-47, 81.
[368] Evans (2005), pp. 370-77, con citas de p. 371; Kershaw (2000), pp. 448-49.

optimismo y grandes expectativas. En el transcurso de la década de 1930, los conocedores del mundo internacional de los negocios y la diplomacia estaban cada vez más convencidos de que Hitler perdonaría a los países occidentales y optaría en su lugar por marchar contra la Unión Soviética y destruirla, una ambición que ya había revelado en *Mein Kampf,* donde había hecho hincapié en la necesidad de Alemania de conquistar "espacio vital" (*Lebensraum)* en los confines orientales de Europa.[369] Los señores de la industria y las finanzas estadounidenses —y de todos los países occidentales— odiaban a la Unión Soviética porque ese Estado comunista representaba un sistema alternativo indeseable al orden capitalista internacional y servía de fuente de inspiración y guía a los "rojos" de todas partes, incluido Estados Unidos. En Alemania, sin embargo, Hitler había demostrado cómo deshacerse de los comunistas. ¿No sería maravilloso que también pudiera librar al mundo entero de una vez por todas de la plaga comunista borrando de la faz de la tierra a la Unión Soviética, ese abominable nido de judíos y "rojos"? A los ojos de los numerosos industriales y banqueros estadounidenses que veían las cosas de ese modo, la determinación de Hitler de desencadenar una guerra contra la Unión Soviética no era en absoluto motivo de preocupación, sino más bien una razón más para admirar y apoyar al hombre. Y había otras razones para esperar esa guerra: al menos algunos magnates esperaban que la destrucción de la Unión Soviética permitiera recuperar algunas de las considerables inversiones que empresas estadounidenses como Singer habían hecho en el imperio del zar, inversiones que se habían perdido como consecuencia de la Revolución Rusa.[370]

173 Hitler parecía un poderoso Sigfrido, dispuesto y capaz de salir a matar al dragón del bolchevismo en su propia guarida. Animarle a hacerlo, y facilitárselo, era la función latente pero muy real de la llamada política de apaciguamiento aplicada por Londres y París y apoyada, aunque en su mayor parte discretamente, por Washington, como se ha descrito con gran detalle en un libro de Alvin Finkel y Clement Leibovitz, *The Chamberlain-Hitler Collusion.* Pero se trataba de una estrategia furtiva y tortuosa, cuyas verdaderas motivaciones no podían ser reveladas a las opiniones públicas británica y francesa. En esos países, como en Estados Unidos, la mayoría de la población era de hecho hostil a Hitler, y una minoría considerable simpatizaba con los soviéticos. El apaciguamiento fracasó estrepitosamente porque, a la larga, sus meandros hicieron que Hitler sospechara de las intenciones de los estadistas de Londres y París. Por ello, optó por un acuerdo con Stalin, quien, como era comprensible, desconfiaba cada vez más de las potencias occidentales desde que éstas no reaccionaron positivamente a sus ofertas de construir un frente

[369] Kühnl (1980), p. 115.
[370] Sobre Singer, véase el artículo de Potkina.

común contra la Alemania nazi. El acuerdo entre Hitler y Stalin no era una alianza, como lo presentan con demasiada frecuencia historiadores que deberían saberlo mejor,[371] sino un acuerdo temporal que proporcionó a ambas partes ventajas considerables, aunque obviamente sólo temporales. Hitler ya no tenía que preocuparse de tener que enfrentarse tanto a la Unión Soviética como al tándem franco-británico cuando entrara en guerra contra Polonia; después, cuando avanzara contra las potencias occidentales, no tendría que preocuparse de ser atacado en el este, que había sido el principal problema de Alemania en 1914. En cuanto a la Unión Soviética, ganó un tiempo precioso, así como espacio adicional, en forma de Polonia oriental, ambos extremadamente útiles para defenderse de una agresión nazi que llegaría tarde o temprano, como Moscú sabía muy bien. En un estudio reciente, un historiador militar alemán ha llegado a la conclusión de que el infame "pacto" supuso "una derrota estratégica" para Hitler, sobre todo porque su resultado fue que el inevitable ataque alemán a la Unión Soviética, que tendría lugar en junio de 1941, tendría que empezar desde unos trescientos kilómetros más al oeste.[372] De no haber sido así, los alemanes quizás habrían tomado Moscú en lugar de quedarse sin fuerzas, a principios de diciembre de 1941, a menos de cincuenta kilómetros de la capital soviética.

174

Así pues, el año 1939 no trajo la tan esperada y ansiada guerra entre Alemania y la Unión Soviética. En cambio, produjo un conflicto entre Alemania y el dúo franco-británico y, por supuesto, Polonia, el país cuya disputa con Alemania por Danzig (Gdansk) había proporcionado el *casus belli*. Sin embargo, eso no significaba que el sueño de una cruzada de la Alemania nazi contra la Unión Soviética comunista en beneficio del Occidente capitalista se hubiera esfumado. Los apaciguadores que seguían en el poder en Londres y París se limitaron a librar una "guerra falsa" contra Alemania, con la clara esperanza de que Hitler acabara rápidamente con el molesto asunto polaco para poder centrar entonces su atención en la Unión Soviética. Tales fueron las consideraciones que llevaron a la misión casi oficial a Londres y Berlín emprendida en mayo de 1940 por el director de exportaciones de General Motors, James D. Mooney. Al igual que el embajador estadounidense en Londres, el padre de John F. Kennedy, Joseph Kennedy, que tenía conexiones con RCA, una corporación con importantes inversiones en Alemania,[373] Mooney hizo todo lo posible para persuadir a los líderes alemanes y británicos

---

[371] Véase, por ejemplo, Evans (2005), p. 693. Para una deconstrucción exhaustiva de esta afirmación, centrada en el libro de Timothy Snyder, *Bloodlands,* véase Furr, capítulos 7 y 8.

[372] Müller (2011a), pp. 163-64. Véase también el excelente estudio de Lieven Soete sobre el Pacto germano-soviético, lamentablemente disponible solo en neerlandés.

[373] Sobel (1986), p. 105

de que resolvieran cuanto antes su inconveniente desacuerdo, para que Hitler pudiera concentrar su atención en asuntos mucho más importantes: la destrucción del Estado soviético.[374]

Los propietarios y directivos de las empresas estadounidenses con filiales en Alemania lamentaron sin duda que la guerra desatada en Europa por Hitler en 1939 resultara ser una guerra contra Polonia y contra las potencias occidentales. Sin embargo, a fin de cuentas esto no era tan importante. Lo importante era lo siguiente: ayudar a Hitler a prepararse para la guerra había sido excelente para los negocios, y ahora la guerra abría todo tipo de perspectivas para una maximización de beneficios aún más extravagante. Cuando los panzers alemanes cruzaron finalmente la frontera polaca el 1 de septiembre de 1939, la Bolsa de Nueva York reaccionó con entusiasmo y registró sus mayores ganancias en dos años. "Los inversores estadounidenses", escribe Ron Chernow, autor de un estudio sobre el banco J.P. Morgan, "no se engañaron en cuanto a quién se beneficiaría del conflicto y previeron un auge económico".[375]

[374] Billstein et al., pp. 37-44; Völklein, pp. 81-88; Turner (2005), p. 104 y ss.; Gassert (2004), pp. 350 51; Kümmel, pp. 115 18.
[375] Chernow, p. 441; "NYSE Statistics Archive".

176

CAPÍTULO 14
GUERRA RELÁMPAGO "MADE IN USA"

Los éxitos militares de Alemania en 1939 y 1940 fueron posibles gracias a una nueva forma de guerra extremadamente móvil, la famosa *Blitzkrieg*, "guerra relámpago", consistente en ataques por tierra y aire extraordinariamente rápidos y perfectamente sincronizados. Para librar esa "guerra relámpago", Hitler necesitaba motores, tanques, camiones, aviones, combustible, aceite de motor, caucho y, por último pero no menos importante, sistemas de comunicación avanzados que permitieran a los Stukas atacar al mismo tiempo que los panzers. Una parte considerable de este tipo de equipamiento fue suministrado por empresas estadounidenses, y sin esa ayuda estadounidense, en 1939 y 1940, los años de sus grandes triunfos, el dictador alemán sólo habría podido soñar con *Blitzkriege, "*guerras relámpago", y las consiguientes *Blitzsiege*, "victorias relámpago".

Muchas de las ruedas y alas alemanas se fabricaban en las filiales alemanas de General Motors y Ford. A finales de los años treinta, estas empresas habían abandonado la producción de bienes no militares para dedicarse exclusivamente a la fabricación de material bélico destinado a las fuerzas armadas. Es cierto que las autoridades nazis habían insistido en este cambio, como sostienen quienes defienden a las empresas estadounidenses, pero también es cierto que las sedes centrales de las empresas en Estados Unidos habían deseado ese cambio de rumbo y se apresuraron a aprobar esta iniciativa propuesta por las autoridades nazis.

177

La *Ford-Werke de Colonia* pasó a producir camiones y los tipos de motores y piezas que figuraban en la larga lista de deseos de la Wehrmacht. Entre el otoño de 1939 y principios de 1945, la filial de Ford en Colonia produciría aproximadamente noventa mil camiones y otros vehículos para el ejército y la SBa finales de los años treinta, la filial alemana de General Motors también se había pasado a la producción exclusiva de material bélico. Una flamante fábrica de Opel, construida por General Motors en 1935 en Brandenburgo, cerca de Berlín, no fabricaba otra cosa que camiones de tres toneladas de un modelo llamado *Blitz* ("Relámpago"), destinados a la Wehrmacht, la Luftwaffe y las SS. Este vehículo ha sido descrito como el medio de transporte por excelencia

de las tropas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial. Sólo en 1938, se ensamblaron 6.000 camiones en Brandenburgo, en la que tenía fama de ser la fábrica de camiones más moderna del mundo; al final de la guerra, en 1945, Opel había producido un total de 130.000 camiones en esa planta. En cambio, la fábrica Opel de General Motors en Rüsselsheim producía sobre todo para la Luftwaffe. Se centraba en la construcción de aviones como el JU-88, el caballo de batalla de la flota alemana de bombarderos, pero también se fabricaban allí otros equipos militares, como piezas para los torpedos que necesitaban los submarinos de la marina alemana para hundir barcos aliados.[376] Con no menos de noventa y seis líneas de montaje, con una longitud total de doce kilómetros, la fábrica de Opel en Rüsselsheim estaba perfectamente equipada para la producción en serie de cualquier tipo de equipamiento. Sin embargo, a partir de finales de los años treinta, sólo se producía material bélico.[377] El paso de Opel a la producción exclusivamente militar había sido solicitado activamente por los jefes de Opel en Alemania y de General Motors en Estados Unidos, y todos acogieron con entusiasmo el cambio de rumbo. Se esperaban mayores beneficios, y de hecho los habría. Al parecer, la producción de material militar generaba unos beneficios al menos un 40% superiores a los de la producción civil.[378] Juntas, Opel y *Ford-Werke* iban a suministrar el 90% de los camiones ligeros y el 70% de los pesados que necesitaba la Wehrmacht para infligir su guerra motorizada *de tipo Blitzkrieg* en Polonia, los Países Bajos, Francia, la Unión Soviética y otras víctimas.[379]

Al igual que las propias empresas alemanas, las filiales de las corporaciones estadounidenses no se vieron obligadas a zambullirse en la ciertamente tentadora piscina del negocio armamentístico. En la Alemania nazi, el sector privado seguía disponiendo de otras oportunidades de inversión, como ha subrayado el historiador Jonas Scherner. Sin embargo, en el contexto de la gran crisis económica, las alternativas eran mucho menos atractivas, y la lógica del sistema capitalista exige invertir donde se puedan obtener los mayores beneficios. Y con el fin de maximizar los beneficios, todo el mundo sabía que ningún negocio podía rivalizar con la producción de las armas y otros equipos que Hitler necesitaba para hacer la guerra. (Parece ser por la misma razón que Alemania exportó relativamente poco capital de inversión durante los años treinta: las inversiones en el negocio del armamento en la propia Alemania eran

[376] Billstein et al., p. 25; Neliba, passim; Bauer, Fritze, Geschke, Hesse y Silz, pp. 128— 38; Black (2009), pp. 104-5; Kugler (1997a), pp. 35-38, 40 y ss., y (1997b), pp. 69-92; Helms, p. 113; Turner (2005), pp. 41 y ss., 92-99.
[377] Gassert (1999).
[378] Black (2009), p. 104. Según Gassert (2004), p. 349, *Ford-Yerke* y Opel ya fabricaban camiones para la Wehrmacht en la década de 1930, pero sólo empezaron a producir motores de avión y otros equipos puramente militares tras el comienzo de la guerra en 1939.
[379] Herbst, p. 74.

simplemente mucho más atractivas).[380]

178 ITT también ayudó a Hitler a librar su *Blitzkrieg*. En 1938, una de sus filiales alemanas, Lorenz, invirtió parte de sus activos en cerca del 25% de las acciones del fabricante de aviones Focke-Wulf, con sede en Bremen; Lorenz también controlaba el 50% de Huth & Co. GmbH de Berlín, una empresa que producía radios y radares para la Luftwaffe. ITT contribuyó así a la construcción de aviones de combate de gran calidad, como el FW 190, que permitiría a los alemanes derribar innumerables bombarderos y otros aviones aliados.[381] Otra empresa estadounidense que ayudó a la *Blitzkrieg* fue Bendix Aviation, de la que General Motors poseía una importante cartera de acciones. A través de empresas asociadas alemanas como Askania, Siemens & Halske AG y Robert Bosch, Bendix suministró a los nazis tecnología aeronáutica avanzada, incluidos pilotos automáticos, y fue muy bien pagada por ello.[382] Para poder construir todos estos Focke-Wulfs, Stukas y otros aviones, los nazis necesitaban aluminio, mucho aluminio. El hecho de que los alemanes dispusieran de una "reserva ilimitada" de este material estratégico fue en gran parte obra de otra empresa estadounidense con filiales en el Tercer Reich, Alcoa, que también tenía relación con IG Farben.[383] (Pero, como hemos visto antes, la empresa suiza *Aluminium Industrie* también suministró grandes cantidades de este material estratégico a la Alemania nazi).

Por supuesto, se puede argumentar que las sucursales alemanas de las empresas estadounidenses no tenían más remedio que trabajar así para el régimen nazi. Este argumento fue esgrimido por Simon Reich, por poner un ejemplo. Reich era un historiador "contratado", es decir, pagado, por Ford, para examinar el papel desempeñado por esta empresa en el Tercer Reich, y para interpretar los resultados, de forma benévola, por supuesto. Henry Ashby Turner, un historiador conocido por ser indulgente con las grandes empresas, prestó el mismo tipo de servicio a instancias de General Motors. Su argumento — "¡nuestros clientes no tenían elección!" — es sin duda convincente, pero desvía la atención de un problema que evitan cuidadosamente mencionar: los directivos de las filiales alemanas, y con demasiada frecuencia también los propietarios y directivos de las sedes corporativas en Estados Unidos, no tenían por qué verse obligados en absoluto, sino que, por el contrario, estaban encantados de colaborar con un régimen que estaba claramente empeñado en desencadenar una guerra terrible. La mayoría de estos empresarios estadounidenses no eran sádicos, sino hombres que amaban a sus esposas e

[380] Scherner (2006), pp. 29, 33-34, y (2008), p. 283; Puchert, p. 364.
[381] Higham, pp. 93-95; Abramovici, p. 2; Kümmel, p. 233.
[382] Kahn, pp. 86-87; Etzold, p. 79; Kolko (1962), p. 726; Sutton, p. 20.
[383] Kolko (1962), p. 726; Davis.

hijos, respetaban la ley e incluso iban a la iglesia los domingos. Su disposición, e incluso su deseo, de colaborar con el régimen nazi no debe explicarse en términos psicológicos, sino que tenía todo que ver con la lógica del sistema capitalista: suministrar armas al ejército alemán era infinitamente más rentable que producir bienes civiles, como reconoce Henry Ashby Turner en su libro, refiriéndose al caso de Opel.[384]

179

Sin la ayuda estadounidense, la Alemania nazi nunca habría podido producir los tanques, aviones y camiones que necesitaba para librar la guerra deseada por Hitler, y por los capitalistas alemanes. Sin embargo, librar una "guerra relámpago", caracterizada por la movilidad y la velocidad, también requería ciertas materias primas, sobre todo caucho y petróleo. Estas materias primas estratégicas no estaban disponibles en Alemania, y Alemania no tenía colonias donde pudieran haber estado disponibles. También en este aspecto, las corporaciones estadounidenses se apresuraron a resolver el problema de Hitler, y en este caso no se puede argumentar que las empresas implicadas fueran coaccionadas a colaborar. La marina alemana, por ejemplo, recibió el petróleo que necesitaba de un magnate del petróleo de Texas, William Rhodes Davis. Göring le agradeció personalmente sus servicios cuando visitó Berlín en octubre de 1939.[385] Texaco también ayudó; esa empresa colaboró en la creación, antes de la guerra, de gigantescas reservas de combustible. Tras el estallido de la guerra, en septiembre de 1939, cantidades colosales de petróleo, aceite de motor y otros productos derivados del petróleo fueron enviados a Alemania, no sólo por Texaco, sino también por Standard Oil. Esto se hizo principalmente a través de los puertos de la España neutral. En los años treinta, Standard Oil había ayudado a IG Farben a fabricar combustible sintético como alternativa al petróleo que Alemania necesitaba importar en enormes cantidades.[386] Albert Speer, arquitecto de Hitler y más tarde su ministro de Armamento, explicó después de la guerra que Hitler "nunca habría podido imaginar atacar Polonia si no hubiera dispuesto de ciertos tipos de combustible sintético que había obtenido gracias a empresas estadounidenses".[387] Los Focke-Wulf ensamblados por ITT, así como otros cazas alemanes, no habrían podido alcanzar su gran velocidad sin un ingrediente de su combustible conocido como tetraetilo sintético. Este componente mágico era producido por una empresa llamada Ethyl GmbH, filial de un trío formado por Standard Oil,

---

[384] Turner (2005), p. 42.

[385] Higham, pp. 63-70; Jersak; Wallace, p. 257; con respecto al apoyo prestado por empresas estadounidenses a Franco en España, véase el artículo de Krales.

[386] Völklein, p. 65 y ss.; Hofer y Reginbogin, pp. 588-89; *IG Farben: Von Anilin* ..., p. 51. Según Stokes, p. 255, en 1936, por ejemplo, Alemania necesitó importar casi el 70% del combustible líquido que necesitaba el país, es decir, 5 millones de toneladas.

[387] Citado en Dobbs (1998a).

su socio alemán, IG Farben, y General Motors. En documentos alemanes recuperados después de la guerra, los investigadores militares estadounidenses pudieron leer que "sin el tetraetilo, nuestra forma de guerra [*Blitzkrieg]* habría sido impensable."[388]

180

Ya hemos visto que las corporaciones alemanas competían sin piedad por los mejores puestos en el abrevadero de los lucrativos pedidos de armamento del Estado nazi. Las empresas estadounidenses también compitieron, a veces sin piedad, por el privilegio de suministrar productos militares y de otro tipo al régimen nazi. Un buen ejemplo es el caso del petróleo enviado por William Rhodes Davis de México a Alemania. La Standard Oil trató de arruinar este negocio de su competidor persuadiendo al gobierno estadounidense para que introdujera un embargo sobre el petróleo mexicano, alegando el hecho de que México había nacionalizado su industria petrolera en detrimento de ciertas corporaciones estadounidenses; era precisamente este petróleo "nacionalizado" el que Davis exportaba a Alemania. Sin embargo, a causa de este embargo, la demanda internacional de petróleo mexicano disminuyó, así como su precio. El resultado fue que la Alemania nazi compró aún más petróleo a Davis, y lo hizo a precios excepcionalmente bajos. Para gran disgusto de Standard Oil, Davis siguió haciendo así excelentes negocios con los nazis. Y como exportaba petróleo crudo desde México, ganó aún más dinero refinándolo en su propia filial alemana, *Eurotank Handelsgesellschaft*, situada en Hamburgo y especializada en la producción del combustible de alto octanaje que necesitaban los cazas y bombarderos de la Luftwaffe. Fred Koch, fundador de la empresa Koch Industries y padre de los famosos industriales multimillonarios de derechas Charles y David Koch, colaboró supuestamente con Davis en la construcción de esta instalación.[389]

La "guerra relámpago" se caracterizaba por ataques perfectamente sincronizados por tierra y aire, lo que requería sistemas de comunicación avanzados. La filial alemana de ITT suministró la mayor parte de estos equipos, mientras que IBM, a través de su filial alemana Dehomag, proporcionó otras tecnologías de vanguardia útiles para la *guerra relámpago*. Según Edwin Black, los conocimientos técnicos suministrados por IBM permitieron a la maquinaria de guerra nazi funcionar con extrema eficacia.[390] También cabe mencionar que gran parte de las ametralladoras utilizadas por la Wehrmacht y la Luftwaffe fueron fabricadas en la ciudad de Wittenberg por la filial alemana

---

[388] Kahn, pp. 86-87; Hofer y Reginbogin, p. 589; von Hassell y MacRae, p. 223; Sutton, pp. 53-54; Tooze (2006), p. 128; Jeffreys, pp. 196-99; Becker, p. 4; cita de Black (2009), pp. 107-8.

[389] Harrington, pp. 53-83, y los artículos de Cush y Walker, que hacen referencia a un libro de Jane Mayer, *Dark Money: The Hidden History of the Billionaires behind the Rise of the Radical Right*.

[390] Black (2001), pp. 207-8.

de Singer, una empresa estadounidense más conocida por producir máquinas de coser pacíficas. [391]

181

Hacer negocios con Hitler podía justificarse fácilmente. Se podría hacer referencia al hecho de que Estados Unidos era un país neutral y que otros países neutrales —Suecia, Suiza y Portugal, por ejemplo— también estaban implicados en lucrativos negocios con la Alemania nazi. Además, cualquier estudiante de gestión empresarial sabe que las sucursales deben comportarse como buenos "ciudadanos corporativos" del país anfitrión: si el país anfitrión entra en guerra, es normal que la sucursal le ayude a ganarla. Otro argumento que se oye a menudo es que los empresarios producen y venden bienes, pero no pueden responsabilizarse del uso que el cliente vaya a dar a esos bienes. En respuesta a una pregunta sobre las actividades de su filial en la Alemania nazi, un representante de Dow Chemical Company contestó: "No nos preguntamos qué pasa con los bienes que producimos; lo único que nos interesa es venderlos".[392]

En 1939 y 1940, los nazis utilizaron el material producido por las filiales alemanas de empresas estadounidenses para invadir prácticamente todo el continente europeo. La élite industrial estadounidense no perdió el sueño por ello. Su experiencia en Alemania había demostrado que se podían hacer excelentes negocios con Hitler; por lo tanto, era razonable esperar que, bajo los auspicios de los nazis, se pudieran hacer excelentes negocios en la Europa ocupada por los nazis en el futuro. El director general de Texaco, Torkild Rieber, dejó claro en la primavera de 1940 que preveía que las victorias alemanas crearían oportunidades aún mayores para los negocios [estadounidenses].[393] Aludiendo al caso de Thomas Watson, el gran jefe de IBM, Edwin Black ilustra el optimismo generado por el estallido de la guerra —y la perspectiva de las victorias alemanas— en las oficinas centrales de las corporaciones estadounidenses: "Como muchos [otros hombres de negocios estadounidenses]", escribe Black, "él [Watson] esperaba plenamente que Alemania pisoteara toda Europa, creando un nuevo orden económico, en el que IBM dominaría el dominio de los datos."[394] Con respecto al magnate tejano del petróleo William Rhodes Davis, su biógrafo escribe que se embriagó con la perspectiva de una victoria nazi que le permitiría dominar totalmente el comercio mundial del petróleo.[395] Tal optimismo estaba absolutamente justificado. Aprovechando la aparente invencibilidad de la Wehrmacht,

---

[391] **"Das Nähmaschinenwerk ..."**

[392] Citado en Kolko (1962), p. 726; una declaración similar de Alfred P. Sloan, de General Motors, se cita en Turner (2005), p. 27.

[393] Whiting, p. 44.

[394] Black (2001), p. 212.

[395] Harrington, p. 135.

algunas filiales alemanas de empresas estadounidenses se trasladaron a los países ocupados para hacer lucrativos negocios. Dos ejemplos son la planta embotelladora de Coca-Cola en Essen y la de *Ford-Werke* en Colonia.

182

Tras los éxitos de la Wehrmacht en 1939 y 1940, Max Keith, el jefe de Coca-Cola GmbH, la filial alemana de Coca-Cola, recibió autorización de las autoridades nazis (y de la central en Estados Unidos) para hacerse con las filiales hermanas en Francia, los Países Bajos y Noruega, y conquistar los mercados de refrescos de esos países.[396] El 13 de junio de 1940, Robert Schmidt, gerente de *Ford-Werke*, adquirió el control de las filiales de Ford en Bélgica y los Países Bajos, y un poco más tarde se hizo cargo también de la dirección de Ford en Francia. Las filiales belga, neerlandesa y francesa se integraron así en la economía nazi y en adelante fabricaron vehículos para la Wehrmacht. Sin embargo, la producción de Ford en los Países Bajos y Francia se dirigía desde Colonia, y la *Ford-Werke* siempre gozó de prioridad. Ford-France se vio obligada a pagar elevados salarios al personal enviado desde Colonia y, a la inversa, a vender piezas a sus sucursales hermanas a precios muy bajos, lo que permitió a *Ford-Werke* aumentar sus beneficios. (Sin embargo, esto no impidió que la sucursal francesa de Ford, al igual que los fabricantes de automóviles franceses en general, obtuvieran "beneficios considerables" produciendo para los alemanes). Además, gran parte de la maquinaria de Ford en Bélgica y Holanda fue desmantelada y trasladada a Colonia. Y Ford-Suiza, hasta entonces bajo el ala de Ford-Bélgica, se transformó en "vasalla" de *Ford-Werke;* la filial suiza pasó así también a producir (y reparar) camiones para el ejército alemán.[397]

Los propietarios y gerentes de empresas estadounidenses con sucursales en la Alemania nazi no experimentaban ningún sentimiento de culpa por su contribución a los triunfos de Hitler. Por el contrario, se sentían orgullosos porque, en cierto modo, sus victorias eran también las suyas. Y así, cuando los nazis celebraron sus triunfos, General Motors, Ford, IBM y el resto lo celebraron con ellos. El 26 de junio de 1940, cuando una delegación comercial alemana encabezada por Gerhard Westrick —el abogado que representaba a Ford, General Motors, General Electric, ITT, Standard Oil y otras empresas estadounidenses en Alemania— organizó una cena en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York para celebrar las victorias de la Wehrmacht en Europa Occidental, numerosos industriales estadounidenses de primera fila engalanaron el acto con su presencia. Uno de ellos era James D. Mooney, ejecutivo de General Motors encargado de las inversiones extranjeras. Cinco días después, las victorias alemanas volvieron a ser festejadas, esta vez en una

[396] Reymond, pp. 295, 308; Jones y Ritzmann.
[397] Grosbois, pp. 201-3; Lacroix-Riz (2013), pp. 131-32, 152; Imlay, p. 179.

fiesta ofrecida por Rieber, consejero delegado de Texaco y gran amigo de los fascistas alemanes y de otros países. Entre los invitados había pesos pesados de la industria estadounidense, como Edsel, hijo de Henry Ford, y ejecutivos de Eastman Kodak.[398]

183

Los industriales aquí mencionados no constituían excepciones a una hipotética regla general que estipulara que los industriales (y banqueros) estadounidenses siempre han sido partidarios de la democracia. Al contrario, la gran mayoría de los capitalistas estadounidenses admiraban realmente el fascismo y, por tanto, habían celebrado sus triunfos, no sólo en Italia y en Alemania, sino también en España. Y la derrota de países democráticos como Francia no les molestó lo más mínimo. Típico de esta actitud fue el comentario, ofrecido con un atisbo de satisfacción, en junio de 1940 por Alfred P. Sloan, de General Motors: "Las democracias del mundo", afirmó, "están malditas con un liderazgo poco inteligente, de hecho, estúpido, estrecho de miras y egoísta". Concluyó que era natural que las democracias tuvieran que "plegarse" cuando surgió un sistema alternativo, con líderes fuertes, inteligentes, agresivos y dispuestos y capaces de hacer que la gente trabajara más y durante más tiempo. Y de hecho, observó, ahora parecía que las democracias estaban fuera de la carrera.[399]

El caso de los industriales estadounidenses y su afecto por el nazismo y otras variedades de fascismo es uno de los muchos hechos históricos que falsifican la teoría, aún ampliamente aceptada y promovida, de que el sistema socioeconómico capitalista —a menudo eufemizado como "sistema de libre mercado"— prefiere los sistemas democráticos como socios políticos.

El año 1940 fue excepcionalmente bueno para las empresas estadounidenses. Sus filiales alemanas disfrutaron de la gloria y, aún más, de los beneficios que hicieron posibles los triunfos de Hitler; y el conflicto en Europa abrió nuevas oportunidades para maximizar los beneficios. Los propios Estados Unidos aceleraron ahora sus preparativos para la guerra, y las empresas se vieron inundadas por una avalancha de pedidos estatales de camiones, tanques, aviones y otros bienes. Esto "cebó la bomba" de la demanda económica, mucho más de lo que lo había hecho el New Deal, y sirvió así como un poderoso estímulo keynesiano para la economía. Fue en este contexto en el que la Gran Depresión llegó por fin a su fin en Estados Unidos. La producción y la rentabilidad recibirían un estímulo adicional con la introducción por el presidente Roosevelt del "Lend-Lease", un sistema de créditos que permitía a Gran Bretaña encargar todo tipo de material bélico en Estados Unidos en las condiciones más favorables para las empresas implicadas en este negocio. A

[398] Higham, pp. 97, 171; Cray, p. 315; Sampson (1975), p. 82; Whiting, pp. 43-44.
[399] Black (2009), p. 115.

partir de entonces, la industria estadounidense pudo suministrar todo tipo de material bélico a Gran Bretaña, permitiéndole continuar la guerra contra Hitler incluso después de la derrota de su aliado francés.

184

El suministro a los británicos en guerra se reveló como una cornucopia de beneficios para las corporaciones y bancos estadounidenses, tanto más cuanto que en muchos casos cobraban precios muy elevados y facturaban más de una vez algunas entregas. Gran Bretaña cargó así con una deuda colosal que no se saldaría en su totalidad hasta el 29 de diciembre de 2006.[400] Una condición asociada a LendLease era que los británicos se desprendieran de sus activos en Estados Unidos para demostrar que su país no tenía más opciones que pedir esa ayuda estadounidense. En pocos días, la American Viscose Company, filial estadounidense del trust textil británico British Courtauld, fue así vendida a compradores estadounidenses por apenas 54 millones de dólares, mientras que su valor real se estimaba en 128 millones. (Esta "americanización" se parecía obviamente a las arianizaciones nazis antes mencionadas). Los intermediarios implicados en esta venta, un grupo que incluía a los bancos J.P. Morgan y Dillon, Read & Co., recibieron 62 millones de dólares y, por tanto, obtuvieron un beneficio de 8 millones. Por esta forma legal de extorsión, el fideicomiso Courtauld iba a ser reembolsado parcialmente después de la guerra, pero no por el Estado estadounidense y menos aún por los bancos e inversores estadounidenses implicados en el plan; actuando como buen samaritano estaría el Estado británico, es decir, el contribuyente británico. Equivalía a un buen ejemplo de lo que se llama "socialismo para ricos".[401]

A finales del año 1940, prácticamente todos los países beligerantes, así como los países neutrales "armados" (como los propios Estados Unidos), estaban equipados con armas y material producidos por fábricas propiedad de empresas estadounidenses y situadas en Estados Unidos o en Gran Bretaña, donde Ford, General Motors y otras empresas también tenían filiales, o en Alemania. Cuanto más durara la guerra, mejor sería, al menos desde la perspectiva de las empresas estadounidenses. Hitler había sido bueno para las empresas estadounidenses, pero la guerra que había desencadenado era aún mejor a efectos de maximización de beneficios. Antes de la guerra, los grandes industriales y banqueros estadounidenses habían adorado a Hitler, pero ahora empezaron a adorar al becerro de oro de la propia guerra. En realidad no querían que Hitler ganara la guerra, pero tampoco querían que la perdiera. Lo que realmente querían era que esta guerra durara el mayor tiempo posible.

185

---

[400] Gold: "El 31 de diciembre, Gran Bretaña habrá pagado a EEUU el último de sus préstamos de la Segunda Guerra Mundial". Véase también "Lend-Lease".

[401] Chernow, pp. 462-63.

Resulta instructivo examinar la actitud de Henry Ford a este respecto. Inicialmente, a la luz de su gran simpatía por Hitler, Ford se había negado a producir armas para Gran Bretaña. Pero cambió de opinión, no por un repentino arrebato pro-británico, sino porque comprendió que el apoyo a los británicos podría contribuir a alargar indefinidamente la guerra. Según su biógrafo, David Lanier Lewis, Ford expresó la esperanza de que ni los Aliados ni las potencias del Eje ganaran la guerra, y propuso que Estados Unidos suministrara tanto a los Aliados como al Eje las armas que necesitaban para luchar entre sí hasta que ambos bandos quedaran exhaustos y se derrumbaran. El patriarca de las grandes empresas estadounidenses puso en práctica lo que predicaba, y dispuso que sus fábricas en Estados Unidos y en el extranjero suministraran todo tipo de material bélico tanto a los alemanes como a los británicos.[402] Tom Lamont, director general del banco de inversiones Morgan, que se regodeaba en los beneficios obtenidos concediendo préstamos al Estado británico en el marco del Lend-Lease, veía las cosas de forma muy parecida a Ford. Estaba 100% a favor del Lend-Lease a Gran Bretaña, pero se oponía totalmente a una posible intervención estadounidense en la guerra del lado de los británicos.[403]

Por tanto, no es una coincidencia que Ford y otros muchos capitanes de la industria estadounidense prestaran apoyo financiero y de otro tipo al America First Committee, un grupo de presión fundado en septiembre de 1940 con el objetivo de mantener a Estados Unidos fuera de la guerra. No pocos miembros de este grupo estaban motivados por un pacifismo de buena fe; otros simpatizaban abiertamente con la Alemania nazi. Entre los miembros de esta última categoría se encontraban el famoso aviador Charles Lindbergh, amigo íntimo de Henry Ford, y Werner C. von Clemm, un alemán que también tenía la nacionalidad estadounidense; Clemm era primo del ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, Ribbentrop, agente del servicio secreto del ejército alemán (la *Abwehr*) y colaborador del magnate del petróleo William Rhodes Davis que, como ya hemos visto, obtuvo enormes beneficios suministrando combustible a la armada nazi.[404]

186

Con respecto a la guerra que había estallado en Europa en 1939, los industriales y banqueros estadounidenses sólo lamentaban una cosa, que los soviéticos no hubieran sido objeto de la furia teutona. Aun así, sin duda se dieron cuenta de que el infame pacto entre Berlín y Moscú no era más que un acuerdo temporal, destinado a durar sólo mientras conviniera a Hitler o a Stalin. La esperanza de que Hitler destruyera tarde o temprano la despreciada patria del comunismo podía así mantenerse viva. Ese sueño parecía a punto de

[402] Lewis, pp. 222, 270.
[403] Chernow, pp. 463-64.
[404] Harrington, pp. 14-15; "Werner von Clemm".

hacerse realidad cuando, el 22 de junio de 1941, la Wehrmacht cruzó la frontera de la Unión Soviética, propulsada por motores fabricados por Ford y General Motors, abastecida con todo tipo de armas y otro material bélico fabricado en Alemania por capital y conocimientos estadounidenses, y con depósitos de combustible rebosantes de petróleo suministrado por Texaco y otros trusts petrolíferos estadounidenses.

Si Hitler hubiera atacado a la Unión Soviética diez años, cinco años o incluso un año antes, los líderes de Corporate America sin duda habrían aplaudido con entusiasmo y unanimidad. Pero en 1941 tenían sentimientos encontrados. Sus entregas a Gran Bretaña eran una fuente de beneficios ilimitados y desempeñaban un papel crucial en la reactivación económica de Estados Unidos. Cuanto más durara la guerra europea, mejor para la industria (y las finanzas) estadounidense en general, y para las empresas (y bancos) que hacían negocios con Gran Bretaña en particular. Las perspectivas británicas de supervivencia mejoraron considerablemente, por supuesto, cuando los nazis se lanzaron a la yugular de un nuevo enemigo, sobre todo porque ese nuevo enemigo no cedió en pocos meses, como habían previsto los expertos de Washington, Londres y, especialmente, Berlín.[405] En Washington, por ejemplo, el alto mando del ejército estadounidense había profetizado que el Ejército Rojo sería aplastado por la supuestamente invencible Wehrmacht "como un huevo".[406]

La política económica del régimen nazi también desempeñó un papel importante en el declive del entusiasmo estadounidense por Hitler y su cruzada contra los soviéticos. Casi unánimemente, los líderes políticos y económicos de Estados Unidos creían que el comercio exterior —en términos ventajosos para Estados Unidos, por supuesto— era una condición previa para la prosperidad de su país y la rentabilidad de sus empresas.[407] En consecuencia, querían puertas abiertas en todo el mundo para sus productos de exportación y su capital de inversión. Pero los nazis —y las grandes empresas alemanas— querían reservar su mercado nacional en la medida de lo posible a los productos de la propia industria alemana; y también restringieron drásticamente la importación de productos acabados para acumular divisas y utilizarlas en la importación de materias primas indispensables para el rearme y la guerra, como el petróleo y el caucho. La Alemania nazi aspiraba a alcanzar la autarquía, es decir, la independencia económica. Desde el otro lado del Atlántico, el Reich se parecía cada vez más a uno de esos "sistemas económicos cerrados" execrados por los industriales y banqueros estadounidenses.

[405] Maddux, pp. 148-50; Levering, p. 49; Ponting, p. 116; Doenecke, pp. 381-82.
[406] Pauwels (2012), p. 84; Ueberschär, pp. 95-96; Losurdo (2008), p. 29.
[407] Carroll y Noble, p. 345.

El resultado de esta política nazi fue que las exportaciones estadounidenses a Alemania disminuyeron considerablemente hacia finales de los años treinta. Este problema empeoró drásticamente en 1939 y 1940, cuando los alemanes establecieron su hegemonía sobre prácticamente toda Europa. A partir de entonces, no sólo se cerraron las puertas de Alemania a los exportadores estadounidenses, sino también las de la Europa ocupada por los alemanes, una región denominada el "gran espacio económico" de Alemania (*Grossraumwirtschaft*).[408] Para los industriales, banqueros y políticos estadounidenses, esto supuso una bofetada en la cara de un régimen nazi por el que, no hacía tanto, habían mostrado tanta admiración y simpatía.[409]

Por lo tanto, es comprensible que, cuando la Alemania nazi atacó a la Unión Soviética, muchos industriales y banqueros estadounidenses desearan que ninguno de los dos antagonistas saliera victorioso; esperaban que los nazis y los soviéticos permanecieran enzarzados en su conflicto el mayor tiempo posible, hasta que ambos bandos se desangraran.[410] Aun así, un núcleo duro de empresarios estadounidenses seguía siendo resueltamente filofascista y antisoviético, y esperaba que la guerra de Hitler en el Este terminara con la destrucción de la cuna del bolchevismo. Según todas las apariencias, éste era también el deseo de la gran mayoría de los propietarios y directivos de las empresas estadounidenses con filiales alemanas. Al fin y al cabo, esas filiales producían el material bélico utilizado por los nazis para invadir la Unión Soviética aquel verano de 1941. Pero los cruzados alemanes nunca pisarían la Jerusalén comunista, Moscú.

El éxito en la "guerra relámpago" no era sólo la condición previa militar, sino también económica, para una victoria alemana en la Segunda Guerra Mundial. Una *Blitzkrieg* exitosa contra la Unión Soviética era la madre de todas las condiciones previas para un triunfo alemán definitivo. Una rápida victoria en el Este habría proporcionado a la Alemania nazi fuentes inagotables de materias primas, incluido el petróleo, cuya escasez había sido uno de los principales factores determinantes de la derrota del Reich en la Primera Guerra Mundial. Otro premio de crucial importancia habrían sido las fértiles regiones agrícolas de la Unión Soviética, como Ucrania. Los alimentos baratos que allí se producían podrían enviarse al corazón de Alemania para evitar el tipo de hambruna en el frente interno que también había contribuido a la derrota en la Primera Guerra Mundial. De hecho, era un nocaut a la Unión Soviética, una victoria rápida en lo que él consideraba su "guerra decisiva", o "batalla decisiva", con la que Hitler esperaba "derribar la puerta de la hegemonía

[408] Schröder, p. 263 y ss.
[409] Pauwels (2012), pp. 76-78.
[410] Levering, p. 46; Cole, p. 433 y ss.

mundial" en nombre de Alemania.[411] Sin embargo, el 5 de diciembre de 1941, cuando el Ejército Rojo lanzó una contraofensiva tan devastadora como inesperada frente a Moscú, los generales del cuartel general del ejército alemán, como Alfred Jodl, y el propio Hitler, se dieron cuenta de que la "guerra relámpago" en el este no iba a producir la "victoria relámpago" que anhelaban y que, por tanto, Alemania estaba condenada a perder la guerra. El 5 de diciembre de 1941 fue el verdadero punto de inflexión de la Segunda Guerra Mundial. El fiasco de la *Blitzkrieg* a escasa distancia de Moscú marcó el principio del fin de la Alemania nazi. Trágicamente, sin embargo, harían falta muchos años más de combates asesinos y millones de víctimas antes de que esa inevitable derrota se hiciera realidad.[412]

Por supuesto, aparte de Hitler y un puñado de generales en el cuartel general del ejército, casi nadie se dio cuenta en aquel momento de que Alemania estaba condenada a partir de entonces a perder la guerra. Y Hitler y sus estrechos colaboradores no estaban dispuestos a compartir la catastrófica noticia con el pueblo alemán. Las malas noticias del Frente Oriental se presentaron a la opinión pública como un contratiempo temporal, debido a la llegada supuestamente inesperada del invierno y/o a la cobardía o incompetencia de algunos comandantes. Sólo mucho más tarde, tras la terrible derrota en la batalla de Stalingrado durante el invierno de 1942-43, el público alemán y el mundo entero llegarían a saber que Alemania estaba condenada a la derrota. En consecuencia, aún hoy muchos historiadores siguen creyendo que las tornas cambiaron en Stalingrado.

Sin embargo, ya en el verano y el otoño de 1941 hubo observadores astutos, en Alemania y en otros lugares de Europa, que se dieron cuenta de que Hitler no se encaminaba hacia la victoria en la Unión Soviética y, por tanto, era probable, si no seguro, que perdiera la guerra. En julio de 1941, expertos militares del régimen colaboracionista francés del mariscal Pétain en Vichy discutieron el hecho de que "la guerra germano-rusa" no iba según lo previsto, y llegaron a la conclusión de que "Alemania ya no puede ganar la guerra, y de hecho ya la ha perdido".[413] El Vaticano, siempre bien informado, inicialmente muy entusiasmado con la cruzada de Hitler contra la patria del bolchevismo "impío", empezó a preocuparse y a prepararse para una derrota alemana a finales del verano de 1941.[414] En octubre, los servicios secretos suizos también informaron sobre la situación en el este de que "los alemanes ya no eran capaces de ganar la guerra".[415] Hacia finales de noviembre, numerosos miembros de

[411] Hitler, citado en Bourgeois, pp. 113-14.
[412] Hillgruber (1989), p. 81; Ueberschär, p. 120.
[413] Lacroix-Riz (2016), pp. 245-46,
[414] Lacroix-Riz (1996), p. 417; Lacroix-Riz (2015); Deschner (1996), pp. 645-47, p. 650.
[415] Bourgeois, pp. 123, 127.

alto rango de las fuerzas armadas alemanas y del Partido Nazi admitieron ser muy pesimistas y opinaron que sería mejor intentar poner fin a la guerra mediante negociaciones.[416]

189

Los industriales y banqueros del otro lado del Atlántico no tenían ni idea de la verdadera importancia del fracaso de la *Blitzkrieg* en la Unión Soviética. Sin embargo, el acontecimiento dejó meridianamente claro que los alemanes estarían preocupados en el este durante mucho más tiempo del previsto, lo que permitiría a los británicos continuar la guerra — y que el lucrativo negocio del Lend-Lease continuara indefinidamente. En otras palabras, el éxito del Ejército Rojo era bueno para el negocio. En el otoño de 1941, la Bolsa de Nueva York registró ganancias cada vez mayores a medida que se hacía evidente que era improbable que la "guerra relámpago" de Hitler produjera la victoria esperada.[417] La situación se volvió aún más favorable cuando resultó que en adelante también se podría hacer negocios con los soviéticos. De hecho, en noviembre de 1941, cuando quedó claro que el pronosticado colapso soviético no iba a producirse, Washington se declaró dispuesto a conceder créditos a Moscú, y se firmó un acuerdo de préstamo y arrendamiento con la Unión Soviética. Y así, gracias a la guerra, las empresas estadounidenses adquirieron otro mercado para sus productos.

Después de la guerra, se convertiría en un hábito en Occidente afirmar que el inesperado éxito de los soviéticos contra la Alemania nazi sólo había sido posible gracias a la masiva ayuda estadounidense, que la Unión Soviética nunca habría sobrevivido a la embestida alemana sin el apoyo de Estados Unidos. Sin embargo, tales afirmaciones son muy dudosas por varias razones. En primer lugar, la ayuda estadounidense nunca representó más del 4 ó 5 por ciento de la producción total de material bélico de la Unión Soviética, aunque hay que reconocer que incluso un escaso margen como éste puede suponer una gran diferencia, especialmente en una situación de crisis. En segundo lugar, y lo que es más importante, la ayuda material proporcionada por los estadounidenses a los soviéticos sólo empezó a tener repercusiones en una fase bastante tardía, en 1942 o incluso 1943, es decir, sólo después de que los soviéticos hubieran detenido por sí solos el avance aparentemente irresistible de la Wehrmacht frente a Moscú. Según Adam Tooze, "el milagro soviético no se debió a la ayuda occidental [y] el Lend-Lease no empezó a afectar al equilibrio en el Frente Oriental hasta 1943".[418] En tercer lugar, los propios soviéticos fabricaron todas las armas ligeras y pesadas de alta calidad —como el T-34, reputado como el mejor tanque de la Segunda Guerra Mundial— que hicieron

[416] Ueberschär, pp. 107 8.
[417] Martin (1974), p. 475.
[418] Tooze (2006), p. 589.

posible su éxito contra los nazis.[419] Los servicios secretos del ejército suizo explicaron este inesperado éxito —obtenido ciertamente a costa de enormes pérdidas— ya en julio de 1941, sólo unas semanas después del inicio de la Operación Barbarroja, y mucho antes de que empezara a llegar la ayuda estadounidense, como debido a "un exceso de excelente material".[420]

190

Por último, pero no por ello menos importante, hay que tener en cuenta que la tan anunciada ayuda de Préstamo y Arriendo de Estados Unidos a la Unión Soviética se vio neutralizada, como poco, por la ayuda no oficial, discreta pero no por ello menos considerable que las empresas estadounidenses prestaron a los alemanes. En 1940 y 1941, los trusts petroleros estadounidenses aumentaron el volumen de sus rentables exportaciones a la Alemania nazi, y se suministraron cantidades colosales de petróleo a los nazis a través de países neutrales como España. La cuota estadounidense de las importaciones alemanas de aceite de motor, por ejemplo, aumentó espectacularmente del 44% en julio de 1941 al 94% en septiembre de ese mismo año. Sin el petróleo y los productos relacionados puestos a disposición por fuentes estadounidenses, los nazis no habrían podido atacar a la Unión Soviética en primer lugar; tal es la conclusión a la que llega el historiador alemán Tobias Jersak, una autoridad en el campo del "combustible para el Führer".[421]

---

[419] Ponting, p. 76 y ss.; Tooze (2006), p. 589.
[420] Bourgeois, pp. 124, 127.
[421] Jersak cita un documento de "alto secreto" de la *Reichsstelle für Mineralöl de la Yehrmacht* encontrado en la sección militar de los archivos federales alemanes, número de referencia RW 19/2694. Véase también Higham, pp. 59-61.

191

CAPÍTULO 15
DESPUÉS DE PEARL HARBOR: "TODO SIGUE IGUAL"

Hitler aún rumiaba las catastróficas noticias sobre la guerra frente a Moscú cuando se enteró del ataque por sorpresa japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Los acuerdos existentes entre ambos países no obligaban al Reich a unirse a Japón en su conflicto contra Estados Unidos, como afirman algunos historiadores. Aun así, el 11 de diciembre de 1941, Hitler declaró la guerra a Estados Unidos. Sin duda esperaba que Tokio le correspondiera declarando la guerra a la Unión Soviética, lo que habría reavivado las esperanzas de victoria de Alemania contra su principal enemigo y en la guerra en general. Pero los japoneses no mordieron el anzuelo de Hitler: no declararon la guerra a los soviéticos. La gratuita declaración de guerra de Hitler, seguida de una igualmente frívola declaración de guerra italiana a Estados Unidos, convirtió a este país en un beligerante activo en la guerra en Europa. Por obra del propio Hitler, Estados Unidos pasó a formar parte de la coalición de sus enemigos. ¿Cuáles fueron las consecuencias para las inversiones de las empresas estadounidenses en Alemania?[422]

A las empresas estadounidenses no les gusta que se plantee esta cuestión. Cada vez que se planteó en el pasado, sugirieron, directa o indirectamente, que después de Pearl Harbor sus filiales alemanas fueron confiscadas sin piedad, de modo que las oficinas centrales en Estados Unidos perdieron todo control sobre sus filiales alemanas hasta después del final de la guerra. La confiscación por parte de los nazis y la consiguiente "pérdida de control" (en alemán: *Kontrollverlust)* por parte de las empresas estadounidenses se convirtieron en un mito que numerosos historiadores difundieron amablemente.[423] En realidad, los nazis nunca confiscaron las sucursales estadounidenses y las oficinas centrales de Estados Unidos nunca perdieron el control sobre ellas, al menos no totalmente; además, ni siquiera la pérdida parcial del control impidió que los beneficios siguieran acumulándose y que el valor de las filiales aumentara en beneficio de los propietarios y accionistas de las empresas.

192

[422] Compton, pp. 179-83; Small, p. 20; Hillgruber, pp. 83-84.

[423] Véase, por ejemplo, Kümmel, pp. 114-15 con respecto a GM y Opel, y pp. 138-40 con respecto a Ford y la *Ford-Yerke*.

Con respecto a las inversiones alemanas de Ford y General Motors, por ejemplo, el experto alemán Hans Helms escribe que "durante su régimen terrorista, los nazis nunca intentaron cambiar el estatus de propiedad de Ford [es decir, el *Ford-Werke*] u Opel".[424] Después de Pearl Harbor, Ford siguió siendo propietaria del 52% de las acciones del *Ford-Werke* de Colonia, y General Motors siguió siendo la única propietaria de Opel.[425] Además, la supuesta "pérdida de control" distaba mucho de ser completa. En la mayoría de los casos, las "madres" de las empresas en Estados Unidos se las arreglaban para seguir en contacto con sus "hijas" en Alemania. Por lo general, esto se hacía de forma indirecta, a través de filiales en países neutrales como Suiza, España y Portugal. Así lo hicieron empresas como Kodak: sus filiales ibérica y suiza, que estaban bajo el control directo de la sede central en Rochester, Nueva York, siguieron haciendo negocios durante toda la guerra con sus "hermanas" en Alemania y en los países ocupados por Alemania.[426] Y también sabemos que se produjeron reuniones ocasionales entre miembros del personal de las empresas con sede en Estados Unidos y directivos de sus sucursales alemanas en países neutrales como Portugal, España y Suiza. En Madrid, por ejemplo, Sosthenes Behn se reunió en 1942 con Gerhard Westrick, el "gobernador general" de las inversiones de ITT en Alemania. (Autores como Gerhard Kümmel tratan de justificar este hecho alegando que las sucursales americanas en Alemania, incluidas las de ITT, ya se habían independizado de facto al comienzo de la guerra.[427]) También se celebraron reuniones en países neutrales entre representantes de corporaciones estadounidenses y empresas totalmente alemanas; en marzo de 1942, por ejemplo, muchos meses después de Pearl Harbor, representantes de Du Pont se reunieron con funcionarios de la *Reichswerke Hermann Göring* —quizás la empresa estatal más famosa del Tercer Reich— en Suiza, primero en Montreux y posteriormente en el elevado (y exclusivo) aislamiento de St. Moritz.[428]

193

En un número indeterminado de casos, las sedes centrales en Estados Unidos podían incluso permanecer en contacto directo con sus filiales en Alemania a través de modernos sistemas de comunicación inalámbrica mundial. Esta tecnología fue suministrada por ITT en colaboración con un equipo llamado Transradio, una empresa conjunta de ITT, RCA y las empresas alemanas Siemens y Telefunken, esta última una rama de AEG, socio alemán de General Electric. El presidente de Transradio era el general Robert C. Davis,

---

[424] Helms, p. 114.
[425] Billstein et al., pp. 74, 141.
[426] Friedman.
[427] Kümmel, p. 236.
[428] De Baggio, p. 74; véase también Lacroix-Riz (2013), p. 524.

jefe de la sección neoyorquina de la Cruz Roja estadounidense, supuestamente manipulada —con su consentimiento— por los servicios secretos nazis. Transradio, cuyo nombre completo era *Transradio Aktiengesellschaft [AG] für drahtlosen Übersee-Verkehr* ("Transradio Inc. para comunicaciones inalámbricas con el extranjero") emitía desde sus instalaciones situadas en la isla de Sylt, en Beelitz (cerca de Berlín), y en otros lugares de Alemania, a Argentina, Brasil, Chile, México, Egipto, Tailandia, Japón y Estados Unidos, donde RCA actuaba como su socio.[429]

En un informe detallado sobre sus actividades en la Alemania nazi, Ford afirma que, después de Pearl Harbor, su sede central en Dearborn perdió todo contacto directo con su filial en Alemania. Con respecto a la posibilidad de comunicaciones indirectas a través de filiales en países neutrales, el informe afirma escuetamente que "no hay indicios de comunicación entre sí a través de estas filiales."[430] ¿Fin de la discusión? En realidad no, porque la falta de indicios también puede significar que las pruebas se perdieron accidentalmente o se destruyeron deliberadamente antes de que los autores del informe obtuvieran acceso a los archivos de la empresa, cosa que sólo hicieron más de cincuenta años después de los hechos. Se sabe que Henry Ford ordenó personalmente triturar gran parte del material de archivo.[431] Además, el informe reconoce que en 1943 un funcionario de *la Ford-Werke* viajó a Lisboa, la capital del Portugal neutral, para visitar la sucursal de Ford allí; Dearborn debía estar al corriente de ello. Por último, el informe no dice nada sobre el posible uso de Transradio, que podría no haber dejado rastro en papel.[432] Evidentemente, se necesitan más investigaciones, no realizadas exclusivamente por historiadores contratados y remunerados por la propia Ford, como ocurrió con el informe de Ford sobre sus actividades en el Tercer Reich. ¿No está claro que tales pagos pueden poner en peligro la objetividad de los historiadores que participan en la investigación?[433] Las causas de la verdad y la objetividad estarían mejor servidas si el acceso a los archivos de una empresa se concediera a investigadores verdaderamente independientes en lugar de a historiadores cuidadosamente seleccionados (y pagados) por la propia empresa. Mientras tanto, las afirmaciones del informe Ford difícilmente pueden considerarse la última palabra del debate.

194

---

[429] Helms, pp. 114-15; Higham, pp. 18, 104 y ss.
[430] *Resultados de la investigación*, p. 88. Véase también Reich (2004), pp. 111, 118 y ss., 127 y ss.
[431] Wallace, p. 339.
[432] Con respecto a las comunicaciones entre Dearborn y la *Ford-Yerke,* así como a los documentos que faltan, véase también Wallace, pp. 337-39, 376.
[433] Como ha escrito Michael Pinto-Duschinsky en su artículo "El Holocausto: Excusando lo inexcusable": Por muy independientes que parezcan los historiadores elegidos para escribirlos, es dudoso que el patrocinio y la independencia puedan coexistir.

Según Edwin Black, el director de IBM para Europa, el holandés Jurriaan W. Schotte, pasó la guerra en la sede central de la corporación en Nueva York, donde "siguió manteniendo regularmente la comunicación con las filiales de IBM en territorio nazi, como su Holanda natal y Bélgica". También fue muy útil que IBM tuviera una oficina en Ginebra, en la neutral Suiza, y que su director, de nacionalidad suiza, "viajara libremente a y desde Alemania, los territorios ocupados y los países neutrales." Por último, al igual que otras muchas empresas estadounidenses en países ocupados y neutrales, IBM también podía contar con los servicios de diplomáticos estadounidenses dispuestos a transmitir información a Estados Unidos por correo diplomático. Black llega así a la conclusión de que "a pesar de la ilusión de no implicación, IBM NY siguió desempeñando un papel central en las operaciones cotidianas de sus filiales [en Alemania y otros lugares de Europa].... Todo siguió igual durante la guerra".[434]

Al igual que Ford, General Motors contrató a un historiador para estudiar objetivamente, al menos en teoría, la saga de su filial alemana en el Tercer Reich, el formidable Henry Ashby Turner. Sin embargo, está claro que se recurrió a este historiador precisamente porque ya había conseguido un gran tour de force: absolver a las corporaciones y bancos alemanes, a pesar de las montañas de pruebas, de cualquier culpa con respecto al ascenso de Hitler. General Motors recurrió a Turner porque la empresa necesitaba "munición contra las demandas colectivas pendientes en nombre de las víctimas de trabajos forzados [en sus sucursales en Alemania durante la guerra]".[435] Lo que se quería era un blanqueo similar al que Turner había producido en beneficio de la Alemania Corporativa, en lugar de la verdad histórica. No es de extrañar que acabara confirmando lo que los jefes de General Motors siempre habían afirmado, es decir, que la sede central de la corporación en Estados Unidos había perdido todo contacto —y control— sobre su filial Opel mucho antes de Pearl Harbor. Pero, ¿cómo es posible que Turner, con fama de buen investigador, no descubriera informes del Departamento de Estado que indicaban que incluso en 1943, mucho después de Pearl Harbor, General Motors seguía en contacto con su filial alemana a través de su oficina en Suiza? La fuente que hace referencia a estos informes, un artículo de Thomas De Baggio, aparecía, de hecho, en la bibliografía de Turner.[436] En este caso, Turner fue quizá atípicamente negligente y no leyó detenidamente el artículo, a cuyo autor atribuye erróneamente el nombre de pila de Joseph en lugar de Thomas. Sin embargo, es más probable que Turner simplemente optara por no revelar

[434] Black (2001), pp. 339, 376, 392-95; véase también Black (2004).
[435] Fraunholz.
[436] De Baggio, p. 75; la referencia al artículo de "Joseph DeBaggio [*sic*]" está en Turner (2005), p. 163.

hechos que falsearan el mito de la "pérdida de control" en el caso de General Motors y sus inversiones alemanas.

195

Los nazis dejaron a los propietarios estadounidenses en posesión de sus filiales alemanas y evitaron que las oficinas centrales de Estados Unidos ejercieran cierto control sobre sus activos en Alemania. Es más, la interferencia de los nazis en la gestión de Opel y *Ford-Werke* siguió siendo mínima. Tras la declaración de guerra alemana a Estados Unidos, los directivos estadounidenses tuvieron que abandonar Alemania, por supuesto, pero los directivos alemanes que se quedaron —hombres que gozaban de la plena confianza de los jefes en Estados Unidos— siguieron al mando; continuaron gestionando las filiales y, al hacerlo, tuvieron presentes los intereses de la sede central de la corporación al otro lado del Atlántico. Las empresas americanas habían previsto la llegada de la guerra, y por esta razón habían nombrado directores a ciudadanos alemanes de confianza, como el omnipresente Gerhard Westrick, responsable de las filiales de ITT y Kodak.

Según la investigadora alemana Anita Kugler, tras la declaración de guerra de Alemania a Estados Unidos, los nazis no intervinieron en absoluto en los asuntos de Opel. No fue hasta el 25 de noviembre de 1942, casi un año después, cuando Berlín nombró un "administrador de activos enemigos" (*Feindvermögensverwalter*), pero resultó ser un gesto puramente simbólico. De hecho, los nazis no querían otra cosa que dar "un rostro alemán" a una empresa que era propiedad al 100% de General Motors y seguiría siéndolo durante toda la guerra.[437] *En Ford-Werke,* Robert Schmidt, mencionado anteriormente y supuestamente un ardiente nazi, permaneció como director general hasta el final de la guerra, para gran satisfacción no sólo de las autoridades de Berlín sino también de los directivos de Ford en América. Antes de Pearl Harbor, Opel recibía regularmente mensajes de aprobación e incluso de felicitación de la sede central en Dearborn, firmados personalmente por Edsel Ford. Los nazis también estaban muy satisfechos con la actuación de Schmidt. Incluso cuando, meses después de Pearl Harbor, un administrador de activos extranjeros fue puesto a cargo de la fábrica de Ford en Colonia, a Schmidt se le permitió conservar su trabajo y su libertad de acción. En un momento dado, las autoridades nazis incluso le otorgaron el pomposo, pero prestigioso, título de *Wehrwirtschaftsführer,* "líder del esfuerzo económico de guerra".[438]

196

Las experiencias en tiempos de guerra de las sucursales estadounidenses con fideicomisarios de activos extranjeros nazis, no sólo en Alemania sino también en los países ocupados, no fueron ni mucho menos traumáticas. Los

---

[437] Billstein et al., p. 61. Sobre Opel, véase también Turner (2005), p. 127 y ss.
[438] Silverstein, p. 15 y ss.; Lindner, p. 121.

propietarios y gerentes estadounidenses podían contar con que sus inversiones alemanas serían tratadas como se habían tratado los activos enemigos en Alemania durante la Primera Guerra Mundial —y como de hecho se trataron las inversiones alemanas en Estados Unidos durante la propia Segunda Guerra Mundial: los inversores de ambos lados del océano sabían que sus propiedades en territorio enemigo serían "salvaguardadas, gestionadas adecuadamente por un fideicomisario y devueltas intactas al finalizar el conflicto"; los beneficios, congelados durante la guerra, serían entonces entregados a los propietarios de la empresa. Al igual que los estadounidenses, los nazis respetaban las reglas escritas y no escritas del sistema capitalista internacional.[439] Ben Wubs, autor de una historia de Unilever en el Tercer Reich, subraya que, en su tratamiento de la propiedad de los aliados occidentales, la Alemania nazi respetó en general la legislación internacional aplicable.[440]

Según Black, en la filial de IBM "los custodios del Eje [es decir, los nazis]... protegieron celosamente los activos, ampliaron la productividad y aumentaron los beneficios". Además, se permitió que los directivos de IBM existentes siguieran ejerciendo sus funciones y, en algunos casos, algunos de ellos fueron nombrados fideicomisarios de los activos del enemigo. Con respecto al fideicomisario de Dehomag, Hermann B. Fellinger, Black escribe que "funcionó con tanto celo comercial y dedicación a la empresa IBM como cualquier alto ejecutivo que Watson hubiera podido seleccionar personalmente." Por tanto, no es de extrañar que, tras la capitulación de Alemania en 1945, se permitiera a Fellinger permanecer como miembro de la dirección de Dehomag.[441] Edwin Black señala que estar bajo el control de un fideicomisario nazi suponía en realidad una ventaja considerable: lo que se denomina "negación plausible". La presencia de un fideicomisario de activos enemigos hizo posible que los propietarios y directivos de las empresas en Estados Unidos ganaran mucho dinero colaborando con el enemigo y, al mismo tiempo, negaran cualquier responsabilidad por conductas que pudieran considerarse traicioneras o incluso delictivas.[442]

197

A los nazis les interesaba mucho menos la nacionalidad de los propietarios o la identidad de los directivos que la producción, porque tras el fracaso de su estrategia *de Blitzkrieg* en la Unión Soviética experimentaron una necesidad cada vez mayor de aviones y camiones. Desde que Henry Ford había sido pionero en el uso de la cadena de montaje y otras técnicas fordistas similares,

---

[439] Cita de Black, p. 234. Véase también Gassert (2004), especialmente p. 351 y ss.
[440] Wubs, p. 182.
[441] Black (2001), pp. 376, 400-2, 405, 415.
[442] Black (2001), pp. 234-37. La actitud nazi hacia los bienes enemigos también se analiza en Turner (2005), p. 141.

las empresas estadounidenses habían sido los líderes indiscutibles en el campo de la producción industrial en masa, y las sucursales alemanas de las corporaciones estadounidenses, incluidas las fábricas Opel de General Motors, no eran una excepción a esta regla. Los planificadores nazis como Göring y Speer comprendieron perfectamente que los cambios radicales en la dirección de Opel podrían obstaculizar la producción en Brandenburgo y Rüsselsheim. A los directivos responsables se les permitió continuar porque estaban familiarizados con los métodos de producción estadounidenses, especialmente eficientes; era la única forma de mantener la producción de Opel en niveles altos. Incluso se superaban regularmente las cuotas de producción de Berlín, por lo que las autoridades nazis concedieron a la filial de GM el título honorífico de "empresa modelo de guerra" (*Kriegs-Musterbetrieb*), que se anunciaba con orgullo en la portada de la publicación de la empresa, *Der Opel Kamerad.*[443] Mientras la filial alemana de General Motors fabricaba material bélico para los nazis en la propia Alemania, Opel también enviaba equipos a la Unión Soviética ocupada para reparar tanques, camiones y otros vehículos en los talleres de reparación de la Wehrmacht, los *K-Werke.* Anita Kugler llega a la conclusión de que la filial alemana de GM "puso toda su producción e investigación a disposición de los nazis y contribuyó así — objetivamente hablando — a mejorar su capacidad a largo plazo para hacer la guerra".[444]

A través de sus sucursales en Alemania, muchas otras empresas estadounidenses ayudaron a Hitler a seguir librando la guerra mucho después de haber perdido toda esperanza de victoria, lo que tendría consecuencias desastrosas. Lo hicieron suministrando a los nazis enormes cantidades de material bélico, incluidas armas de gran calidad. Desde el principio hasta el final de la guerra —es decir, también después de Pearl Harbor—, los nazis pudieron contar de hecho con los conocimientos técnicos estadounidenses para dotarse de armamento de última generación. Kodak Alemania, por ejemplo, produjo durante la guerra detonadores para armas, mecanismos de disparo y otro material esencialmente militar de alta calidad.[445] En Rüsselheim, General Motors produjo camiones con tracción a las cuatro ruedas que resultaron eminentemente útiles a los alemanes en el barro del Frente Oriental y en el desierto del norte de África, modernos trenes de aterrizaje para aviones y, hacia el final de la guerra, motores para el flamante Me 262, el primer caza a reacción.[446] *Ford-Werke* también fabricó un camión semioruga, llamado "mula" (*Maultier*). Presumiblemente sin el conocimiento o la aprobación de

[443] Billstein et al., p. 81; Kugler (1997a), pp. 52, 61 y ss., y (1997b), p. 85; Turner (2005), p. 142; Bauer, Fritze, Geschke, Hesse y Silz, p. 137.
[444] Citado en Billstein et al., p. 81.
[445] Friedman.
[446] Snell, pp. 14-15; Kugler (1997a), pp. 53, 67, y (1997b), p. 89; Higham, pp. 175-76; Kümmel, p. 114.

Dearborn, *Ford-Werke* también creó una "empresa tapadera", Arendt GmbH, para producir material de guerra distinto de los vehículos, en concreto piezas de mecanizado para aviones; al final de la guerra, estas instalaciones estaban implicadas en el desarrollo de alto secreto de turbinas para los infames cohetes V-2 que sembraron la devastación en Londres y Amberes.[447]

198

Hasta los últimos días de la guerra, las filiales de ITT en Alemania, y en países ocupados y neutrales como Suecia, Suiza y España, suministraron al ejército, la armada y las fuerzas aéreas del Reich todo tipo de armamento nuevo, como centralitas, teléfonos, gongs de alarma, boyas, dispositivos de aviso de ataques aéreos, equipos de radar y espoletas para proyectiles de artillería. Además, los sistemas de comunicación suministrados por ITT hicieron posible, o al menos más fácil, que los alemanes descifraran el código diplomático estadounidense, y las filiales sudamericanas de la corporación pusieron sus líneas de comunicación a disposición de los nazis para la transmisión de instrucciones a sus submarinos, según Charles Higham y Anthony Sampson.[448] No es de extrañar, pues, que las sucursales alemanas de las corporaciones estadounidenses fueran elogiadas como "pioneras del desarrollo tecnológico" por los planificadores del Ministerio de Economía del Reich y otras autoridades nazis implicadas en la guerra. Y el jefe de la organización nazi para la administración de la propiedad enemiga, Johannes Krohn, era aparentemente sincero cuando declaró en noviembre de 1942 que las filiales estadounidenses en Alemania estaban trabajando "con todas sus fuerzas" por una victoria alemana".[449]

La moderna tecnología estadounidense fue útil a los nazis para hacer la guerra, pero también para llevar a cabo su proyecto genocida y cometer otros crímenes. Edwin Black ha demostrado que las máquinas calculadoras Hollerith y otras herramientas suministradas por IBM permitieron a los nazis "generar listas de judíos y otras víctimas, que luego eran objeto de deportación", y "registrar a los internos [de los campos de concentración] y hacer un seguimiento del trabajo esclavo". Había una oficina de IBM, llamada *Hollerith Abteilung,* en todos los campos de concentración y exterminio, incluido Auschwitz.[450] Es muy probable que los nazis hubieran podido lograr esta eficiencia mortífera sin la tecnología de IBM, como afirman ciertos críticos del estudio de Black. Sin embargo, el caso de IBM muestra cómo grandes empresas estadounidenses pusieron su tecnología más moderna a disposición de los nazis, y mostraron poca o ninguna preocupación por el uso que Hitler y sus

---

[447] *Research Findings*, pp. 41-42; Kümmel, p. 137; comentarios críticos en Wallace, p. 231.
[448] Higham, pp. 99-112; Sampson (1973), pp. 33-35; Kümmel, pp. 233-34.
[449] Lindner, p. 104; Gassert (2004), pp. 360-61.
[450] Black (2001), pp. 360 y ss., 371 y ss. Véase también Black (2004), y (2009), pp. 127-60.

compinches iban a hacer de ella.

199

Después de Pearl Harbor, las empresas estadounidenses no sólo siguieron apoyando a la Alemania nazi produciendo camiones, aviones y otro material bélico en sus filiales de Alemania, sino también suministrando al Tercer Reich una parte del combustible sin el cual todas esas ruedas y alas no habrían servido de nada a los nazis. La Standard Oil estaba profundamente implicada en este tipo de negocios. Desde los puertos marítimos del Caribe y de España, esa compañía enviaba a Alemania no sólo productos derivados del petróleo, sino también otras materias primas indispensables para hacer la guerra, como tungsteno, algodón y sulfato de amonio.[451]

Comparado con los camiones y el combustible, el refresco producido en Alemania por Coca-Cola no tenía, por supuesto, ninguna importancia. Aun así, es instructivo examinar cómo, durante la guerra, Coca-Cola hizo un floreciente negocio en Alemania y contribuyó de algún modo al esfuerzo bélico nazi. Max Keith, director general de la filial alemana con sede en Essen, mantenía excelentes relaciones con las autoridades nazis y consiguió que Coca-Cola GmbH fuera reconocida como empresa alemana y proveedor oficial de material de guerra. Coca-Cola suministró grandes cantidades de refrescos a la Wehrmacht, y los soldados alemanes marcharon a la guerra con una botella de Coca-Cola en la mano, por así decirlo. (Pero Coca-Cola también suministró a las fuerzas armadas estadounidenses, y los soldados liberarían gran parte de Europa occidental también con Coca-Cola en la mano). Como proveedor del ejército, la filial alemana de Coca-Cola estaba exenta de las restricciones impuestas por el racionamiento de azúcar y también consiguió evitar la confiscación de sus camiones y otros vehículos por parte de los militares.[452]

Sin embargo, la Coca-Cola GmbH de Max Keith experimentó algunas dificultades cuando, en diciembre de 1941, tras la declaración de guerra de Alemania a Estados Unidos, dejó de ser posible importar el jarabe de la empresa desde Estados Unidos. Por ello, en 1942 se introdujo con éxito un refresco amarillento de nuevo cuño. Se elaboraba con subproductos de la producción de sidra y queso, como el suero; al igual que su color, su sabor evocaba las naranjas. Cuando Keith pidió a su personal que usara su fantasía para inventar un nombre para este brebaje, un vendedor propuso "Fanta". Sólo en 1943 se vendieron tres millones de cajas de Fanta. (En Bélgica y Francia, Fanta se comercializó con el nombre de "Cappy", que ahora Coca-Cola utiliza para vender un refresco con sabor a cereza en Turquía). La conducta de Coca-Cola en tiempos de guerra en la tierra del enemigo nazi era difícilmente compatible con su imagen en casa, escribe Mark Pendergrast, donde el refresco

[451] Higham, pp. 58-61.
[452] Reymond, pp. 306, 310.

de Atlanta "simbolizaba ... la libertad americana [y] todas las cosas buenas... por las que luchaban los soldados".[453] Sin embargo, aunque la conexión de Coca-Cola con la esvástica demuestra cómo las corporaciones estadounidenses se beneficiaron de sus vínculos con el régimen nazi y de la guerra desatada por este régimen, es un ejemplo bastante inofensivo de las actividades bélicas de las corporaciones estadounidenses en la Alemania nazi, al menos en comparación con las empresas alemanas de firmas como IBM, ITT, Ford y General Motors.

[453] "Fanta boooo"; Lindner, p. 118; Pendergrast, p. 228; Reymond, p. 311.

CAPÍTULO 16
GUERRA = BENEFICIOS

Antes de Pearl Harbor, los propietarios y directivos de las sedes corporativas en Estados Unidos sabían muy bien lo que ocurría en sus filiales en Alemania. En cuanto a los años posteriores a Pearl Harbor, es justo decir que en algunos casos lo sabían, y en otros no. Pero sin duda eran conscientes de que directivos alemanes devotos y dignos de confianza seguían gestionando sus filiales en el Reich de forma eficiente y de que las autoridades nazis respetaban las normas internacionales con respecto a los activos enemigos. Estas cosas eran de crucial importancia para ellos. En comparación, carecía de importancia saber —y mucho mejor *no* saber— qué tipo de productos salían de sus cadenas de montaje en Alemania y para qué fines los utilizaban los nazis. Lo realmente importante para los propietarios, accionistas y directivos, eran los beneficios. En este contexto, hay que señalar dos cosas: en primer lugar, que las sucursales de las empresas estadounidenses en Alemania consiguieron grandes beneficios durante la guerra; en segundo lugar, que esos beneficios no fueron a parar a los bolsillos de los nazis, sino que acabaron engordando las carteras de los propietarios y/o accionistas en Estados Unidos.

Al igual que las empresas puramente alemanas, las filiales de las corporaciones estadounidenses siguieron embolsándose durante la guerra los suntuosos beneficios que habían empezado a obtener en los años treinta gracias a las políticas sociales regresivas de Hitler y a su programa de rearme. Con respecto a los beneficios obtenidos por la *Ford-Werke*, resulta que disponemos de cifras precisas. Los beneficios de la filial alemana de Ford pasaron de 1,2 millones de marcos en 1939 a 1,7 millones en 1940, 1,8 millones en 1941, 2 millones en 1942 y 2,1 millones en 1943.[454] Las sucursales de Ford en la Francia, Holanda y Bélgica ocupadas, que también producían para los nazis, también demostraron ser extremadamente rentables, gracias sobre todo a la colaboración incondicional con los alemanes ocupantes. Ford-Francia, por ejemplo —una empresa poco próspera antes de la guerra— obtuvo considerables beneficios a partir de 1940 colaborando diligentemente con los

[454] *Research Findings*, p. 136; Kümmel, p. 133; Silverstein, pp. 12, 14; Helms, p. 115; Reich (2004), pp. 121, 123.

alemanes. En 1941, obtuvo un beneficio de 58 millones de francos, logro que valió a Ford-France la felicitación personal de Edsel Ford.[455]

202

En cuanto a la filial alemana de IBM, Edwin Black escribe que sus beneficios "se dispararon" durante la guerra. Dehomag ya registró aumentos récord de beneficios en 1939, y a medida que avanzaba la guerra sus riquezas "se dispararon aún más rápidamente... especialmente como resultado de las tomas de Bélgica, Polonia y Francia por los nazis", de modo que el valor de la filial de IBM en el Tercer Reich "se catapultaba día a día". Como en el caso de Ford, los beneficios de IBM en la Francia ocupada se dispararon sobre todo gracias a los negocios generados por la ansiosa colaboración con las autoridades alemanas de ocupación, y pronto fue necesario construir nuevas plantas. Pero, sobre todo, si hemos de creer a Black, IBM prosperó en Alemania y en los países ocupados porque vendió a los nazis las herramientas tecnológicas necesarias para identificar, deportar, crear guetos, esclavizar y, en última instancia, exterminar a millones de judíos europeos, es decir, para organizar el Holocausto.[456]

Opel también registró suntuosos beneficios. Henry Ashby Turner advierte que los beneficios de la empresa fluctuaban a medida que llegaban los pedidos de material de guerra, pero reconoce que generaban una reserva de capital en constante aumento que, a finales de 1942, ascendía a más de 250 millones de marcos del Reich.[457] Según otra fuente, los beneficios de Opel alcanzaron cotas tan elevadas que el Ministerio de Economía nazi prohibió hacerlos públicos. El propósito era, obviamente, evitar escandalizar a un pueblo alemán al que se le pedía que se apretara cada vez más el cinturón y que, sin duda, se daba cuenta de que los beneficios obtenidos por una filial americana no beneficiarían a *los Volksgenossen,* como se denominaba a los compatriotas alemanes en la jerga nazi.[458] Y he aquí otra historia de éxito*:* abandonando por completo la producción de máquinas de coser en marzo de 1940, la fábrica Singer de Wittenberg se centró a partir de entonces exclusivamente en la producción de ametralladoras, así como de proyectiles de artillería para tanques; este cambio hizo que los beneficios se dispararan hasta 1,7 millones de marcos del Reich en 1942.[459]

203

Otras filiales alemanas de empresas estadounidenses también registraron cuantiosos beneficios durante la guerra. En 1943, las autoridades nazis informaron de que, desde el comienzo del conflicto, no sólo *Ford-Werke*, Opel

---

[455] Billstein et al., p. 106; *Research Findings*, pp. 73-75; Silverstein, pp. 15-16; Wallace, p. 345 y ss.
[456] Black (2001), pp. 212, 253, 297-99.
[457] Turner (2005), pp. 146-47.
[458] Billstein et al., p. 73; Kugler (1997a), pp. 55, 67, y (1997b), p. 85; Sutton, p. 69.
[459] "Das **Nähmaschinenwerk ...**"

y Singer, sino también muchas otras empresas estadounidenses como Kodak y Hollerith (IBM) habían "ganado mucho dinero", e incluso que los beneficios de las filiales estadounidenses habían "alcanzado cotas astronómicas". Al igual que las empresas puramente alemanas cuyos beneficios en tiempos de guerra se analizaron anteriormente, las filiales alemanas de empresas estadounidenses y de otros países parecen haber seguido registrando importantes beneficios hasta el final de la guerra. En 1943, el año de la catástrofe de Stalingrado, los beneficios de las sucursales estadounidenses y británicas en Alemania seguían siendo "muy buenos", y esto se refería a los beneficios después de impuestos. De hecho, las autoridades nazis consideraron durante mucho tiempo la posibilidad de imponer impuestos más elevados sobre estos beneficios, pero a principios de 1945 abandonaron finalmente la idea por supuestas razones técnicas.[460]

Mientras que los nazis trabajaron diligentemente desde el principio de la guerra para mantener los salarios de los trabajadores lo más bajos posible, se esforzaron hasta el final de la guerra para aumentar los beneficios empresariales, y este último esfuerzo incluyó abstenerse de imponer niveles impositivos apropiadamente altos. En otras palabras, desde el principio hasta el final de la guerra, los nazis siguieron haciendo lo que habían empezado a hacer en 1933, es decir, lo que las grandes empresas esperaban que hicieran: aumentar la cuota del capital y reducir la del trabajo en el producto social.

Si las filiales alemanas de las empresas estadounidenses ganaron mucho dinero durante la guerra, no se debió únicamente a que las autoridades nazis encargaran cada vez más material y pagaran las abultadas facturas con el dinero robado a sus víctimas judías, con el oro saqueado de los bancos nacionales de los países ocupados, como Bélgica, y con otras formas de botín recogidas durante sus sangrientas guerras de conquista y mientras cometían sus monstruosos crímenes. Otras razones de esta elevada tasa de beneficios que no hay que descuidar fueron la regresiva política social del régimen nazi y el uso masivo del trabajo forzado. En cuanto alcanzaron el poder, los nazis liquidaron los sindicatos y los partidos obreros y transformaron así a la antes combativa clase obrera alemana en una *Gefolgschaft*, un rebaño de ovejas impotente y manso. Como consecuencia de ello, los salarios reales en Alemania disminuyeron entre 1933 y 1939, mientras que los beneficios aumentaron en consecuencia.

204

La escasez de mano de obra en tiempos de guerra, resultado de la movilización de millones de trabajadores, debería haber provocado normalmente un aumento de los salarios, como ocurrió en Estados Unidos en

[460] Gassert (2004), pp. 361-62; Spoerer (1996), p. 151.

aquella época, o al menos haber seguido el ritmo de la subida de los precios. En efecto, en el "mercado del empleo", como en todos los mercados, se supone que el precio de un producto viene determinado por el juego de la oferta y la demanda. Si la oferta de mano de obra disminuye, su precio, es decir, los salarios, deberían aumentar. Pero no fue así, porque los nazis intervinieron en beneficio de la patronal y en perjuicio de los obreros y demás asalariados. Ya el 4 de septiembre de 1939, apenas unos días después del comienzo de la guerra, el régimen de Hitler congeló oficialmente los salarios y los precios, presumiblemente para impedir que nadie se beneficiara de la guerra. En la práctica, los precios siguieron subiendo, mientras que la situación salarial era más compleja: los salarios a veces se mantenían al mismo nivel, a veces bajaban y a veces aumentaban ligeramente debido a la escasez de mano de obra, que empeoraba constantemente.[461] Sin embargo, en el transcurso de la guerra, las horas de trabajo aumentaron sistemáticamente, porque en Berlín los propietarios y directivos de las empresas alemanas habían insistido en la necesidad de que las horas de trabajo fueran "lo más flexibles posible".[462]

Las filiales alemanas de las empresas estadounidenses no constituyeron una excepción a la regla general de que los trabajadores alemanes tenían que trabajar más tiempo por salarios más bajos durante la guerra. Sabemos, por ejemplo, que a partir de mayo de 1940 los empleados de Opel y Singer tuvieron que trabajar al menos sesenta horas semanales. Al mismo tiempo, sus salarios se redujeron, lo que provocó protestas en la fábrica de Opel en Rüsselsheim contra este robo salarial, como lo llamaban los trabajadores. A pesar de ello, la semana laboral se alargó aún más y, a finales de 1942, los trabajadores tenían que trabajar hasta sesenta y seis horas semanales.[463]

Durante la guerra, las inversiones estadounidenses en Alemania también debieron su alta rentabilidad al hecho de que podían aprovecharse, y así lo hicieron, del sistema nazi de bajos salarios y largas jornadas laborales. Sin embargo, durante la guerra se hizo cada vez más difícil para los empresarios contratar trabajadores, porque un gran número de ellos tuvo que servir como carne de cañón en el frente. En las fábricas, sus puestos fueron ocupados por trabajadores forzados. Éstos no eran tan eficaces como los alemanes, pero se les podía obligar a trabajar más tiempo y era posible pagarles un salario muy bajo, o incluso ningún salario, y darles de comer muy poco. Gracias a la contratación masiva de este tipo de mano de obra, se podía ganar aún más dinero. Las empresas alemanas aprovecharon al máximo esta oportunidad, al

---

[461] Focke y Reimer, pp. 141-42; Bettelheim, II, p. 30; Diehl, pp. 82-85.
[462] Engelmann (1975), pp. 263-64; Recker, especialmente p. 436; cita de Hörster-Philipps, p. 286.
[463] Turner (2005), p. 144; Kugler (1997b), pp. 71, 86; Billstein et al., pp. 45-46; **"Das Nähmaschinenwerk ...".** Sobre el destino de los trabajadores alemanes durante la guerra en general, véase Focke y Reimer, pp. 166-69.

igual que las sucursales alemanas de las empresas estadounidenses.

205 La escasez de mano de obra en Alemania se hizo permanente tras el fracaso de la *Blitzkrieg* en la Unión Soviética en 1941. Este punto de inflexión de la Segunda Guerra Mundial impidió que los trabajadores movilizados regresaran a las fábricas tras una campaña de sólo unos meses, como se había previsto; de hecho, millones no regresarían nunca. En consecuencia, los nazis tuvieron que recurrir cada vez más a trabajadores extranjeros, de los cuales la mayoría fueron deportados a Alemania para ser puestos a trabajar en condiciones que con demasiada frecuencia resultaron abominables. Junto con millones de prisioneros de guerra de países como la Unión Soviética y Francia, así como innumerables prisioneros de campos de concentración, estos trabajadores extranjeros iban a constituir una gigantesca reserva de mano de obra que se ponía a disposición de cualquier empresario que necesitara trabajadores. A cambio, el empleador tenía que pagar una suma bastante modesta a las SS, que mantenían la disciplina entre estos esclavos, porque este sistema equivalía efectivamente a una forma de esclavitud.

Como prácticamente todas las empresas alemanas, las filiales de empresas estadounidenses también se sirvieron con avidez de los esclavos que los nazis pusieron a su disposición. La Yale & Towne Manufacturing Company, con sede en Velbert, en Renania, aprovechó "la ayuda de trabajadores de Europa del Este" para generar "beneficios considerables", y Coca-Cola se benefició de la contratación de trabajadores extranjeros, así como de prisioneros de guerra, en su oficina principal de Essen y en sus numerosas plantas embotelladoras. Kodak también hizo abundante uso de trabajadores forzados en sus fábricas de Stuttgart y Berlín-Köpenick.[464]

De la *Ford-Werke se* afirma que la empresa buscó "celosa, agresiva y exitosamente" reclutar trabajadores extranjeros así como prisioneros de guerra a partir de 1941, el año en que los trabajadores alemanes conquistaron la lejana *Ostland*, las prometidas "tierras del este". En el verano de 1943, la mitad de los aproximadamente cinco mil trabajadores de Ford en Colonia eran trabajadores forzados, incluidas innumerables mujeres.[465] Karola Fings, una investigadora alemana que ha estudiado meticulosamente las actividades de *FordWerke* durante la guerra, ha escrito que la sucursal alemana de Ford aprovechó al máximo las considerables ventajas que se derivaban de la política nazi de bajos salarios en general, pero aumentó sus beneficios sobre todo mediante el uso de *Ostarbeiter*, trabajadores forzados procedentes de países del este como Polonia y la Unión Soviética. Estos desgraciados tenían que trabajar como esclavos un

[464] Reymond, p. 311; Friedman.

[465] "Ford-Konzern wegen Zwangsarbeit verklagt"; véase también ZwangarbeiterInnen [sic] bei Ford AG Köln.

mínimo de doce horas al día (excepto los domingos) y no recibían salario alguno. La mayoría eran alojados en un campamento de barracones primitivos y recibían muy poca comida. Al parecer, se reservó un trato aún peor al número relativamente limitado de reclusos del infame campo de concentración de Buchenwald que fueron puestos a trabajar en *Ford-Werke en el* verano de 1944.[466]

206

Opel nunca recurrió al servicio de prisioneros de campos de concentración, al menos no en sus principales fábricas de Rüsselsheim y Brandenburgo. Sin embargo, la filial alemana de General Motors tenía un apetito insaciable por otros tipos de trabajo forzado, especialmente prisioneros de guerra. Según la investigadora alemana Anita Kugler, las principales características del empleo de este tipo de esclavos, en su mayoría ciudadanos soviéticos, en las fábricas de Opel, eran "la máxima explotación. El peor trato posible y... la pena de muerte incluso en caso de delitos menores".[467]

¿Los nazis obligaron a *Ford-Werke*, Opel y otras filiales alemanas de empresas estadounidenses a utilizar mano de obra forzada? ¿Existían formas alternativas de trabajo? ¿Hasta qué punto eran realmente malas las condiciones de trabajo de los trabajadores forzados en estas filiales? Cuestiones como éstas han sido objeto de viva controversia. Las barricadas de la apologética han sido defendidas principalmente por Simon Reich y Henry Ashby Turner —remunerados por sus servicios, respectivamente, por Ford y General Motors, como recordamos— contra los ataques dirigidos por historiadores como Karola Fings, Anita Kugler, Hans G. Helms y Max Wallace.[468] En cuanto a la utilización de un número ciertamente limitado de prisioneros de Buchenwald en la fábrica de *Ford-Werke*, hay que tener en cuenta que los prisioneros de los campos de concentración sólo se ponían a disposición de una empresa bajo demanda específica; eso es lo que declaró después de la guerra el infame comandante de Auschwitz, Rudolf Höss.[469] A la inversa, también hubo casos de empresas que rechazaron la oferta nazi de poner a disposición a los presos de los campos de concentración; así lo afirma el historiador Mark Spoerer, pero lamentablemente no cita ni un solo ejemplo.[470] Spoerer identifica las principales razones por las que la mayoría de las empresas, si no todas,

---

[466] Fings, p. 108. Véase también Silverstein, p. 14; Billstein et al., pp. 53-55, 135-56; Wallace, pp. 325 y ss.; *Research Findings*, pp. 45-72; von Hassell y MacRae, pp. 107-8; Hoven.

[467] Kugler (1997a), p. 57, y (1997b), pp. 72-76, cita de la p. 76; Billstein et al., pp. 53-55; Turner (2005), pp. 145-46; Bauer, Fritze, Geschke, Hesse y Silz, pp. 134-36. Hace unos veinte años, primero Opel y luego Ford-Alemania decidieron contribuir a un fondo creado por el gobierno alemán para compensar a los escasos supervivientes entre los trabajadores extranjeros que tuvieron que trabajar como esclavos en las fábricas alemanas durante la guerra; véase von Hassell y MacRae, p. 109.

[468] Reich (2004), pp. 119-22; Wallace, pp. 336, 343; Weixelbaum (2010).

[469] Hörster-Philipps, p. 340

[470] Spoerer (2001), p. 239.

decidieron, sin verse obligadas, recurrir a trabajadores forzados. En primer lugar, la producción de material de guerra era un negocio muy lucrativo; sin embargo, durante la guerra, debido a la escasez de mano de obra, apenas era posible producir sin recurrir a trabajadores extranjeros, que en su inmensa mayoría eran trabajadores forzados. En segundo lugar, las empresas que no hubieran recurrido a los trabajadores forzosos corrían el riesgo de verse superadas en el ámbito de la producción (y, por tanto, en rentabilidad) por competidores que sí se aprovechaban del trabajo forzoso; y las empresas que no producían material de guerra debido a la insuficiencia de mano de obra también corrían el riesgo de que las autoridades nazis confiscaran su maquinaria ociosa para prestársela o vendérsela a un competidor más cooperativo. El resultado neto de todo esto fue que la mayoría de las empresas ni siquiera se plantearon rechazar el uso de mano de obra forzada, sino que compitieron ferozmente para obtener la mayor cantidad posible de este recurso indispensable pero escaso.

207

La decisión de recurrir o no al trabajo forzoso no era una cuestión de moralidad personal o de "ética empresarial" de los propietarios o directivos de una empresa, como nos quiere hacer creer el historiador alemán Werner Plumpe. Plumpe sostiene que la decisión de recurrir o no a los trabajadores forzosos era el resultado de una elección libremente tomada por cada empresa o empresario: la elección equivocada, es decir, recurrir a los esclavos, era la elección tomada por los individuos "malos" y las empresas "malas", mientras que la elección correcta, es decir, rechazar la oferta de recurrir a los esclavos, era la elección tomada por los individuos y las empresas "buenos".[471] De forma similar, otro historiador,

S. Jonathan Wiesen, sugiere que la decisión de un empresario de recurrir o no a trabajadores forzados era una decisión muy personal y, por tanto, una cuestión de psicología. Según Wiesen, el problema era el "oportunismo" de "algunos" industriales alemanes, cuyo "afán de lucro [...] les llevó a participar en una serie de empresas atroces", como el empleo de esclavos; concluye que los vicios personales, a saber, el "oportunismo" y, sobre todo, la "codicia", "impulsaron a demasiados 'empresarios apolíticos' a incurrir en conductas odiosas".[472] Sin embargo, prácticamente todas las grandes empresas alemanas, incluidas las filiales de sociedades estadounidenses, acabaron optando por el recurso al trabajo forzoso. ¿Eran sus gerentes y/o propietarios sin excepción individuos "oportunistas" y "codiciosos", eran todos "malvados"? En realidad, sus vicios o virtudes personales no desempeñaron ningún papel. No tenían elección. Incluso los directivos más virtuosos se vieron obligados a recurrir al

[471] Spoerer (2001), p. 239.
[472] Wiesen.

trabajo forzoso por la lógica de un sistema capitalista que, en el llamado mercado libre, sólo permite producir y obtener beneficios —y, por tanto, sobrevivir y prosperar— en competencia despiadada con otros productores. Así lo reconoce silenciosamente Mark Spoerer, que ha escrito:
208

> La implicación de empresas de propiedad privada en los crímenes del régimen nazi ... estaba motivada por la eterna necesidad de maximizar los beneficios, que motivaba a los directivos de las empresas incluso durante la guerra ... Si este es realmente el caso, la lección que nos enseña la historia de la industria en el Tercer Reich es pesimista: las empresas basadas en la propiedad privada y que funcionan dentro de un sistema impulsado por el principio de la competencia, tenderán a cometer crímenes, al menos si el Estado proporciona el marco legalista necesario ...[473]

Es obvio que Spoerer se refiere al sistema capitalista, del que la propiedad privada y la competencia son el alfa y el omega. ¿No es igualmente obvio que el "oportunismo y la "avaricia" mencionados por Wiesen son vicios sistémicos y no personales? Conclusión: si casi todas las empresas activas en la Alemania de Hitler, incluidas las sucursales de corporaciones estadounidenses, acabaron explotando a trabajadores forzados y se dejaron "enredar" en muchos otros crímenes del régimen nazi, ello no se debió a ninguna maldad personal de los gestores o propietarios de esas empresas, sino a un sistema capitalista que exige que hasta el más bondadoso de los empresarios sea "ávido" de beneficios y se lance "oportunistamente" ante cualquier oportunidad de obtener ganancias.

Ya en el siglo XIX, el capitalismo se envolvió en el manto ideológico del liberalismo, es decir, la ideología que glorifica la libertad. Es una ideología poderosa, porque difícilmente se puede estar en contra de la libertad. Sin embargo, la libertad es un concepto abstracto, que sólo existe en teoría. En la práctica, hay muchas formas diferentes de libertad. La libertad querida por la ideología del liberalismo es claramente una forma específica de libertad: la libertad de empresa, la libertad del empresario, del capitalista, de la persona que posee y controla el capital. La libertad del liberalismo no es, desde luego, la libertad del trabajo, de los trabajadores, de los asalariados. En vista de ello, no es en absoluto contradictorio que, bajo el nazismo, el capital floreciera gracias al trabajo forzoso, es decir, gracias al trabajo no libre, gracias a la no libertad, a la no libertad del trabajo. De hecho, bajo el nazismo, y gracias al nazismo, el capital se hizo aún más libre en la medida en que el trabajo se hizo

[473] Spoerer (1998), p. 68.

menos libre. Se puede decir que el nazismo fue una estratagema que permitió al capital maximizar su libertad mientras oprimía al trabajo o, dicho de otro modo, maximizando la *Unfreiheit* (falta de libertad) de los trabajadores alemanes y, aún más, de los trabajadores extranjeros.[474]

[474] Véase Eichholtz (1999c).

210

CAPÍTULO 17
ÚTILES BANQUEROS Y AGENTES SECRETOS

A los nazis no les molestaba el hecho de que, incluso durante la guerra, el capital inversor estadounidense obtuviera enormes beneficios en Alemania. Esto no es sorprendente porque fue precisamente por su respeto a las reglas del juego del capitalismo, incluido el capitalismo internacional, por lo que los nazis y otros fascistas ya habían gozado de la simpatía y el apoyo de las grandes empresas tanto en Alemania como en Estados Unidos mucho antes de la guerra. Esta regla fue regurgitada por los propios nazis en el lema *jedem das seine,* que suele traducirse como "cada uno tiene lo que (o se) merece"; pero su traducción literal, y significado real, es en realidad "a cada uno lo suyo". Esta máxima se exhibía en grandes letras sobre la puerta de entrada a Buchenwald, uno de los campos de concentración a los que se enviaba a los comunistas, en su mayoría para eliminarlos físicamente, pero al menos en teoría con el fin de "reeducarlos". Hitler y los nazis en general acataron el mandamiento del respeto a la propiedad privada hasta el final de su reinado. En el Tercer Reich, los beneficios de una empresa no iban a parar a las arcas del Estado, como se da a entender con demasiada frecuencia en los medios de comunicación transatlánticos, sino a las carteras de los propietarios y accionistas. Esto también se aplicaba al caso de las filiales de las empresas estadounidenses, aunque sus beneficios no pudieran "repatriarse" inmediatamente a las oficinas centrales de la empresa en Estados Unidos. Entonces, ¿qué ocurrió con el dinero que las corporaciones estadounidenses acumularon con tanto celo durante la guerra en la tierra del enemigo alemán?

211

Respetando las reglas del juego del capitalismo internacional, los amos nazis de Alemania permitían que los beneficios generados cada año por las filiales de las empresas enemigas se abonaran en una cuenta a nombre de la empresa madre, para ponerlos a su disposición al final de las hostilidades. Sabemos que así ocurrió en el caso de Opel. Gracias a la integridad —al menos en este aspecto— de los nazis, al final de la Segunda Guerra Mundial Opel había acumulado beneficios por un valor total de 22,4 millones de marcos del Reich. En 1951, General Motors recuperó estos pequeños ahorros, aunque entretanto se habían reducido a "apenas" 261.061 dólares a causa de las reformas

monetarias de la posguerra. La apropiación de esta suma relativamente modesta, señala Henry Ashby Turner, basta para declarar a General Motors culpable de acumular beneficios mediante el uso de trabajadores forzados mientras producía material de guerra para el Tercer Reich de Hitler.[475] Por otra parte, sería un gran error concluir que esta fue la totalidad de los beneficios obtenidos por GM en Alemania durante la guerra; de hecho, no era más que la pequeña punta de un enorme iceberg cuya masa normalmente permanecía bajo el agua, es decir, discretamente escondida en la propia Alemania.

Aunque en teoría estaba prohibido hacerlo durante la guerra, las filiales estadounidenses también siguieron reinvirtiendo sus beneficios en la propia Alemania, como ya habían hecho antes de 1939. En consecuencia, el valor total de las inversiones alemanas de las empresas matrices siguió aumentando. En 1942, por ejemplo, Opel adquirió una fundición en Leipzig llamada Edmund Becker. Desde los años veinte, esta empresa había suministrado a las sucursales alemanas de GM productos como bloques de motor de hierro fundido, utilizados en la producción de los aviones que salían de las cadenas de montaje de Rüsselsheim.[476] También seguía siendo posible reciclar los beneficios en la modernización de las fábricas y la maquinaria propias, como hacían muchas empresas puramente alemanas. Esto, por supuesto, también supuso un aumento del valor total de los activos alemanes de la empresa matriz estadounidense. Al parecer, este planteamiento contribuyó a que el valor de *Ford-Werke* aumentara en tiempos de guerra de 60,4 millones de marcos del Reich en 1939 a 68,8 millones en 1945. Estas son las cifras oficiales, pero hay buenas razones para creer que, durante la guerra, el valor real de la filial alemana de Ford se duplicó con creces.[477]

212

También existían posibilidades de expansión en los países ocupados de Europa e incluso en algunas colonias de estos países. En 1941, la sucursal de Ford en Francia utilizó sus beneficios para crear una fábrica de tanques en la ciudad argelina de Orán. Esa fábrica *suministró* al *Afrikakorps* de Rommel parte de los camiones, tanques y demás material que necesitaba para avanzar hacia El Alamein y amenazar Alejandría, en Egipto. Dado que la *Ford-Werke* de Colonia mantenía estrechas (y dominantes) relaciones con Ford-Francia, es posible que el proyecto argelino hubiera sido financiado, al menos en parte, con dinero obtenido por Ford en Alemania.[478] En 1943, *Ford-Werke* abrió una fundición en Lieja —al otro lado de la frontera belga, pero cerca de Colonia—

[475] Turner (2005), pp. 147-49, 158.
[476] Carta al autor de A. Neugebauer, del Archivo Municipal de Rüsselsheim, 4 de febrero de 2000; Lindner, pp. 126-27.
[477] *Research Findings*, p. 133; Silverstein.
[478] Helms, p. 115; Higham, pp. 158-59.

para la producción de piezas de recambio.[479]

Tampoco es seguro que estas empresas no pudieran repatriar sus beneficios a Estados Unidos. De hecho, las corporaciones estadounidenses podían contar con los experimentados servicios de las sucursales parisinas de ciertos bancos estadounidenses como Guaranty Trust, Chase Manhattan y el banco de J.P. Morgan, Morgan & Company. En la época de Pearl Harbor, el Chase Manhattan, originalmente conocido como Chase National Bank, era una de las instituciones más ricas y poderosas de Estados Unidos. Formaba parte del imperio de los Rockefeller, al igual que Standard Oil, era el socio estadounidense de IG Farben y, al igual que Standard Oil, mantenía excelentes relaciones con miembros de la élite industrial, financiera y política de la Alemania nazi, incluidos nazis de alto rango. Eso explica, al menos en parte, por qué, bajo la ocupación alemana, su filial parisina siguió abierta al negocio hasta el final de la guerra y pudo contribuir a la "preservación de los activos financieros y físicos angloamericanos en la Europa Occidental ocupada". La sucursal parisina del Chase prosperó gracias a su estrecha colaboración con las autoridades alemanas de ocupación, un hecho del que era muy consciente la sede central en Nueva York. El embajador de la Alemania nazi en Francia, Otto Abetz, tenía una cuenta personal en Chase Manhattan.[480] Antes de la entrada de Estados Unidos en la guerra, Chase había ganado mucho dinero haciendo negocios con la Alemania nazi en los propios Estados Unidos. Vendía allí marcos del Reich a cambio de dólares a inmigrantes alemanes que querían regresar a su *Heimat* (patria), que, bajo los auspicios de Hitler, se encaminaba hacia un futuro próspero y glorioso, o eso les parecía a muchos de ellos. Este tipo de negocio era muy útil para los nazis, porque les ayudaba a acumular reservas de divisas, necesarias para comprar materias primas estratégicas como el petróleo.[481] Durante la guerra, e incluso después de la entrada de Estados Unidos en ella, el Chase no fue el único banco estadounidense que continuó sus actividades en París. La sucursal local de Morgan and Company también permaneció abierta al negocio, que al parecer le reportaba un "modesto beneficio"; el mariscal Pétain era uno de sus clientes.[482] De estos bancos, y de otras empresas estadounidenses activas en la Francia ocupada por los alemanes, el historiador alemán Dietrich Eichholtz ha escrito que "su discreta colaboración con los alemanes siguió siendo espléndida hasta el momento de la Liberación".[483]

213

[479] *Resultados de la investigación*, p. 133.
[480] Higham, pp. 20-31; cita de Liebig. Véase también el documental "Banking with Hitler".
[481] Goda, pp. 173-93.
[482] Chernow, pp. 450-54.
[483] Eichholtz (1996), p. 530.

También es posible que una parte de las riquezas acumuladas por las empresas estadounidenses en el Tercer Reich fueran repatriadas a Estados Unidos a través de Suiza. Según Edwin Black, este país neutral funcionó como una especie de "centralita para las intrigas comerciales en la época nazi". De hecho, bastantes empresas estadounidenses tenían allí una oficina que actuaba como intermediaria entre la sede central de la empresa en Estados Unidos y la filial (o empresa asociada) en Alemania o en los países ocupados. Estos servicios podrían muy bien haber incluido la "canalización de beneficios", como escribe Black, refiriéndose al caso de la sucursal suiza de IBM.[484]

Para todo tipo de transacciones financieras con la Alemania nazi, también se podía recurrir a los servicios del BPI, el Banco de Pagos Internacionales, con sede en Basilea.[485] Incluso después de Pearl Harbor, la estrecha colaboración germano-estadounidense en el seno del BPI no llegó a su fin. Un alemán, Paul Hechler, miembro del NSDAP, fue su director general durante la guerra, mientras que un estadounidense, Thomas H. McKittrick, fue su presidente a partir de 1940. (Había sustituido al holandés Johan Willem Beyen, antiguo ejecutivo de Philips en Eindhoven y de varios bancos holandeses, "muy conocido por sus simpatías nazis", que había dimitido para convertirse en uno de los altos directivos de Unilever en su país natal.[486]) Además, los ejecutivos del BPI colaboraban activamente con representantes de corporaciones alemanas y estadounidenses, de las cuales un gran número se presentaba regularmente en la Suiza neutral para hacer algunos negocios. McKittrick era amigo del agente secreto estadounidense Allen Dulles, instalado en Suiza desde 1942. Antes de la guerra, Dulles y su hermano, John Foster Dulles, habían sido socios del bufete Sullivan & Cromwell, un despacho jurídico de Nueva York especializado en inversiones estadounidenses en Alemania e inversiones alemanas en Estados Unidos.

214

Los hermanos Dulles mantenían excelentes relaciones con todo tipo de banqueros, hombres de negocios, abogados y altos burócratas del partido y del Estado en la Alemania nazi, incluidos numerosos "pesos pesados"; y en Suiza ya habían establecido varios holdings en la sombra durante los años treinta. Tras el inicio de la guerra, John Foster Dulles se convirtió en abogado del BPI en Nueva York. Pero su hermano Allen pasó a trabajar para el recién fundado servicio secreto estadounidense, la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), precursora de la CIA. El jefe de este servicio era William Joseph (apodado Wild Bill) Donovan, él mismo antiguo abogado de Wall Street y gran conocido

---

[484] Black (2001), p. 73; Black (2004); Helms, p. 115.

[485] Higham, pp. 1-19, dedica un capítulo entero al BPI. Sobre McKittrick, el banquero americano de Hitler, véase el libro de Charguéraud. Véase también el documental "Banking with Hitler".

[486] Charguéraud, pp. 16, 19. Véase también "Johan Willem Beyen".

de Westrick, el abogado alemán de Ford y Standard Oil, y por tanto el homólogo alemán de Allen y John Foster Dulles.[487] Durante la guerra, Westrick actuó como administrador de las filiales alemanas de ITT y Kodak.[488] El hecho de que Allen Dulles renunciara a una lucrativa carrera jurídica para convertirse en espía suele atribuirse a su gran patriotismo. Sin embargo, es probable que no fuera una coincidencia que se dirigiera a Berna. "Con un pie en el espionaje y otro en los negocios", como ha dicho Pierre Abramovici,[489] podía mantenerse fácilmente en contacto con sus numerosos contactos comerciales alemanes, que incluso podían visitarle allí.

El BPI era el centro de una tela de araña formada por banqueros, industriales y abogados estadounidenses y sus homólogos alemanes. Entre estos últimos había peces gordos nazis, incluso altos cargos de las SS, una especie de partido dentro del Partido Nazi. Las SS habían construido un imperio económico que no competía con las corporaciones alemanas sino que colaboraba estrechamente con ellas, una colaboración que se ejemplificaba con la presencia de fábricas de IG Farben y otras empresas cerca de los campos de concentración y exterminio dirigidos por las SS; y eran las SS las que suministraban la mano de obra esclava (ab)utilizada en esas fábricas. Uno de los jefes de las SS que disfrutaba de excelentes contactos con el BIS y con socios estadounidenses, entre ellos Dulles, era Walter Schellenberg, jefe del SD (*Sicherheitsdienst*, "servicio de seguridad" del NSDAP), estrecho colaborador de Himmler. Las SS estaban especializadas en la comercialización de los bienes de las víctimas del Holocausto y en la organización de los trabajos forzados de los prisioneros de los campos, por lo que mantenían estrechos contactos con innumerables industriales y banqueros, no sólo alemanes, sino también suizos y estadounidenses. El capital así obtenido se utilizó para la compra en el extranjero de todo tipo de cosas que los nazis necesitaban para continuar la guerra el mayor tiempo posible, como mineral de hierro y rodamientos de bolas de Suecia y wolframio de Portugal. Hacia el final de la guerra, una parte considerable de este capital se guardó en el extranjero para que sirviera como una especie de fondo de jubilación para los nazis que pudieran encontrar refugio en países como Argentina. El BPI, Allen Dulles y otras personalidades, bancos y empresas estadounidenses colaboraron activamente en este proyecto.[490]

215

Durante la guerra, el BPI funcionó así como una especie de club privado en el que los industriales estadounidenses y alemanes, sus principales abogados y

[487] Higham, p. 98; Liebig.
[488] Friedman; Sutton, p. 61
[489] Abramovici, p. 5.
[490] Liebig; "Hitlers beflissene Hehler"; Steinacher, pp. 190-93.

sus banqueros favoritos podían reunirse de forma cómoda, acogedora y en beneficio mutuo, y ello a pesar de que sus patrias estaban en guerra entre sí. "Estos banqueros ricamente pagados se llevaban de maravilla", escribió un periodista en 1997 en un artículo del semanario alemán *Der Spiegel,* "mientras lejos del país neutral e idílico en el que casualmente se encontraban, los soldados de sus respectivos países se dedicaban a masacrarse sin piedad en todos los frentes".[491] O, como dijo el escritor francés Paul Valéry al final de la Primera Guerra Mundial: La guerra [es] un acontecimiento en el que personas que no se conocen se masacran mutuamente en beneficio de personas que se conocen muy bien pero que no se masacran entre sí.

Los servicios prestados por el BPI a sus clientes estadounidenses incluían la repatriación de los beneficios obtenidos en Alemania. Así ocurrió con el magnate del petróleo William Rhodes Davis, mencionado anteriormente, que hizo negocios de oro con la marina alemana, por ejemplo, suministrando clandestinamente combustible a sus submarinos en puertos caribeños y sudamericanos. A través de Lisboa y Buenos Aires, el BPI le remitía al menos una parte de los beneficios obtenidos por su filial alemana con sede en Hamburgo, *Eurotank Handelsgesellschaft.*[492] También se sabe que, durante la guerra, el BPI manejó enormes cantidades de plata y oro saqueados en nombre de los nazis. Utilizó estos lingotes para pagar a los proveedores suecos los "millones de toneladas de mineral de hierro" importadas por los alemanes para ser transformadas en "el acero necesario para fabricar tanques y piezas de artillería." De este modo, las grandes empresas suecas también se beneficiaron de ayudar a la Alemania nazi a prolongar la guerra.[493]

Terminemos este capítulo con un "final feliz", o mejor dicho, una "continuación feliz", de la saga bélica del BPI — y de McKittrick. La institución financiera con sede en Basilea nunca tuvo problemas por su colaboración con los nazis, y McKittrick pudo seguir siendo su presidente.[494] Terminó su carrera en el BPI en 1946, se reincorporó al Chase National Bank de Nueva York y se jubiló en 1954. A su muerte, en 1970, el *New York Times* publicó una necrológica laudatoria, con el título "T.H. McKittrick, financiero a escala mundial".[495]

---

[491] Cita de "Hitlers beflissene Hehler".
[492] Higham, p. 72.
[493] LeBor, p. 206; Trepp (1998), pp. 71-80; Higham, pp. 1-19; Sampson (1973), p. 47; "VS-Banken collaboreerden met nazi's"; Clarke.
[494] Charguéraud, p. 12.
[495] Charguéraud, p. 111; "Thomas H. McKittrick Papers, 1924-1955".

217

CAPÍTULO 18
BOMBAS, DAÑOS E INDEMNIZACIONES

Durante la guerra, las empresas y los bancos estadounidenses registraron enormes beneficios en Estados Unidos.[496] Sin embargo, el grueso de estos beneficios lo "ganó" una élite relativamente pequeña de empresas que disfrutaron de un acceso privilegiado a la cornucopia de pedidos estatales; y esta élite resultó estar formada en su mayoría por empresas con filiales en Alemania. IBM, por ejemplo, ganó mucho dinero en la Alemania nazi, pero también consiguió beneficiarse enormemente de las maravillosas oportunidades de negocio que surgieron en Estados Unidos.[497] Edwin Black escribe que IBM pudo beneficiarse de todo tipo de pedidos estatales de material de guerra, hasta el punto de que su volumen de negocio se triplicó entre 1940 y 1945.[498] Durante la guerra, General Motors registró un beneficio de 673 millones de dólares con 13.400 millones en pedidos gubernamentales.[499] También para Coca-Cola los años de guerra fueron años dorados. La empresa de Atlanta se convirtió en el proveedor privilegiado de refrescos del ejército estadounidense. Los soldados se engancharon prácticamente a la Coca-Cola, convirtiéndola en una especie de símbolo de América y de la libertad, y acabaron haciendo que esta bebida fuera extremadamente popular en los países que liberaron. Coca-Cola consiguió así conquistar nuevos mercados, lo que a la larga tuvo una gran importancia. Pero eso no debe hacernos pasar por alto el hecho de que, durante la propia guerra, los beneficios aumentaron de unos 40 millones de dólares en 1939 a más de 82 millones en 1945.[500]

218

En Estados Unidos, las oficinas centrales de las empresas con sucursales en Alemania evitaron cuidadosamente llamar la atención sobre sus actividades en el país del enemigo nazi. Por el contrario, hicieron grandes esfuerzos para convencer al público estadounidense de su patriotismo. Ni un solo ciudadano estadounidense podría haber imaginado que General Motors, por ejemplo, que en su propio país financiaba la producción de carteles antialemanes, estaba implicada, en las lejanas orillas del Rin, en actividades que equivalían a

[496] Brandes, pp. 253-59, 263. Véase también Zinn, p. 416; Cashman, pp. 202-8.
[497] Higgs, pp. 186-88; Brandes, pp. 253-59, 263.
[498] Black (2001), p. 345.
[499] Farber, p. 223.
[500] Reymond, p. 280.

traición.[501] El gobierno estadounidense sabía perfectamente lo que ocurría en Alemania, pero apartaba la mirada mientras las empresas estadounidenses se enriquecían gracias a las actividades de sus filiales en un país en guerra con Estados Unidos o gracias a su comercio directo con el enemigo. Esta actitud tolerante tenía mucho que ver con el hecho de que, durante la guerra, las grandes empresas se habían vuelto aún más influyentes en Washington que antes. A partir de 1939, es decir, mucho antes de la entrada de Estados Unidos en la guerra, el Consejo de Relaciones Exteriores, fundado en 1921, vinculado a los Rockefeller y financiado en su totalidad por la Fundación Rockefeller, ejerció una influencia cada vez mayor sobre la administración Roosevelt en general, y sobre el departamento de Estado en particular. Compuesto casi exclusivamente por prominentes hombres de negocios y banqueros, este grupo de reflexión privado, una "élite de los negocios y las finanzas", consiguió colocar a sus "expertos" en innumerables puestos importantes del gobierno. Y así sucedió, según un historiador italiano, que "la agenda de las altas finanzas se convirtió en la política oficial de Estados Unidos, de facto si no de jure", y que "el gobierno [del país] se convirtió en rehén de los intereses de las grandes empresas".[502]

Es un hecho que incluso antes, pero especialmente después de Pearl Harbor, una bandada de representantes de grandes empresas descendió a Washington para ocupar puestos importantes en la burocracia estatal. Presumiblemente estaban motivados por puro patriotismo, y amablemente ofrecían sus servicios por un salario de sólo un dólar al año, lo que hizo que se les apodara "hombres de un dólar al año". Sin embargo, la inmensa mayoría de estos voluntarios vinieron a promover los intereses de su empresa, a conseguir lucrativos encargos estatales en su nombre y también a salvaguardar sus inversiones en Alemania y la Europa ocupada. William S. Knudsen, por ejemplo, que había sucedido a Alfred P. Sloan como presidente de General Motors en 1938 y permaneció en ese puesto hasta 1940, se convirtió en director de la Oficina de Gestión de la Producción, una especie de ministerio encargado de la producción y compra de todo tipo de material de guerra, incluyendo, casualmente, el tipo de vehículos fabricados por General Motors.

219

El hecho de que en la década de 1930 Knudsen hubiera sido conocido como un sincero admirador de Hitler y amigo de Göring no parecía tener importancia. A Edward Stettinius Jr., otro antiguo ejecutivo de GM, también asociado con el gigante productor de acero US Steel y, por cierto, miembro del Consejo de Relaciones Exteriores, se le confió la responsabilidad de las entregas de Lend-

[501] Los carteles patrióticos financiados por General Motors pueden encontrarse en la colección fotográfica de los Archivos Nacionales de Washington, DC.
[502] Gaja, pp. 26-28; véase también "Council on Foreign Relations".

Lease a Gran Bretaña y otros países aliados; como ya hemos visto, este proyecto se convirtió en una mina de oro para General Motors, Ford y otras corporaciones. En 1943, Stettinius pasó al Departamento de Estado, y en noviembre de 1944 se convirtió en su jefe. Otro industrial que se transformó sin problemas en burócrata del gobierno fue Charles E. Wilson, presidente de General Electric; se convirtió en uno de los hombres más poderosos del Consejo de Producción de Guerra (WPB), institución encargada de la producción y distribución de material bélico y combustible. El historiador estadounidense Gabriel Kolko ha escrito que la creación del WPB en enero de 1942 fue una iniciativa de las grandes empresas, que "unos mil miembros clave de [su] personal eran ejecutivos de empresas a los que pagaban sus corporaciones y no el gobierno", y que "era esencialmente una extensión de las mayores firmas de la comunidad empresarial".[503]

Los representantes de las grandes empresas también se instalaron en las oficinas de los servicios secretos en Washington y otros lugares. Como ya sabemos, William Donovan, un abogado de Wall Street íntimamente ligado al mundo de los negocios y las finanzas, se convirtió en jefe de la OSS. Y otro habitante de Wall Street, directamente relacionado con empresas estadounidenses con inversiones en Alemania, Allen Dulles, se convirtió en uno de los más estrechos colaboradores de Donovan; se instaló en Berna, Suiza.[504] Según el historiador alemán Jürgen Bruhn, la OSS era "desde un punto de vista social, una asociación de peces gordos corporativos, corredores de bolsa y abogados de Wall Street [etc.]".[505]

Mencionemos también el caso, menos importante pero típico, de Ed Forio, un ejecutivo de Coca-Cola, que viajó a Washington para ocupar una función directiva en el seno del WPB. Gracias a él, el productor de refrescos de Atlanta obtuvo el certificado de "proveedor de guerra". Esto permitió a su empresa quedar exenta del racionamiento de azúcar en tiempos de guerra y obtener así enormes beneficios abasteciendo a las tropas.[506] Recordemos que Max Keith, director de Coca-Cola GmbH, la filial de Coca-Cola en Alemania, realizó una maniobra similar al otro lado del Atlántico.

220

En estas circunstancias, no es de extrañar que el gobierno estadounidense mirara piadosamente hacia otro lado mientras las corporaciones del país amasaban inmensos beneficios en la tierra del enemigo nazi. Washington fue incluso más allá, otorgando una especie de bendición oficial a estas actividades traicioneras. El 13 de diciembre de 1941, apenas una semana después del

[503] Gaja, p. 28; Kolko (1994), p. 74.
[504] Gaja, pp. 30, 121-23.
[505] Bruhn, pp 17-18.
[506] Reymond, pp. 267-80.

ataque japonés a Pearl Harbor y sólo dos días después de la declaración de guerra alemana a Estados Unidos, Roosevelt emitió discretamente un decreto presidencial que permitía a las empresas estadounidenses hacer negocios con países enemigos o con países neutrales que mantuvieran buenas relaciones con países enemigos, previa autorización especial.[507] Es obvio que este decreto violaba el espíritu, si no la letra, de las presumiblemente estrictas leyes existentes contra cualquier forma de comercio con el enemigo.

En general, el gobierno estadounidense permitía a las empresas del país hacer negocios con el enemigo, ya fuera directa o indirectamente, es decir, a través de sus sucursales alemanas u otras extranjeras. Pero existían excepciones a esta regla general. En octubre de 1942, la Union Banking Corporation de Prescott Bush y otros proyectos de W. Averell Harriman que servían, como ya hemos visto, de tapadera a corporaciones alemanas, fueron confiscados como activos enemigos mientras durara la guerra. Sin embargo, según ciertas fuentes, Bush y Harriman siguieron colaborando con sus socios alemanes. Los activos del UBC fueron devueltos a sus propietarios después de la guerra, pero el banco se disolvió en 1951. Bush supuestamente ganó mucho dinero con la venta de sus acciones. Harriman también resurgió como el ave fénix de esta terrible experiencia. Entre 1946 y 1948, fue Secretario de Comercio en la administración Truman, y después se trasladó a París para gestionar el Plan Marshall.[508]

Para apaciguar a la opinión pública, se inició un proceso contra el más famoso infractor de las leyes contra el comercio con el enemigo, la Standard Oil. Pero los portavoces de esta empresa señalaron que "abastecía de combustible a un alto porcentaje del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea, [haciendo así] posible que Estados Unidos ganara la guerra". La corporación de los Rockefeller finalmente aceptó pagar una multa ridículamente leve "por haber traicionado a América". A cambio, se le permitió continuar sus lucrativos negocios con los enemigos de Estados Unidos.[509] Una investigación poco entusiasta sobre las actividades de IBM en la tierra del enemigo nazi, que olía a traición, fue igualmente abortada por la sencilla razón de que Estados Unidos, al igual que la Alemania nazi, necesitaba urgentemente la tecnología de IBM. Edwin Black señala que "IBM era en cierto modo más grande que la guerra. Ambos bandos no podían permitirse seguir adelante sin la importantísima tecnología de la empresa. Hitler necesitaba a IBM. También los aliados".[510]

221

El Tío Sam agitó severamente el dedo contra Standard Oil e IBM, pero la

---

[507] Higham, pp. xv-xxi.
[508] "W. Averell Harriman"; Buchanan y Michael; Aris y Campbell.
[509] Higham, pp. 44-46; Kümmel, pp. 172-74.
[510] Black (2001), pp. 333-48.

mayoría de las corporaciones y bancos que hacían negocios con Hitler nunca fueron molestados en absoluto. Por ejemplo, los vínculos mantenidos por el jefe de ITT, Sosthenes Behn, con la Alemania nazi eran un secreto público en Washington, pero Behn nunca experimentó ninguna dificultad. Al contrario, en 1946 recibió del Presidente Truman la Medalla al Mérito, la más alta distinción oficial que puede recibir un ciudadano estadounidense de a pie, por los excepcionales servicios que presumiblemente había prestado a su país durante la guerra. Behn yace enterrado en el cementerio de Arlington, no lejos de la tumba de John F. Kennedy y de los lugares de descanso de miles de soldados que perdieron la vida en la guerra contra los nazis amigos del jefe de la ITT.[511]

Durante la guerra, las grandes empresas, las corporaciones y los bancos, adquirieron un control sin precedentes sobre el Estado estadounidense. Incluso consiguieron transformar este Estado en un instrumento para alcanzar su objetivo primordial, la maximización de sus beneficios. Esto explica no sólo por qué las corporaciones estadounidenses podían hacer negocios con el enemigo impunemente, sino también por qué las filiales alemanas de estas corporaciones nunca fueron objeto de bombardeos sistemáticos por parte de los Aliados, a pesar de que su producción era extremadamente importante para el esfuerzo bélico nazi. Bernard Baruch, un financiero de Wall Street que se había convertido en asesor de alto rango del presidente Roosevelt, dio supuestamente la orden de no bombardear, o de bombardear muy ligeramente, determinadas fábricas en Alemania, incluidas las filiales de corporaciones estadounidenses. Si eso es cierto, explicaría por qué el centro histórico de Colonia fue arrasado por las bombas, mientras que la enorme fábrica de *FordWerke*, situada a orillas del Rin, en las afueras de la ciudad, y claramente identificable desde el aire, era supuestamente el lugar más seguro durante los bombardeos aéreos, aunque algunas bombas cayeran ocasionalmente sobre sus vastos terrenos. La ciudad de Colonia ya había sido bombardeada en más de setenta ocasiones, incluida una incursión con mil bombarderos en mayo de 1942.

LAS GRANDES EMPRESAS Y HITLER

— cuando, el 2 de octubre de 1944, la fábrica *Ford-Werke* fue atacada por primera vez por un solo B-17 estadounidense; en un segundo ataque, el 18 de octubre, intervinieron dos bombarderos. Estas dos incursiones causaron muy pocos daños, excepto en el campo vecino con barracones para los trabajadores forzados. (Desde el aire, este campamento también era claramente visible e identificable, ya que tenía un aspecto muy diferente al de la propia fábrica). Después de eso, la *Ford-Werke* no volvió a ser blanco de un bombardeo

[511] Higham, pp. 112-15; Sampson (1973), p. 40; Bower, pp. 78 79; Kümmel, pp. 235 36.

aliado.[512] Cuando las tropas estadounidenses entraron en Colonia en la primavera de 1945, descubrieron que el *Ford-Werke* estaba prácticamente intacto. Sin embargo, después de que Colonia fuera ocupada por los estadounidenses, el bombardeo de la ciudad por la artillería alemana situada al otro lado del Rin causó algunos daños en la infraestructura de la *Ford-Werke*; las fotos tomadas entonces se produjeron más tarde para sugerir que la fábrica había sido objeto de bombardeos aliados. (La fábrica de Ford en Amberes, Bélgica, fue igualmente "bastante extrañamente, prácticamente ignorada por los bombardeos aliados", como ha observado Thierry Grosbois). Otra empresa que permaneció indemne fue Bayer, con sede en Leverkusen, empresa asociada a Standard Oil a través de IG Farben. Es casi seguro que este vínculo hizo que no sólo esta fábrica sino también la sede central de IG Farben en Francfort no hubieran sido bombardeadas a finales de 1942, como informó un industrial sueco tras un viaje a Alemania. La fábrica de Bayer en Leverkusen probablemente también se salvó porque producía una serie de medicamentos contra enfermedades tropicales que se suministraban al ejército estadounidense para su uso en el teatro de operaciones de la guerra del Pacífico; éstos se enviaban a través de Suiza y Portugal, países neutrales. Otras fábricas que no fueron bombardeadas fueron las instalaciones, en Nuremberg y otros lugares, de AEG, una empresa electrotécnica en la que General Electric poseía un gran número de acciones.[513]

Las filiales alemanas de IBM también sobrevivieron a la guerra con muy pocos daños. Entre los primeros soldados estadounidenses que llegaron a la fábrica de Dehomag en Sindelfingen, escribe Edwin Black, se encontraban algunos antiguos empleados de IBM. Comprobaron que "todas las herramientas y máquinas estaban bien conservadas y listas para empezar a trabajar de inmediato". Informaron con entusiasmo al jefe de la empresa, Thomas Watson, de que "toda la fábrica [estaba] intacta, salvada por alguna razón desconocida por nuestros aviadores". Watson, que gozaba de excelentes contactos en los pasillos del poder en Washington, incluida la propia Casa Blanca, conocía sin duda la razón.

223

La fábrica de IBM en Berlín, por otra parte, había sido destruida durante los numerosos bombardeos aéreos aliados sobre la capital alemana. Sin embargo, escribe Black, eso sólo ocurrió después de que "la mayoría de los departamentos [hubieran] sido trasladados a distintos lugares del sur de Alemania", es decir, después de que los nazis hubieran dado la orden de

---

[512] "Bombardeo de Colonia en la Segunda Guerra Mundial"; ZwangarbeiterInnen [sic] bei Ford AG Köln ; Weixelbaum (2012).

[513] *Research Findings*, p. 106; Billstein et al., pp. 98-100, 118; Helms, pp. 115-16; Reich (1990), pp. 124-25; Wilkins y Hill, pp. 344-46; Sutton, pp. 44-46. Nota sobre Ford en Amberes de Grosbois, p. 204.

dispersar las instalaciones productivas en una operación de traslado (Auslagerung).[514] Algo parecido ocurrió con la gran fábrica de Opel en Rüsselsheim. También fue bombardeada tras una *Auslagerung,* y sólo resultó dañado aproximadamente el 10% de la infraestructura productiva. La producción seguía a pleno rendimiento cuando, el 25 de marzo de 1945, los soldados estadounidenses llegaron a Rüsselsheim.[515] La mayoría de las fábricas de las sucursales americanas en Francia, Bélgica y Holanda sufrieron igualmente sólo daños limitados por los bombardeos aliados. El resultado fue que no era nada raro que fábricas que una semana antes producían para el ejército alemán de repente estuvieran produciendo el mismo material para las fuerzas aliadas, como ha escrito Robert Sobel con respecto a las filiales de ITT.[516]

Después de la guerra, General Motors y las demás empresas estadounidenses que habían hecho negocios con —y en— la Alemania nazi no sólo no fueron castigadas, sino que incluso fueron compensadas por los daños sufridos por sus filiales como consecuencia de los bombardeos angloamericanos. General Motors e ITT recibieron pagos del Estado norteamericano por valor de 33 y 27 millones de dólares, respectivamente, en parte en forma de créditos fiscales. En el caso de ITT, la indemnización se refería sobre todo a los daños sufridos por la fábrica que había producido los aviones de combate Focke-Wulf. *Ford-Werke* había sufrido relativamente pocos daños durante la guerra y ya había recibido más de 100.000 dólares de indemnización del régimen nazi durante la guerra. La filial de Ford en Francia había conseguido que el régimen de Vichy le indemnizara con 38 millones de francos en 1942. A pesar de ello, Ford suplicó a Washington una indemnización de 7 millones de dólares y, tras largas negociaciones, la corporación recibió 785.321 dólares, el equivalente a unos 10,6 millones de dólares en 2017.[517]

Tales pagos compensatorios, por grandes o pequeños que fueran, constituyeron una notable muestra de la generosidad del Tesoro estadounidense, tanto más cuanto que las corporaciones implicadas ya habían recibido una exención fiscal durante la guerra por la supuesta pérdida de sus activos en Alemania. General Motors, por ejemplo, había declarado la pérdida de su inversión alemana, Opel, en su declaración de impuestos de 1941, lo que supuso un ahorro fiscal de aproximadamente 23 millones de dólares. En teoría, esto significaba que el gobierno estadounidense podía confiscar Opel al final de la guerra. En lugar de ello, permitió amablemente a General Motors

[514] Black (2001), pp. 406-9.
[515] Billstein et al., pp. 77-79; Heyl y Neugebauer, pp. 170-80.
[516] Sobel (1982), p. 110.
[517] *Research Findings*, p. 109; Wallace, pp. 342-43; Higham, pp. 159-60. Conversión a dólares de 2017 según US Inflation Calculator, www.usinflationcalculator.com.

recuperar sus activos alemanes en 1948 por un pago de 1,8 millones de dólares. Toda la operación supuso, por tanto, una desgravación fiscal de casi 21 millones de dólares —aproximadamente 213 millones en dólares de 2017—. Ford realizó una maniobra similar: la *Ford-Werke se dio de* baja en 1943 como pérdida por valor de unos 8 millones de dólares, pero se recuperó en 1954 por un pago de sólo 557.000 dólares. No hay que olvidar, por último, que la pérdida puramente ficticia de sus activos alemanes había permitido a los propietarios y gerentes de las casas matrices en Estados Unidos declinar su responsabilidad por las actividades altamente dudosas de sus filiales alemanas.[518]

[518] Silverstein, p. 16; Snell, p. 16; Higham, pp. 160, 177; Sampson (1973), p. 47; Reich (1990), p. 123; Billstein et al., pp. 73-75; *Research Findings,* pp. 108-9, 115-16; Black (2009), p. 118.

225

CAPÍTULO 19
ENTRE MORGENTHAU Y MOSCÚ

Debido a su rentabilidad durante la guerra y a la reinversión de sus beneficios en Alemania, y teniendo en cuenta los escasos daños que habían sufrido, el valor de las filiales alemanas de las empresas estadounidenses era considerablemente mayor al final de la guerra que en 1939. No es de extrañar que, a medida que la guerra llegaba a su fin en Europa, los propietarios y directivos de las empresas estadounidenses estuvieran ansiosos por recuperar estos valiosos activos. El hecho de que estuvieran muy bien representados en la cúspide de la jerarquía política, administrativa e incluso militar de su país resultó ser una tremenda ventaja en este contexto. Les permitió ayudar a decidir lo que iba a ocurrir con la Alemania vencida en general, y con sus activos alemanes en particular.

En la primavera de 1945, cuando las tropas estadounidenses penetraban profundamente en el corazón de Alemania, el jefe de ITT, Sosthenes Behn, tras enfundarse el uniforme de oficial estadounidense, recorrió Alemania en un jeep para inspeccionar personalmente sus filiales... y retomar el control de las mismas, por supuesto. Sin embargo, mucho más importante que esas acciones individuales fue el hecho de que las autoridades estadounidenses de ocupación en Alemania iban a contar con innumerables representantes influyentes de empresas como GM e ITT. Según Carolyn Woods Eisenberg, muchos de estos hombres

226

> [habían sido nombrados] por su experiencia personal en las relaciones con empresas alemanas, o también porque sus propias empresas ya habían hecho negocios en Alemania antes de la guerra. Así que participaron personas... de General Motors, por ejemplo. El director [William Draper, amigo de Thomas Watson de IBM] ... procedía de Dillon, Read & Company, una gran institución financiera que había realizado considerables inversiones en Alemania ya en los años 20 ... Muchas de estas personas tenían una relación personal con alguna gran empresa alemana ...[519]

[519] Cita de Eisenberg (1996), p. 144. Sobre la influencia de las empresas estadounidenses en la política de su país con respecto a Alemania, véase Higham (1983), p. 212 y ss.; Eisenberg (1982), p. 29, (1993), pp. 63-64,

Estos representantes de las corporaciones y bancos estadounidenses cruzaron el Atlántico para asegurarse de que, tras el fin de las hostilidades, Corporate America pudiera seguir cosechando los frutos de sus rentables inversiones en una Alemania derrotada y ocupada. También pretendían utilizar estas inversiones como trampolín para la penetración económica de Europa en general, un proyecto que puede decirse que se puso en marcha en la década de 1920 con la ofensiva inversora estadounidense en Alemania.

Sin embargo, tenían motivos para preocuparse por sus filiales en Alemania. Era imperativo impedir que se aplicara el Plan Morgenthau. Henry Morgenthau, secretario del Tesoro de Roosevelt, proponía desmantelar la industria alemana y reducir así el país a un remanso pobre e impotente. Los propietarios y directivos de las empresas con activos en Alemania eran muy conscientes de que el Plan Morgenthau podría anunciar el fin de sus inversiones en Alemania, por lo que hicieron todo lo posible para impedir su aplicación. Uno de los más feroces opositores al plan fue Alfred P. Sloan, el muy influyente presidente de General Motors, y en la década de 1930 un destacado filofascista y admirador de Hitler. William Draper, jefe de la división económica de las autoridades de ocupación estadounidenses en Alemania, oficial del ejército pero todavía vicepresidente de Dillon, Read & Co, fue igualmente un decidido enemigo del Plan Morgenthau. Apoyaba "firmemente las medidas para acelerar la recuperación económica de Alemania", incluso si esto significaba "dejar a algunos antiguos nazis en sus puestos en la industria".[520]

227

Sloan, Draper y otros líderes empresariales estadounidenses y sus representantes y amigos en Washington y dentro de las autoridades de ocupación estadounidenses en Alemania propusieron un curso de acción alternativo: la reconstrucción de una economía alemana que siguiera basándose en principios capitalistas, como había sido bajo el nazismo, para que pudieran seguir haciendo negocios y ganando dinero en Alemania. Al final, se impusieron. Tras la muerte de Roosevelt en abril de 1945, el Plan Morgenthau fue silenciosamente descartado, y el propio Morgenthau fue relevado de su función el 5 de julio de 1945 por el presidente Truman. Alemania —al menos su parte occidental— iba a ser reconstruida económicamente siguiendo líneas capitalistas, y las corporaciones estadounidenses iban a ser las grandes beneficiarias de este desarrollo, a pesar de que habían colaborado tan estrechamente con los nazis. El otro gran beneficiario de esta evolución fue el homólogo alemán del gran capital estadounidense, *Deutschland AG*, que, como ya hemos visto, había empezado a prepararse para una asociación de posguerra

y (1996), pp. 119-21; Billstein et al., pp. 96-97; Berghahn, p. 88; Simpson (1993); Greiner, pp. 262-66.

[520] "William Henry Draper, Jr."

con los estadounidenses tras la catástrofe de Stalingrado. Y sin embargo, numerosos alemanes siguen creyendo en el mito de Morgenthau, que sostiene que después de la guerra los estadounidenses intentaron realmente desmantelar la industria alemana. El éxito de este mito se debe a que ha permitido que los alemanes no sean percibidos como perpetradores sino como víctimas.

La reconstrucción de la economía alemana según el modelo capitalista no sólo implicaba que las sucursales alemanas de las empresas estadounidenses podían seguir existiendo, prosperando y ganando dinero en nombre de los accionistas de Estados Unidos, como habían hecho bajo el régimen de Hitler. También significaba que Alemania podía convertirse en un enorme mercado para todo tipo de productos industriales fabricados en Estados Unidos, así como en una "tierra de posibilidades ilimitadas" para el capital inversor estadounidense. La reconstrucción del país, en el que innumerables ciudades habían sido arrasadas por los bombardeos, ofrecía suntuosas oportunidades para maximizar los beneficios.[521] En 1945, no había un solo ejecutivo de empresa en Estados Unidos que no contemplara con entusiasmo la perspectiva de hacer negocios en la Alemania de la posguerra. Se esperaba con confianza que, bajo los auspicios estadounidenses, esta "nueva" Alemania abrazaría los principios de la libre empresa y el libre comercio y, por tanto, abriría las puertas de su economía a los productos y las inversiones estadounidenses. Sin embargo, era obvio que las grandes empresas, es decir, las corporaciones y bancos con filiales (o socios) en la propia Alemania, disfrutaban de las mejores perspectivas para beneficiarse de la próxima "fiebre del oro" entre el Rin y el Oder. Sus filiales alemanas habían sobrevivido a la guerra prácticamente intactas, y al final de ésta pudieron reanudar la producción casi de inmediato.[522] Cuando la guerra llegó a su fin, las empresas estadounidenses tenían más activos en Alemania que nunca, y unos activos mayores significaban mayores beneficios futuros, al menos en teoría. Esto resultó ser cierto: ya en el primer año de la posguerra, 1946, las inversiones alemanas de IBM, por ejemplo, produjeron un impresionante beneficio de 7,5 millones de Reichsmarks.[523]

228

Pero existía un factor que causaba quebraderos de cabeza a los industriales y banqueros estadounidenses que esperaban obtener pingües beneficios en la Alemania de la posguerra: el hecho de que, durante la guerra, en las reuniones con Churchill y Stalin, el presidente Roosevelt había acordado obligar a la Alemania derrotada a pagar cuantiosas indemnizaciones a los países donde los nazis habían causado enormes daños[524] . Se refería sobre todo, aunque no

[521] Véase, por ejemplo, Delanty, p. 121.
[522] Véase también Gatzke, p. 168; Altmann, p. 199.
[523] Black (2001), p. 424.
[524] Neugebauer, pp. 177-78.

exclusivamente, a la Unión Soviética. Los pagos de las reparaciones significaban que las riquezas producidas en Alemania serían esquilmadas durante un periodo indefinido en beneficio de los soviéticos, que el poder adquisitivo de los alemanes se reduciría y que esto minimizaría y posiblemente incluso eliminaría el potencial del país como mercado para los productos estadounidenses y como tierra de oportunidades para la inversión estadounidense. En resumen, las perspectivas de hacer negocios y obtener beneficios en Alemania se esfumarían en su mayor parte, si no por completo.

Lo que más molestaba a los empresarios estadounidenses sobre los pagos de reparación alemanes a la Unión Soviética era que todos los beneficios que en el futuro obtendrían las corporaciones alemanas no servirían para enriquecer a los propietarios de estas empresas, sino para contribuir a la reconstrucción de la Unión Soviética. Antes y durante la guerra, las sucursales alemanas de las empresas estadounidenses se habían hecho pasar por empresas alemanas, habían sido tratadas por las autoridades nazis como empresas alemanas y se habían beneficiado de la colaboración con el régimen nazi tanto como las empresas puramente alemanas. ¿Serían tratadas ahora estas sucursales también como empresas alemanas y, por tanto, tendrían que pagar el precio correspondiente, es decir, desembolsar sus beneficios para financiar las reparaciones adeudadas por Alemania a los soviéticos? Eso significaría no sólo que los accionistas de Estados Unidos ya no podrían embolsarse dividendos "made in Germany", sino también que tendrían que contribuir indirectamente a la construcción de un sistema socialista —el execrado "contrasistema" del capitalismo— en la patria del comunismo internacional.

229

En Rüsselsheim, por ejemplo, la dirección de Opel temió durante mucho tiempo después de la capitulación alemana que su empresa tuviera que contribuir a los pagos de reparación. Y a IBM, que bajo el régimen nazi se había beneficiado enormemente de la ficción de que Dehomag era una empresa alemana, ahora le preocupaba enormemente que su filial alemana pudiera ser considerada propiedad del enemigo y, por tanto, estar disponible para fines de reparación. "IBM deseaba fervientemente quedar excluida [de las reparaciones]", escribe Edwin Black, por lo que la empresa se puso manos a la obra para que su filial "quedara fuera de la esfera de culpabilidad" en lugar de "convertirse en candidata a las reparaciones".[525] En Washington, los grupos de presión de las empresas se pusieron manos a la obra para impedir que las sucursales estadounidenses en Alemania se incluyeran en los planes de reparación. Sin entrar en los detalles de esta ofensiva de los grupos de presión, puede afirmarse que sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito. No es de

[525] Black (2001), pp. 418-19.

extrañar, porque los niveles superiores del gobierno estadounidense y de la burocracia estatal, así como las autoridades estadounidenses de ocupación en Alemania, estaban repletos de representantes y simpatizantes de las corporaciones y bancos del país. No fue una coincidencia que el propio Truman dejara claro a Stalin en la Conferencia de Potsdam en el verano de 1945 que la Unión Soviética no podía contar con recibir reparaciones de la zona de ocupación estadounidense de Alemania, a pesar de que esto suponía una flagrante violación de los compromisos adquiridos por su predecesor, Roosevelt, durante las reuniones anteriores de los tres grandes líderes aliados. Ni siquiera un año después, el 3 de mayo de 1946, el general Lucius Clay, gobernador de la zona de ocupación estadounidense de Alemania, un opositor al Plan Morgenthau, negó unilateral y definitivamente a los soviéticos el derecho a solicitar reparaciones en las zonas de ocupación occidentales por la destrucción causada durante la guerra en la Unión Soviética en nombre de toda Alemania. Así pues, para obtener reparaciones, los soviéticos tuvieron que ayudarse exclusivamente en su propia zona de ocupación, la posterior República Democrática Alemana (RDA) o "Alemania Oriental".

El hecho de que los estadounidenses no cumplieran su promesa a la Unión Soviética sobre las reparaciones alemanas contribuyó obviamente a desencadenar la larga Guerra Fría entre Occidente y los soviéticos, un conflicto que iba a entrañar mucho peligro y miseria. Otra consecuencia fue que Alemania Oriental, más pequeña y pobre, tuvo que hacer pagos considerables a la Unión Soviética, mientras que Alemania Occidental, más grande y rica, pagó poco o nada en concepto de reparaciones a los soviéticos. (Alemania Occidental tuvo que pagar a la Unión Soviética un total de 600 millones de dólares en concepto de reparaciones, la mayoría en forma de equipos industriales desmantelados; Alemania Oriental, cuya población era sólo un tercio de la de su muy poco idéntica gemela occidental, se vio obligada a pagar 4.500 millones de dólares, es decir, siete veces la cantidad pagada por Alemania Occidental).[526] Esta flagrante injusticia causó mucha miseria y resentimiento en las tierras orientales de Alemania. Pero en Estados Unidos, y sobre todo en las sedes centrales de las empresas, nadie se preocupaba de esas trivialidades. Lo único que contaba, desde su punto de vista, era que evitar el pago de las reparaciones permitía seguir obteniendo grandes beneficios en Alemania.

230

Evitar que sus sucursales en Alemania se convirtieran en objeto de reparaciones a la Unión Soviética —y a otros países que habían sido víctimas de la agresión hitleriana— para poder seguir acumulando riquezas en un

[526] Pauwels (2012), p. 317.

"nuevo" Estado alemán, presumiblemente desnazificado y democrático pero aún capitalista, no era sólo el objetivo de las grandes empresas estadounidenses y, por tanto, del gobierno estadounidense, sino también de las grandes empresas y del gobierno suizos. Justo antes de la llegada de las tropas aliadas a la pequeña ciudad de Singen, situada en Alemania pero muy cerca de la frontera suiza, la bandera nazi que ondeaba sobre las instalaciones locales de Maggi fue sustituida por la bandera suiza. Los directivos esperaban que este gesto ayudara a evitar tener que compartir el destino esperado de las empresas alemanas, "la confiscación de máquinas [y otros bienes materiales e intelectuales] en el contexto de las reparaciones de guerra". Sin embargo, si las filiales alemanas de Maggi, Georg Fischer y otras empresas suizas acabaron escapando a este desagradable destino, no se debió a tales gestos simbólicos, sino a la intervención de las autoridades suizas que, al igual que sus homólogas estadounidenses, funcionaron como "defensoras" de estas filiales, y a la actitud indulgente de las autoridades de ocupación estadounidenses en Alemania.[527]

[527] Pavillon, Les Aciéries Georg Fischer ..."

231

CAPÍTULO 20
PASADO NAZI, FUTURO AMERICANO

Las autoridades de ocupación estadounidenses en Alemania, en general, y los representantes de las empresas con sucursales en Alemania, en particular, se encontraron con otro problema. Tras la desaparición del nazismo y del fascismo europeo, la opinión pública europea era decididamente antifascista y, por tanto, simultáneamente más o menos anticapitalista. De hecho, en aquella época se entendía ampliamente que el fascismo era una manifestación del capitalismo. Como ha escrito Edwin Black en su estudio sobre IBM en el Tercer Reich, en aquella época "el mundo comprendía que la connivencia empresarial [había sido] la piedra angular del terror de Hitler".[528]

En casi toda Europa surgieron espontáneamente asociaciones radicales de base, como los grupos antifascistas alemanes o "Antifas", y su influencia fue en aumento. Los sindicatos y los partidos políticos de izquierdas volvieron a tener éxito y gozaron de un amplio apoyo popular cuando denunciaron a los banqueros e industriales alemanes por su apoyo a los nazis y su colaboración con el régimen de Hitler, y cuando propusieron reformas anticapitalistas más o menos radicales, como la socialización e incluso la nacionalización de determinadas empresas y sectores industriales. Pero tales planes contradecían los dogmas estadounidenses respecto a la inviolabilidad de la propiedad privada y la libre empresa, y molestaban sobremanera a los industriales estadounidenses con activos en Alemania y a las grandes empresas estadounidenses en general.

232

Estos mismos industriales tampoco estaban nada contentos con la aparición de consejos obreros elegidos democráticamente que exigían participar en la gestión de las fábricas. Para empeorar las cosas, los trabajadores elegían con frecuencia a comunistas para que les representaran en esos consejos. De hecho, esto ocurrió en algunas de las fábricas más importantes de Estados Unidos, como *Ford-Werke* y Opel. Los comunistas desempeñaron un papel importante en el consejo obrero de Opel en los años inmediatamente posteriores al final de la guerra, pero en 1948 General Motors retomó oficialmente la gestión de Opel y disolvió rápidamente la institución. Estos consejos constituían claramente

[528] Black (2001), p. 420.

una forma de democracia industrial por la que los propietarios y directivos estadounidenses —y las autoridades de ocupación de Estados Unidos— mostraban poco entusiasmo. Preferían con mucho el modelo industrial nazi, que ordenaba que en una empresa —al igual que en el Partido Nazi y en el Estado nazi— el director funcionara como "Führer" y, por tanto, de acuerdo con el "principio de obediencia al líder", gozara de una autoridad ilimitada e indiscutible sobre su "séquito" (*Gefolgschaft*), es decir, sus trabajadores.

En lugar de permitir que florecieran las reformas democráticas "de abajo arriba" previstas, los estadounidenses procedieron a restaurar las estructuras autoritarias "de arriba abajo" allí donde estaba en su mano hacerlo. Sistemáticamente, apartaron a los antifascistas en favor de personalidades conservadoras, autoritarias y de derechas, incluidos muchos antiguos nazis, con los que podían contar para ayudar a mantener las relaciones de poder tradicionales. En la fábrica Opel de Rüsselsheim, por ejemplo, la nueva dirección estadounidense colaboró sólo a regañadientes con los antifascistas, impidió que el consejo obrero aportara una contribución significativa a la gestión de la empresa e hizo todo lo que estuvo en su mano para sabotear el renacimiento de los sindicatos. En 1948, cuando General Motors recuperó oficialmente la propiedad y la gestión de Opel, el experimento democrático con los consejos obreros llegó a su fin. Ese mismo año, Robert Schmidt, director de Ford-Werke en Colonia durante la guerra y presunto ardiente nazi, fue restituido a su antigua función, que se había visto obligado a abandonar inmediatamente después de la guerra debido a la presión antifascista; su restitución fue posible gracias a la sede corporativa de Dearborn y a las autoridades de ocupación estadounidenses. Schmidt siguió al frente de las operaciones alemanas de Ford hasta 1962, cuando perdió la vida en un accidente de coche cuando se dirigía a abrir una nueva fábrica Ford en Genk, Bélgica.[529] A Max Keith también se le permitió volver como director general de Coca-Cola en Essen. En la actualidad, Coca-Cola sigue teniendo la misma dirección que en la época del Tercer Reich, pero la calle se llama ahora Max-Keith-Strasse en honor del antiguo jefe de la empresa.[530] La guerra proporcionó a las empresas estadounidenses beneficios colosales tanto en su país como en el extranjero, un aumento del valor de sus activos en Alemania, una compensación por los daños relativamente limitados que habían sufrido sus filiales alemanas, pero también —y esto no debe subestimarse en absoluto— un considerable botín de guerra en forma de tecnología alemana y personal altamente cualificado. En 1945, mientras se adentraban en Alemania, los estadounidenses confiscaron todo tipo de equipos —maquinaria, túneles de

[529] Grosbois, pp. 204-5.
[530] Reymond, pp. 312-13.

viento aeronáuticos, motores diésel, microscopios avanzados, etc.—, así como patentes, planos, cianotipos y todo tipo de conocimientos técnicos. Lo hicieron no sólo en su propia zona de ocupación occidental de Alemania, sino también en gran parte de la zona soviética —la posterior República Democrática Alemana—, que ocuparon en las últimas semanas de las hostilidades. Allí lograron saquear la mayor parte del capital de la famosa firma Carl Zeiss, en la ciudad de Jena, antes de que esa región fuera entregada a los soviéticos el 1 de julio de 1945, de conformidad con acuerdos interaliados anteriores. También se saquearon todo tipo de equipos, patentes, planos y otros bienes de otras importantes empresas de las regiones orientales alemanas de Turingia y Sajonia, como Siemens, Telefunken, BMW, Krupp, Junkers e IG Farben.

Los estadounidenses también obligaron a miles de directivos, ingenieros y todo tipo de expertos, así como a los mejores científicos —los cerebros del este de Alemania— a abandonar sus fábricas, universidades y hogares para trasladarse a la zona occidental. Numerosos especialistas alemanes —al menos 1.600 personas, según la investigadora estadounidense Linda Hunt— fueron trasladados directamente a Estados Unidos para ser puestos a trabajar allí, no sólo en el Pentágono o en otros departamentos o instituciones estatales y universidades, sino también en corporaciones como General Electric, W.R. Grace & Co. y Dow Chemical. Esta operación se llevó a cabo bajo los nombres en clave "Overcast" y "Paperclip". Entre estos emigrantes voluntarios o involuntarios se encontraba Wernher von Braun, un experto en tecnología de cohetes que había sido miembro de las SS, así como expertos en la producción de gas venenoso y otras armas químicas y bacteriológicas.

234

También incluían a un número considerable de conocidos criminales de guerra, como médicos de campos de concentración que habían participado en experimentos con cobayas humanas. Su sórdido pasado fue barrido bajo la alfombra. Lo importante era que ofrecer a estas personas una nueva existencia y una nueva carrera en Estados Unidos era "bueno para los negocios", lo que significaba que era bueno para las corporaciones, para las grandes empresas estadounidenses y, en particular, para lo que más tarde se llamaría el "complejo militar-industrial". A numerosos nazis —con demasiada frecuencia nazis *no arrepentidos*— con horribles crímenes en su conciencia se les permitió así vivir una larga y feliz vida en la "tierra de las posibilidades ilimitadas" transatlántica.[531] La noción de que Estados Unidos —supuestamente en contraste con la Unión Soviética— nunca recibió ninguna reparación de Alemania no es, por tanto, más que un mito. En realidad, los estadounidenses recibieron, o más bien se apoderaron, de todo tipo de "reparaciones

[531] Bower, pp. 110, 118, 137-40; Gimbel (1986), p. 437 y ss., (1990b), p. 448, y (1993), pp. 175-96; Kolko (1968), p. 572; Simpson (1988, pp. 30-31; Hunt; Crim.

intelectuales", como un miembro de la oficina técnica del departamento de comercio estadounidense, John C. Green, ha descrito esta transferencia de riqueza.[532] El historiador John Gimbel, especialista en este campo, llega incluso a la conclusión de que los estadounidenses consiguieron hacerse con "el capital [intelectual] más valioso de la Alemania derrotada", cuyo valor total era superior al de toda la maquinaria ya obsoleta que los soviéticos pudieron llevarse.[533] Sin embargo, la considerable parte de las reparaciones alemanas correspondiente a los estadounidenses se puso en su mayor parte a disposición de las empresas —en otras palabras, se privatizó— y, por tanto, desapareció de la pantalla de radar del discurso público, lo que contrasta fuertemente con los pagos de las reparaciones alemanas a los soviéticos, que se sobreestimaron y publicitaron enormemente.

Durante la guerra, las filiales alemanas de las empresas estadounidenses habían obtenido suntuosos beneficios suministrando a los nazis y utilizando mano de obra forzada, y gracias a las reinversiones sistemáticas, su valor había aumentado enormemente. Una vez terminada la guerra, fueron generosamente compensadas por los daños relativamente limitados que habían sufrido sus infraestructuras. Se les eximió de los pagos de reparación potencialmente colosales a la Unión Soviética —una muestra de generosidad que contribuyó a producir la Guerra Fría— y se les obsequió con el preciado botín de guerra en forma de tecnología alemana avanzada y técnicos altamente cualificados. Los intentos de introducir consejos obreros y otras formas de democracia industrial en sus fábricas fueron cortados de raíz. Y así, a pesar de la desaparición de sus amigos nazis en 1945, el universo empresarial se desarrollaba como debía.

235

Sin embargo, se consideró que también había que ayudar a los clientes, proveedores, socios, banqueros y abogados alemanes con los que se habían mantenido tan excelentes relaciones durante los años del nazismo y con los que, Dios mediante, se seguirían haciendo negocios mutuamente provechosos. Muchas de estas personalidades y empresas, si no la mayoría, habían apoyado a los nazis desde el principio, les habían ayudado a llegar al poder y, después de 1933, se habían beneficiado enormemente de las políticas sociales regresivas de Hitler, de sus crímenes y de su programa de rearme, así como de la guerra que esperaban que desencadenara. Tras la desaparición del régimen nazi, cuando el zeitgeist era decididamente antifascista y estaba preñado de reformas socioeconómicas políticas radicales y anticapitalistas, estos amigos y socios alemanes de Corporate America se encontraron en serios problemas. Necesitaban urgentemente la ayuda del Tío Sam. Y la obtuvieron. Ya antes del final de la guerra, los empresarios alemanes llamaron discretamente a las

[532] Gimbel (1990a), p. 349.
[533] Gimbel (1990c), p. 296, y (1993), pp. 182, 186, 192-94.

puertas de las empresas estadounidenses con las que tenían algún tipo de relación, suplicando ayuda durante la próxima transición de una dictadura fascista a alguna forma de democracia. Ya hemos visto que fue durante una reunión de industriales y banqueros alemanes celebrada el 10 de agosto de 1944 en el Hotel Maison Rouge de Estrasburgo —en realidad una iniciativa de las autoridades nazis— cuando se discutió y adoptó esta estrategia. No conocemos los detalles de estos contactos, pero sí sus resultados. Fue sin duda gracias a sus ricos, poderosos e influyentes amigos personales y corporativos estadounidenses que las corporaciones y bancos alemanes, en grandes dificultades al final de la guerra debido a su pasado nazi, fueron tratados con la mayor benevolencia por las autoridades de ocupación estadounidenses en Alemania y por el gobierno en Washington. En los juicios de Nuremberg, sólo los mayores criminales nazis recibieron duras penas, incluida la muerte en la horca. Pero los industriales y banqueros que habían ayudado a Hitler a llegar al poder, le habían servido lealmente hasta el final y habían ganado mucho dinero en el proceso, apenas fueron molestados.

Fue gracias a la intervención de los estadounidenses —pero con gran disgusto de los jueces soviéticos— que Schacht fue absuelto en Núremberg. Sin embargo, era obvio que había apoyado financiera y políticamente a Hitler y que, después de 1933, le había servido con gran devoción, no sólo como banquero sino también como "dictador económico" en general y "plenipotenciario para los preparativos económicos de la guerra" en particular.[534] Una serie de juicios posteriores a Núremberg contra industriales y banqueros alemanes con esqueletos nazis en sus armarios fueron organizados deliberadamente sólo por los estadounidenses porque no cabía esperar que los soviéticos fueran lo suficientemente indulgentes con esos abanderados del capitalismo alemán.

236

Estos juicios fueron descritos más tarde por el fiscal estadounidense como meras "medidas simbólicas". Los industriales y banqueros alemanes con pasado nazi fueron tratados con guantes de seda, y la mayoría fueron absueltos. Los que fueron declarados culpables recibieron en general penas leves, y al cabo de tres años las autoridades de ocupación estadounidenses les concedieron amnistía. Lo que se ha descrito como una vasta campaña de "indulto y conmutación de penas de criminales nazis, incluidas las de destacados industriales [como] Friedrich Flick [y] Alfred Krupp", se llevó a cabo bajo los auspicios de John J. McCloy, en aquel momento el jefe supremo de las autoridades de ocupación estadounidenses en Alemania. En la década de 1930, McCloy había sido jurista y banquero al servicio de los grandes trusts

[534] Pätzold y Weißbecker, pp. 217-18.

petroleros estadounidenses, entre ellos Standard Oil, y también había ejercido como abogado estadounidense de IG Farben, el principal socio alemán de Standard Oil. Cuando tuvo que poner fin a su misión en Alemania en 1952, McCloy regresó oficialmente al majestuoso universo de las grandes empresas estadounidenses para desempeñar, entre otros cargos, el de consejero delegado del Chase Manhattan Bank y de la Ford, empresas no por casualidad con grandes inversiones y conexiones en Alemania. De 1954 a 1970 también ejerció como funcionario del Council on Foreign Relations, el think tank de Rockefeller.[535]

En realidad, la élite industrial y financiera alemana, que había patrocinado y apoyado a Hitler y su régimen criminal, recibió del Tío Sam una especie de "amnistía de facto", como la ha llamado el historiador estadounidense Christopher Simpson.[536] Un desarrollo análogo tuvo lugar en Italia, donde las autoridades estadounidenses sabotearon sistemáticamente todas las iniciativas de los antifascistas extremadamente populares y protegieron a los antiguos fascistas y a sus amigos de las finanzas y la industria. Lo hicieron para garantizar que "el poder económico de los grandes capitalistas permaneciera intacto".[537] También en Japón, las autoridades de ocupación estadounidenses reprimieron de forma similar la demanda popular de reformas políticas y socioeconómicas radicales, proporcionando así un gran alivio a los bancos y corporaciones que habían apoyado, y se habían beneficiado, del régimen militarista y cuasi-fascista que se derrumbó en 1945.[538]

237

Como individuos, los industriales y banqueros alemanes con pasado nazi apenas fueron molestados por las autoridades de ocupación estadounidenses, en las que los representantes de las corporaciones e instituciones financieras transatlánticas movían los hilos. Además, sus corporaciones y bancos también fueron tratados con guantes de seda. El caso de IG Farben, socio alemán de Standard Oil, es especialmente instructivo. Todo el mundo sabía entonces que esta empresa había estado en la cama con Hitler y que en Auschwitz había construido una enorme fábrica para transformar carbón en caucho sintético, una fábrica en la que los reclusos del infame campo de exterminio trabajaban literalmente hasta la muerte. Además, a través de una sucursal, Degesch (*Deutsche Gesellschaft für Schädlingsbekämpfung*), IG Farben también había suministrado el veneno, Zyklon-B, que se utilizó en las cámaras de gas de Auschwitz, Treblinka y otros campos de exterminio. Mientras que en la zona

---

[535] "John J. McCloy"; Taylor, p, 355. Taylor no hace referencia a las conexiones empresariales de McCloy; en su libro sobre la ocupación y la llamada desnazificación de Alemania no menciona en absoluto el papel de las empresas estadounidenses.
[536] Simpson (1993), p. 13.
[537] Feldbauer, pp. 160-63.
[538] Pauwels (2015), pp. 246-47.

soviética toda la propiedad de IG Farben fue despiadadamente (pero con razón) confiscada, puesta a disposición de los pagos de reparación y/o socializada, las cosas fueron muy diferentes en la zona occidental. Es cierto que IG Farben fue llevada a los tribunales por las autoridades estadounidenses, pero los directivos de la empresa, como tantos otros industriales y banqueros alemanes, se libraron de penas que eran "lo suficientemente leves como para complacer a un ladrón de gallinas", como dijo el fiscal estadounidense Josiah DuBois. A continuación, la empresa se dividió en varias empresas sucesoras, pero de un modo tan superficial que las relaciones de propiedad y el poder corporativo se mantuvieron a pesar de las demandas populares de reformas drásticas. A los propios directivos de IG Farben se les permitió convenientemente llevar a cabo esta "descartelización" supuestamente puramente empresarial con la ayuda de banqueros y economistas como Josef Abs y Ludwig Erhard, que anteriormente habían realizado un trabajo útil para el régimen nazi. Las más importantes de estas supuestas "nuevas" empresas —Bayer, Hoechst y BASF— siguen ganando dinero en nombre de accionistas anónimos que solían embolsarse los dividendos de IG Farben.[539] Según el historiador italiano Filippo Gaja, otras muchas empresas alemanas con esqueletos nazis en el armario fueron igualmente "descartelizadas" y, por tanto, blanqueadas. Esto fue posible gracias a la discreta pero enérgica presión ejercida en su favor, en el laberinto de las autoridades de ocupación estadounidenses, por empresas matrices o socias como General Electric, Standard Oil, General Motors e ITT, que tenían un gran interés en la supervivencia del orden socioeconómico capitalista establecido en Alemania y su paso sin problemas del Tercer Reich a la presumiblemente "nueva" Alemania.[540] Sin embargo, la mayoría de las empresas alemanas que habían colaborado con tanto entusiasmo con los nazis, y con las SS en particular, no necesitaron someterse a una descartelización, simplemente se les permitió seguir operando y prosperando en Alemania como si nunca hubiera ocurrido nada malo. Este fue el feliz destino de empresas como AEG, Siemens, Daimler-Benz y BMW, es decir, la cúspide de la industria alemana, incluso hoy en día. Los estadounidenses nunca, o casi nunca, les molestaron, porque eran amigos o socios de sus propias corporaciones. Ni que decir tiene que las autoridades de ocupación estadounidenses también bloquearon las propuestas de nacionalización de bancos o corporaciones.[541]

238

[539] Hayes (2001), pp. 361-63, 377-79; Holocaust-Überlebende klagen [ ] ; Ponting, pp. 282-83; Schmelzer; cita sobre "ladrones de gallinas" de Borkin, p. 195; IG Farben se liquidó presumiblemente en 1952, pero hasta 2003 la empresa siguió existiendo como "sociedad fiduciaria" propietaria de considerables activos inmobiliarios — véase "IG Farben".

[540] Gaja, p. 280 y ss.

[541] Simpson (1993), passim, y especialmente pp. 290-310; Brodsky, p. 179.

Gracias a las grandes empresas estadounidenses, las grandes empresas alemanas lograron transitar sin problemas de la dictadura nazi a la democracia liberal de la República Federal de Alemania Occidental. Además, también gracias a la ayuda estadounidense, las grandes empresas obtuvieron un lugar privilegiado en la cúspide de la jerarquía del nuevo Estado alemán. Innumerables empresarios y banqueros pudieron instalarse en altos cargos políticos, administrativos e incluso militares —y en el servicio secreto— de la República Federal, a pesar de que habían colaborado estrechamente con el régimen criminal de Hitler y se habían beneficiado de sus crímenes y de su guerra. Como ejemplo podemos citar el caso de Josef Abs, director del Deutsche Bank en el Tercer Reich. Sus pecados nazis le fueron perdonados fácilmente porque las autoridades estadounidenses de ocupación incluían a representantes de los socios estadounidenses del Deutsche Bank, entre ellos miembros del grupo Morgan. Abs se convirtió en la *éminence grise* financiera del canciller Adenauer, y durante décadas pudo determinar la política económica de Alemania Occidental.[542]

Cuando resultaba absolutamente imposible proteger a los socios alemanes con un pasado criminal nazi, se les proporcionaba una identidad falsa, un pasaporte y un billete de barco, y una nueva existencia en Argentina o en algún otro país sudamericano, y a veces incluso en los propios Estados Unidos o en Canadá. También en estos casos, la mayor parte del trabajo fue realizado por las autoridades estadounidenses y, más en particular, por los servicios secretos, con Allen Dulles en un papel central. Sin embargo, algunos industriales y banqueros estadounidenses, como Averell Harriman y Prescott Bush, estuvieron presuntamente implicados directamente en esta trama, el contrabando de criminales de guerra nazis —en algunos casos cargados con mucho dinero en efectivo— desde Alemania a países neutrales como Suiza, España y Argentina.[543]

239

Si Corporate America contribuyó a que los pecados nazis de las empresas y bancos alemanes fueran perdonados y (finalmente) olvidados, se debió a un sentimiento de lealtad y gratitud hacia los socios y (a menudo) amigos con los que se habían hecho negocios extremadamente rentables bajo los auspicios nazis. Otro factor fue la convicción, sin duda sincera, de que esas empresas y empresarios, banqueros y abogados eran indispensables para la reconstrucción económica de Alemania en general, y para la supervivencia del capitalismo alemán en particular. Pero había aún otra razón. Si estos alemanes hubieran sido sentados en el banquillo de los acusados, habrían salido a la luz todo tipo de hechos muy interesantes pero desagradables. La opinión pública

[542] Czichon (2001), p. 238 y ss.
[543] Buchanan y Michael.

estadounidense podría haberse enterado, por ejemplo, de que las empresas estadounidenses habían colaborado estrechamente con los nazis a través de socios alemanes e incluso directamente, que corporaciones ampliamente admiradas como Ford y General Motors habían suministrado material de guerra no sólo a los Aliados sino también a las fuerzas armadas alemanas, y que de este modo habían traicionado a su propio país. Carolyn Woods Eisenberg, especialista en la historia de la política estadounidense con respecto a Alemania al final de la Segunda Guerra Mundial, ha escrito que una de las razones por las que las autoridades estadounidenses de ocupación en Alemania no profundizaron en las conexiones nazis de las grandes empresas alemanas fue que "la conducta de los cárteles alemanes no podía separarse fácilmente de las dudosas actividades de ciertas corporaciones estadounidenses".[544] Como ejemplo concreto, se puede citar el caso del banco J.H. Stein de Kurt von Schröder, con sede en Colonia, que había realizado trabajos útiles para Sosthenes Behn y su empresa, ITT, durante toda la guerra, incluso después de Pearl Harbor. Una investigación sobre las actividades de esta institución financiera, que podría haber causado grandes molestias a ITT, fue abortada por un alto funcionario de las autoridades de ocupación estadounidenses, Norbert A. Bogdan. Había sido vicepresidente de un banco de Nueva York que pertenecía a la familia von Schröder, la J. Henry Schröder Banking Corporation. Bogdan dictaminó convenientemente que no merecía la pena investigar la conducta de un pequeño banco como el J. H. Stein.[545]

240

El Tercer Reich de Hitler había sido un sistema monstruoso, cuya existencia había sido posible gracias al Dr. Frankenstein de las grandes empresas alemanas. Para millones de personas corrientes resultó ser una catástrofe, pero para la élite industrial y financiera alemana fue un paraíso. Las corporaciones y bancos alemanes, así como las filiales alemanas de corporaciones estadounidenses (y otras extranjeras) se beneficiaron de los maravillosos servicios que el régimen de Hitler prestó al capital alemán, por ejemplo, la eliminación de los partidos obreros y los sindicatos, un sistema de salarios bajos combinado con largas jornadas laborales, y un programa de armamento que produjo enormes beneficios. Edwin Black se equivoca cuando escribe que el caso de IBM, que se quedó en Alemania para participar con entusiasmo en la gran bonanza capitalista organizada por Hitler, fue atípico de la conducta de las empresas estadounidenses con sucursales en Alemania. No sólo IBM, sino todas las empresas estadounidenses con filiales en Alemania permanecieron en el país tras la llegada de Hitler al poder, y aprovecharon plenamente las oportunidades de maximización de beneficios que les brindaba el régimen. (El

[544] Eisenberg (1996), p. 142.
[545] Sutton, pp. 64, 99.

historiador Gerhard Kümmel cita una única empresa estadounidense que supuestamente se retiró de la Alemania nazi: en 1934 Sun Oil Co., conocida ahora como Sunoco, presumiblemente vendió su 50 por ciento de las acciones de la empresa alemana *Mineral-Öl-Werken Albrecht & Co.;* Kümmel afirma que otras empresas estadounidenses también se marcharon del Reich, sufriendo mayores o menores pérdidas en el proceso, pero no cita ningún ejemplo. Se afirma que otras empresas estadounidenses han *considerado la posibilidad de* retirarse de Alemania.[546]) Así pues, prácticamente sin excepción, las filiales alemanas de empresas estadounidenses contribuyeron a las victorias de Hitler en 1939 y 1940 produciendo en masa todo tipo de armas y otro material bélico. Al seguir haciéndolo con sus filiales, incluso después de Pearl Harbor, las corporaciones traicionaron a su propio país. Además, ayudaron a los nazis a cometer crímenes abominables. Pero tales tecnicismos obviamente no molestaban a los gerentes en Alemania o a los dueños y gerentes de las corporaciones en las oficinas centrales de EEUU, que sabían muy bien lo que estaba pasando en sus plantas filiales al otro lado del Atlántico. Lo único que les importaba era que la colaboración incondicional con Hitler les permitía obtener beneficios sin precedentes. Su lema bien podría haber sido una variación del propio lema nazi *Deutschland über Alles*, que significa "Alemania por encima de todo": ¡Profits *über Alles!*

[546] Kümmel, pp. 60-61.

241

CONCLUSIÓN
FASCISMO Y GUERRA DESPUÉS DE 1945

Las grandes empresas emergieron de la Segunda Guerra Mundial dotadas de un control prácticamente total sobre el Estado estadounidense. Por lo tanto, no es de extrañar que las políticas tanto nacionales como internacionales aplicadas por Washington después de 1945 pretendieran sistemáticamente alcanzar el objetivo primordial de las grandes empresas, la maximización de los beneficios, es decir, los beneficios de las corporaciones y bancos estadounidenses. Sólo a la luz de esta realidad es posible explicar dos paradojas flagrantes en la historia del país que se presenta a sí mismo como el buque insignia de la paz y la democracia: en primer lugar, una sorprendente tolerancia hacia las dictaduras fascistas y de otro tipo; y en segundo lugar, una interminable implicación en guerras que con demasiada frecuencia son desencadenadas por los propios Estados Unidos.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, las dictaduras fascistas se mostraron como extraordinarios instrumentos para la obtención de beneficios, es decir, para la acumulación de capital. Desde este punto de vista, el fascismo conservó su utilidad una vez terminada la guerra. Y por eso el gobierno estadounidense no sólo toleró sino que incluso apoyó activamente dictaduras fascistas y regímenes autoritarios similares en países como España, Portugal, Grecia, Turquía, Irán, Taiwán, Indonesia, Filipinas, Chile, Argentina, Corea del Sur, Vietnam del Sur, República Dominicana, Haití y Sudáfrica. Esta política filofascista ofrecía a las empresas estadounidenses (e internacionales) muchas oportunidades para hacer negocios y generar beneficios, al igual que habían hecho en la Alemania nazi, con la supresión de los sindicatos, un sistema de bajos salarios y largas jornadas laborales, pedidos de material de guerra, etc.

242

En las últimas décadas, los sistemas más democráticos han gozado del favor de los dirigentes políticos y económicos de América, al menos oficialmente. Pero esto no ha significado el fin de la búsqueda sistemática y despiadada del tipo de mano de obra barata que los fascistas de preguerra ofrecían en bandeja de plata a las corporaciones. Este objetivo sigue siendo de primera importancia. Sin embargo, hoy en día se persigue principalmente a través de instrumentos como la reducción de plantilla, la externalización y otras manifestaciones de lo

que se denomina "globalización". No obstante, sería un error creer que el fascismo ha desaparecido para siempre de la faz de la tierra. Es un instrumento al que, en cualquier país, las empresas pueden recurrir de nuevo para lograr sus objetivos. Bertolt Brecht nos advirtió poéticamente de este peligro, como sigue:

¡So was hätt einmal fast die Welt regiert!	*Un monstruo así estuvo a punto de gobernar el mundo entero.*
Die Völker wurden seiner Herr, jedoch	*Sin embargo, las naciones lo vencieron,*
Dass keiner von uns zu früh da triumphiert.	*Aún es pronto para proclamar la victoria: ¡Objeto de desprecio o de temor!*
Der Schoss ist fruchtbar noch Aus dem das kroch.	*El vientre aún fértil del que se arrastró*

(Bertolt Brecht, El resistible ascenso de Arturo Ui, 1941)

El régimen del presidente George W. Bush, por ejemplo, resultado de unas elecciones fuertemente manipuladas, mostró algunas sorprendentes similitudes con una dictadura fascista. Aludiendo a la Coca-Cola Light, se puede decir que su administración adoptó una especie de "fascismo light", caracterizado por encarcelamientos sin juicio y por tiempo indeterminado en campos de concentración como Guantánamo, torturas, un programa de armamento a gran escala que colmó de pedidos y beneficios a las corporaciones, sobre todo a los trusts petroleros y a los fabricantes de armas, una política económica desastrosa que produjo una deuda pública colosal, políticas sociales regresivas, propaganda descaradamente mendaz, guerras imperialistas asesinas, chivos expiatorios (esta vez no judíos ni comunistas, sino árabes y musulmanes en general) y, por último, pero no por ello menos importante, drásticas restricciones de los derechos de los ciudadanos en los propios Estados Unidos. Algunos creen incluso que el 11-S fue una operación de falsa bandera, similar al incendio del Reichstag. A pesar de las grandes expectativas suscitadas por la elección de Barack Obama, este tipo de fascismo light se mantuvo firme durante sus ocho años en el poder, y es poco probable que Donald Trump invierta la tendencia hacia el fascismo. El sistema político estadounidense, una oligarquía disfrazada de democracia, es un Jano, una criatura con dos caras. Normalmente se nos muestra la cara democrática, simbolizada por la amplia sonrisa de un Kennedy, Clinton u Obama; sin embargo, la mueca de Bush, vástago de una familia oligárquica anteriormente asociada con Hitler, y la

mueca de Trump revelan la otra cara, antidemocrática y cuasi fascista, del sistema estadounidense.

243

En cuanto a las guerras, desde 1945 Estados Unidos nunca ha dejado realmente de hacer guerras, frías o calientes. Esto es comprensible si se tiene en cuenta que las guerras son, en última instancia, incluso más funcionales que el fascismo para la maximización de los beneficios. Mediante lucrativos pedidos estatales de material de guerra, el debilitamiento o la eliminación de competidores tanto en países aliados como enemigos, la adquisición de nuevos mercados, la apropiación de botines como la tecnología alemana, etc., la Segunda Guerra Mundial hizo que las corporaciones y los bancos estadounidenses fueran más rentables que nunca. Las grandes empresas estadounidenses desarrollaron así una especie de dependencia de la droga de la guerra.

En 1945, tras la victoria contra Alemania y Japón, se necesitaba urgentemente un nuevo enemigo para poder mantener el lucrativo "sistema bélico". Ese enemigo se encontró rápidamente. Siempre había estado ahí: la Unión Soviética, el país que había sido la bestia negra de la América Corporativa durante los años treinta, pero que se había transformado en un aliado muy útil durante la guerra. Y así, la función por excelencia de maximizar los beneficios se transfirió sin problemas de la Segunda Guerra Mundial a una nueva guerra, la Guerra Fría. De este modo, el motor de la economía estadounidense pudo seguir funcionando a toda máquina, para gran alegría y satisfacción de las empresas a las que se permitió suministrar —a precios por las nubes— los misiles y otros equipos de guerra cada vez más extravagantes.

244

El repentino e imprevisto final de la Guerra Fría enfrentó de nuevo a las corporaciones estadounidenses a un escenario potencialmente catastrófico, la transición de una rentable economía de guerra a una economía en tiempos de paz que ofrecía beneficios mucho más modestos. Esta vez, era algo más difícil identificar nuevos enemigos y justificar así el mantenimiento del "sistema bélico" o "sistema del Pentágono" estadounidense. Sin embargo, una "solución definitiva" al problema de la falta de enemigos fue conjurada por el presidente George W. Bush. Rápidamente y con entusiasmo aprovechó la oportunidad creada por los horribles acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, en Nueva York y Washington, para proclamar una "guerra contra el terror". Este nuevo conflicto equivalía a una declaración de guerra mundial y —lo que es aún más importante— permanente contra quienquiera que los dirigentes de EEUU considerasen conveniente calificar de "terrorista". Nunca se puede esperar que el "terror" capitule. Esto significa que la economía estadounidense puede permanecer indefinidamente en pie de guerra. Esto difícilmente beneficia a los estadounidenses de a pie, que tienen que pagar esta guerra con

su sangre y sus impuestos, y que cargan con "su" parte de la inexorablemente creciente deuda pública. En cambio, las corporaciones —ejemplificadas por Halliburton, empresa asociada al ex vicepresidente Dick Cheney— se embolsan los colosales beneficios generados por esta guerra. En los Estados Unidos de Bush, Obama y ahora Trump, la guerra funciona como un instrumento para redistribuir perversamente la riqueza de los pobres a los ricos, como lo hizo en el Tercer Reich de Hitler.

El gobierno de George W. Bush ilustró con demasiada claridad que, a principios del siglo XXI, Estados Unidos seguía siendo una oligarquía con fachada democrática. Las grandes empresas seguían siendo el núcleo de la élite del poder estadounidense; seguían determinando las políticas nacionales e internacionales de Washington, revelando estas últimas una inclinación por la guerra. En 2008, Bush fue sucedido en la presidencia por Barack Obama, que prometió de forma convincente, aunque vaga, que las cosas cambiarían. Se esperaba ampliamente que el nuevo inquilino de la Casa Blanca pusiera fin a los conflictos que se libraban en Irak y Afganistán, y en previsión de este logro se le concedió el Premio Nobel de la Paz. Pero Obama fracasó estrepitosamente en su apuesta por una trayectoria pacifista. A pesar de la retirada "oficial" de las tropas estadounidenses de Irak, las guerras continuaron sin tregua, no sólo en Afganistán sino también en Pakistán, donde los ataques con aviones no tripulados —una innovación introducida bajo el mandato de Obama— mataban regularmente a terroristas (a veces) reales y (a menudo) imaginarios. El Tío Sam también entró en guerra en Libia y Siria, e hizo sonar su sable a lo largo de las fronteras de Rusia y China, exhortando a sus vasallos de la OTAN a comprar más armas y más nuevas, de fabricantes estadounidenses, por supuesto. Voluntaria o involuntariamente, Obama hizo —y ahora Trump hace— lo que las grandes empresas esperaban de él: continuar las guerras sin las cuales las corporaciones y los bancos no podrían sobrevivir, o al menos no podrían rastrillar los enormes beneficios a los que se sienten con derecho. De hecho, ¿cómo podrían mantenerse los beneficios corporativos de Estados Unidos a niveles altísimos sin guerras?

Krieg wird sein, solange auch nur ein Mensch am Krieg verdient	*Habrá guerra mientras un solo ser humano gane dinero con ella.*

(Bertolt Brecht)

246

EPÍLOGO
¿ES LA HISTORIA "BASURA"?

Henry Ford dijo un día: "La historia es una tontería". Lo que quería decir es que no se molestaba en leer libros de historia, y que estudiar y escribir historia le parecía una pérdida de tiempo. Y, sin duda, también consideraba que la historia era peligrosa porque puede permitir al público descubrir cómo se amasan las grandes fortunas, como la suya: con demasiada frecuencia mediante el engaño, el fraude, el crimen y la guerra. Por la misma razón, Ford mandó destruir gran cantidad de documentos de su empresa, para que desaparecieran en el infame "agujero de la memoria" mencionado por Orwell en *1984*.

Sin duda, a Ford no le habría gustado el tipo de historia que se presenta en este libro. Y cabe suponer que a la gran mayoría de los propietarios, accionistas y directivos de empresas y bancos estadounidenses, alemanes y de otros países cuyo papel se examina aquí de forma crítica tampoco les gustaría este tipo de historia. Por eso no animan a la gente a estudiar historia, ni siquiera a pasar mucho tiempo leyendo libros de historia, y por eso ciertamente no querrían que la gente leyera libros críticos como éste, estudios en los que se sacan a la luz los vínculos entre las grandes empresas y el fascismo. Al mismo tiempo, hacen todo lo posible por recomendar otros libros al público lector, libros en los que el ascenso de Hitler y la función del fascismo se explican de una manera totalmente diferente, en los que la colaboración de las empresas y bancos alemanes y estadounidenses con los nazis no se menciona en absoluto o, si esto resulta imposible, se interpreta con benevolencia y, en última instancia, se blanquea. ¿Cómo lo consiguen?

247

En el mundo occidental existe la libertad de expresión y todo el mundo tiene derecho a decir lo que piensa. Sin embargo, a este respecto, algunas personas son más libres que otras: son las que tienen dinero suficiente para que sus opiniones se escriban (por sí mismas o por otros), se publiquen como artículos y libros, y se difundan ampliamente. (A cambio de una remuneración, Facebook puede igualmente encargarse de que sus opiniones lleguen a un público amplio). La mayoría de nosotros no tenemos el dinero necesario para hacer esto, pero las damas y caballeros de las grandes empresas sí lo tienen. Los ricos hablan más alto. Como dice el refrán: "El dinero habla". Los

industriales y banqueros tienen el dinero necesario para hacer que se escriban libros sobre temas como la vida del fundador de la empresa, el crecimiento de la compañía y su papel durante la guerra. Este tipo de trabajo lo realizan autores cuidadosamente seleccionados, con cuya comprensión y simpatía pueden contar las empresas y los bancos; y estos autores saben lo que se espera de ellos a cambio de unos generosos honorarios. Por ello, en tales libros no suelen plantearse temas potencialmente desagradables; tales opúsculos pueden calificarse de "antisépticos". En las historias más o menos oficiales —o "autorizadas"— de las empresas estadounidenses, por ejemplo, apenas se habla del papel de sus filiales en Alemania en los años treinta y durante la guerra. Cuando estos temas llegan a la atención del público de un modo u otro —por ejemplo, a raíz de las demandas interpuestas en los años noventa contra algunas empresas estadounidenses por antiguos trabajadores esclavos—, se contrata a historiadores especializados para que actúen como defensores. Explican que las filiales alemanas de las empresas implicadas habían sido obligadas por los nazis a fabricar material de guerra y a emplear esclavos, que en la época de Pearl Harbor, a más tardar, las sedes centrales en Estados Unidos habían perdido todo control sobre sus filiales y no tenían ni idea de lo que allí ocurría. Como ejemplo, se pueden citar los estudios antisépticos elaborados por Simon Reich y Henry Ashby Turner en nombre de Ford y General Motors, respectivamente. Una tarea similar han llevado a cabo en Alemania otros bien pagados historiadores de la corte de las corporaciones y los bancos, en nombre de firmas como Volkswagen, Krupp, Allianz, Daimler-Benz, Deutsche Bank, Degussa, Dresdner Bank, Flick y Bertelsmann.[547] Un historiador estadounidense ha escrito que en la mayoría de los casos este tipo de estudios equivalen a un mero "encubrimiento".[548]

248

No es casualidad que a estos autores les resulte fácil que su obra sea adoptada por una editorial grande y prestigiosa. La inmensa mayoría de las editoriales estadounidenses y alemanas son empresas gigantescas y, por lo tanto, miembros de buena fe del gran capital, o pertenecen a holdings de los que las corporaciones y los bancos poseen la mayoría de las acciones. Los manuscritos de estudios críticos —es decir, críticos con el gran capital— son prácticamente siempre rechazados por estas editoriales. Por el contrario, los libros en los que temas delicados, como la connivencia de las empresas con los fascistas, se evitan cuidadosamente o se explican con benevolencia, sí encuentran el favor de las grandes editoriales y se exponen de forma destacada durante semanas en los escaparates de las grandes librerías que a menudo son filiales o asociadas de las grandes editoriales y/o de sus propietarios

[547] Véanse los artículos de Rocha, "El gran robo del caucho", y Labarique, "Historiens sous influence...".
[548] Wiesen.

corporativos. Los estudios críticos suelen ser difíciles, si no imposibles, de encontrar en las grandes librerías. "Nunca he oído hablar de este libro", dice el amable dependiente, añadiendo amablemente a este comentario intrínsecamente negativo que "se puede encargar para usted". En Estados Unidos ocurre a menudo que las editoriales deben pagar a las grandes librerías para que sus libros se expongan en un lugar destacado, en el escaparate o en la mesa donde se presentan las novedades editoriales. Las grandes editoriales vinculadas al gran capital, que publican obras acríticas por decenas de miles, tienen dinero suficiente para hacer esos pagos; en cambio, las pequeñas editoriales, que publican estudios críticos en tiradas limitadas, no pueden permitirse pagar ese privilegio.

Tampoco es casualidad que estudios antisépticos como los de Simon Reich y Henry Ashby Turner atraigan la atención de los medios de comunicación y se presenten y discutan generalmente de forma más favorable en reseñas publicadas en periódicos y revistas. No sólo en Estados Unidos, sino también en Alemania y prácticamente en todo el resto del mundo occidental, la mayor parte de estas publicaciones periódicas son propiedad de alguna corporación o de algún magnate de los medios de comunicación como Rupert Murdoch; y cuando no lo son, sin duda dependen financieramente de los ingresos generados por la publicidad, que proceden en su mayoría de grandes empresas como los fabricantes de automóviles y Coca-Cola. Una publicación periódica puede mantener, pero también perder, el negocio de estos anunciantes a causa de los libros que elige reseñar y de cómo los evalúa. ¿Es sorprendente que, por lo general, los opúsculos antisépticos se beneficien de críticas favorables y a menudo sean alabados hasta el cielo, mientras que los estudios críticos tienden a ser despiadadamente recortados (aunque, de acuerdo con el adagio de que la publicidad negativa es mejor que ninguna publicidad, la mayoría de las veces simplemente son ignorados)? Nuestros medios de comunicación son supuestamente independientes, y sin duda lo son totalmente del público en general, pero es incuestionable que dependen en gran medida de las grandes empresas, y esta dependencia pone en peligro su objetividad.

Lo mismo puede decirse de la televisión. La mayoría de las emisoras son propiedad de empresas o dependen de la generosidad publicitaria y, por tanto, de la buena voluntad de las empresas para sobrevivir. Por lo tanto, está estrictamente *prohibido* molestar a las empresas. En los documentales de guerra que se emiten con frecuencia en televisión, nunca se menciona el papel de las empresas estadounidenses como proveedoras de armamento a la Alemania nazi. Los autores de estudios críticos, en los que se sacan a relucir realidades históricas tan desagradables, nunca hacen acto de presencia en la tradicionalmente pequeña, pero ahora cada vez más grande, pantalla. En

cambio, a los autores de estudios antisépticos se les implora que acudan al estudio para presentar su trabajo a los telespectadores, que se unan a paneles de expertos, en su mayoría afines, en debates sobre problemas históricos, y así adquirir fama y alcanzar el estatus de best-seller. Además, sólo las empresas (y algunos particulares ricos) pueden permitirse el lujo de pagar caros anuncios de televisión. Con frecuencia aprovechan esta ventaja para ofrecer a los espectadores algunos conocimientos históricos, conocimientos históricos cuidadosamente seleccionados y "masajeados", naturalmente. En 2004, por ejemplo, con motivo del sexagésimo aniversario del desembarco aliado en Normandía —generalmente, aunque de forma errónea, descrito como el gran punto de inflexión de la Segunda Guerra Mundial—, los telespectadores estadounidenses fueron bombardeados con anuncios pagados por General Motors, en los que se llamaba la atención sobre el papel de la empresa como proveedora de material bélico a los Aliados. Por supuesto, no se mencionaba en absoluto que General Motors suministraba al mismo tiempo todo tipo de material a los nazis. Así pues, en Estados Unidos se sabe generalmente que General Motors funcionó como "arsenal de la democracia", mientras que prácticamente nadie es consciente de que la empresa también funcionó como "arsenal de la dictadura nazi". Efectivamente, el dinero habla.

250

En el mundo académico, las cosas no son diferentes. Especialmente en Estados Unidos, pero también en otros lugares, las universidades dependen cada vez más económicamente de la generosidad de las empresas, del patrocinio financiero de las grandes empresas.[549] En muchas prestigiosas instituciones de enseñanza superior estadounidenses, instalaciones como bibliotecas y estadios de fútbol están financiadas total o parcialmente por empresas, al igual que las cátedras, incluidas las prestigiosas cátedras de historia. Puede esperarse que esas universidades instalen alguna vez en esas cátedras a personalidades que no sean conocidas por ser amistosas, o al menos comprensivas, con respecto a las grandes *empresasz* ¿Puede esperarse que los doctos académicos que tienen el privilegio de ocupar esas cátedras puedan algún día exprimir de sus plumas estudios que sean genuinamente críticos con respecto al papel de las grandes empresas estadounidenses (o alemanas) en el Tercer Reich? De otros profesores de historia, cuyo puesto no está directamente financiado por alguna corporación, es igualmente más realista esperar autocensura que auténtica objetividad, ya que la universidad en su totalidad depende financieramente con demasiada frecuencia de la buena voluntad de una o más grandes empresas. Como ejemplo, se puede citar el caso de un famoso especialista estadounidense en la historia del Tercer Reich que, hace

[549] Véase el libro de Howard Woodhouse.

algunos años, publicó un libro de más de mil páginas sobre la Segunda Guerra Mundial sin mencionar ni una sola vez a General Motors y Opel, o a Ford y su *FordYerke*. Esto es perfectamente comprensible si uno se da cuenta de que este profesor disfrutó de una excelente carrera en una importante universidad de Michigan, donde las fortunas financieras de tales instituciones han dependido tradicionalmente, al menos en parte, de la largueza de los grandes fabricantes de automóviles con sede en Detroit, Dearborn y otras ciudades de ese estado. El dinero habla, pero también impone silencio.

Hay mucho de cierto en el famoso aforismo de Karl Marx de que los capitalistas, propietarios de los medios de producción económica, controlan también los medios de producción intelectual. Los actuales propietarios y gestores de las empresas estadounidenses e internacionales, sucesoras de las que colaboraron con la Alemania nazi, disponen efectivamente de medios intelectuales a todos los niveles —desde simples artículos periodísticos, pasando por populares documentales televisivos, hasta estudios eruditos— que les permiten disimular o racionalizar esta colaboración y evitar que el público preste mucha atención, o conceda mucha importancia, a los relativamente pocos historiadores que investigan críticamente esta colaboración empresarial.

Cada empresa individual —en Estados Unidos, en Alemania y en otros lugares— ha hecho, por supuesto, todo lo que estaba en su mano para ofuscar su propia connivencia con el régimen nazi. Pero las grandes empresas también han tratado colectivamente de ocultar el hecho de que, en todos los países occidentales, las corporaciones y los bancos apoyaron a los movimientos fascistas, y que en Alemania y en otros lugares ayudaron a llevar al poder a dictadores fascistas, colaboraron estrechamente con los nazis y otros regímenes fascistas, y se beneficiaron generosamente de los programas de armamento, los crímenes y las guerras de estos regímenes — y principalmente del régimen de Hitler. A las grandes empresas les interesa ocultar la verdadera naturaleza del nazismo y de las demás formas de fascismo, para evitar que el público se dé cuenta de que el fascismo era una manifestación del capitalismo, muy capaz de resurgir algún día. En este sentido, también resultó útil construir una historia antiséptica para adelantarse a la historia crítica.

251

He aquí un breve, y ni mucho menos completo, resumen de los principales tipos de historia antiséptica del nazismo.

En primer lugar, está lo que se ha denominado la "teoría del gángster" del nazismo y del fascismo en general. Según esta "teoría", todos los fascistas, pero sobre todo Hitler, eran una especie de gángsters, es decir, personalidades detestables que de repente descendieron, desde un vacío socioeconómico, al escenario de la historia para hacerse trágica pero misteriosamente con el poder en Alemania, cometer gratuitamente todo tipo de crímenes terribles y desatar

una guerra mundial para poder gobernar el mundo entero. Representaban el "mal". Afortunadamente, se les opusieron, y finalmente fueron derrotados, por las fuerzas unificadas del "bien" lideradas por —¿quién si no? — el Tío Sam. En otras palabras: El nazismo fue obra de individuos archi-malvados, en concreto Hitler, un moderno Atila el Huno, ayudado por una camarilla de otros individuos igualmente malvados, como Goebbels, Göring, Himmler y los demás. En este escenario, evidentemente, todos los demás alemanes son inocentes, incluidos los poderosos industriales y banqueros que, en realidad, contribuyeron a llevar a Hitler al poder.

El libro que primero describió las cosas de esta manera y que, por esta razón, tuvo un enorme éxito, fue la biografía de *Hitler* escrita por Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, publicada por primera vez en Londres en 1952. Esta obra inspiró innumerables "psicobiografías" y estudios "psicohistóricos" de otras personalidades presuntamente psicóticas, paranoicas y trastornadas que supuestamente engendraron el fascismo. Según este enfoque historiográfico, el fascismo no tenía absolutamente nada que ver con los problemas sociales y los sistemas económicos. Los años setenta fueron la edad de oro de la psicohistoria del nazismo y el fascismo. Sin embargo, a la pregunta de cómo había sido posible, en un país tan altamente civilizado como Alemania, que un monstruo psicópata como Hitler llegara al poder, este tipo de historiografía nunca fue capaz de dar una respuesta.

252

Otro género de historia tenía la ventaja de que sí daba una respuesta clara a esta pregunta, una respuesta que violaba la verdad histórica pero que era música para los oídos de los industriales y banqueros que estaban deseando ofuscar sus conexiones —o las de sus predecesores— con Hitler y los demás fascistas: Los alemanes "pequeños" u "ordinarios" habían llevado a Hitler —él mismo un "pequeño" alemán y un "socialista", por si fuera poco— al poder uniéndose masivamente a su movimiento y votando por él. Así pues, toda la miseria provocada por el nazismo era culpa del propio pueblo, un pueblo alemán que había visto a Hitler como un líder natural, del "socialismo" en el que los alemanes de a pie habían creído estúpidamente, e incluso de la democracia, porque supuestamente Hitler había llegado al poder mediante el sufragio universal (y la representación proporcional). Este escenario, históricamente muy incorrecto, fue —y sigue siendo— promovido activamente porque implica convenientemente que la élite alemana, los industriales y banqueros, así como los terratenientes aristocráticos y otros, *no* se unieron al partido de Hitler, al menos no en cantidades significativas, y *no votaron* por él. No sólo artículos, libros y programas de televisión han reflejado este punto de vista, sino incluso producciones de Hollywood como la universalmente alabada y enormemente exitosa superproducción de los años sesenta *Sonrisas y lágrimas*. En esta

película, el héroe masculino, el barón von Trapp, y sus aristocráticos amigos no ocultan su desprecio por los vulgares nazis; por el contrario, se muestra que el nazismo atrae a sus plebeyos compatriotas en una Austria que acaba de ser anexionada por la Alemania nazi. Como hemos visto, la realidad histórica era diametralmente opuesta a este guión.

Incluso hoy en día, muchos, si no la mayoría, de los residentes en Estados Unidos y otros lugares del mundo occidental creen que Hitler fue elegido por la mayoría del pueblo alemán. Una versión bastante reciente de esta falsa visión del nazismo es la del periodista alemán Götz Aly que, en un libro titulado *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus* (*Los beneficiarios de Hitler: Plunder, Racial Yar, and the Nazi Yelfare State,* Nueva York, Metropolitan Books, 2007), afirma que el Tercer Reich realmente mimó a los "pequeños" alemanes. No es de extrañar que el libro de Aly recibiera mucha atención y elogios en los medios de comunicación alemanes y, sobre todo, en el periódico insignia del gran capital alemán, la revista *Der Spiegel.* (Tampoco sorprende que su edición inglesa apareciera poco después en Nueva York).

253

La otra cara de la moneda de la teoría de que el pueblo llano alemán llevó a Hitler al poder y se benefició de su política, es la noción de que los patricios alemanes, incluidos industriales y banqueros, *no* ayudaron a Hitler a llegar al poder, *no* colaboraron con su régimen o sólo lo hicieron cuando se vieron obligados, *no se* beneficiaron de la colaboración a la que se vieron forzados y se opusieron a la guerra de Hitler y a sus crímenes. Los libros, documentales y películas que presentan las cosas bajo este prisma cuentan con la benevolente atención de los medios de comunicación, las revistas y las cadenas de televisión. A Henry Ashby Turner se le ofreció una cátedra en Harvard y fue ampliamente aclamado como la autoridad suprema en el campo de la industria y el fascismo porque había conseguido, a pesar de las ingentes cantidades de pruebas en contra, declarar a los capitalistas alemanes inocentes de la acusación de que habían apoyado a Hitler y le habían ayudado a llegar al poder. Y la película *La lista de Schindler* fue alabada universalmente hasta el cielo porque sugería que la colaboración de un industrial alemán con las SS era un fenómeno excepcional —lo que no era— y que dio resultados positivos en forma de cientos de vidas salvadas, mientras que en realidad la colaboración de los industriales alemanes con los nazis costó la vida a cientos de miles, si no a millones. Una producción más reciente de Hollywood, *Valkiria,* también estaba predestinada a alcanzar un gran éxito, porque la película sugería que los oficiales de alto rango de la Wehrmacht —al igual que los industriales y banqueros, pilares del establishment alemán— se oponían a Hitler. En realidad, estos hombres sólo se volvieron contra Hitler cuando, tras la derrota en

Stalingrado, resultó repentinamente obvio que podría arrastrarlos con él a su ruina. Al eliminar a Hitler, en realidad esperaban salvar algunas de las ganancias que Hitler se había embolsado en nombre de Alemania, preferiblemente en forma de territorio en Europa Oriental, y posiblemente en algún tipo de alianza militar antisoviética con los Aliados Occidentales.

Otro enfoque histórico que puede contar con una acogida benévola por parte de los medios de comunicación es la teoría de que todos los alemanes apoyaron con entusiasmo a Hitler durante su ascenso al poder, en sus crímenes y en su guerra, simplemente porque todos eran antisemitas incurables como el propio Hitler. Esta teoría, propuesta en 1996 por Daniel Goldhagen en un libro titulado *Hitler's Yilling Executioners*, no sólo era intrínsecamente racista, sino también irremediablemente insostenible.

254

Era racista, en primer lugar, porque, como ha subrayado David North en una excelente reseña de este libro, Goldhagen "reemplaza[ba] el espectro nazi de *der ewige Jude, el eterno* judío, como enemigo implacable del pueblo alemán [por] el espectro de *der ewige Deutsche*, el eterno alemán, enemigo implacable e inmutable del pueblo judío".[550] Es bien sabido que innumerables alemanes, en primer lugar los socialdemócratas y los comunistas, aborrecieron y combatieron el nazismo desde el principio. Y sabemos que incluso numerosos alemanes que sí apoyaron a Hitler, por ejemplo Schacht, no eran antisemitas. El autorizado historiador del Holocausto, Raul Hilberg, ha llegado a la conclusión de que Goldhagen está "totalmente equivocado en todo, totalmente equivocado, excepcionalmente equivocado".[551] Sin embargo, la ventaja de la teoría de Goldhagen, al menos desde el punto de vista de las grandes empresas, no sólo alemanas sino también estadounidenses, es que desvía la atención del papel de los industriales y banqueros alemanes en el ascenso de Hitler, de su colaboración con su régimen y de sus contribuciones a su guerra y sus crímenes. De hecho, si todos los alemanes eran culpables, ningún grupo específico —o ninguna clase específica— de alemanes era más culpable que otro, y los industriales y banqueros no eran por tanto más culpables que los granjeros bávaros o los pescadores del Báltico. Así se explica el éxito del libro de Goldhagen, que carece de méritos reales y que, según algunos académicos autorizados, ni siquiera debería haber sido aprobado como tesis doctoral, que es lo que fue en su fase embrionaria. También explica por qué Goldhagen fue incluso llamado por la Universidad de Harvard para que impartiera allí, como profesor de historia, sus erróneas opiniones sobre el nazismo.

Puede que Henry Ford no estuviera del todo equivocado cuando proclamó que la historia era "basura". El tipo de historia que acabamos de describir, el

---

[550] Norte, p. 6.
[551] Hilberg, citado en "¿Existe un nuevo antisemitismo?".

tipo de historia que encubre la verdad histórica sobre el fascismo en general y el nazismo en particular, el tipo de historia que encuentra el favor de los medios de comunicación porque encuentra el favor de las grandes empresas, el tipo de historia que incluso a Henry Ford le habría gustado porque no dice ni una palabra sobre su antisemitismo y su cordial y provechosa colaboración con la Alemania nazi, ese tipo de historia no es, en efecto, otra cosa que "basura".

BIBLIOGRAFÍA

Abelshauser, Werner. "¿Modernización o revolución institucional? Koordinaten einer Ortsbestimmung des 'Dritten Reiches' in der deutschen Wirtschaftsgeschichte des 20. Jahrhunderts. Jahrhunderts", en: Werner Abelshauser, Jan-Otmar Hesse y Werner Plumpe (eds.), *Yirtschaftsordnung, Staat und Unternehmen: Neue Forschungen zur Yirtschaftsgeschichte des Nationalsozialismus. Festschrift für Dieter Petzina zum ł5. Geburtstag*. Essen, 2003, pp. 17-39.

Abelshauser, Werner, Jan-Otmar Hesse y Werner Plumpe (eds.). *Yirtschaftsordnung, Staat und Unternehmen: Neue Forschungen zur Yirtschaftsgeschichte des Nationalsozialismus. Festschrift für Dieter Petzina zum ł5. Geburtstag*. Essen, 2003.

Abramovici, Pierre. "Comment les industriels américains ont travaillé pour le Reich", 7 de enero de 2008, https://fr.sott.net/article/25414-Comment-les-industriels-americainsont-travaille-pour-le-Reich.

"Todo queda en familia: The Apple Does Not Fall Far from the BUSH", *Press for Conversion*, 54, agosto de 2004.

Altmann, Peter (ed.). *Hauptsache Frieden. Kriegsende-Befreiung-Neubeginn 1945-1949: Vom antifaschistischen Konsens zum Grundgesetz*. Fráncfort del Meno, 1985.

Aly, Götz. *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*, Fráncfort del Meno, 2005. (Inglés: *Los beneficiarios de Hitler: Plunder, Racial Yar, and the Nazi Yelfare State.* Nueva York, Metropolitan Books, 2007).

Ambrose, Stephen E. *Americanos al Yar*. Nueva York, 1998.

Archer, Jules. *The Plot to Seize the Yhite House: The True Story of the American Fascists Yho Tried to Seize Power from FDR*. Nueva York, 1973.

Aris, Ben, y Duncan Campbell. "How Bush's grandfather helped Hitler's rise to power", *The Guardian*, 25 de septiembre de 2004.

Ayçoberry, Pierre. *La question nazie: Les interprétations du national-socialisme 1922-1975*. París, 1979.

Bahar, Alexander, y Wilfriedn Kugel, *Der Reichstagsbrand: Yie Geschichte gemacht wird*, Berlín, 2001.

Bähr, Johannes. " 'Corporate Governance' im Dritten Reich: Leitungsund Kontrollstrukturen deutscher Großunternehmen während der nationalsozialistischen Diktatur", en: Werner Abelshauser, Jan-Otmar

Hesse y Werner Plumpe (eds.), *Yirtschaftsordnung, Staat und Unternehmen: Neue Forschungen zur Yirtschaftsgeschichte des Nationalsozialismus. Festschrift für Dieter Petzina zum l5. Geburtstag*. Essen, 2003, pp. 61-80.

Baldwin, Neil. *Henry Ford y los judíos: The Mass Production of Hate*. Nueva York, 2001. Balke, Ralf. "Amerikas Geschäfte mit den Nazis", *Handelsblatt*, 21 de julio de 2006. "Banking with Hitler", documental de UKTV History, *www.youtube.com/watch?v=ls5jcAsOJfk.*

Baptista, Robert J., y Anthony S. Travis. "I.G. Farben in America: The Technologies of General Aniline and Film", *History and Technology*, vol. 22, nº 2, junio de 2006, pp. 187— 224, *www.colorantshistory.org/IGFarbenAmerica.html.*

Barkai, Avraham. *Vom Boykott zur "Entjudung": Der wirtschaftliche Existenzkampf der Juden im Dritten Reich 1933-1943*. Fráncfort del Meno, 1987.

Bauer, Gudrun, Wolfgang Fritze, Doreen Geschke, Heiko Hesse y Edith Silz. *Unfreiwillig in Brandenburg: Kriegsgefangene und Zwangsarbeiter in der Stadt Brandenburg in zwei Yeltkriegen*. Berlín, 2004.

"Bayer: una historia", www.gmwatch.org/gm-firms/11153-bayer-a-history.

Beatty, Jack. "Hitler's Willing Business Partners", *The Atlantic*, 4 de abril de 2001, www.theatlantic. com/doc/print/200104u/pp2001-04-04.

Becker, Peter W. "The Role of Synthetic Fuel in World War II Germany", Air University Review, julio-agosto de 1981, *www.airpower.maxwell.af.mil/airchronicthe/aureview/1981.*

Berg, Manfred, y Philipp Gassert (eds.). *Deutschland und die USA in der Internationalen Geschichte des 20. Jahrhunderts. Jahrhunderts: Festschrift für Detlef Junker*. Stuttgart, 2004.

Berghahn, Volker. "Escribir la historia de la empresa en el Tercer Reich: Past Achievements en Future Directions", en: Francis R. Nicosia y Jonathan Huener (eds.), *Business and Industry in Nazi Germany*. Nueva York y Oxford, 2004.

Bettelheim, Charles. *L'économie allemande sous le nazisme: Un aspect de la décadence du capitalisme*, 2 partes. París, 1971. (Edición original: 1945)

"Un gran negocio", *http://en.wikipedia.org/wiki/Big_business.*

Billstein, Reinhold, Karola Fings, Anita Kugler y Nicholas Levis, *Yorking for the Enemy: Ford, General Motors, and Forced Labor during the Second Yorld Yar*. Nueva York, 2000.

Black, Edwin *IBM y el Holocausto: The Strategic Alliance between Nazi Germany and America's Most Powerful Corporation*. Londres, 2001.

Black, Edwin. "El Partido Nazi: IBM & 'Death's Calculator'", *Biblioteca Virtual*

Judía, 9 de julio de 2004, www.jewishvirtuallibrary.org/ibm-and-quot-death-s-calculator-quot.

Black, Edwin. *Nazi Nexus: America's Corporate Connections to Hitler's Holocaust*. Washington, DC, 2009.

"BMW", *http://de.wikipedia.org/wiki/BMW.*

"Bombardeo de Colonia en la Segunda Guerra Mundial", http://en.wikipedia.org/wiki/Bombing_of_Cologne_ in_World_War_II.

Bonstein, Julia, Dietmar Hawranek y Klaus Wiegrefe. "Rompiendo el silencio: BMW's Quandt Family to Investigate Wealth Amassed in Third Reich", *Spiegel Online*, 10 de diciembre de 2007, *www.spiegel.de/international/germany/0,1518,511193,00.html.*

Borkin, Joseph.*Crimen y castigo de I.G. Farben*. Nueva York, 1978.

Bourgeois, Daniel. *Business helvétique et troisième reich: milieux d'affaires, politique étrangère, antisémitisme*. Lausanne, 1998.

Bower, Tom. *La conspiración del clip: La batalla por el botín y los secretos de la Alemania nazi*. Londres, 1987.

Bracher, Karl Dietrich. *Die deutsche Diktatur: Entstehung — Struktur — Folgen des Nationalsozialismus*, 2ª edición. Colonia y Berlín, 1969.

Brandes, Stuart K. *Yarhogs: A History of Yar Profits in America*. Lexington, KY, 1997. "Braunes Haus", *http://de.wikipedia.org/wiki/Braunes_Haus.*

Breitman, Richard, et al. (eds.). *U.S. Intelligence and the Nazis*. Cambridge, 2005.

Brodsky, Patricia P. "The Hidden War: Working-Class Resistance during the Third Reich and the Postwar Suppression of Its History", *Nature, Society, and Thought*, vol. 11, nº 2 (1998), pp. 171-86, http://mep-publications.net/nst112a.pdf.

Broszat, Martin, y Klaus Schwabe (eds.). *Die deutschen Eliten und der Yeg in den Zweiten Yeltkrieg*. Munich, 1989.

Bruhn Jürgen. *Der Kalte Krieg oder: La desaparición de la Unión Soviética. Der US-militär-industrielle Komplex und seine Bedrohung durch Frieden*. Giessen, 1995.

Buchanan, John. "Bush-Nazi Link Confirmed", *The New Hampshire Gazette*, 10 de octubre de 2003.

Buchanan, John, y Stacey Michael. "'Bush-Nazi Dealings Continued Until 1951': Federal Documents," *The New Hampshire Gazette*, vol. 248, no. 3, 7 de noviembre de 2003, *www.globalresearch.ca/index.php?context=viewArticle&code=BUC20051102&articleId=1176.*

Buchheim, Christoph. "Unternehmen in Deutschland und NS-Regime 1933-1945: Versuch einer Synthese", en: *Historische Zeitschrift,* vol. 282, nº 2, abril de 2006, pp. 351-90.

Buchheim, Christoph (ed.). *La industria alemana en el periodo nazi*. Stuttgart 2008.

Buchheim, Christoph, y Jonas Scherner. "Anmerkungen zum Wirtschaftssystem des 'Dritten Reichs'", en: Werner Abelshauser, Jan-Otmar Hesse y Werner Plumpe (eds.), *Yirtschaftsordnung, Staat und Unternehmen: Neue Forschungen zur Yirtschaftsgeschichte des Nationalsozialismus. Festschrift für Dieter Petzina zum ł5. Geburtstag*. Essen, 2003, p. 81-97.

Burke, Bernard V. *Ambassador Frederic Sackett and the Collapse of the Yeimar Republic, 1930— 1933*. Cambridge, 1994.

Camarasa, Jorge. *Odessa al Sur: La Argentina como refugio de nazis y criminales de guerra*. Buenos Aires, 2012.

Canfora, Luciano. *L'occhio di Zeus: Disavventure della 'Democrazia'*. Roma y Bari, 2006. Canfora, Luciano. *La democrazia: Storia di un'ideologia*. Bari, 2008. (Edición original: 2004) Carlin, John. "Missing hero Wallenberg 'was US spy," *Independent*, 4 de mayo de 1996, www.independent.co.uk/news/missing-hero-wallenberg-was-us-spy-1345703.html. Carroll, Peter N., y David W. Noble. *The Free and the Unfree: A New History of the United States*, 2ª edición. Nueva York, 1988.

Carsten, F.L. Los *obreros alemanes y los nazis*. Aldershot, 1995.

Cashman, S. Dennis. *America, Roosevelt and World War II*. Nueva York y Londres, 1989. Charguéraud, Marc-André. *Le banquier américain de Hitler*. Ginebra, 2004.

Chernow, Ron. *La Casa de Morgan: An American Banking Dynasty and the Rise of Modern Finance*. Nueva York, 1990.

Chossudovsky, Michel. "Bush Family Links to Nazi Germany: 'A Famous American Family' Made its Fortune from the Nazis", *Global Research*, 6 de marzo de 2016.

Clarke, William. "El oro nazi: El papel de los bancos centrales: ¿dónde está la culpa?".

Central Banking, 8, verano 1997, *www.centralbanking.co.uk/cbv8n11.html.*

Cole, Wayne S. *Roosevelt y los aislacionistas 1932-1945*. Lincoln, NE, 1983.

Colla, Guido. *Nationalsozialistische Arbeitsbeschaffung in Theorie und Praxis 1933 bis 193ł.*

Colonia, 1994.

Compton, James V. "The Swastika and the Eagle", en: Arnold A. Offner (ed.), *America and the Origins of Yorld Yar II 1933-1941*. Nueva York, 1971, pp. 159-83.

Cope, Zak. *Divided Yorld Divided Class: Global Political Economy and the*

Stratification of Labour under Capitalism, Montreal. 2012.
"Consejo de Relaciones Exteriores", *http://en.wikipedia.org/wiki/Council_on_foreign_relations.* Cray, Ed. *Chrome Colossus: General Motors and Its Times*. Nueva York, 1980.
Crim, Brian E. "Wernher von Braun's 'Rocket Team' and America's Military-Industrial Complex", *Biblioteca de Ciencias Sociales*, 12 de enero de 2017, www.libraryofsocialscience.com/ ideologies/resources/crim-von-braun.
Cush, Andy. "Documentos desclasificados: U.S. Military Bombed the Nazi Germany Oil Refinery That Fred Koch Helped Build", *Gawker*, 18 de enero de 2016, http://gawker.com/ declassified-documents-u-s-military-bombed-the-nazi-g-1753037746.
Czichon, Eberhard. *Yer verhalf Hitler zur Machtẓ Zum Anteil der deutschen Industrie an der Zerstörung der Yeimarer Republik*, 5ª edición. Colonia, 1978. (Edición original: 1967)
Czichon, Eberhard. *Deutsche Bank Macht — Politik: Faschismus, Krieg und Bundesrepublik*.
Colonia, 2001.

d'Almeida, Fabrice. *La vie mondaine sous le nazisme*. París, 2008.
"Das Nähmaschinenwerk [Singer Wittenberg] in der nationalsozialistischen Bewegung", http://home.arcor.de/veritasklub/naehmaschinenwerk_chronik/seite_betriebschronik06. htm.
Davis, Randy. "Nazis in the Attic", 24 de mayo de 2000, www.emperors-clothes.com/articthe/ randy/swas1a.htm.
De Baggio, Thomas. "The Unholy Alliance", *Penthouse*, mayo de 1976, pp. 73-76, 91, *www.thinkorbeeaten.com/theknoll/vzygoth%20unholy.pdf.*
de Grazia, Victoria. *Imperio irresistible: El avance de América por la Europa del siglo XX*.
Cambridge, MA, y Londres, 2005.
Delanty, Gerard. *Inventing Europe: Idea, Identity, Reality*. Londres, 1995. Derbent, T. *La résistance communiste allemande 1933-1945*. Bruselas, 2008.
Deschner, Karlheinz. *Der Moloch: "sprecht sanft und tragt immer einen Knüppel bei euch!": zur Amerikanisierung der Yelt*. Stuttgart, 1992
Deschner, Karlheinz. *Abermal krähte der Hahn: Eine kritische Kirchengeschichte*, 6ª edición. Munich, 1996.
"Deutschland AG", *http://de.wikipedia.org/wiki/Deutschland_AG.*
De Witt, Thomas. *The Nazi Party and Social Yelfare, 1919-1939*, tesis doctoral,

Universidad de Virginia, 1971.

Diehl, Markus Albert. *Von der Marktwirtschaft zur nationalsozialistischen Kriegswirtschaft.*

Stuttgart, 2005.

Diggins, John P. *Mussolini and Fascism: The View from America*. Princeton, NJ, 1972.

Doares, Bill. "La historia oculta de la Segunda Guerra Mundial. Part I: Corporate America and the Rise of Hitler", *Yorkers' Yorld*, 4 de mayo de 1995, www.wildcat-www.de/zirkular/16/z16histo.htm.

Dobbs, Michael. "Ford and General Motors Scrutinized for Alleged Nazi Collaboration," *The Yashington Post*, 12 de diciembre de 1998. (1998a)

Dobbs, Michael. "US Automakers Fight Claims of Aiding Nazis", *The International Herald Tribune*, 3 de diciembre de 1998. (1998b)

Dodd, William E., Jr. y Martha Dodd (eds.). *Diario del Embajador Dodd, 1933-1938*. Nueva York, 1941.

Doenecke, Justus D. "Rehearsal for Cold War: United States Anti-Interventionists and the Soviet-Union, 1939-1941," *International Journal of Politics, Culture and Society*, vol. 7, no. 3, 1994, pp. 375-92.

Doerries, Reinhard R. "*Transatlantic Intelligence* in Krieg und Frieden: Die Rolle von Nachrichtendiensten in den deutsch-amerikanischen Beziehungen", en: Manfred Berg y Philipp Gassert (eds.), *Deutschland und die USA in der Internationalen Geschichte des 20. Jahrhunderts. Jahrhunderts: Festschrift für Detlef Junker*. Stuttgart, 2004, pp. 286-302.

Domarus. M. (ed.). *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945*, 2 volúmenes. Würzburg, 1962 y 1963.

Donovan, John. "Royal Dutch Shell Nazi Secrets: Introduction ," 6 de noviembre de 2010, *http://royaldutchshellplc.com/2010/11/06/royal-dutch-shell-nazi-secrets-introduction.*

Eichholtz, Dietrich. *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1933-1943*, 3 volúmenes. Berlín, 1969, 1984 y 1996.

Eichholtz, Dietrich (ed.). *Krieg und Yirtschaft: Studien zur deutschen Yirtschaftsgeschichte 1939-1945*, Berlín, 1999. (1999a)

Eichholtz, Dietrich. "Ökonomie, Politik und Kriegführung: Wirtschaftliche Kriegsplanungen und Rüstungsorganisation bis zum Ende der Blitzkriegsphase", en: Dietrich Eichholtz (ed.), *Krieg und Yirtschaft: Studien zur deutschen Yirtschaftsgeschichte 1939-1945*. Berlín, 1999, pp. 9-41. (1999b)

Eichholtz, Dietrich. "Unfreie Arbeit — Zwangsarbeit", en: Dietrich Eichholtz (ed.), *Krieg und Yirtschaft: Studien zur deutschen Yirtschaftsgeschichte*

1939-1945. Berlín, 1999, pp. 129-55. (1999c)

Eichholtz, Dietrich. "Die deutsche Kriegswirtschaft 1944/45. Eine Bilanz", en: Dietrich Eichholtz (ed.), *Krieg und Yirtschaft: Studien zur deutschen Yirtschaftsgeschichte 1939— 1945*. Berlín, 1999, pp. 325-47. (1999d)

Eichholtz, Dietrich. "Der Weg nach Auschwitz: Stationen der Nazifizierung des deutschen Großkapitals", en: Manfred Weißbecker y Reinhard Kühnl (eds.), *Rassismus, Faschismus. Antifaschismus: Forschungen und Betrachtungen. Gewidmet Kurt Pätzold zum 70. Geburtstag*. Colonia, 2000, pp. 112-28.

Eichholtz, Dietrich. "Zum Kaukasus, zum Ural und weiter ... Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion am 22. Juni 1941. *Junge Yelt,* 22 de junio de 2001, www.ag-friedensforschung. de/themen/Kriegsgeschichte/eichholtz.html.

"Eidgenössische Soziale Arbeiterpartei", http://de.wikipedia.org/wiki/ Eidgen%C3%B6ssische_Soziale_Arbeiterpartei.

Eisenberg, Carolyn Woods. "U.S. Policy in Post-war Germany: The Conservative Restoration", *Science and Society*, vol. 46, nº 1, primavera de 1982, pp. 24-38.

Eisenberg, Carolyn Woods. "Los límites de la democracia: US Policy and the Rights of German Labor, 1945-1949", en: Michael Ermarth (ed.), *America and the Shaping of German Society, 1945-1955*. Providence, RI, y Oxford, 1993, pp. 60-81.

Eisenberg, Carolyn Woods. *Drawing the Line: The American Decision to Divide Germany, 1944-1949*. Cambridge, 1996.

Engdahl, F. William. *A Century of Yar: Anglo-American Oil Politics and the New Yorld Order,* edición revisada. Londres y Ann Arbor, MI, 2004. (Edición original: 1992) Engelmann, Bernt. *Einig gegen Recht und Freiheit: Ein deutsches Anti-Geschichtsbuch*. Múnich, *1975*.

Engelmann, Bernt. *Yie wir wurden, was wir sind: Von der bedingungslosen kapitulation bis zur unbedingten Yiederbewaffnung*. Munich, 1980.

Erker, Paul. *Industrieeliten in der NS-Zeit: Anpassungsbereitschaft und Eigeninteresse von Unternehmern in der Rüstungsund Kriegswirtschaft 193ł-1945*. Passau, 1993.

Etzold, Thomas H. "The (F)utility Factor: German Information Gathering in the United States, 1933-1941", *Military Affairs*, Índice del Volumen 39, 1975, pp. 77-82.

Evans, Richard J. El *advenimiento del Tercer Reich*. Nueva York, 2004. Evans, Richard J. El Tercer *Reich en el poder*. Nueva York, 2005.

Evans, Richard J. *El Tercer Reich en Yar 1939-1945*. Nueva York, 2008. "Exxon", *http://en.wikipedia.org/wiki/Exxon.*

Falter, Jürgen W. "War die NSDAP die erste deutsche Volkspartei?", en: Michael Prinz y Rainer Zitelman (eds.), *Nationalismus und Modernisierung*, 2ª edición. Darmstadt, 1994, pp. 21-47.

"Fanta boooo," www.ciao.co.uk/Fanta_Orange Review_5794341.

Farber, David. *Sloan Rules: Alfred P. Sloan y el triunfo de General Motors*. Chicago y Londres, 2002.

"Fascism and America's Ruling Elites", america-s-ruling-elites.

Feldbauer, Gerhard. *Geschichte Italien: Vom Risorgimento bis Heute*. Colonia, 2008. Feldenkirchen, Wilfried. Siemens 1918-1945. Columbus, OH, 1999.

Felinska, Kamila (ed.). Zwangarbeit bei Ford: eine Dokumentation. Colonia, 1996. Ferguson, Thomas, y Joachim Voth. "Betting on Hitler — The Value of Political Connections in Nazi Germany", http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_ id=651984.

Fings, Karola. "Zwangsarbeit bei den Kölner Ford-Werken" en: Kamila Felinska (ed.), *Zwangarbeit bei Ford: eine Dokumentation*. Colonia, 1996, pp. 107-10.

Finkel, Alvin, y Clement Leibovitz. *La colusión Chamberlain-Hitler*. Halifax, NS, 1997. Fischer, Fritz. *Griff nach der Yeltmacht: die Kriegszielpolitik des kaiserlichen Deutschland 1914/18. Düsseldorf, 1967.* Düsseldorf, 1967.

Fischer, Fritz. *Hitler war kein Betriebsunfall: Aufsätze*, 4ª edición. Munich, 1998. (Edición original: 1992)

Focke, Harald, y Uwe Reimer. *Alltag unterm Hakenkreuz: Yie die Nazis das Leben der Deutschen veränderten*. Reinbek bei Hamburg, 1979.

Forbes, Neil. *Doing Business with the Nazis: Britain's Economic and Financial Relations with Germany 1931-1939*. Londres, 2000.

"Trabajos forzados bajo el dominio alemán durante la Segunda Guerra Mundial", http://en.wikipedia.org/wiki/ Forced_labour_under_German_rule_during_World_War_II.

Ford, Henry *The International Jew: The Yorld's Foremost Problem*. Dearborn, MI, 1920. "Ford 'profited' from Nazi slave labour", *BBC News*, 23 de febrero de 1996, http://news.bbc. co.uk/2/hi/world/americas/59351.stm.

"Ford-Konzern wegen Zwangsarbeit verklagt", *Kölner Stadt-Anzeiger*, 6 de marzo de 1998. Foster, John Bellamy, y Michael D. Yates. "Piketty y la crisis de la economía neoclásica", *Monthly Review*, 2014, vol. 66, nº 6, noviembre de 2014, http:// monthlyreview.org/2014/11/01/piketty-and-the-crisis-of-neoclassical-economics. Fraunholz, Uwe. " ¿Trabajar para el enemigo?", *H-Net Online*, junio de 2008, http://www.h-net.org/reviews/showrev.php?id=14645

Frei, Norbert, y Tim Schanetzky (eds.). *Unternehmen im Nationalsozialismus:*

Zur Historisierung einer Forschungskonjunktur. Gotinga, 2010.
Friedman, John S. "Kodak's Nazi Connections", *The Nation*, 26 de marzo de 2001, *http://thenation.com/doc/20010326/friedman.*
"Friedrich Minoux", *http://en.wikipedia.org/wiki/Friedrich_Minoux.*
Furr, Grover. *Blood Lies: The Evidence That Every Accusation against Joseph Stalin and the Soviet Union in Timothy Snyder's* Bloodlands *Is False.* Nueva York, 2014.

Gaja, Filippo. *Il secolo corto: La filosofia del bombardamento. La storia da riscrivere*. Milán, 1994. Gall, Lothar, y Manfred Pohl (eds.). *Unternehmen im Nationalsozialismus*. Múnich, 1998.
Gassert, Philipp. "Handel mit Hitler", *Die Zeit*, marzo de 1999, http://images.zeit.de/ text/1999/03/Handel_mit_Hitler.
Gassert, Philipp. "Keine reine geschäftliche Angelegenheit: Die Feindvermögensfrage' und die Auseinandersetzungen um die ausländischen Investitionen im Dritten Reich", en: Manfred Berg y Philipp Gassert, *Deutschland und die USA in der Internationalen Geschichte des 20. Jahrhunderts. Jahrhunderts: Festschrift für Detlef Junker*. Stuttgart, 2004, pp. 339-63.
Gatzke, Hans W. *Alemania y Estados Unidos: A "Special Relationship "ẓ* Cambridge, MA, and London, 1980.
Gaul, Claus-Martin. *Die industriallen Anlageinvestitionen und ihre Steuerung in Deutschland von 1933 bis 1939: Ein Beitrag zur wirtschaftshistorischen Analyse des Verhältnisses von Politik und Ökonomie im Nationalsozialismus*. Hamburgo, 2004.
Gedenkstätte Deutscher Widerstand, *www.gdw-berlin.de/en/home.*
"Gesellschaft zum Studium des Faschismus", http://de.wikipedia.org/wiki/Gesellschaft_zum_ Studium_des_Faschismus.
Gillens, Martin, y Benjamin I. Page. "Testing Theories of American Politics: Elites, Interest Groups, and Average Citizens", *Perspectives on Politics,* vol. 12, no. 3, pp. 564-81, *http://scholar.princeton.edu/sites/default/files/mgilens/files/gilens_and_page_2014_testing_theories_of_american_politics.doc.pdf.*
Gillingham, John. *Belgian Business in the Nazi New Order*. Gante, 1977.
Gimbel, John. "U. S. Policy and German Scientists: The Early Cold War", *Political Science Quarterly*, no. 3, 1986, pp. 433-51.
Gimbel, John. "Project Paperclip: German Scientists, American Policy, and the Cold War", *Diplomatic History*, 14-3, verano de 1990, págs. 343-65. (1990a)

Gimbel, John. "German Scientists, United States Denazification Policy, and the 'Paperclip' Conspiracy," *The International History Review*, 12-3, agosto de 1990, pp. 441-65. (1990b)

Gimbel, John. "The American Exploitation of German Technical Know-How after World War II", *Political Science Quarterly*, 105-2, verano de 1990, pp. 295-309. (1990c)

Gimbel, John. "Science, Technology, and Reparations in Postwar Germany", en: Jeffrey M. Diefendorf, Axel Frohn y Hermann-Josef Rupieper (eds.), *American Policy and the Reconstruction of Germany, 1945-1955*, Cambridge, 1993.

Gnau, Christoph. *Die deutschen Eliten und der Zweite Yeltkrieg*, Colonia, 2007.

Goda, Norman J.W. "La banca de Hitler: Chase National Bank and the Rückwanderer Mark Scheme, 1936-1941", en: Richard Breitman et al. (eds.), *U.S. Intelligence and the Nazis*, Cambridge, 2005, pp. 173-202.

Gold, Kim. "La madre de todos los fraudes: How the United States Swindled Britain as it Faced Nazi Invasion", *Morning Star*, 10 de abril de 2003.

Gossweiler, Kurt. *Aufsätze zum Faschismus.* Berlín, 1986.

Gowland, Rob. "Banks' Nazi Connections Exposed", *The Guardian*, 19 de junio de 1996, *www.hartford-hwp.com/archives/61/193.html.*

Gregor, Neil. *Daimler-Benz in the Third Reich*. New Haven, 1998.

Greiner, Bernd. *La leyenda Morgenthau: Zur Geschichte eines umstrittenen Plans*. Hamburgo, 1995.

Grieder, André, en colaboración con Daniel Arnet y Rolf Hürzeler. "Hitlers ZürichConnection", *http://forum.finanzen.net/forum/ohne_CHF_kein_drittes_Reich-t235268.*

Grosbois, Thierry. "Ford en Bélgica", en: H. Bonin, Y. Lung y S. Tolliday, *Ford: La Historia Europea 1903-2003*. París, 2003, pp. 197-229.

Grunberger, Richard *The 12-Year Reich: A Social History oof Nazi Germany 1933-1945*. Nueva York, 1971

Guérin, Daniel. *Fascism and Big Business*. Nueva York, 1973.

"Günther Quandt", *http://fr.wikipedia.org/wiki/G%C3%BCnther_Quandt.*

Hachtmann, Rüdiger. "Política laboral en la industria", en: Christoph Buchheim (ed.), La *industria alemana en la época nazi*. Stuttgart, 2008, pp. 65-83.

Hallgarten, George W.F., y Joachim Radkau. *Deutsche Industrie und Politik von Bismarck bis in die Gegenwart.* Reinbek bei Hamburg, 1981.

Hansen, Suzy. "Repensar la pesadilla nazi", 2 de octubre de 2002, *www.salon.com/2002/10/02/dwork.*

Harrington, Dale. *Mystery Man: Yilliam Rhodes Davis Nazi Agent of Influence*.

Dulles, VA, 1999.

Harrison, Mark. *The Economics of Yorld Yar II: Six Great Powers in International Comparison*. Cambridge, 1998.

Hayes, Peter *Beneficios y persecución: Las grandes empresas alemanas y el Holocausto*. Washington, DC, 1998.

Hayes, Peter. *Industria e ideología: IG Farben in the Nazi Era*, 2ª edición. Cambridge, 2001. (Edición original: 1987)

Hayes, Peter. "Industry under the Swastika", en: Harold James y Jakob Tanner (eds.), *Enterprise in the Period of Fascism in Europe*. Aldershot y Burlington, VT, 2002, pp. 26-37.

Hayes, Peter. "Die Verstrickung der Degussa in das NS-System", en: Jürgen Lillteicher (ed.), *Profiteure des NS-Systemsz: Deutsche Unternehmen und das 'Dritte Reich',* Berlín, 2006, pp. 30-43.

Hayton, Bill. "Dentro del secreto Grupo Bilderberg". *BBC News*, 29 de septiembre de 2005, http:// news.bbc.co.uk/2/hi/4290944.stm.

Heartfield, James. "World War as Class War", 20 de enero de 2010, www.metamute.org/ editorial/articles/world-war-class-war.

Helms, Hans G. "Ford und die Nazis", en: Komila Felinska (ed.), *Zwangsarbeit bei Ford*. Colonia, 1996.

Herbst, Ludolf. "Der Krieg und die Unternehmensstrategie deutscher Industrie-Konzerne in der Zwischenkriegszeit", en: Martin Broszat y Klaus Schwabe (eds.), *Die deutschen Eliten und der Yeg in den Zweiten Yeltkrieg*. Munich, 1989, pp. 72-134.

Heyl, Bernd, y Andrea Neugebauer (eds.). "... *ohne Rücksicht auf die Verhältnisse": Opel zwischen Yeltwirtschaftskrise und Yiederaufbau.* Frankfurt am Main, 1997.

Higgs, Robert. "Private Profit, Public Risk: Institutional Antecedents of the Modern Military Procurement System in the Rearmament Program of 1940-1941", en: Geofrey T. Mills y Hugh Rockoff (eds.), *The Sinews of Yar: Essays on the Economic History of Yorld Yar II*. Ames, IA, 1993, pp. 166-198.

Higham, Charles. *Trading with the Enemy: An Exposé of the Nazi-American Money Plot 1933— 1949*. Nueva York, 1983.

Hillgruber, Andreas. *Der Zweite Yeltkrieg 1939 1945: Kriegsziele und Strategie der Großen Mächte*, 5ª edición. Stuttgart, 1989. (Edición original: 1982)

"Hitlers beflissene Hehler", *Der Spiegel*, 17 de marzo de 1997 (www.spiegel.de/spiegel/ print/d-8680325.html).

Hofer, Walter, y Herbert R. Reginbogin. *Hitler, der Yesten und die Schweiz 193ł-1945*. Zurich, 2002.

Hoffmann, Peter. La *resistencia alemana a Hitler*. Cambridge, MA, y Londres,

1988. "Holocaust-Überlebende klagen gegen Frankfurter Konzern Degussa", *Frankfurter Rundschau*, 24 de agosto de 1998.

Homburg, Heidrun. "Wirtschaftliche Dimensionen der deutschen Besatzungsherrschaft in Frankreich 1940-1944", en: Werner Abelshauser, Jan-Otmar Hesse y Werner Plumpe (eds.), *Yirtschaftsordnung, Staat und Unternehmen: Neue Forschungen zur Yirtschaftsgeschichte des Nationalsozialismus. Festschrift für Dieter Petzina zum ł5. Geburtstag*. Essen, 2003, pp. 181-204.

Hörster-Philipps, Ulrike. *Yer war Hitler wirklichẓ Großkapital und Faschismus 1918-1945: Dokumente*. Cologne. 1978.

"Hotel Kaiserhof (Berlín)", *http://de.wikipedia.org/wiki/Hotel_Kaiserhof_%28Berlin%29.* Hoven, Herbert. "Was Ford nicht tut", *Die Zeit*, 22 de septiembre de 1995, www.zeit.de/1995/39/Was_Ford_nicht_tut.

"¿Cómo te representa un Congreso de millonarios?" www.gatheringspot.net/topic/ political-activismcover-ups/how-does-congress-millionaires-represent-you.

"Hugo Boss", *http://en.wikipedia.org/wiki/Hugo_Boss.*

Hunt, Linda. *Secret Agenda: The United States Government, Nazi Scientists, and Project Paperclip, 1945 to 1990*. Nueva York, 1991.

"IG Farben", *http://en.wikipedia.org/wiki/Ig_Farben.*

IG Farben: Von Anilin bis Zwangsarbeit: Zur Geschichte von BASF, BAYER, HOECHST und anderen deutschen Chemie-Konzernen. Stuttgart, 1995.

Imlay, Talbot. "Sombras de colaboración: The French Automobile Industry Under German Occupation", en: Froland, Hans Otto, Mats Ingulstad y Jonas Scherner (eds.), *Industrial Collaboration in Nazi-Occupied Europe: Noruega en Contexto*. Londres, 2016, pp. 161-86.

"¿Existe un nuevo antisemitismo? A Conversation with Raul Hilberg", *Logos,* vol. 6, nº 1-2, invierno-primavera de 2007, www.logosjournal.com/issue_6.1-2/hilberg.htm.

James, Harold. "Die Rolle der Banken im Nationalsozialismus", en: Lothar Gall y Manfred Pohl (eds.), *Unternehmen im Nationalsozialismus*. Munich, 1998, pp. 25-36,

Jeffreys, Diarmuid. *Hell's Cartel: IG Farben and the Making of Hitler's Yar Machine.* Londres, 2008.

Jensen, Derrick. "Neighborhood Bully: Ramsey Clark on American Militarism", *The Sun Magazine*, agosto de 2001, www.thesunmagazine.org/bully.html.

Jersak, Tobias. "Öl für den Führer", *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 11 de febrero de 1999. "El bolchevismo judío", *https://en.wikipedia.org/wiki/Jewish_Bolshevism.*

"Johan Willem Beyen", http://fr.wikipedia.org/wiki/Johan_Willem_Beyen. "John J. McCloy", *http://en.wikipedia.org/wiki/John_J._McCloy.*

Jones, Eleanor, y Florian Ritzmann. "Coca Cola goes to War", http://pariahnt.org/pages/ Nazi-Cola.htm.

"Julius Friedrich Lehmann", *http://de.wikipedia.org/wiki/Julius_Lehmann.* Jungbluth, Rüdiger. *Die Quandts: Ihr leiser Aufstieg zur mächtigsten Yirstschaftsdynastie Deutschlands*. Fráncfort del Meno, 2002.

Kahn, David. *Hitler's Spies: German Military Intelligence in Yorld Yar II*. Nueva York, 1985. Kershaw, Ian. *Hitler 1889-193ł: Hubris*. Nueva York y Londres, 2000. (Edición original: 1998)

Kershaw, Ian. *Hitler 193ł-45: Némesis*. Nueva York y Londres, 2001. (Edición original: 2000)

Kershaw, Ian *Making Friends with Hitler: Lord Londonderry and Britain's Road to Yar*. Londres, 2004.

Kinzer, Stephen. *Overthrow: America's Century of Regime Change from Hawaii to Iraq.* Nueva York, 2006.

Köhler, Otto. "¿Wohlstand für alle? Wie Ludwig Erhard im Januar 1945 zusammen mit dem später gehängten SS-Einsatzgruppenführer Otto Ohlendorf die Soziale Marktwirtschaft erfand", *Junge Yelt,* 19 de septiembre de 2009, www.dielinke-in-pirna.de/Doks/ Wohlstandfa.pdf.

Kolko, Gabriel. "American Business and Germany, 1930-1941", *The Yestern Political Quarterly*, vol. 15, diciembre de 1962, pp. 713-24.

Kolko, Gabriel. *The Politics of Yar: The Yorld and United States Foreign Policy, 1943-1945*.

Nueva York, 1968.

Kolko, Gabriel. *El siglo de Yar: Politics, Conflicts, and Society Since 1914*. Nueva York, 1994. Krales, Edwin. "Asegurando el éxito del fascismo en España: The US Corporate Role", *Counterpunch*, 7 de abril de 2008, *www.counterpunch.org/krales04072008.html.*

Krammer, Arnold. "Fueling the Third Reich", *Technology and Culture*, vol. 19, no. 3, julio de 1978, pp. 394-422.

Daniel Krebs. "Jimmy Carter: U.S. Is an 'Oligarchy With Unlimited Political Bribery,'" *Rolling Stone*, 31 de julio de 2015, oligarchy-with-unlimited-political-bribery-20150731.

Kreis, Georg. *Die Schweiz im Zweiten Yeltkrieg*. Innsbruck y Viena, 2011.

Kugler, Anita. "Das Opel-Management während des Zweiten Weltkrieges. Die

Behandlung feindlichen Vermögens und die Selbstverantwortung der Rüstungsindustrie", en: Bernd Heyl y Andrea Neugebauer (eds.), *'... ohne Rücksicht auf die Verhältnisse : Opel zwischen Yeltwirtschaftskrise und Yiederaufbau*. Frankfurt am Main, 1997, pp. 35-68. (1997a)

Kugler, Anita. "Flugzeuge für den Führer, Deutsche Gefolgschaftsmitglieder und ausländische Zwangsarbeiter im Opel-Werk in Rüsselsheim 1940 bis 1945", en: Bernd Heyl y Andrea Neugebauer (eds.), *'... ohne Rücksicht auf die Verhältnisse : Opel zwischen Yeltwirtschaftskrise und Yiederaufbau*. Frankfurt am Main, 1997, pp. 69-92. (1997b)

Kühnl, Reinhard. *Die nationalsozialistische Linke 1925-1930.* Meisenheim am Glan, 1966. Kühnl, Reinhard. *Formen bürgerlicher Herrschaft: Liberalismus — Faschismus*. Reinbek bei Hamburg, 1971.

Kühnl, Reinhard. *Der deutsche Faschismus in Quellen und Dokumenten*, 5ª edición. Colonia, 1980. (Edición original: 1975)

Kühnl, Reinhard. *Die Yeimarer Republik: Errichtung, Machtstruktur und Zerstörung einer Demokratie*. Reinbek bei Hamburg, 1985.

Kümmel, Gerhard. *Transnationale Yirtschaftskooperation und der Nationalstaat: Deutschamerikanische Unternehmensbeziehungen in den dreißiger Jahren*. Stuttgart

Labarique, Paul. "Historiens sous influence: ¿Qui 'écrit' l'histoire ?" 8 de abril de 2004, *www.voltairenet.org/Qui-ecrit-l-Histoire.*

Lacroix-Riz, Annie. *L'économie suédoise entre l'Est et l'Ouest, 1944-1949: neutralité et embargo, de la guerre au Pacte atlantique*,.París, 1991.

Lacroix-Riz, Annie. *Le choix de la défaite: Les élites françaises dans les années 1930*. París, 2006. Lacroix-Riz, Annie. *De Munich à Vichy: L'assassinat de la Troisième République (1938-1940).* París, 2008.

Lacroix-Riz, Annie. Opération Walkyrie: comment Hollywood attente à l'histoire", *Investig'action*, 27 de febrero de 2009, comentario.

Lacroix-Riz, Annie. "Louis Renault et la 'fabrication de chars pour la Wehrmacht'", 10 de marzo de 2011, wehrmacht. (2011a)

Lacroix-Riz, Annie. "Dossier Renault: archives et documents", 12 de diciembre. 2011, www. historiographie.info/renault.html. (2011b)

Lacroix-Riz, Annie. *Industriels et banquiers français sous l'Occupation*, nueva edición. París, 2013. (Edición original: 1999)

Lacroix-Riz, Annie, "Le débarquement du 6 juin 1944, du mythe à la réalité", *Réseau Voltaire*, 4 de junio de 2014, *www.voltairenet.org/article184071.html.*

Lacroix-Riz, Annie. "Le rôle de l'URSS dans la deuxième guerre mondiale (1939-1945)", *Le Grand Soir*, 9 de mayo de 2015, *https://legrandsoir.info/le-*

role-de-l-urss-dans-la-deuxiemeguerre-mondiale-1939-1945.html.

Lacroix-Riz, Annie. *Les élites françaises entre 1940 et 1944. De la collaboration avec l'Allemagne à l'alliance américaine*. París, 2016.

Lederman, Robert. "A Jewish Perspective on G. W. Bush," www.theforbiddenknowledge. com/hardtruth/jewish_pespective.htm.

LeBor, Adam. *Los banqueros secretos de Hitler: El mito de la neutralidad suiza durante el Holocausto*. Secaucus, NJ, 1997.

"Lend-Lease", http://en.wikipedia.org/wiki/Lend_Lease.

Levering, Ralph B. *American Opinion and the Russian Alliance, 1939-1945*. Chapel Hill, NC, 1976.

Lewis, David Lanier. *La imagen pública de Henry Ford: An American Folk Hero and His Company*. Detroit, 1976.

Lewy, Guenter. *La Iglesia católica y la Alemania nazi*. Boulder, CO, 2000. Liberman, Peter. *Does Conquest Payẓ: The Exploitation of Occupied Industrial Societies*. Princeton, NJ, 1996.

Liebig, Michael. "El legado del terror: Schacht, Skorzeny, Allen Dulles", *Executive Intelligence Review*, 9 y 16 de abril de 2004, http://larouchepub.com/other/2004/3114_terror_legacy. html.

Lillteicher, Jürgen (ed.). *Profiteure des NS-Systemsẓ: Deutsche Unternehmen und das 'Dritte Reich'.* Berlín, 2006.

Lindner, Stephan H. *Das Reichskommissariat für die Behandlung feindlichen Vermögens im Zweiten Yeltkrieg: Eine Studie zur Verwaltungs—, Rechts— und Yirtschaftsgeschichte des nationalsozialistischen Deutschlands*. Stuttgart, 1991.

"L'Oréal", https://fr.wikipedia.org/wiki/L%27Or%C3%A9al.

Losurdo, Domenico. *Democrazia o bonapartismo: Trionfo e decadenza del suffragio universale*. Turín, 1993.

Losurdo, Domenico. *Le révisionnisme en histoire: problèmes et mythes*. París, 2006. Losurdo, Domenico. *Il linguaggio dell'impero: Lessico dell'ideologia americana*. Bari, 2007. Losurdo, Domenico. *Stalin: Storia e critica di una leggenda nera*. Roma, 2008.

Luyten, Dirk. *Ideologie en praktijk van het corporatisme tijdens de Tweede Yereldoorlog in België*. Bruxelles, 1997.

MacDonald, Dougal. "Les liaisons nazies des impérialistes anglo-américains — La filière nazie'd Electrolux", *http://histoire.skynetblogs.be/tag/imperialisme.*

Maddux, Thomas R. *Years of Estrangement: American Relations with the Soviet Union 1933— 1941*. Tallahassee, FL, 1980.

Manchester, William. *Las armas de Krupp, 1587-19ł8*. Nueva York, 1970.

(Edición original: 1968)

Martin, Bernd. *Friedensinitiativen und Machtpolitik im Zweiten Yeltkrieg 1939-1942*. Düsseldorf, 1974.

Martin, Bernd. "Friedens-Planungen der multinationalen Großindustrie (1932-1940) als politische Krisenstrategie", *Geschichte und Gesellschaft*, 2 , 1976. "Timothy Mason," http://en.wikipedia.org/wiki/Timothy_Mason#Interpretations_of_ fascism.2C_.E2.80.9Cprimacy_of_politics.E2.80.9D.

"Massacre des Héréros", *http://fr.wikipedia.org/wiki/Massacre_des_Hereros.*

May, Gareth. "10 Big Business Nazi Profiteers", 24 de octubre de 2013, http://listverse. com/2013/10/24/10-big-business-nazi-profiteers.

Mayer, Arno J. *Yhy Did the Heavens Not Darkenz La Solución Final en la Historia*. Nueva York, 1988.

Mazower, Mark. *El Imperio de Hitler: Cómo los nazis gobernaron Europa*. Nueva York, 2008.

Meyssan, Thierry. "Historia secreta de L'Oréal: Anti-Sémitisme et anti-maçonnisme", *Le Réseau Voltaire,* 28 de julio de 2010, *www.mondialisation.ca/index.php?context=va&aid=20374.*

Mikhah, Yosef. "Ford, General Motors et le Troisième Reich: une collaboration 'hautement profitable'," general-motors-et-le-troisieme-reich-une-collaboration-hautement-profitable.

Mikhah, Yosef, y Tony Kofoet. "Criminele partners: Het VS-grootkapitaal en de nazi's", traducción al neerlandés de un artículo publicado en alemán en: *Die Funke*, 10 de mayo de 2005, www. afvn.nl/2005_4/afpag_20_21.htm.

Mills, Geofrey T., y Hugh Rockoff (eds.), *The Sinews of Yar: Essays on the Economic History of Yorld Yar II*. Ames, IA, 1993.

Milward, Alan S. *The German Economy at Yar*. Londres, 1965.

Milward, Alan S. "Politische Ökonomie, Unilateralismus und Sicherheit im Dritten Reich", en: Werner Abelshauser, Jan-Otmar Hesse y Werner Plumpe (eds.), *Yirtschaftsordnung, Staat und Unternehmen: Neue Forschungen zur Yirtschaftsgeschichte des Nationalsozialismus. Festschrift für Dieter Petzina zum ł5. Geburtstag*. Essen, 2003, pp. 221-29.

Mommsen, Hans, y Manfred Grieger. *Das Volkswagenwerk und seine Arbeiter im Dritten Reich*, 3ª edición. Düsseldorf, 1997.

Mommsen, Wolfgang J. "1933: Die Flucht in den Führerstaat", en: Carola Stern y Heinrich A. Winkler (eds.), *Yendepunkte deutscher Geschichte 1848-1990*. Frankfurt am Main, 1997, pp. 127-58.

Muller, Jerry Z. *Capitalism and the Jews*. Princeton, NJ, 2010.

Müller, Rolf-Dieter. *Der Manager der Kriegswirtschaft — Hans Kehrl, ein Unternehmer in der Politik des 'Dritten Reiches'.* Essen, 1999.

Müller, Rolf-Dieter. "'Das Unternehmen Barbarossa' als wirtschaftlicher Raubkrieg", en: Gerd R. Ueberschär y Wolfram Wette (eds.), *Der deutsche Überfall auf die Sowjetunion: "Unternehmen Barbarossa" 1941*. Fráncfort del Meno, 2011, pp. 125-57. (2011a)

Müller, Rolf-Dieter. *Der Feind steht im Osten: Hitlers geheime Pläne für einen Krieg gegen die Sowjetunion im Jahr 1939*. Berlín, 2011. (2011b)

Nasaw, David. *The Chief: The Life of William Randolph Hearst*. Boston, 2000.

Navarro, Vicente. "Trabajaron para Franco: cómo el secretario de Estado Cordell Hull y el premio Nobel Camilo José Cela colaboraron con el régimen fascista español", *Counterpunch*, 30/31 de octubre de 2004, *www.counterpunch.org/navarro10302004.html.*

Ndiaye, Pap A. *Nylon and Bombs: DuPont and the March of Modern America*. Baltimore, MD, 2007.

Neebe, Reinhard. *Großindustrie, Staat und NSDAP 1930-1933: Paul Silverberg und der Reichsverband der Deutschen Industrie in der Krise der Yeimarer Republik*. Gotinga, 1981. Günter Neliba, *Die Opel-Yerke im Konzern von General-Motors (1929-1948) in Rüsselsheim und Brandenburg: Produktion für Aufrüstung und Krieg ab 1935 unter nationalsozialistischer Herrschaft*. Fráncfort del Meno, 2000.

Neugebauer, Andrea, " ... die Räder wieder ins Rollen bringen! en Bernd Heyl y Andrea Neugebauer (eds.), *... ohne Rücksicht auf die Verhältnisse : Opel zwischen Yeltwirtschaftskrise und Yiederaufbau*. Frankfurt am Main, 1997, pp. 169-94.

Newton, Scott *Profits of Peace: The Political Economy of Anglo-German Appeasement*. Oxford, 1996.

Niess, Frank. *Geschichte der Arbeitslosigkeit. Ökonomische Ursachen und politische Kämpfe: ein Kapitel deutscher Sozialgeschichte*, 2ª edición. Colonia, 1982. (Edición original: 1979)

Nolte, Ernst. "Big Business and German Politics: A Comment", *American Historical Review*, vol. 75, nº 1, octubre de 1969, pp. 47-55.

North, David. "A critical review of Daniel Goldhagen's *Hitler's Yilling Executioners*," *Yorld Socialist Yeb Site*, 17 de abril de 1997, *www.wsws.org/en/articles/1997/04/holo-a17.html.*

"Archivo de estadísticas de la Bolsa de Nueva York", www.nyse.com/financials/1022221393023.html. "Octogon", *http://fr.wikipedia.org/wiki/Octogon.*

Ogtheby, Carl. "El tratado secreto de Fort Hunt", *https://archive.org/stream/the-secret-treatyof-fort-hunt/the-secret-treaty-of-fort-hunt_djvu.txt.*

"El 31 de diciembre, Gran Bretaña habrá pagado a Estados Unidos el último de sus préstamos de la Segunda Guerra Mundial".

Overesch, Manfred. *Machtergreifung von links: Thüringen 1945/4ł*. Hildesheim, 1993. Panitch, Leo, y Sam Gindin, *The Making Of Global Capitalism: The Political Economy of American Empire*. Londres y Nueva York, 2012.

Parenti, Michael. *Democracy for the Few*, 6ª edición. Nueva York, 1995. (Edición original: 1974)

Pätzold, Kurt. *Der Führer ging, die Kopflanger blieben: Ein historisches Finale und aktuelle Kontroversen*. Colonia, 2005.

Pätzold, Kurt, y Manfred Weißbecker. *Geschichte der NSDAP 1920-1945*. Colonia, 1998.

Pauwels, Jacques R. *The Myth of the Good Yar: America in the Second Yorld Yar,* edición revisada. Toronto, 2015. (Edición original: 2002)

Pauwels, Jacques R. *De Canadezen en de bevrijding van België 1944-1945.* Berchem, 2004. Pauwels, Jacques R. "Hace 70 años, diciembre de 1941: Turning Point of World War II", *Global Research*, 6 de diciembre de 2011, www.globalresearch.ca/index.php?context=va&aid=28059 (2011a).

Pauwels, Jacques R. "Otoño de 1941: Pearl Harbor and The Wars of Corporate America", *Global Research*, 11 de diciembre de 2011, wars-of-corporate-america/28159. (2011b).

Pauwels, Jacques R. *The Great Class Yar 1914-1918*. Toronto, 2016.

Pavillon, Sophie. "Aluminium Industrie AG (AluSwitzerland) et le Troisième Reich: L'axe de l'aluminium", *http://page2.ch/EdPage2/p2_2GM_alu.html.*

Pavillon, Sophie. "Les Aciéries Georg Fischer et le Troisième Reich: Obus sans frontière", *http://page2.ch/EdPage2/p2_2GM_fischer.html.*

Pavillon, Sophie. "Maggi et le Troisième Reich: Du potage pour la Wehrmacht", http://page2. ch/EdPage2/p2_2GM_maggi.html.

Paxton, Robert *Vichy France: Old Guard and New Order, 1940-1944*. Nueva York, 1982. Pendergrast, Mark. *For God, Country, and Coca-Cola: The Unauthorized History of the Great American Soft Drink and the Company That Makes It*. Nueva York, 1993.

Pinto-Duschinsky, Michael. "El Holocausto: Excusing the Inexcusable", julio/agosto de 2011, inexcusable-michael-pinto-duschinsky-holocaust-toepfer-richard-evans.

Plumelle-Uribe, Rosa Amelia. *La férocité blanche des non-blancs aux non-Aryens: génocides occultés de 1492 à nos jours*. París, 2001.

Plumpe, Werner. "Politische Zäsur und funktionale Kontinuität: Industrielle Nachkriegsplanung und der Übergang zur Friedenswirtschaft 1944-1946", *1999: Zeitschrift für Sozialgeschichte des 20. und 21. Jahrhunderts. Jahrhunderts*, vol. 4, 1992, pp. 11-37.

Plumpe, Werner. "Unternehmen im Nationalsozialismus: Eine Zwischenbilanz", en: Werner Abelshauser, Jan-Otmar Hesse y Werner Plumpe (eds.), *Yirtschaftsordnung, Staat und Unternehmen: Neue Forschungen zur Yirtschaftsgeschichte des Nationalsozialismus. Festschrift für Dieter Petzina zum ł5. Geburtstag*. Essen, 2003, pp. 243-66.

Pohl, Hans, Stephanie Habeth y Beate Brüninghaus. *Die Daimler-Benz AG in den Jahren 1933 bis 1945: Eine Dokumentation.* Stuttgart, 1986.

Ponting, Clive. *Armageddon: The Second Yorld Yar.* Londres, 1995.

Pool, James. *Hitler y sus socios secretos: Contribuciones, Botín y Recompensas, 1933-1945*. Nueva York, 1997.

Pool, James, y Suzanne Pool. *Yho Financed Hitlerz* Nueva York, 1978.

Potkina, Irina V. "The Singer Company in Russia, 1897-1917: strategy, identity, performance, reception, adaptability", www.helsinki.fi/iehc2006/papers3/Potkina.pdf.

Poulantzas, Nicos. *Fascismo y dictadura*. París, 1974. (Edición original: 1970) Puchert, Berthold. "Die ökonomische Expansion Deutschlands und ihre Rolle in den Weltkriegen," en: Werner Röhr, Brigitte Berlekamp y Karl-Heinz Roth (eds.), *Der Krieg vor dem Krieg: Ökonomik und Politik der friedlichen Aggressionen Deutschlands 1938/1939*. Hamburgo, 2001, pp. 352-66.

Recker, Marie-Luise. "Zwischen sozialer Befriedung und materieller Ausbeutung: Lohnund Arbeitsbedingungen im Zweiten Weltkrieg", en: Wolfgang Michalka (ed.), *Der Zweite Yeltkrieg. Analysen, Grundzüge, Forschungsbilanz*. Munich y Zurich, 1989, pp. 430-44.

"Reemtsma (Familie)", https://de.wikipedia.org/wiki/Reemtsma_(Familie).

Reich, Simon. *Los frutos del fascismo: Postwar Prosperity in Historical Perspective*. Ithaca, NY, y Londres, 1990.

Reich, Simon. "Corporate Social Responsibility and the Issue of Compensation: The Case of Ford and Nazi Germany", en: Francis R. Nicosia y Jonathan Huener (eds.), *Business and Industry in Nazi Germany*. Nueva York y Oxford, 2004.

Reichhardt, H.J. Möglichkeiten und Grenzen des Widerstandes der Arbeiterbewegung", en: Walter Schmitthenner y Hans Buchheim (eds.),

Der deutsche Yiderstand gegen Hitler: Vier historisch-kritische Studien von H. Graml, H. Mommsen, H. J. Reichhardt, E. Yolf. Colonia, 1966.

Research Findings about Ford-Yerke under the Nazi Regime, Dearborn, MI, 2001, http://media. ford.com/events/pdf/2d-Research_Findings_S03.pdf.

Reuss, Ernst. *Kriegsgefangenen im 2. Yeltkrieg: Yie Deutsche und Russen mit ihren Gegnern umgingen*. Berlín, 2010.

Reymond, William. *Coca-Cola, het verboden onderzoek.* Breda, 2007.

Ritschl, Albrecht. "Die NS-Wirtschaftsideologie — Modernisierunsprogramm oder reaktionäre Utopie?", en: Michael Prinz y Rainer Zitelman (eds.), *Nationalismus und Modernisierung*, 2ª edición. Darmstadt, 1994, pp. 48-70. (Edición original: 1994)

Rocha, León. "El gran robo del caucho: How Julius Fromm's Condom Empire Fell to the Nazis", *The Berlin Review of Books*, 28 de enero de 2011, www.google.ca/#sclient=psy-ab&hl=en&site=&source=hp&q=leon+rocha+the+great+rubber+robbery&pbx=1&oq=leon+roc ha+the+great+rubber+robbery&aq=f&aqi=&aql=&gs_sm=e&gs_upl=2 960l102111011087 4l4113513101012621547415.22.8138l0&bav=on.2,or.r_gc.r_pw.,cf.osb&fp=ba6ad391d86 8f8e7&biw=1280&bih=811.

Roth, Karl Heinz. "Wirtschaftliche Vorbereitungen auf das Kriegsende und Nachkriegsplanungen", en: Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft 1933-1943*, volumen 3. Berlín, 1996, pp. 509-611. Berlín, 1996, pp. 509-611.

Roth, Karl Heinz. "'Neuordnung' und wirtschaftliche Nachkriegsplanungen", en: Dietrich Eichholtz (ed.), *Krieg und Yirtschaft: Studien zur deutschen Yirtschaftsgeschichte 1939— 1945*. Berlín, 1999, pp. 195-219.

Roth, Karl Heinz, y Jan-Peter Abraham. *Reemtsma auf der Krim: Tabakproduktion und Zwangsarbeit unter der deutschen Besatzungsherrschaft 1941-1944*. Hamburgo, 2010.

Russell, Thaddeus. *A Renegade History of the United States*. Nueva York, 2010. Sampson, Anthony. *The Sovereign State of ITT*. Nueva York, 1973.

Sampson, Anthony. *Las Siete Hermanas: The Great Oil Companies and the Yorld They Made*. Nueva York, 1975.

Schäfer, Hans Dieter. "Amerikanismus im Dritten Reich", en: Michael Prinz y Rainer Zitelman (eds.), *Nationalismus und Modernisierung*, 2ª edición. Darmstadt, 1994, pp. 199-215. (Edición original: 1994.)

Schanetzky, Tim. "Geschäfte mit der braunen Diktatur", *Die Zeit*, 16 de marzo de

2006.
Scharnberg, Harriet. "Das A und P der Propaganda: Associated Press und die nationalsozialistische Bildpublizistik", *Zeithistorische Forschungen/Studies in Contemporary History*, vol. 13 (2016), nº 1, http://www.zeithistorische-forschungen.de/1-2016/ id=5324.
Scherner, Jonas. "La inversión industrial en la Alemania nazi: The Forgotten Wartime Boom", marzo de 2006, *www.econ.yale.edu/seminars/echist/eh06/scherner-060329.pdf.*
Scherner, Jonas. *Die Logik der Industriepolitik im Dritten Reich: Die Investitionen in die Autarkieund Rüstungsindustrie und ihre staatliche Förderung*. Stuttgart, 2008.
Schmelzer, Janis. "In zwei Etappen zum Sieg: Wie Bayer & Co die Nachkriegsgeschichte bestimmten", diciembre de 1988, http://ourworld.compuserve.com/homepages/Critical_ Shareholders/igback.htm.
Schmitz, David F. "A Fine Young Revolution: The United States and the Fascist Revolution in Italy, 1919-1925", *Radical History Review*, vol. 33, septiembre de 1985, pp. 117-38.
Schneider, Michael. "Der Kampf um die Arbeitszeitverkürzung von der Industrialisierung bis zur Gegenwart," http://library.fes.de/gmh/main/pdf-files/gmh/1984/1984-02-a-077.pdf.
Schonbach, Morris. *Native American Fascism During the 1930s and 1940s: A Study of Its Roots, Its Growth, and Its Decline.* Nueva York, 1985.
Schröder, Hans-Jürgen. *Deutschland und die Vereinigten Staaten 1933-1939: Yirtschaft und Politik in der Entwicklung des deutsch-amerikanischen Gegensatzes*. Wiesbaden, 1970.
Schweitzer, Arthur. *Big Business in the Third Reich*. Bloomington, IN, 1964. Seldes, George, asistido por Helen Seldes. *Facts and Fascism*. Nueva York, 1943.
Sherry, Michael S. *Preparing for the Next Yar: American Plans for Postwar Defense, 1941-45. New Haven, 1977*. New Haven, 1977.
Silverstein, Ken. "Ford y el Führer", *The Nation*, 24 de enero de 2000.
Simpson, Christopher. *Blowback: The First Full Account of America's Recruitment of Nazis, and Its Disastrous Effect on Our Domestic and Foreign Policy*. Nueva York, 1988.
Simpson, Christopher. *The Splendid Blond Beast: Money, Law, and Genocide in the Twentieth Century*. Nueva York, 1993.
Sinclair, Upton. *The Flivver King: A Story of Ford-America.* Pasadena, CA, 1937.
Small, Melvin. "Las 'lecciones' del pasado: Second Thoughts about World War II", en: Norman K. Risjord (ed.), *Insights on American History*, volumen

2. San Diego, CA, 1988. San Diego, CA, 1988. Snell, Bradford. "General Motors and the Nazis", *Ramparts*, 12 de junio de 1974, pp. 14-16. Sobel, Robert. *I.T.T.: The Management of Opportunity*. Nueva York, 1982.

Sobel, Robert. *RCA*. Nueva York, 1986.

Soete, Lieven. *Het Sovjet-Duitse niet-aanvalspact van 23 augustus 1939: Politieke Zeden in het Interbellum*. Berchem, 1989.

Sohn-Rethel, Alfred. *La economía y la estructura de clases del fascismo alemán*. Londres, 1987. Spoerer, Mark. *Vom Scheingewinn zum Rüstungsboom: Die Eigenkapitalrentabilität der deutschen Industrieaktiengesellschaften 1925-1941*. Stuttgart, 1996.

Spoerer, Mark. "Die Automobilindustrie im Dritten Reich: Wachstum um jeden Preis?" en: Lothar Gall y Manfred Pohl (eds.), *Unternehmen im Nationalsozialismus*. Munich, 1998, pp. 61-68.

Spoerer, Mark. *Zwangsarbeit unter dem Hakenkreuz: Ausländische Zivilarbeiter, Kriegsgefangene und Häftlinge im Deutschen Reich und im besetzten Europa 1939-1945*. Stuttgart y Munich, 2001.

St. Clair, Jeffrey. *Grand Theft Pentagon*: *Tales of Corruption and Profiteering in the Yar on Terror.* Monroe, ME, 2005.

Staas, Christian, y Volker Ullrich. "Deutsche Geschichte vom zweiten zum 'Dritten Reich'", *Zeit Online*, 8 de febrero de 2011, *www.zeit.de/zeit-geschichte/2010/04/Interview.*

Stannard, David E. *Holocausto americano: Columbus and the Conquest of the New Yorld*. Nueva York y Oxford, 1992.

Steinacher, Gerald. *Nazis auf der Flucht: Yie Kriegsverbrecher über Italien nach Übersee entkamen*. Fráncfort del Meno, 2010.

Steiner, André. "Umrisse einer Geschichte der Verbraucherpreispolitik unter dem Nationalsozialismus", en: Werner Abelshauser, Jan-Otmar Hesse y Werner Plumpe (eds.), *Yirtschaftsordnung, Staat und Unternehmen: Neue Forschungen zur Yirtschaftsgeschichte des Nationalsozialismus. Festschrift für Dieter Petzina zum ł5. Geburtstag*. Essen, 2003, pp. 279-303.

Stokes, Raymond G. "The Oil Industry in Nazi Germany, 1936-1945", *Business History Review*, vol. 59, nº 2, verano de 1985, pp. 254-77.

Streb, Jochen, "R. Banken: *Edelmetallmangel* und *Großraubwirtschaft*" (reseña del libro de Ralf Banken, *Edelmetallmangel und Großraumwirtschaft: Die Entwicklung des deutschen Edelmetallsektors im 'Dritten Reich' 1933-1945*, Berlín, 2009), 5 de noviembre de 2009, http:// hsozkult.geschichte.hu-berlin.de/rezensionen/2009-4-112.

Sutton, Anthony C. *Yall Street and the Rise of Hitler.* Sudbury, Reino Unido, 1976. Tarpley, Webster G., y Anton Chaitkin. "The Hitler Project",

capítulo 2 de *George Bush: The Unauthorized Biography*. Washington, 1992. http://www.tarpley.net/bush2.html.

Tarpley, Webster G. "In 1932, Fox Helped Make Propaganda Films for Hitler", 30 de septiembre de 2010, hitler.

Taylor, Frederick. *Exorcising Hitler: The Occupation and Denazification of Germany*. Nueva York, 2011.

"El Partido Nazi: Mujeres del Tercer Reich". *Biblioteca Virtual Judía*, www.jewishvirtuallibrary. org/women-of-the-third-reich.

"Thomas H. McKittrick Papers, 1924-1955", www.library.hbs.edu/hc/sfa/McKittrickThomas. htm.

"Thomas W. Lamont", *http://en.wikipedia.org/wiki/Thomas_W._Lamont.*

Tooze, Adam. "Economía, ideología y cohesión en el Tercer Reich: A Critique of Goetz Aly's *Hitlers Volksstaat*", septiembre de 2005, http://campuspress.yale.edu/adamtooze/ files/2012/10/Tooze-Article-on-Aly-for-Dapim-Lecheker-HaShoah-Sep-2006 Corrected.pdf.

Tooze, Adam. *The Yages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*.

Londres, 2006.

Trepp, Gian. "Ein Rückblick am Ende einer Ära: Das Gewicht der Vereinigten Staaten in der BIZ", *Neue Zürcher Zeitung*, 25 de noviembre de 1994.

Trepp, Gian. "Kapital über Alles: Zentralbankenkooperation bei der Bank für Internationalen Zahlungsausgleich im Zweiten Weltkrieg", en: Philipp Sarasin y Regina Wecker (eds.), *Raubgold, Reduit, Flüchtlinge: Zur Geschichte der Schweiz im Zweiten Yeltkrieg*. Zurich, 1998, pp. 71-80.

Treue, Wilhem (ed.). *Deutschland in der Yeltwirtschaftskrise in Augenzeugenberichten*. Munich, 1976.

Treue, Wilhelm. "Widerstand von Unternehmern und Nationalökonomen", en: Jürgen Schmädeke y Peter Steinbach (eds.), *Der Yiderstand gegen Hitler*. Munich, 1985, pp. 917-37.

Turner, Henry Ashby Jr. El *gran capital alemán y el ascenso de Hitler*. Nueva York, 1985. Turner, Henry Ashby Jr. "Unternehmen unter dem Hakenkreuz", en: Lothar Gall y Manfred Pohl (eds.), *Unternehmen im Nationalsozialismus*. Munich, 1998, pp. 15-23.

Turner, Henry Ashby Jr. *General Motors and the Nazis: La lucha por el control de Opel, el mayor fabricante de automóviles de Europa*. New Haven y Londres, 2005.

Ueberschär, Gerd R. "Das Scheitern des 'Unternehmens Barbarossa'", en: Gerd R. Ueberschär y Wolfram Wette (eds.), *Der deutsche Überfall auf die*

Sowjetunion: "Unternehmen Barbarossa" 1941. Fráncfort del Meno, 2011, pp. 85-122.

Uhl, Susanne. "Interview with Karl Heinz Roth: How the Reemtsma corporation profited from Nazi organised forced labour on the Crimea," www.tlaxcala-int.org/article. asp?reference=835.

"Ullstein Verlag", *http://de.wikipedia.org/wiki/Ullstein_Verlag.* "Untermensch", *http://en.wikipedia.org/wiki/Untermensch.*

van der Pijl, Kees. *The Making of an Atlantic Ruling* Class. Londres, 1984. "VARTA", *http://de.wikipedia.org/wiki/VARTA.*

Volker, Hentschel. *Ludwig Erhard: Ein Politikerleben*. Múnich y Landsberg am Lech, 1996. Völklein, Ulrich. *Geschäfte mit dem Feind: Die geheime Allianz des großen Geldes während des Zweiten Yeltkriegs auf beiden Seiten der Front*. Hamburgo y Viena, 2002.

von Hassell, Agostino, y Sigrid MacRae, con Simone Ameskamp. *Alliance of Enemies: The Untold Story of the Secret American and German Collaboration to End Yorld Yar II*. Nueva York, 2006.

"VS-Banken collaboreerden met Nazi's", *Het Nieuwsblad*, 26 de diciembre de 1998. "W. Averell Harriman", *http://en.wikipedia.org/wiki/W._Averell_Harriman.*

Walker, Tim. "Father of Koch brothers helped build Nazi oil refinery, book claims", *Independent*, 12 de enero de 2016, koch-brothers-helped-build-nazi-oil-refinery-book-claims-a6808081.html.

Wallace, Max. *The American Axis: Henry Ford, Charles Lindbergh, and the Rise of the Third Reich*. Nueva York, 2003.

Warburg, Sydney. *De geldbronnen van het Nationaal-Socialism: 3 gesprekken met Hitler*. Rijswijk, 2008. (Edición original: 1933)

Weißbecker, Manfred. *Das Firmenschild: Nationaler Sozialismus. Der deutsche Faschismus und seine Partei*. Colonia, 2011.

Weixelbaum, Jason. "Business as Usual: Journalistic, Academic, and Synthetic Responses to Allied Corporate Collaboration with the Third Reich", 25 de diciembre de 2010, http:// jasonweixelbaum.wordpress.com/2010/12/25/historiography-of-corporatenazicollaboration-review-essay.

Weixelbaum, Jason. "Debunking Conspiracy: Ford-Werke and the Allied Bombing Campaign of Cologne", 9 de mayo, *http://jasonweixelbaum.wordpress.com.*

"Werner von Clemm", *http://en.wikipedia.org/wiki/Werner_von_Clemm.*

Whiting, Charles. *Hitler's Secret Yar: La campaña de espionaje nazi contra los*

aliados. Londres, 2000.
Wiegel, Gerd. "Faschismusdefinition — Nur ein Streit um Worte?" en: Michael Klundt (ed.), *Kapitalismus versus Barbareiz: Die Geschichtsschreibung der 'Neuen Yeltordnung'*. Colonia, 2007, p. 178-93.
Wiegrefe, Klaus. "Hitler-Orden für Henry Ford", *Der Spiegel*, 50, 7 de diciembre de 1998, pp. 184-85, http://wissen.spiegel.de/wissen/dokument/dokument. html?id=8440647&top=SPIEGEL.
Wiesen, S. Jonathan. "La industria alemana y el Tercer Reich: Fifty Years of Forgetting and Remembering", *Dimensions: A Journal of Holocaust Studies*, vol. 13, nº 2, www.adl.org/ news/op-ed/german-businesses-and-nazis.
Wilkins, Mira. *The History of Foreign Investment in the United States, 1914-1945*. Cambridge, MA, 2004.
Wilkins, Mira, y Frank Ernest Hill. *American Business Abroad: Ford on Six Continents*. Detroit, 1964.
"William Henry Draper, Jr.", *http://en.wikipedia.org/wiki/William_Henry_Draper_Jr.* "William Randolph Hearst", http://homepage.mac.com/oldtownman/media/hearst.html. Woodhouse, Howard. *Selling Out: Academic Freedom and the Corporate Market*. Montreal, 2009.
Wubs, Ben. *International Business and National Yar Interests: Unilever between Reich and Empire, 1939-45*, Londres y Nueva York, 2008.

Yeadon, Glen, y John Hawkins. *La Hidra Nazi en América: Historia suprimida de un siglo*. Palm Desert, CA, 2008.

Z, Mickey. "The A[ppeasement] Word", 10 de enero de 2003, https://therealstories.wordpress. com/2012/01/25/hitlers-amerikanische-geschaftsfreundee.
Zdral, Wolfgang. *Der finanzierte Aufstieg des Adolf H*. Viena, 2002.
Zezima, Michael. *Salvando el poder privado: La historia oculta de "The Good Yar"*. Nueva York, 2000.
Ziegler, Dieter (ed.). *Großbürger und Unternehmer: Die deutsche Yirtschaftselite im 20. Maastricht.*
Jahrhundert. Göttingen, 2000.
Ziegler, Jean. *Los suizos, el oro y los muertos*. Nueva York, 1997.
Zilg, Gerard Colby. *Du Pont: Behind the Nylon Curtain*. Englewood Cliffs, NJ, 1974. Zinn, Howard. *A People's History of the United States*. Nueva

York, 1990.

"ZwangarbeiterInnen [*sic*] bei Ford AG Köln", *Stadtrevue Köln*, 9/1995, www.nadir.org/nadir/ archiv/Antifaschismus/Themen/Zwangsarbeit/ZwangFord.html.